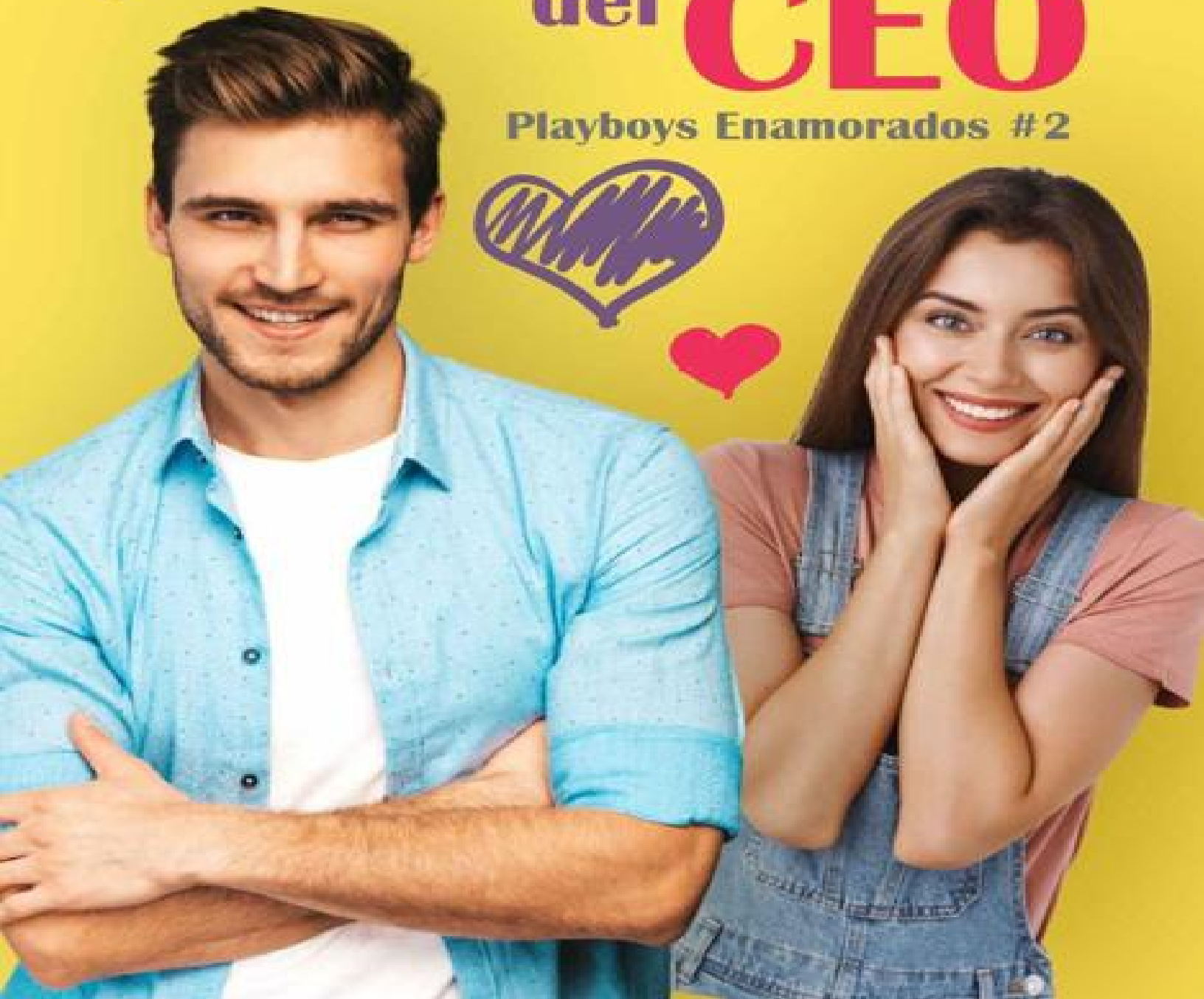
Mary Lundh

La Aprendiz Favorita del CEO

Playboys Enamorados #2





LA APRENDIZ favorita del ceo

(PLAYBOYS ENAMORADOS - LIBRO 2)

MARY LUNDH

© 2024 Mary Lundh
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes nacionales e internacionales, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Depósito de registro: 2402277132909
Créditos de fotografía: @cookie_studio y @halayalex.

Advertencia: Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

«Para todo aquel que crea en las segundas oportunidades»

«Quien vive temeroso, nunca será libre»
Horacio

«A mi querida amiga F.
Quien me ayudó a superar momentos
dolorosos de mi vida»
Mary Lundh



Contenido

Sinopsis
Prefacio
Capítulo 1 «La aprendiz»
Capítulo 2 «El playboy»
Capítulo 3 «Un encuentro accidental»
Capítulo 4 «A cada acción, una reacción»
Capítulo 5 «Engañado»
Capítulo 6 «Efectos secundarios»
Capítulo 7 «Honor a la reputación»
Capítulo 8 «Expectativas»
Capítulo 9 «Buenas noticias»
Capítulo 10 «El mentor»
Capítulo 11 «La chica nueva»
Capítulo 12 «Cuidado con los millonarios»
Capítulo 13 «Accidentes solo suceden»
Capítulo 14 «Nunca desperdicies una buena oportunidad»
Capítulo 15 «La hora feliz»
Capítulo 16 «A quién madruga, Dios ayuda»
Capítulo 17 «Una linda mujer»
Capítulo 18 «El precio de una cita»
Capítulo 19 «Un plan de escape»
Capítulo 20 «La cita»
Capítulo 21 «Él es mío»
Capítulo 22 «El trabajo de mis sueños»
Capítulo 23 «Una noche de sorpresas»
Capítulo 24 «Sabotaje»
Capítulo 25 «Desconfianza»
Capítulo 26 «Revelación»
Capítulo 27 «Un trágico accidente»
Capítulo 28 «A mal tiempo, buena cara»
Capítulo 29 «En tu casa o en la mía»
Capítulo 30 «Corazón herido»

Capítulo 31 «Confía en mí»
Capítulo 32 «Juegos sucios»
Capítulo 33 «Caballero de armadura reluciente»
Capítulo 34 «Nuevos horizontes»
Capítulo 35 «Joya del desierto»
Capítulo 36 «Cierra los ojos y confía»
Capítulo 37 «Herido»
Capítulo 38 «Un secreto del pasado»
Capítulo 39 «Dime la verdad»
Capítulo 40 «El show business»
Capítulo 41 «La trampa del diablo»
Capítulo 42 «Nuestra primera cita»
Capítulo 43 «Lo bueno, dura poco»
Capítulo 44 «Cláusulas»
Capítulo 45 «Quiero ser tu padre»
Capítulo 46 «La audiencia»
Capítulo 47 «Rastreo»
Capítulo 48 «No hay mal que por bien no venga»
Capítulo 49 «Quid pro quo»
Capítulo 50 «Un hombre sin corazón»
Capítulo 51 «Nunca dudes del talento de una chica»
Capítulo 52 «Caballo de Troya»
Capítulo 53 «Una subasta clandestina»
Capítulo 54 «Los secretos de Vincent Turner»
Capítulo 55 «Anzuelo»
Capítulo 56 «La reunión secreta»
Capítulo 57 «Los pecados de tu padre»
Capítulo 58 «La llamada»
Capítulo 59 «Fantasmas»
Capítulo 60 «¿Puedes guardar un secreto?»
Capítulo 61 «El plan de salvación»
Capítulo 62 «Familia»
Capítulo 63 «Que comience el juego»
Capítulo 64 «El plan B»
Capítulo 65 «Atrapado»
Capítulo 66 «Resurrección»
Capítulo 67 «Rueda de prensa»
Capítulo 68 «Una oferta honorable»
Capítulo 69 «Redención»
Capítulo 70 «Un libertino enamorado»
Epílogo «El elegido»
Acerca del autor



Sinopsis

Jacob Alexander, el segundo heredero de la influyente familia Castle, más conocido por la sociedad como Jake “el libertino”. Supuso que debido a su reputación jamás valdría la pena reformarse. Sin embargo, todo cambia cuando conoce a Serena Sanders, la joven hermana de Anne.

La bella y adorable mujer que le había robado el corazón con una sola sonrisa parecía perfecta en todos los sentidos, a excepción de un pequeño detalle, Serena detestaba a los “libertinos”.

A principio, Jake no vio esto como un obstáculo, ya que, con el tiempo, ninguna mujer se le resistía, pero luego de que, una serie de situaciones incidieran en su plan de ganarse a la dama, perdió cualquier esperanza de conquistarla. Cuatro años después, la vida le daba una segunda oportunidad y esta vez haría todo lo posible para ganarse su corazón.

Serena, una talentosa estudiante de curaduría, estaba más que ansiosa por graduarse. Debido a esto, necesitaba encontrar con urgencia un puesto de aprendiz para llevar a cabo sus prácticas profesionales. Jake al enterarse de su penuria, decide intervenir en los juegos del destino, dejándole sin más remedio que aceptarlo como su mentor. A regañadientes ella consiente, pero no antes de establecer “algunas reglas para su relación”



Prefacio

En la boda del primogénito de los Castle, la alegría era patente. Jake sonrió satisfecho al ver que su hermano mayor finalmente se había casado con Anne. Él nunca fue del tipo sentimental, pero estaba orgulloso de ser parte de esta gran fiesta, pues en parte, gracias a su contribución, la pareja había alcanzado este momento tan sublime.

Miró a su hermano, que aguardaba radiante en el altar. Nunca lo había visto tan feliz. No pudo evitar sentir cierta envidia, aunque nunca estuvo realmente enamorado de Anne. Añoraba la relación que tenían.

Cuando se escuchó la música de entrada, giró para mirar a su cuñada. Sin embargo, vio a otra mujer, una hermosa dama de honor que alegremente caminaba por el corredor sosteniendo un ramito de flores.

La joven era hermosa, dulce e inocente, le recordaba a Anne, pero a diferencia de su hermana política, esta mujer le produjo una atracción instantánea. Intentó concentrarse en la ceremonia, pero no podía parar de mirar a la joven que se encontraba parada al lado de la novia.

Mientras todos caminaban hacia la recepción de la fiesta, Serena esperó para recoger los zapatos de su hermana, que subió descalza a los hombros de su marido.

—Tú eres Serena, ¿verdad? —preguntó Jake, curioso. Pues después de media hora cayó en la conclusión de que la dama misteriosa solo podía ser la hermana de Anne.

—Y tú eres, ¿Jake? —preguntó ella sonriendo.

—Así es. ¿Ya te habían dicho que te pareces mucho a tu hermana?

—Un par de veces.

—¿Me acompañas a tomar una copa? —preguntó atrevidamente.

—Aún no tengo edad para las bebidas alcohólicas.

—Tal vez en un par de años, ¿entonces? —sugirió él y le ofreció el brazo, ella lo tomó y respondió sonriendo.

—Tal vez.

—¿Cuántos años tienes? —quiso saber al darse cuenta de que ella no podía beber.

—He cumplido 19 el mes pasado.

—Ya veo —dijo incrédulo. Pues, ahora que la observaba de cerca, notó que se veía más joven— ¿Entonces ya vas a la universidad? —preguntó curioso.

—Aún no, este fue mi último año en el colegio, he perdido un año de la escuela.

—¿Por qué? —inquirió intrigado, quería averiguar cada detalle de la vida de esa mujer.

—Es una larga historia.

—Entiendo —respondió reflexivo al notar que se ponía nerviosa. Serena quiso cambiar de tema, entonces dijo:

—Me alegra que finalmente le pueda poner un rostro a la voz que escuchaba por teléfono —dijo ella animada.

—Sí, es verdad, hemos hablado, pero nunca nos vimos.

—Así es, por un momento incluso pensé que…

—¿Pensaste qué?

—Nada, nada. Lo que quería decir es que no imaginé que fueras tan joven.

—Tengo 25 años, yo no diría que soy muy joven —ella se rio y el corazón de Jake empezó a agitarse.

—Pero tampoco se te podría llamar "viejo".

—Mi madre me tuvo después de los 30. —afirmó él, poco entusiasmado.

—Entiendo —dijo ella al recordar la historia que le había contado Anne—. Bueno, creo que es hora de que nos unamos a la fiesta.

Durante las siguientes 3 horas, Jake estuvo muy entretenido escuchando las historias de las hermanas Sanders. A decir verdad, estaba hipnotizado con la sonrisa de Serena, que no paraba de mencionar sobre lo mucho que estaba entusiasmada con la universidad. En unos meses más se marcharía a la capital, su sueño era convertirse en una museóloga y curadora de arte.

—Cuando llegues a la ciudad, avísame, así podremos ir por un café —comentó despreocupadamente Jake.

—Claro, ahora que somos familia, supongo que nos encontraremos de vez en cuando —dijo Serena.

—Por supuesto, aunque pronto me marcharé al extranjero para estudiar— respondió Jake.

—¿En serio?

—Sí.

—Entiendo… —dijo un poco desanimada.

—¿Y tú qué piensas hacer? —le preguntó Jake a Trizz que comía silenciosamente un pedazo de pastel.

—Yo me quedaré con mi madre, ahora que Serena se va, solo me tiene a mí.

—¿Ella nunca pensó en mudarse a la capital? —quiso saber Jake.

—No —aseguró Trizz.

—Mi madre ama este pueblo —afirmó Serena— y aunque el mundo se acabe, no hay manera de sacarla de aquí —agregó entre risas.

—Ya veo.

—Las personas ya se están retirando, creo que ya es hora de irnos, Trizz.

—Sí, mañana es lunes y tengo colegio.

—Yo también debería marcharme, —dijo Jake y se paró del asiento—. Mi vuelo es en la mañana, temprano. —Agregó para justificarse.

—¿Ya te vas mañana? —preguntó Serena, decepcionada.

—Sí, me ocuparé de la empresa mientras Marcus está de luna de miel.

—Entiendo, bueno, hasta pronto, Jake.

—Hasta pronto, Serena —respondió él con una sonrisa amable y se marchó de la fiesta. Ella se quedó mirándolo con una extraña sensación, como si acabara de descubrir un gran tesoro.

Tres meses después de la boda.

Serena había llegado a la metrópoli, en un mes iniciarían sus clases en la universidad y estaba lista para comenzar esta nueva etapa de su vida. Dejar su hogar fue difícil, pero sabía que

no podría cumplir su sueño si seguía viviendo en Sierra Verde. Su madre la apoyó sin dudarlo, aunque su hermana menor, la adorable Trizz, no estuvo muy contenta con sus planes de partida, pues detestaba la idea de quedarse sola en el pueblo, pero al final lo entendió, ya que ella misma, en un par de años, debería buscar su propio camino.

Anne fue la primera en darle la bienvenida, y ni bien se enteró de que había llegado, preparó un banquete en la mansión de los Castle.

—Gracias por organizar esta cena, Anne.

—No tienes que agradecerme nada, somos hermanas, me alegra tenerte aquí.

—¿Cómo va lo del embarazo?

—Unos días siento que es lo más hermoso del mundo, y otros días que es una maldición, tengo náuseas todas las mañanas —dijo poco entusiasmada.

—Entiendo, no suena nada divertido.

—Lo sé, pero algunas cosas no son para nada terribles, por ejemplo, ahora Marcus me mima en demasía —Serena dio una pequeña risa.

—¡Miren a quién tenemos aquí! —al escuchar la voz masculina, el corazón de Serena dio un brinco.

—Jake…—dijo en voz baja y giró para mirarlo.

—¡Bienvenido, cuñado! —saludó Anne y se acercó para abrazarlo.

—El embarazo te ha sentado de maravilla, te ves adorable.

—Gracias, Jake, tú siempre tan pícaro —expresó y le guiñó un ojo, antes de agregar—. Serena, espero que no te importe, pero he invitado a mi querido cuñado para la cena. Es que se marchará pronto y no lo veremos por un buen tiempo.

—Volveré sin falta para tu graduación —prometió.

—Más te vale —lo amenazó Anne.

—Por supuesto que es bienvenido, al fin de cuentas es de la familia —expresó Serena con una sonrisa.

—Bien, creo que ya estamos todos —anunció Anne—. Vayamos al comedor.

Después de que terminaran de cenar, Anne los invitó a pasar a la sala para tomar un café. Cuando todos fueron servidos, ella se paró y dijo muy seria.

—La razón por la que organicé esta cena no fue solo para darle la bienvenida a Serena.

—¿Hay algo más? —preguntó Jake.

—Sí —expresó Marcus—, queremos hablarles sobre el bebé.

—¿Qué pasa con el bebé? —preguntó Serena, preocupada.

—No pasa nada, pero queremos pedirles un gran favor.

—¿De qué se trata? —quiso saber Jake. Anne y Marcus se miraron por un instante, entonces ella dijo:

—¡Queremos que cuando nazca el bebé ustedes sean los padrinos!

—¿Qué? —respondió Jake sorprendido—. ¿Estás seguro de esto, Marcus? —Serena lo miró como si estuviese loco—. Perdón, no hablo por ti, Serena, pero creo que yo no soy la persona más indicada para ser el padrino de un bebé.

—No hay nadie en quien confíe más para esta tarea —afirmó Marcus.

—Yo tampoco —aseguró Anne.

—Por supuesto que estaremos honrados de aceptar este compromiso —afirmó Serena en nombre de ambos y le dio una mirada asesina a Jake.

—Por supuesto —dijo él sin más remedio.

—Muchas gracias, es muy importante para ambos que nuestro hijo tenga un apoyo

adicional en el futuro. —expresó Anne.

—¿Hijo? —preguntó Serena.

—Sí, será un varón —respondió Anne.

—Y se llamará Daniel —afirmó Marcus. Jake lo miró emocionado, luego dijo sonriendo.

—Así que otro niño travieso vendrá a la familia.

Cuando terminaron de hablar, Anne se despidió, pues debido a su embarazo se sentía cansada todo el tiempo.

—Yo subiré con mi esposa si no les molesta.

—Por supuesto —dijo Jake—, Serena y yo tenemos mucho de qué hablar —indicó sarcásticamente. Cuando Marcus desapareció, ella dijo.

—¿Sigues molesto porque te forcé a aceptar ser el padrino del bebé?

—No me forzaste, —afirmó él—, solo quedé muy sorprendido con la propuesta. Jamás pensé que Marcus me otorgaría tamaña responsabilidad —Serena sonrió.

—Supongo que él tiene mucha fe en ti.

—Créeme que no lo merezco.

—Pero Anne opina lo mismo, y no conozco a nadie más juiciosa, que mi hermana mayor.

—Es verdad.

—¿Te gustaría salir al jardín?, Anne dijo que era muy bello por la noche. —Sugirió Serena.

—Claro, ¡vamos!

Caminaron por un sendero de arbustos hasta llegar a un pequeño banco cerca de la fuente central. Se sentaron y quedaron en silencio por unos minutos. Serena miraba la luna, mientras que Jake la observaba descaradamente. Cuando ella se dio cuenta de lo que pasaba, preguntó.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Nada —dijo y luego mintió diciendo—, solo me quedé pensando en que sería bueno si nos hiciéramos amigos. Ahora que seremos los padrinos de un ser humano, considero que es importante que nos conozcamos mejor.

—Tienes razón, apenas nos conocemos a pesar de que técnicamente somos familia, y ahora, seremos incluso más cercanos. Estoy de acuerdo, es fundamental que nos llevemos bien —sus palabras fueron como un bálsamo para el alma de Jake.

—¿Por qué eres tan buena? —expresó sin darse cuenta.

—¿Eso crees? —dijo ella sonriendo.

—Sí. Es que eres tan amable y dices las palabras más acertadas.

—Nos criaron de esa manera, mi madre siempre fue así, supongo que es algo de familia —afirmó.

—Entiendo. Entonces, ¿amigos? —preguntó Jake extendiéndole la mano derecha. Serena sonrió e hizo lo mismo antes de decir.

—De acuerdo.



Capítulo 1
«La aprendiz»

Cuatro años después.

Una joven y extremadamente determinada, Serena Sanders trabajaba arduamente en su escritorio para cumplir con las expectativas de su profesor. Las tareas que le encomendó representaban un nuevo desafío, pero ella era capaz de lograr cualquier meta que se propusiera. Se recordó, a sí misma, mientras trataba de mantener la compostura.

Aunque sus labores de momento eran similares al de una esclava, realmente no podía quejarse. Vivía uno de los momentos más felices de su vida, ya que su sueño de convertirse en una profesional reconocida pronto se haría realidad.

Nacida en un pueblo pequeño, en donde no se podía ocultar ningún secreto. Ya todos habían sabido que, en cuanto terminara el colegio, se mudaría a la capital para estudiar. Por lo que a nadie le sorprendió que se pasara gran parte de su adolescencia en la biblioteca, tragándose los libros que algún día le servirían para pasar la prueba estatal y obtener una beca completa para ir a la universidad.

Cualquier persona que la viera creería que nunca ha pasado por una situación difícil, ya que siempre tenía una sonrisa en el rostro y trataba a todos con amabilidad. Incluso después de sufrir aquel terrible accidente en el lago y quedar aislada de todo el mundo, nunca se marchitó, ni perdió las esperanzas de ayudar a su familia.

Muchos consideraron que su vida había acabado cuando le diagnosticaron agorafobia, pero este trastorno solo la hizo más fuerte y tras un largo proceso de recuperación, enfrentó cualquier obstáculo que el destino impuso en su camino. Dado que por ningún motivo dejaría de seguir sus sueños.

Ella no le temía a absolutamente nada, excepto a los hombres libertinos. En vista de que, a los 9 años, su padre, un hombre sin escrúpulos, los abandonó por otra mujer y ese trauma había marcado su vida para siempre. A pesar de ello, su infancia tuvo momentos felices, puesto que fue criada por una madre amorosa que luchó con uñas y dientes para darles todo lo que necesitaban, evitando así que notaran la ausencia de su progenitor.

Aunque Serena no odiaba a los hombres, no tenía un especial aprecio por aquellos que se aprovechaban del afecto de las mujeres para seducirlas. Razón por la cual, cuando por una casualidad del destino comprobó de primera mano la naturaleza libertina de Jake Castle, decidió mantener las distancias con él. Inclusive durante su breve encuentro en la graduación de su hermana Anne y el posterior bautismo del pequeño Daniel. Ella decididamente trató de evitar cualquier contacto con él, evadiéndolo en todo momento, pues según su limitada experiencia, era mejor prevenir que remediar.

Cuando se vieron por primera vez en la boda de su hermana mayor, ella era una joven ingenua y demasiado optimista para aceptar la realidad. Por esa razón, se ilusionó con Jake irremediablemente, tras, una breve conversación compartida. Ahora ya adulta, no se dejaría llevar tan fácilmente por la labia de ningún hombre.

Tres años después de su último encuentro, creía sin duda alguna que sería capaz de resistírsele, pues durante su estadía en la universidad, apenas si se acordó de él, y con el tiempo incluso dejó de importarle, o eso era lo que ella quería creer decididamente.

Ni bien terminó el programa obligatorio de la carrera, se postuló para ser aprendiz en el museo metropolitano, pero debido a la alta competitividad no logró encontrar un puesto vacante para este semestre, y si pronto no hallaba un lugar para realizar su pasantía, no podría graduarse este año.

Ya llevaba un mes aguardando novedades del departamento de grado sobre una posible asignación. Mientras tanto, gracias a la recomendación de un profesor de la universidad, ayudaba a catalogar la colección particular de uno de los curadores y tutores universitarios más reconocidos del país.

Todo iba bien en su vida, hasta que, en una noche, inesperadamente cayó en los brazos del hombre a quien había decidido olvidar.

—Serena, ¿ya has terminado de catalogar mi última adquisición?

—Sí, aunque aún debo terminar de clasificar las piezas que irán para la exposición de Londres.

—Ten cuidado cuando vayas a empacarlos, recuerda que debido a su antigüedad esas piezas se deterioran con mucha facilidad.

—Por supuesto, señor, tomaré un especial cuidado para no dañar las piezas en ningún aspecto.

—Además, no te olvides de clasificarlos según el orden cronológico y su nivel de importancia dentro de la exposición.

—Por supuesto, señor, lo haré como usted ordena.

«El profesor Rinaldi está hoy en modo diva», pensó Serena al ver que le repetía cada

proceso, como si fuera su primera vez. Se rio para sus adentros, solo actuaba de esta manera cuando estaba ansioso. Ella llevaba más de 5 semanas como su asistente, así que ya conocía todas sus manías.

—Ah, las piezas que son para la sección renacentista deberán tener una etiqueta especial, no quiero que vuelva a pasar lo de la última vez, y entreguen las cajas al departamento equivocado.

—Sí, señor, ya he separado esas piezas para poder empacarlas con etiquetas especiales.

—De acuerdo, cuando termine con eso, requeriré de un favor especial.

—Dígame.

—Necesito que me acompañe a la exhibición de esta noche. Sé que no está dentro de sus obligaciones, pero me he enterado de último momento y no puedo negarme, pues es un evento muy importante.

—Entiendo, señor —expresó seriamente, intentando contener la emoción. Esta era la primera vez que Rinaldi reconocía su existencia, pues siempre la trataba como un mero instrumento.

—De acuerdo, nos veremos en la entrada del museo de la calle Prince a las 19 horas, no llegues tarde.

—Por supuesto, señor —afirmó Serena, entusiasmada, finalmente tendría ocasión de presumir sus conocimientos ante su profesor.

«¡No puedo perder esta oportunidad!», pensó mientras sonreía alegremente. Pues esta era la ocasión perfecta para obtener una recomendación especial de Rinaldi, y así conseguir un buen puesto de aprendiz.



Capítulo 2
«El playboy»

Jake Castle, playboy recién reformado, se encontraba observando la ciudad desde un vitral majestuoso. Después de 4 años viviendo en Francia con el objetivo de realizar un posgrado y alejarse de los escándalos, finalmente se encontraba en casa.

Ahora podría empezar de nuevo y obtener el reconocimiento que tanto ansiaba. Pues no solo había dejado atrás la vida libertina, sino que también se convirtió en un hombre desinteresado y altruista, que dedicó los últimos años de su vida para formarse y estar a la altura de sus obligaciones como el nuevo director de la Fundación Castle.

Ya hacía más de 3 años que aceptó encargarse secretamente de esta labor filantrópica, esto, como parte de su plan de redención para purgar los pecados de su sangre. Dado que, al descubrir los oscuros secretos de su madre, sintió que no merecía el apellido de la familia, pero más que nada, creyó que debía hacer algo para redimirse de la vida despreocupada que había llevado hasta entonces.

En cuanto el CEO lo liberó de cualquier compromiso con Castle Enterprise, decidió emprender este viaje para encontrar su propio camino y alcanzar la expiación que tanto deseaba.

El trato que había hecho con su hermano mayor era bastante simple. Marcus se ocuparía de la empresa y cualquier decisión relacionada con sus acciones, siempre y cuando él resolviera hacer algo con su vida.

Fue entonces cuando Jake decidió encargarse de la fundación para ayudar a las personas y de alguna manera compensar todos sus errores del pasado.

Hasta ahora se había ocultado tras bambalinas para no revelar la identidad del director de la Fundación. Pues en el pasado, cualquier organización asociada a Jake Castle se veía arruinada por su reputación de libertino. La distancia sin duda ayudó a que nadie descubriera su gran secreto, pero no podría esconderse tras una máscara por el resto de su vida.

Así que, ya llevaba más de 2 años construyendo el Museo de Arte e Historia Daniel Castle, gracias a la ayuda de una amiga de la universidad, la reconocida curadora Silvia Santoro, que en el último año se encargó de la adquisición y conservación de las obras de arte que se exhibirían en el museo. Actualmente, organizaban una exposición con diversas piezas únicas, para así revelar a todos la identidad del director, durante la gala de la gran inauguración.

El museo siempre fue su sueño, y pretendía enfocarse especialmente en él, debido a su área de especialización profesional. El nombre, por supuesto, era en honor a su padre adoptivo, cuyo amor desinteresado lo había salvado de muchas maneras. Marcus estuvo muy satisfecho

con sus planes, y lo apoyó en todo momento, sin dudar ni una sola vez de su capacidad, pues él había superado con creces sus expectativas.

Todo iba según lo planeado. Pronto la sociedad se vería obligada a reconocer sus logros personales y por primera vez saldría en una revista sin el seudónimo de "playboy" como titular.

Repentinamente, esa palabra le recordó a una joven mujer a la que había decidido olvidar ya hacía un tiempo, pero que, inevitablemente, siempre terminaba asomándose en sus pensamientos. Se trataba, por supuesto, de la enigmática Serena Sanders, a quien no veía desde hace un par de años.

Su felicidad en estos momentos hubiera sido completa, si ella tan solo le hablara, pero Serena, por alguna razón que hasta hoy día desconocía. Tras un breve encuentro hace unos años, empezó a tratarlo con indiferencia. Pues según escuchó de su hermana, ella odiaba a los libertinos y no quería relacionarse con alguien como él.

La habría esperado para siempre si hubiera sido un hombre más paciente, pero era un Castle, y la paciencia no era una virtud común en su familia. Después de un par de intentos malogrados de acercarse a ella, decidió que la dejaría en paz y seguiría con su vida, *«y si ella era la mujer de su vida, el destino se encargaría de juntarlos nuevamente»* pensó, sin saber que ese día llegaría muy pronto.

Seguía con sus pensamientos cuando su asistente personal entró a su departamento con unos folios en manos.

—Señor, le traigo los últimos informes de las campañas de alfabetización.

—Milton, ¿ya confirmaste con Silvia si todo está listo para mañana? —preguntó Jake.

—Sí, por supuesto, señor, ella llegará al museo temprano para encargarse de organizar todos los detalles con el personal.

—Genial, yo estaré atareado todo el día, así que me presentaré solo para la hora del evento.

—No se preocupe, señor, yo verificaré que todo sea conforme usted lo pidió.

Al día siguiente, Jake se pasó toda la jornada revisando el papeleo de la fundación en las oficinas de Castle Enterprise. Pues de momento aún no había trasladado todos los documentos a su nuevo lugar de trabajo en el museo.

Hubiera querido supervisar personalmente la organización de la inauguración de esta noche, pero debía esperar hasta el último instante para revelar su identidad. Además, Anne le aseguró que la empresa que habían contratado para hacer ese trabajo era una de las mejores del país.

Cerca de las 5 de la tarde, cuando estuvo a punto de salir de la oficina para dirigirse a casa, recibió una visita inesperada.

—Hola, Jake.

—Katia, ¿qué haces aquí? —dijo sorprendido.

—¿Por qué no respondes mis llamadas? —le reclamó.

—Estuve ocupado, ¿qué quieres?

—Nada, solo he venido a ver a mi novio.

—Querida, creí que habíamos acordado que nuestra relación no sería seria.

—¡Dijiste que me querías!

—No, dije que me gustabas, eso no es lo mismo que querer.

—¡Eres un…!

—Katia —dijo él interrumpiéndola—, no actúes como una víctima, ambos estuvimos de acuerdo en que saldríamos un par de veces solo por diversión.

—¿Así que me dejarás y solo seré una más de tu lista de amantes? —respondió mientras un par de lágrimas descendían por su rostro. Jake no quería ser cruel, pero nunca le prometió una relación y mucho menos amor. Debía dejarle las cosas muy claras.

—Lo siento, pero no estoy enamorado de ti, y ahora, si me disculpas, ya debo irme. Esta noche tengo un evento muy importante al que asistir.

Después de destrozarle sin ninguna piedad el corazón, Jake recogió su celular del escritorio y la dejó sola en su oficina.

Katia se secó las lágrimas inmediatamente, pues la ira se había apoderado de su ser. Nunca nadie tuvo el descaro de abandonarla. Se sentía humillada, *«esto definitivamente no se quedará así»*, pensó con un aire vengativo. Si Jake estaba tan decidido a dejarla, ella lo dejaría en paz, *«pero antes le daré su merecido»*, concluyó.

«Un evento muy importante, ¿había dicho?» Sonrió maquiavélicamente al recordar sus últimas palabras. Aún no sabía de qué se trataba el bendito acontecimiento, no obstante, se encargaría de que fuera un evento más que memorable.



Capítulo 3
«Un encuentro accidental»

Dos horas más tarde, se revelaba un gran enigma a la sociedad. Todos estaban sorprendidos al descubrir que el misterioso coleccionista y filántropo era nadie menos que Jake. La prensa lo asedió, ni bien subió al podio para saludar y presentarse como el nuevo director de la Fundación Castle Enterprise y del Museo de Arte e Historia Daniel Castle.

Como era de esperarse, querían una exclusiva con el hombre del momento. Seguido a la gran revelación, Jake anunció que tenían presente a la gran eminencia en arte, el curador Zafir Haim, y que, como un gran obsequio para los invitados, él se encargaría de dar el tour por el museo esa noche. Con su presencia no solo se garantizaba la autenticidad de las piezas exhibidas, sino que también se validaría el primer proyecto a cargo del playboy más famoso de la ciudad.

—Síganme todos, por favor, ahora haremos el recorrido por la sección de arte bizantino —anunció Zafir.

Al otro lado de la ciudad, Serena aguardaba su transporte. Como no era parte de su vida cotidiana el ir en salones de belleza, jamás pensó que se tardaría 2 horas, tan solo con el cabello y maquillaje. Se encontraba retrasada 1 hora, *«Rinaldi me matará si me demoro otro segundo»,* pensó. Para su suerte, minutos después llegó el taxi, subió a toda prisa antes de decir:

—Al museo de la calle Prince, si llega en 15 minutos, le pago el doble.

Serena llegó veinte minutos después, ingresó prácticamente corriendo hasta llegar a la recepción. Una joven la saludó amablemente para recibirla.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, ¿podría indicarme si ya inició la inauguración?

—Sí, ya han terminado con el protocolo, ahora están haciendo el recorrido con el invitado de honor.

—¿Sabría decirme en qué sección se encuentran?

—Tengo entendido que comenzarían el recorrido en la sección de arte bizantino.

—Muchas gracias —respondió, sujetó la falda de su vestido y salió corriendo a toda prisa.

Tres pasillos y cinco vueltas después, Serena alcanzó a Rinaldi, que no se veía para nada contento con su retraso, pues una docena de personas lo rodeaban, y ella sabía lo mucho que su maestro detestaba ser acosado por la gente.

—¿Dónde, diablos, estaba Sanders?

—Lo siento, señor, no he podido llegar antes.

—¡Olvídalo! Ayúdeme a entretener a esta gente —exigió.

—De acuerdo. —dijo, luego se giró para hablar—. Deberíamos ir a ver la colección de arte barroco, escuché que han traído una pieza exclusiva desde Londres —mencionó ella para dispersar a la gente. Rinaldi aprovechó la ocasión para desaparecer.

La mayoría de las personas siguieron a Serena. Cuando ella terminó su recorrido una hora después, volvió a la recepción donde ofrecían cocteles y exhibían la colección particular de la familia Castle.

Quería encontrar a Rinaldi para pasar más tiempo con él, pues quién sabe cuándo tendría otra oportunidad de impresionarlo. Infelizmente, no lo encontró entre la muchedumbre; sin embargo, vio al famoso curador Zafir Haim y corrió para saludarlo.

—Buenas noches, señor, es un honor conocerlo. Soy Serena Sanders una gran fan de su trabajo, soy una estudiante. Estoy a punto de graduarme en museología y curaduría.

—Buenas noches, señorita Sanders —dijo nada impresionado. Al ver que los demás invitados también lo seguían, le preguntó muy sorprendida.

—¿Acaso es usted el guía esta noche?

—Sí —afirmó poco entusiasmado.

—Ya veo —dijo incrédula, pues conocía su reputación, y él no era de los que entretenían a la gente.

Al igual que Rinaldi, este hombre detestaba hacer de anfitrión. De pronto se le ocurrió una idea fantástica para impresionar a su mentor. *«Si él la veía con Haim sin duda le daría más crédito»*, pensó.

—Si quiere, yo me ocupo de entretener a los invitados a partir de ahora —sugirió al curador, pues si lograba impresionar a Haim, sin duda recibiría una buena recomendación de Rinaldi.

—Esta gente ha venido por mí, no por una simple aprendiz, no puedo tratarlos con semejante descortesía —argumentó.

—De acuerdo, pero si me permite, puedo acompañarlo, tal vez pueda facilitarle las cosas —propuso.

—Está bien, si usted así lo quiere —expresó como restándole importancia a su existencia. «¿Será que todos los curadores son así de ególatras?», se preguntó Serena mientras permanecía junto a él.

Unos minutos después se acercó un empresario muy interesado en la pintura que se encontraba a la venta por motivos de caridad. Zafir como todo narcisista, quiso llamar la atención, así que empezó a hablar sobre la obra para exhibir sus conocimientos.

—Esta pieza era del reinado de Luis XIV —él argumentó. Serena, al notar su equivocación, quiso paliar la situación rápidamente.

—Disculpe, señor, pero creo que usted quiso decir, Luis XV —Zafir la miró desafiante.

—Por supuesto que no, esta pintura es del periodo de Luis XIV —volvió a afirmar.

—Estoy segura de que es del reinado de Luis XV, —dijo ella, señalando la pintura—. Era muy propio de la época retractar temas religiosos y hallar inspiración en las formas de la naturaleza —aseguró.

Una multitud de personas ya se habían aglomerado para escuchar la discusión. Jake que apenas terminaba de saludar a sus invitados más distinguidos, se acercó para ver lo que pasaba. Apartó a la gente para llegar hasta la pintura que era el motivo de tanto alboroto.

A medida que avanzaba, podía ver de espaldas a una mujer exuberante, ataviada en un elegante vestido rojo. Al parecer, el curador la estaba reprendiendo. Miró alrededor y notó que

los invitados se encontraban muy entretenidos por la escena. Decidió intervenir antes de que la situación se saliera de control, entonces se aproximó lo suficiente como para escuchar la conversación.

—¡Ja! —expresó indignado—. Se equivoca, señorita. Soy perfectamente capaz de diferenciar las características de ambos periodos, y le puedo asegurar que esta pintura es del periodo de Luis XIV —afirmó Zafir reprendiendo a la mujer.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Jake.

Al reconocer la voz, Serena giró para confirmar sus sospechas. Al darse cuenta de que el hombre se encontraba a tan solo medio metro de distancia, ella quiso apartarse retrocediendo un paso, pero al hacerlo pisó la falda de su vestido largo, así que, inevitablemente, fue para atrás cayendo de espaldas.

Jake la sujetó del brazo para evitar la caída e inmediatamente la atrajo pegándola a su cuerpo para equilibrarlos. Ambos se miraron por un buen rato antes de que ella lo escuchara decir con total asombro.

—¡Vaya, vaya!, pero, si es Serena Sanders.



Capítulo 4

«A cada acción, una reacción»

Serena quedó pasma, *«¿de todas las posibles personas en el mundo, tenía que ser justamente Jake el que la salvara?» «¡Maldito infierno!»*, pensó, antes de enderezarse rápidamente para recuperar la compostura. El hombre la soltó con una sonrisa de aparente sorpresa.

—Jake —dijo ella a duras penas.

—Señor Castle —los interrumpió el curador—, solo es un malentendido sin importancia. La señorita Sanders afirma que esta obra es del periodo de Luis XIV.

Jake no quería corregirlo, al menos no en público, puesto que el hombre supuestamente era una eminencia, y al hacerlo desprestigiaría a su propia exhibición. En cambio, el empresario que estaba interesado en la obra no tenía inconveniente alguno en sacarlo de su error.

—Bueno, esta duda es fácil de resolver, aquí tenemos el folleto del museo, podemos verificar los detalles de la obra —sugirió el empresario y abrió el material impreso— Aquí está, pintura Venus en la Fragua de Vulcano François Boucher (1703–1770). Al parecer sí es una pintura de la época de Luis XV —afirmó asombrando a todos.

Al darse cuenta de su error, Zafir quiso salir ileso de la humillación diciendo.

—¡Bravo, señorita Sanders, usted ha pasado la prueba! —Serena lo miró desconfiada— Seguramente no saben, pero esta joven es una aprendiz, siempre hacemos este juego, para comprobar los conocimientos de un estudiante —aseguró.

—¡Así es! —dijo Serena poco convincente. Todos se habían dado cuenta de que era una excusa barata. Jake se sentía humillado.

—Bueno, aclarado el asunto, me gustaría invitarlos a disfrutar de una breve presentación artística —expresó Jake.

Los espectadores se retiraron rápidamente de la escena para pasar al salón de cocteles. Serena no movió un solo músculo. Se sentía culpable, ya que al corregir a Zafir había ocasionado un pequeño escándalo.

—Señor Haim usted también es bienvenido a juntarse a nosotros —dijo Jake para amenizar el ambiente tenso.

—Por supuesto, será un placer —respondió Zafir, dejando a Serena a solas con Jake.

—Lo siento —dijo ella al ver su expresión seria.

—Serena Sanders, ¿por qué siempre que te cruzas en mi camino, me metes en problemas?

Jake observó atentamente a la mujer que tenía en frente. Ya no quedaba ningún rastro de la joven y risueña dama de honor que había conocido en la boda de Marcus. La última vez que la vio, fue en el bautismo de Daniel, en ese entonces ella seguía luciendo como una adolescente, ahora se veía como toda una mujer. *«Y una muy bella»,* pensó. Serena lo arrancó de sus pensamientos diciéndole.

—Lamento haber hecho una escena en la gala de tu familia —volvió a disculparse, sin tener idea de que, en realidad, Jake era el encargado del museo. Pues al llegar tarde se perdió de la gran revelación.

—Sigues siendo una chica muy problemática —la reprendió con una sonrisa maquiavélica.

—Lo que sucedió fue que… —Serena se detuvo a mitad de la frase al caer en cuenta de lo que él acababa de insinuar. Entonces pensó, *«por qué diablos debo darle explicaciones», «además es la última persona que debería decir algo sobre mi conducta»* concluyó antes de decirle— Nada, debo irme.

—¿A dónde vas? —quiso saber.

—Debo ir a disculparme con el señor Haim antes de que Rinaldi se entere.

—¿Rinaldi? —*«¿Acaso hablaba de su profesor del doctorado?»*

—Sí.

—¿Lo conoces? —preguntó.

—Por supuesto, el señor Rinaldi es mi tutor —soltó Serena antes de salir corriendo por el pasillo.

«¿Qué?», pensó Jake sorprendido, *«¿cómo era posible que Serena y él hubieran elegido al mismo hombre como tutor?», «¡vaya coincidencia!*», concluyó antes de volver a la fiesta.

Algunos invitados seguían paseándose, otros se quedaron en el salón principal, pues allí se había dispuesto el servicio de catering y la barra de cocteles. Jake empezó a saludar a algunos dignatarios. Serena lo observaba desde las sombras tratando de evitarlo.

«¿Por qué habría vuelto al país?», se preguntó con mucha curiosidad. *«Cuando tenga oportunidad, interrogaré a Anne»,* pensó. Pues como Jake vivió por mucho tiempo en el extranjero, no estaba enterada de los últimos acontecimientos ocurridos en su vida.

—¿Por qué te ocultas entre las sombras?

—¡Anne! —dijo sorprendida, luego se quejó— ¿por qué no me dijiste que Jake volvió al país?

—Recuerdo que me prohibiste mencionar cualquier noticia relacionada con él.

—Pero… —quiso excusarse Serena.

—Sin excepciones, ¿no fue esa la palabra que habías usado cuando quise insistir?

—De acuerdo, es mi culpa, lo admito.

—Bien, ¿y ahora qué piensas hacer?

—¿A qué te refieres?

—A Jake, obviamente.

—Nada —dijo ella sin comprender del porqué Anne le preguntaba algo semejante.

—Serena —dijo en un tono desanimado—, creí que después de tantos años habrías cambiado de opinión sobre él. Recuerda que ningún hombre te esperará para siempre. —le advirtió por último antes de alejarse, dejándola nuevamente sola.

Miro a Jake que se encontraba en la barra de bebidas. *«¿Un hombre como Jake esperándome?, ¡desde luego que no!, ese tipo de cosas solo ocurre en los cuentos de hadas»* se recordó. Y como si el universo hubiera conspirado para darle la razón, una hermosa rubia se

acercó a él y empezó a manosearlo descaradamente.

Probablemente, era una novia, o amante, pues según las revistas, Jake Castle no mantenía una relación por tanto tiempo como para que una mujer fuera considerada “novia” suya.

La muy descarada intentó besarlo, pero él la rechazó apartando el rostro. Fue entonces cuando Serena notó que la rubia había colocado algo en el vaso de Jake. *«Pero ¿qué diablos está haciendo?»*, pensó.

Al ser rechazada, la mujer se enderezó como si estuviese ofendida, le dijo un par de palabras y luego se marchó dejándolo solo. Tras su partida, Jake agarró el vaso que había dejado en la barra e ingirió la bebida alterada.

—¡Maldición! —dijo ella al ver lo que él acababa de hacer.

No sabía que le habían puesto en la bebida, *«pero de seguro no era un analgésico»*, pensó Serena. Luego intentó acercarse a Jake, para hablarle, quería advertirle sobre lo que vio. Fue entonces, cuando inesperadamente apareció Rinaldi para interponerse en su camino.

—Sanders, ¿dónde estabas?

—Estuve hablando con el señor Haim.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, me invitó a acompañarlo —mintió.

—Entiendo. Yo también debería presentarme —dijo interesado.

—Sin duda —respondió Serena mirando por sobre el hombro de su tutor para observar a Jake, pero él ya había desaparecido de la barra, *«¡maldición!»*, pensó.

—Sanders, ¿hay algún problema? —preguntó Rinaldi al verla tan distraída.

—No, para nada —le aseguró.

—Está bien —dijo algo desconfiado—. Iré a buscar al señor Haim, no vuelvas a desaparecer —le advirtió.

—De acuerdo… —respondió Serena y luego salió disparada entre la multitud.

Unos 20 minutos después, encontró a Jake sentado solo en la sección de arte moderno.

—Jake, ¡al fin te encuentro!

—¡Aquí estás!, me preguntaba en dónde te habías escondido —le dijo en un tono alegre.

—¿Te sientes bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —dijo tocando su frente como si estuviese mareado. Era evidente que algo andaba mal.

—La mujer que vino a “hablarte”, la rubia —agregó para especificar— vi que ella puso algo en tu bebida.

—¿Qué? —respondió Jake incrédulo, luego miró el vaso de whiskey que tenía en la mano. Al observarlo de cerca, notó que había pequeños residuos de alguna sustancia química en el fondo. —¡Maldición! —dijo entonces.

—¿Qué pasa? —preguntó Serena, preocupada.

—Creo que me han drogado.



Capítulo 5
«Engañado»

Serena no se mostró sorprendida, pues al notar que la mujer había colocado alguna sustancia en el vaso de Jake, supo inmediatamente que sus intenciones no eran para nada buenas. Observó a Jake con cautela, el hombre se veía algo extraño, concluyó.

—Eso parece —respondió ella entonces.

—Empiezo a sentirme raro. Creo que me ha dado LSD —argumentó al reconocer los efectos de la droga.

—¿LSD?, ¿esa droga recreativa?

—Sí.

—¿Cómo sabes que es LSD?

—No es mi primera vez, la probé un par de veces cuando era adolescente. Además, es lo que ella consume cuando quiere divertirse.

—Entonces, ¿no estás seguro?

—No, pero es lo más probable.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Serena, escúchame con atención, pronto perderé el dominio de mí mismo, debes sacarme de aquí, ¡ya!

—¿Qué? —expresó sorprendida.

—En mi estado no podré conducir, tú deberás llevarme a casa.

—Pero yo no puedo largarme de la fiesta, mi tutor está aquí y…

—Por favor —dijo Jake, pues ya empezaba a sentir los efectos de la droga, no podían perder más tiempo— nadie puede darse cuenta de que estoy drogado. Eso arruinaría la inauguración —Serena notó su desesperación, pero no comprendía por qué le importaba tanto.

—Llamaré a Anne, ella sabrá qué hacer —dijo entonces.

—No, no puedes decirles, se armaría un escándalo si mi hermano y yo desaparecemos repentinamente antes del brindis.

—Está bien —aceptó de mala gana, entonces recordó un pequeño detalle— pero yo no sé conducir, ¿cómo lo llevaré a otro sitio? —Jake reflexionó sobre el problema por un instante antes de decir.

—De acuerdo. No es necesario salir del museo, iremos al cuarto piso, puedo ocultarme en las oficinas, luego llamarás a mi asistente Milton, él sabrá qué hacer.

—Está bien —dijo Serena y le tomó de la mano.

El entorno de Jake empezaba a distorsionarse, así que sus pasos se volvieron dudosos. Ella lo notó y se pegó más a él para equilibrarlo. Gracias a las luces tenues y al entretenimiento musical, nadie notó que ambos habían desaparecido. Cuando llegaron al ascensor, Serena presionó el botón de subir varias veces a toda prisa.

Lo introdujo al ascensor rápidamente, él sonreía como si estuviese viendo cosas muy divertidas, ella lo mantuvo quieto a duras penas.

Al llegar al piso indicado, Serena se prestó como una muleta para llevar a Jake hasta la oficina del director. Cuando ingresaron, ella cerró la puerta con llave. *«¡Dios mío! ¿Y ahora qué hago?»*, se preguntó al verlo en ese estado. Jake se había sentado en el piso contra la pared, como si no tuviera consciencia de su entorno.

—Necesito el número de Milton —expresó.

—Mi celular… Está en mi bolsillo —dijo riéndose.

Serena se agachó para sacar el celular de su bolsillo. Al ver que estaba bloqueado, tomó el pulgar de Jake para desbloquearlo. Él sonreía como si todo a su alrededor fuese de lo más gracioso.

—Serena eres tan divertida —dijo mientras le tocaba el rostro con el dedo índice.

Ella lo ignoró y rápidamente buscó el nombre de Milton en la lista telefónica para marcar al número sin perder más tiempo.

—Hola, señor, estaba a punto de llamarle. Pronto será la hora del brindis con los invitados. —contestó el asistente.

—Milton, sé que no me conoces, soy Serena Sanders, la hermana de Anne.

—Señorita Sanders, ¿por qué tiene el celular de mi jefe?

—Ha ocurrido algo terrible, estoy con él en la oficina del director en el cuarto piso, ¿puede venir a ayudarnos?

—Sí, ya voy en camino.

Siete minutos después alguien golpeaba la puerta. Serena movió la cortina levemente para indagar, al ver a un hombre supuso que era Milton, así que abrió inmediatamente. El asistente entró y observó la situación lamentable de Jake antes de decir:

—¿Qué ha pasado?

—Milton, amigo, ¿también has venido a la fiesta? —preguntó su jefe muy disperso.

—Una mujer lo drogó en la barra de bebidas —respondió Serena.

—¿Qué? —expresó incrédulo el asistente.

—Fue Katia —respondió Jake.

—¿Por qué haría algo como esto? —preguntó Milton.

—No lo sé, pero no se veía muy contenta cuando se marchó —respondió Serena— ¡Hay que llamar a emergencias!, no sé cuánto LSD ingirió.

—¡No!, no podemos llamar la atención, si la prensa se entera de esto, el escándalo opacaría la inauguración del museo. —explicó Jake.

—Entonces, ¿qué hacemos? —quiso saber Serena.

—Hay que contenerlo de alguna manera. —comentó Milton.

—¿Y cómo diablos haremos eso?

—Busca en internet, yo debo bajar para controlar la situación, su hermano está aquí, le pediré ayuda. —sugirió Milton desesperado.

—¡Maldición! Yo también debo bajar a la fiesta, se supone que soy la acompañante de mi tutor. Se pondrá furioso cuando vea que volví a desaparecer.

—¡No!, no podemos dejarlo solo, podría escaparse o tener alguna reacción adversa.

Alguien debe quedarse con él. Además, solo queda el brindis, es probable que pronto se marchen todos. —explicó el asistente.

—De acuerdo —dijo Serena tras reflexionar sobre sus palabras, pues la verdad, Milton tenía razón, era peligroso dejarlo solo en ese estado.

—Iré ahora, volveré en cuanto pueda. Pase lo que pase, debes mantenerlo encerrado aquí. ¿Lo entiendes? —insistió para asegurarse de que comprendía la gravedad del asunto.

—Haré todo lo que pueda —prometió.

A Serena le temblaban las manos cuando ingresó al navegador del celular para buscar información sobre la droga.

Al ver los resultados, se sintió angustiada. Al parecer, el LSD tenía síntomas físicos preocupantes y los efectos durarían por horas. No había mucho que ella pudiera hacer al respecto más que permanecer a su lado a ver qué pasaba. Se sentó delante de él, a unos centímetros de distancia.

Al verla tan cerca, Jake extendió la mano derecha y le tocó el rostro. La observó por unos instantes, lo suficiente para que ella notara sus pupilas dilatadas. Luego de sonreírle tontamente, él le dijo:

—Serena, ¿por qué siempre que estás cerca, tengo ganas de besarte?

.



Capítulo 6
«Efectos secundarios»

Jake había perdido todas las inhibiciones y decía lo primero que se le cruzaba por la mente. La confesión tomó a Serena por sorpresa, su ritmo cardiaco aumentó 10 veces más. De pronto apenas podía respirar, *«¡Contrólate, Serena!»*, murmuró mentalmente, tratando de mantener la compostura, ya que, por obvias razones, de momento él no podía hacerlo.

—Jake —expresó retirándole la mano de su rostro—, sé que en estos momentos no puedes controlarte, pero no hay que cruzar los límites de nuestra relación —argumentó paciente.

—¡Eres tan adorable cuando estás molesta! —prosiguió él.

«¡Santo cielo!», pensó, esperaba que Milton volviera pronto, no sabía cuánto más podría resistirse a la tentación. Viéndolo de esta manera tan frágil y accesible, simplemente le era muy difícil despreciarlo.

Mientras tanto, en la fiesta todos se reunieron para el brindis tan esperado en homenaje a Daniel Castle. Milton se apuró para hablar con Marcus que se encontraba junto a su esposa aguardando el gran momento.

—Señor Castle —saludó.

—Milton, qué bien que te encuentro, ¿has visto a Jake?

—Sí, señor, a eso vengo. El director ha sugerido que usted debería hacer el brindis, puesto que es el mayor de los hermanos y le corresponde representar a la familia Castle —argumentó Milton, ya que pensó que el momento no era oportuno para mencionar la situación de su jefe.

—Está bien, si es eso lo que él quiere.

—Así es, señor.

Desde cierta distancia, Katia observaba muy atenta todo lo que sucedía. Ya hacía como media hora que Jake había desaparecido. *«¿Dónde, diablos, te has metido?»*, se preguntó, pues en unos instantes más llegaría la cumbre del evento y ella ya no podía esperar para ver al magnánimo director del museo haciendo el ridículo ante todos.

Volviendo a la oficina del director, la situación de Jake seguía empeorando. Serena no sabía cuánto más podría soportar verlo así.

—Tengo mucho calor —se quejó y empezó a quitarse la ropa. *«¡Dios mío!, ¿y ahora qué hago?»*, se preguntó ella, tratando de hallar una solución.

—Jake ¡detente! Colocaré el aire acondicionado a tope. Ya no te desvistas, por favor. —rogó, al ver que ya se desabotonaba la camisa.

Serena se levantó a toda prisa para poner el aire a 17 centígrados. Debido al LSD, el cuerpo de Jake tuvo un súbito aumento de temperatura y empezó a transpirar excesivamente.

Ella miró alrededor desesperada, intentando encontrar alguna bebida para refrescarlo. Para su suerte, localizó un minibar que tenía agua mineral. Rápidamente, abrió una botella y trató de que Jake la bebiera.

—Toma, esto te ayudará —dijo y le pasó el agua.

—¿Por qué hace tanto calor aquí? —se quejó Jake.

—No hace calor, estás con fiebre, es todo. Ya se te pasará —prometió.

—Me siento mal, creo que no puedo respirar —dijo Jake—¿Dónde está Milton? Quiero irme a casa.

—Pronto, prometo que pronto irás a casa. Por ahora, debemos quedarnos aquí.

—Necesito levantarme —expresó e intentó ponerse de pie. Ella lo detuvo apoyando ambas manos en sus hombros.

—No puedes, es más seguro para ti permanecer sentado en el piso. Si te levantas, podrías tener un accidente.

—¿Por qué siempre me llevas la contraria? —le preguntó indignado.

—No te llevo la contraria, solo estoy cuidando de ti —le aseguró.

—¿Y desde cuándo yo te importo? —preguntó Jake, pero ella no era capaz de responder a semejante cuestión.

Desesperada, Serena miró el reloj con la esperanza de que todos pronto se marcharan del museo, pero recién había pasado un poco más de 1 hora, aún quedada al menos como media hora del evento. *«Milton, ¿dónde diablos te has metido?»*, quiso saber, pues ya quería que volviera.

Repentinamente, Jake comenzó a temblar. Ella no sabía qué hacer, así que lo abrazó para que pudiera controlar los efectos secundarios de la droga. Ambos quedaron en silencio por unos minutos. Cuando él pudo controlar los escalofríos, se atrevió a preguntarle algo que siempre había querido saber.

—Serena.

—Sí, ¿qué sucede? —dijo preocupada. Jake trató de enfocarse en su rostro y con una voz apagada le preguntó.

—¿Por qué tú …? ¿Por qué tú me desprecias?



Capítulo 7

«Honor a la reputación»

Tres años atrás. Universidad Metropolitana. Una semana antes de la graduación de Anne.

Serena se encontraba muy distraída bajo un árbol leyendo una novela clásica, cuando se acercó una compañera de clase a interrumpirle.

—No sabía que eras del tipo romántica.

—Hola, Jessy.

—Es viernes por la tarde, ¿qué haces sentada aquí?

—Nada, solo estaba pasando el rato.

—Ven —Jessy la estiró del brazo.

—¿A dónde me llevas?

—Vamos a prepararnos.

—¿Para qué?

—Para la diversión.

Dos horas después, una muy atractiva Serena llega al pub más famoso de la ciudad. Ella, que nunca había estado antes en un lugar como este, se sintió abrumada con tanto alboroto.

—Ven Serena, te presentaré a unos amigos.

Jessy la condujo por un laberinto de personas hasta llegar a una mesa en un área exclusiva del pub. Ella se dejó llevar mientras trataba de equilibrarse en los zapatos de tacones de 15 centímetros, que le había prestado su amiga para la ocasión.

—Hola a todos, les presento a mi amiga Serena, es nueva en la ciudad, así que démosle la bienvenida como se debe.

Todos saludaron a la nueva del grupo, y pidieron una ronda de cocteles para celebrar. Serena aún no tenía edad para beber, así que la novata prefirió seguir su conciencia y decidió que tomaría bebidas sin alcohol, pero Jessy insistió en que debía probar al menos un mojito.

Una hora después, ya se sentía muy mareada, por lo que decidió ir al baño para refrescarse. Cuando ingresó por un pasillo con luces de neón, su malestar empeoró, se detuvo un momento y trató de sostenerse, sujetándose por la pared. Intentó enfocar la visión y a unos metros de distancia vio a 2 personas hablando. A principio no reconoció al hombre, pero cuando su vista se adaptó a las luces de neón, confirmó su sospecha. Era Jake *«pero ¿qué hacía Jake en el país?»,* se preguntó. *«Ah, la graduación de Anne sería en una semana»,* se recordó segundos más tarde.

Quiso acercarse para saludar, pero entonces la mujer que estaba con él lo besó apasionadamente. Esa escena hizo que tuviera ganas de vomitar, así que se apresuró a entrar por la puerta del baño que tenía a un metro de distancia.

Serena se quedó allí por un buen tiempo. Intentó componerse antes de salir del baño. No quería que Jessy percibiera su rostro abatido.

Volvió por el pasillo rogando a Dios de que nadie estuviese allí, no quería encontrarse con Jake en estos momentos. Trató de recordarse así misma de que él no le pertenecía, y a pesar de las horas que pasaban hablando por celular, ellos solo eran amigos. No tenía derecho a reclamarle absolutamente nada.

Tras tremenda decepción, Serena quiso olvidar lo que había visto, por lo que ya no se negó a beber lo que le ofrecían. Media hora más tarde estaba tan embriagada que apenas reconocía su entorno. Uno de los muchachos del grupo la sacó a bailar. Ella no podía sostenerse sola, entonces el joven estudiante la sujetó por las caderas mientras hacía unos movimientos sensuales.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Serena escuchó vagamente la voz de un hombre— ¡Suéltala ahora mismo! —exigió el sujeto y a seguir sintió que era arrastrada a otro lugar.

—¡Suéltame! —demandó ella asustada.

—Serena, soy yo, ¿estás bien? —preguntó el hombre cuando se detuvieron en un lugar más tranquilo.

—¿Jake? —expresó sorprendida, y lo observó detenidamente —¿Qué haces aquí?

—Sí, soy yo, vine a ver a unos amigos —aseguró mintiendo, pues la había seguido desde casa hasta el pub cuando vio que salía con una amiga.

Como no quería parecer un acosador, su plan era aparecer casualmente en el pub, pero al llegar se le cruzó una examante muy alcoholizada y tuvo que librarse de ella primero.

— Serena, ¿por qué estás embriagada?, ¡ni siquiera tienes edad para beber!

—¡Qué te importa! —expresó ella, pues seguía molesta por lo del beso en el pasillo.

Jake ignoró sus palabras, era evidente que Serena de momento no podía pensar coherentemente.

—Ven, debes despejar tu mente, te llevaré a fuera.

— ¡Déjame en paz! ¡Ve a ocuparte de tus propios asuntos!

—Ni siquiera puedes caminar por tu cuenta, mejor te llevaré a casa.

—¡Solo déjame aquí y vete! —él la miró como si estuviera loca, entonces le dijo:

—Ni lo sueñes, no te dejaré aquí, en tu estado actual te podrían pasar cosas terribles.

—Hablas como si yo te importara —dijo decepcionada, no podía sacar de su mente la visión de Jake besando a otra mujer.

—¡Por supuesto que me importas!

—¿Y por qué diablos te importa tanto lo que me suceda a mí? —reclamó enfadada.

«¿Acaso Serena estaba ciega?», se preguntó, pues llevaban meses hablando y conociéndose, para cualquiera era obvio lo mucho que ella le importaba. Jake no quería confesar sus sentimientos de esta manera, pero ella no le había dejado otra opción. Entonces le dijo muy irritado.

—¿Por qué crees tú?, ¿no es obvio? ¡Es porque tú me gustas!

Al día siguiente, Serena despertó con una jaqueca infernal. Se sentó en la cama tratando de orientarse, su memoria estaba borrosa y tenía ganas de vomitar. Miró alrededor y notó que se encontraba en casa.

«¡Por todos los santos! ¿Cómo diablos había llegado allí?», se preguntó. De pronto

recordó algunos momentos de la noche anterior. Vio a Jake gritándole y él había dicho que…

—¡Dios mío! —exclamó al recordar la confesión de Jake.

—¡Ni que lo digas! —dijo su compañera de cuarto.

—Faith, ¿cómo llegué a casa anoche? —preguntó a toda prisa.

—Un galán te trajo, por cierto, era muy guapo. ¿Por qué no me dijiste que tenías un novio?

—¿Novio? —preguntó sorprendida, pues no tenía idea de quién hablaba.

—Bueno, eso fue lo que me pareció, te colgabas de su cuello desvergonzadamente, así que pensé que era tu novio.

—¿Qué?

—¿No recuerdas nada de lo que pasó?

—No mucho, la verdad.

—Hiciste todo un escándalo, no querías que se marchara, y además vomitaste encima de él.

—¿Qué?

—Sí, tuvo que dejar la chaqueta para que lo lavara. Ten, esto estaba en su bolsillo. —expresó pasándole 2 objetos.

Serena tomó la tarjeta personal y la llave de un hotel, que sin duda era de lo más prestigioso, lo supo por el logo que traía en el llavero. Revisó el pedazo de papel y se sintió muy aliviada al descubrir que Jake la había traído a casa.

—¡Santo Dios! ¡Qué humillación! —exclamó al pensar que Jake la vio en semejante estado. Ella que trataba de conquistarlo.

—Al menos no intentaste meterlo a tu habitación, eso hubiera sido muy embarazoso para mí.

—Lo siento mucho —se disculpó muy sonrojada.

—Nunca te había visto así, ¿por qué bebiste de esa manera? —Serena intentó acordarse, pero de momento su mente era como una nube gris.

—No lo sé, supongo que por tonta —argumentó, pues no recordaba casi nada.

—Espero que no lo vuelvas a hacer, es muy peligroso que una mujer se exponga de esta manera.

—Lo sé, fue una estupidez, no volverá a pasar.

—Por cierto, me dijo que quería que le devolvieras la chaqueta en la tarde.

—Lo haré, gracias —expresó aún muy avergonzada por su comportamiento.

Cuando se repuso del malestar, Serena empezó a hacer sus tareas pendientes. Ya cerca del mediodía, decidió ir al hotel de Jake. Era un edificio antiguo, uno de esos lugares lujosos, super exclusivos, habilitado solo para la élite social. A fin de asegurarse de que estaba en el lugar correcto, ella preguntó en la recepción si el señor Castle se había hospedado allí.

La recepcionista quiso saber de qué lo conocía, ella le comentó que era hermana de la esposa de Marcus Castle. Después de comprender su parentesco, la mujer le confirmó que Jake era un huésped del hotel, pero cuando quiso indicarle el número de habitación, Serena le mostró la llave que tenía en manos, dándole a entender de esta manera que ya tenía esa información.

Serena subió hasta el sexto piso, ya que el número de la habitación era 607. De camino intentó calmarse, pues de pronto se sentía muy ansiosa por el reencuentro. Después de casi 1 año de amistad a distancia, finalmente podría hablarle de sus sentimientos a Jake.

Respiró hondo, tomó valor y cuando estuvo a punto de tocar la puerta, se detuvo a medio movimiento debido a que oyó los gritos de una mujer. Por curiosidad, apoyó la cabeza en la

puerta para escuchar lo que pasaba.

—SÍ, SÍ, HAZLO, MÁS DURO, MÁS RÁPIDO.

«Por todos los cielos», pensó, *«¿Jake estaba con una amante?»*

—¡TE DIJE QUE MÁS RÁPIDO! —exigió la mujer.

«¡Dios, no!», pensó Serena, quedando pasma. Sus sentidos se bloquearon y ya no pudo escuchar nada. Momentos después, sus piernas también le fallaron y cayó al piso sin más remedio.

No había querido creer en los rumores sobre el menor de los Castle, evitó leer revistas de chismes para no enterarse de nada negativo sobre él, pero ya no podía hacer oídos sordos ante lo que acababa de pasar. Debía aceptar los hechos, ahora mismo Jake estaba teniendo sexo al otro lado de esa puerta.

Apretó la cabeza pensando que su cerebro explotaría en cualquier momento. De pronto, vestigios de la noche pasada aparecieron en su mente. Ella se encontraba nuevamente en el pasillo del pub y “Jake besaba a una desconocida”.

Serena, no podía creer en su falta de escrúpulos, pues después de besar a esa mujer, el muy depravado tuvo el descaro de decirle que la quería.

«¡Maldito playboy!», concluyó mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Con el corazón destrozado, se vio forzada a admitir la verdad, pues ella misma acababa de confirmar, por su cuenta, que Jake Castle, era un libertino.



Capítulo 8
«Expectativas»

Milton acababa de despedir a los últimos invitados cuando Marcus se acercó a él para indagar sobre el paradero de Jake. Como no quería revelar la verdad, inventó una excusa válida.

—¿Ya se va señor Castle?

—Sí, ¿dónde está mi hermano? —preguntó el CEO directamente.

—Una invitada se sintió mal y el director la acompañó a su casa.

—Entiendo —dijo Marcus comprendiendo la indirecta.

—¿Necesitaba algo?

—No, solo me preguntaba por qué razón había desaparecido.

—Ah, entiendo.

—De acuerdo, dígale que me llame mañana en cuanto pueda.

—Por supuesto señor.

Mientras tanto en la oficina del director Serena intentaba controlar sus emociones, recordar el pasado siempre la afectaba más de lo que deseaba admitir. Y de momento no podía molestarse con Jake, pues su estado era lamentable.

—Tengo mis razones —argumentó.

—¡Cuéntamelas! —insistió él.

—Tal vez en otra ocasión, cuando estés sobrio —comentó.

—¡Pero en verdad quiero saberlo! —se quejó.

Cuando Serena estuvo a punto de perder la paciencia, alguien golpeó la puerta, *«salvado por el bombo»* pensó y abrió para ver quién era. Milton entró rápidamente a la oficina.

—¡Al fin estás aquí! —se quejó ella.

—Tuve que esperar a que todos fueran a casa para no levantar sospechas. ¿Cómo sigue?

—Está mal, pero creo que ya ha pasado la peor parte.

—Hay que sacarlo de aquí, necesitamos llevarlo hasta el estacionamiento subterráneo.

—¿Los empleados ya se marcharon?

—Sí, por eso demoré, me certifiqué de que nadie siguiera en el museo.

—De acuerdo, te ayudaré a llevarlo hasta el estacionamiento.

—¿Cómo irá usted a casa?

—Tomaré un taxi, no se preocupe, lo importante ahora es sacarlo de aquí para que vea un médico —aseguró.

—Está bien, llevémoslo.

Ambos levantaron a Jake que seguía orbitando en otra galaxia. Cuando lo subieron al auto, Milton se despidió y Serena llamó un taxi. Una hora después, llegó totalmente exhausta a su pequeño departamento, lo único que deseaba era desvestirse y dormir, *«ya mañana pensaré en una buena excusa para Rinaldi»,* pensó.

Milton se encargó de llevar a Jake sano y salvo hasta su casa. De camino había llamado a un médico para que pudiera asegurarse de que este pequeño incidente no pasara a mayores.

Cuando Jake abrió los ojos al día siguiente, cerca de las 9 de la mañana, sentía como si alguien más hubiera usado su cuerpo la noche anterior. Sus recuerdos se habían distorsionado sin duda, pues en su mente tenía una imagen vaga de Serena Sanders abrazándolo amablemente.

Milton se acercó a su cama con una bandeja de café en manos en cuanto vio que estaba despierto.

—Buenos días, señor, ¿cómo se siente?

—Es como si un *alien* hubiera usurpado mi cuerpo.

—Entiendo. El médico dijo que se sentiría extraño por un par de días.

—Está bien. Pásame el café y siéntate, necesito que me cuentes a detalle todo lo que sucedió ayer.

—De acuerdo, señor.

Milton describió todo lo que sabía sobre el incidente, que no era mucho, pues, debido a la hora, no fue capaz de interrogar a la señorita Sanders para saber más detalles.

—Entonces, Serena, ¿de verdad estuvo allí?

—Ella fue quien lo salvó, señor. Si no fuera por la Señorita Sanders, probablemente estaría en la primera plana por motivos escandalosos.

—Katia, ¡esa maldita narcisista! —recordó.

—¿Qué hará ahora, señor?

—Aún no lo sé, pero sin duda le daré su merecido.

—Me refería a la señorita Sanders.

—Ah, debo agradecerle por lo que ha hecho, por supuesto. Aunque no sé si ella realmente desee mi agradecimiento. —comentó reflexivo.

—No lo entiendo, señor.

—Ella me detesta —afirmó.

—¿En serio? —expresó Milton muy extrañado— Eso es muy difícil de creer.

—¿Por qué lo dices?

—La señorita Sanders se veía realmente muy preocupada por usted, yo incluso pensé que ella…

—¿Pensó que ella qué?

—Tenía sentimientos por usted.

—¿De verdad? —expresó incrédulo.

—Fue lo que me pareció.

—No lo sé, me cuesta creer que yo le interese.

—En mi opinión, a juzgar por su comportamiento, diría más bien que usted le interesa mucho —afirmó Milton.

«¡Vaya!», pensó Jake. No había esperado que su pequeño percance le hubiera traído semejante novedad. *«¿Serena Sanders interesada en él?»*, lo dudaba, pero era algo que valdría la pena comprobar.

—Milton —expresó después de reflexionar.

—Diga, señor.

—Tengo una misión para ti.

Serena despertó cerca de las 11 de la mañana. Aún seguía muerta del sueño, pues no durmió casi nada debido a la preocupación. Quería saber si Jake se encontraba bien, pero no sabía cómo contactarlo, ni siquiera tenía el número de Milton para preguntar por él.

Rápidamente, se duchó y preparó algo de comer. *«Estará bien»* se dijo a sí misma para dejar de pensar en Jake y concentrarse en sus propios asuntos, ya que, aún no sabía que excusa darle a Rinaldi por su desplante.

En la tarde fue a trabajar como de costumbre. Esperaba recibir un sermón por parte de su tutor, pero este, actuó como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de su ausencia en toda la noche.

—Sanders, terminaste con todo lo pendiente —preguntó de manera mecánica.

—Sí, todo está listo, hoy pasan a buscar las piezas que irán a Londres.

—Perfecto, pues te han llamado de la universidad.

—¿Por qué?

—Era algo relacionado con tu pasantía. Debes pasar a firmar unos papeles al final de la tarde. Al parecer, perderé a mi asistente antes de lo esperado. —Expresó en un tono supuestamente decepcionado.

—Lo siento mucho, señor.

—Descuida, me enviarán a otro aprendiz. —*«Por supuesto, olvidé que éramos meras herramientas reemplazables»*, pensó ella antes de responder amablemente.

—Entiendo, igualmente estoy agradecida por la oportunidad de trabajar con usted, supongo que en breve volveré a verlo para la tesis.

—Por supuesto, por supuesto —expresó el hombre muy conforme.

«¡Al fin, buenas noticias!», pensó Serena, pues si la llamaron era porque ya habían logrado encontrar un museo al cual asignarle. Lo que implicaba que finalmente haría su pasantía y no perdería el semestre.

En la tarde, Jake fue a la oficina para hablar con Silvia. Conocía a su curadora, sabía lo mucho que detestaba trabajar con inexpertos. De hecho, ella solo había aceptado su oferta de trabajo porque le prometió que nunca se vería forzada a entrenar a ningún estudiante recién graduado.

Su negativa a tener una aprendiz, le aseguraría una ventaja, pero Jake, quería certificarse personalmente de que todo marchara según lo planeado. Ya que así, él no tendría más opción que

hacerse cargo de Serena.

—Jake, me preguntaba cuando aparecerías por la oficina. —expresó la curadora ingresando a su sala— Milton dijo que querías hablarme.

—Estuve ocupado con algunas pendencias de la fundación —mintió.

—Entiendo, la inauguración fue un éxito, aunque esta mañana escuché unos extraños rumores en el pasillo.

—¿Sobre quién?

—Sobre el señor Haim.

—Ah… eso. Fue un pequeño incidente, sin mucha importancia la verdad, pero en la siguiente ocasión, consigue a alguien más.

—¿Qué pasó? —preguntó preocupada.

—Una estudiante lo puso en ridículo durante la fiesta.

—¿Qué? —dijo incrédula. Debido a que Zafir Haim siempre tuvo una reputación impecable, además, era su mentor y lo admiraba mucho, se sentía indignada con semejante humillación.

—Lo vi con mis propios ojos —aseguró Jake, para ponerle más leña al fuego. La expresión de Silvia le decía que había caído en la trampa.

—Entiendo…—dijo reflexiva— me pregunto qué tipo de estudiante se atrevería a desafiar a una eminencia como Zafir Haim. —expresó con condescendencia.

—Justamente de esta persona quería hablarte.

—Te escucho —dijo muy interesada pensando que Jake quería tomar algún tipo de represalia en contra de la mujer por haber cometido semejante insolencia.

—Pretendo contratar a la estudiante para que sea tu aprendiz.

—¿Qué?, ¿quieres que tenga una aprendiz? —dijo indignada tan solo por la idea de tener que entrenar a una neófita, y más aún, a una que fuera tan irrespetuosa.

—Sí.

—Creí que el museo no tenía un programa de pasantías.

—No lo tiene, esto es…

—Ya he contratado a un profesional para ser mi asistente, no necesito a una novata —le aseguró. Ella no tenía ninguna intención de darle oportunidad a una mujer que había ofendido a

su mentor.

—Entiendo, pero…

—Además, a partir de ahora, hay mucho trabajo que hacer. No dispondré de tiempo para entrenar a una estudiante inexperta —le recordó.

—Pero como acabas de admitirlo, es bastante capaz —insistió.

—Incluso, si lo es, si aún no se ha graduado, significa que no tiene práctica.

—Esa es la razón por la que quiero que trabaje contigo.

—Lo siento, pero cuando acordé trabajar para ti, conocías mis reglas —dijo para acabar con la discusión, puesto que de ninguna manera ella aceptaría a la mujer.

Jake trató de lucir indignado con su respuesta, ya que no podía permitir que nadie se enterara de sus verdaderas intenciones.

En la mañana, cuando Milton le informó que Serena necesitaba hacer una pasantía, tuvo la brillante idea de traerla al museo para trabajar como su aprendiz.

Esta decisión tenía un doble propósito, la primera era de compensarla por su buena acción y la segunda de tenerla cerca para comprobar por sí mismo, si su asistente personal estaba en lo correcto respecto a los sentimientos de Serena. Así que, la rotunda negativa de Silvia solo había favorecido a sus planes.

—Está bien —aceptó supuestamente de mala gana y luego agregó— Si tú no quieres hacerlo, tendré que hacerlo yo mismo, pues ya le he enviado mi solicitud a la universidad esta mañana.

Silvia observó detenidamente a Jake, no podía creer en lo que acababa de escuchar. *«¿Quién será esta mujer?», se* preguntó. Sentía mucha curiosidad, pero no estaba dispuesta a ceder a estas alturas, así que le advirtió.

—Está bien, pero cuando pierdas la paciencia, no te atrevas a pedirme auxilio.



Capítulo 9
«Buenas noticias»

Al final de la tarde, Serena se dirigió a la universidad, muy emocionada con la idea de trabajar en un museo. Finalmente, adquiriría la experiencia práctica que era un requisito básico para su profesión. Era el primer paso para cumplir su sueño de ser una curadora reconocida.

—Buenas tardes, he venido para firmar unos papeles relacionados con mi pasantía.

—¿Su nombre?

—Serena Sanders.

—Un minuto por favor —respondió la secretaria académica y entró el sistema de la universidad desde su computadora. En unos instantes imprimió los papeles.

—Aquí están, lea y firme en la última página, por favor.

Serena verificó la documentación, cuando leyó el nombre del museo, creyó que había algún tipo de error.

—Señorita, ¿está segura de que me asignaron al Museo de Arte e Historia Daniel Castle?

—Sí, es lo que aparece en el sistema.

—Pero hasta donde sé, ellos no tenían un programa de pasantías —argumentó.

—Al parecer es algo reciente.

—Entiendo —expresó aún sorprendida, luego firmó los papeles.

—Bien, mañana usted deberá presentarse al museo. Allí le indicarán a qué departamento será asignada y su horario de trabajo.

—Muchas gracias. —dijo Serena y se retiró.

De camino a casa se puso a pensar en una conversación que tuvo con Anne. Estaba segura de que ella le había dicho que el museo de la familia Castle no tendría un programa de pasantías, pues la curadora encargada del proyecto solo trabajaba con profesionales experimentados.

Al día siguiente Serena despertó muy entusiasmada. Cerca de las 7 de la mañana se vistió y desayunó rápidamente para tomar un taxi hasta el museo. Al llegar se presentó en la recepción.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió la recepcionista.

—Soy Serena Sanders, la nueva aprendiz, me han enviado de la Universidad Metropolitana.

—¿Aprendiz? —expresó la mujer extrañada.

—Sí.

—¿Sabe con quién trabajará?

—Supongo que con la curadora del museo.

—Entiendo, un momento, por favor. —La recepcionista llamó por teléfono a Silvia.

—Buenos días, señorita Santoro.

—Buenos días, ¿qué sucede?

—Tengo aquí a una joven que dice ser su aprendiz.

—Ah, debe ser la chica nueva, mándala con el director.

—De acuerdo —la mujer colgó y le dijo a Serena— Suba al cuarto piso, siga por el pasillo hasta el final, allí encontrará la oficina del director.

—De acuerdo —dijo intrigada, pues no comprendía por qué la estaban mandando a la oficina del director, que por cierto no tuvo oportunidad de conocer la noche anterior debido al incidente con Jake.

Unos minutos después, Serena tocó la puerta. “Pase”, dijo una voz que ella inmediatamente reconoció. Era Milton, *«¿qué estará haciendo el asistente de Jake en la oficina del director?»*, se preguntó. Al ingresar a la sala, miró inmediatamente hacia el escritorio. Allí vio a una figura masculina que observaba la ciudad a través del vitral, supuso que el hombre sería el misterioso director.

—Buenos días, soy la nueva aprendiz, mi nombre es…

—Serena Sanders —respondió el individuo girando para encararle.

—¿Jake?

—En carne y hueso.

—¿Tú eres el director? —expresó incrédula y luego se preguntó en qué momento, exactamente, el playboy más famoso de la ciudad se había convertido en un filántropo, pues costaba mucho creer que ese hombre hubiera podido reformarse.

—Así es, creí que ya lo sabías, puesto que se anunció ayer públicamente en la gala.

«¡Maldición!», pensó. Como ella llegó tarde, al parecer se había perdido de la gran noticia.

—No lo sabía —afirmó unos segundos después.

—Supongo que tampoco viste las noticias esta mañana.

—Pues no. Me he despertado muy tarde esta mañana —expresó estirando las palabras irónicamente. *«Desperté tarde, y fue por tu culpa»* pensó.

—Entiendo. Milton, déjanos solos, por favor —el asistente se retiró rápidamente, entonces Serena preguntó.

—¿Ya te sientes mejor?

—Sí, aunque sigo algo despistado.

—Comprendo —dijo ella juntando las manos y mirando alrededor.

—Ayer no pude agradecerte por la ayuda —expresó Jake para llamar su atención.

—No hay nada que agradecer, cualquiera hubiera hecho lo mismo en semejante situación —afirmó restándole importancia al asunto.

—Yo no estaría seguro de ello, así que gracias.

—De nada —respondió incómoda.

—Tengo entendido de que debes realizar una pasantía.

—Así es. Me acaban de asignar a este museo —afirmó.

—Te graduarás en museología y curaduría, ¿correcto? —dijo Jake revisando una carpeta.

—Sí, por eso necesito hacer la práctica profesional.

—Entiendo —respondió sin saber cómo explicarle que, él sería su mentor. Al ver que

Jake ya no le decía nada, Serena preguntó entonces.

—Por cierto, ¿por qué me mandaron a tu oficina?

—Pues, porque… a partir de ahora, tú serás mi aprendiz.



Capítulo 10
«El mentor»

Serena lo miró como si estuviese loco, *«¿acaso ella había caído en un universo paralelo?»*, se preguntó. Al ver su expresión, Jake supo que ella aún no podía creer en lo que acababa de escuchar. Eso le produjo cierta satisfacción, así que le sonrió descaradamente.

—¿Qué? —dijo ella cuando terminó de procesar sus palabras.

—Serás mi pasante, técnicamente mi aprendiz.

—Pero, creí que yo trabajaría con la señorita Santoro —afirmó.

—La señorita Santoro de momento no dispone de tiempo para aceptar a una aprendiz.

—Entonces… Trabajaré ¿para ti?

—Precisamente… —Al notar su decepción, agregó para convencerle—. Por supuesto, si no deseas aceptarme como mentor, siempre puedes buscar otro museo. Aunque me temo que, a estas alturas, será difícil hallar una vacante disponible —le advirtió.

Serena pensó que Jake había perdido el juicio, pero luego reflexionó sobre sus palabras, y la verdad era que él tenía razón, por lo que ella no tenía otra opción sino aceptar su propuesta. Sabía que, si rechazaba la asignación dada por la universidad, no había forma de garantizar que conseguiría otro lugar para hacer la pasantía, *«al menos no, por este semestre»*, pensó. Además, *«¿quién en su sano juicio rechazaría trabajar en el museo de la familia Castle?»*, *«eso sería como rehusarse a beber del mejor vino»*, se recordó a sí misma.

—Creo que no me queda otra alternativa más que aceptarlo como mentor —expresó sin mucho ánimo.

—¡Genial!, entonces serás mi aprendiz. —dijo para provocarla. Ella le echó una mirada asesina, dejando tácito de que no estaba conforme con la situación, entonces Jake agregó para calmar los ánimos—. Milton, te mostrará la oficina y te explicará cómo funcionan las cosas, por aquí —declaró y tomó el teléfono para llamar a su asistente.

—Espera… —dijo ella para detenerlo—, me gustaría que acordáramos algo primero.

Jake la observó por un instante. *«Serena no me facilitará las cosas»*, pensó, luego dijo:

—Y bien, ¿de qué se trata?

—Aunque técnicamente eres mi pariente político, me gustaría que mantuviéramos un trato formal, esto facilitaría nuestra relación de mentor y aprendiz.

—Entiendo… —dijo reflexivo, pues sabía perfectamente lo que ella pretendía con esta sugerencia—. Está bien, estoy de acuerdo.

—Me gustaría que me llamara de señorita Sanders, o solo Sanders si así lo prefiere. Por

mi parte, yo lo llamaré, señor Castle —Jake se rio por la ironía del destino. Serena no comprendió el chiste, así que preguntó:— ¿De qué te ríes?

—Lo siento, es que tu sugerencia me recordó a los viejos tiempos.

—Ya —dijo al comprender que se refería a Anne.

—¿Qué más?

—Sé que seré una aprendiz, pero me gustaría no ser menospreciada por este hecho —aclaró, pues ya estaba cansada de ser tratada como una mera herramienta de trabajo.

—Por supuesto, aquí será tratada con respeto —le aseguró Jake.

—También quisiera tener un horario razonable.

—Comprendo, no obstante. Como a partir de ahora será mi aprendiz, debo advertirle que mi carga horaria es pesada. Aunque si realmente lo que desea es aprender cómo manejar un museo, le conviene permanecer a mi lado el mayor tiempo posible.

—Entiendo… —dijo reflexiva—. No me quejaré del trabajo, mientras pueda aprender más sobre el oficio —ella argumentó.

—Me parece justo. ¿Alguna otra regla?

—Solo una cosa más. Cuando cumpla la carga horaria de mi pasantía. Me gustaría ser considerada para un puesto en el museo —solicitó.

—Si usted cumple con mis expectativas, le puedo asegurar que tendrá un puesto permanente —afirmó Jake.

—Entonces tenemos un acuerdo —dijo ella y le extendió la mano. Él hizo lo mismo antes de decir.

—Por supuesto, señorita Sanders.



Capítulo 11
«La chica nueva»

A pesar de las sorprendentes noticias, Serena se encontraba bastante animada, pues como dicen, *«no hay mal que por bien no venga»*, y si el costo de trabajar para un museo tan codiciado era soportar a Jake, ella lo haría con mucho gusto. Sabía que si lo rechazaba sería una tonta, ya que sus compañeros de la universidad matarían por conseguir su puesto.

—Y… ¿Cuándo debo iniciar con mis obligaciones? —preguntó llamando la atención de Jake que la observaba atentamente.

—Puedes empezar hoy mismo. Milton te mostrará la oficina y te presentará al personal.

—Está bien —dijo reflexiva. Jake tomó el teléfono y llamó a su asistente.

—Milton, pasa a mi oficina, por favor —minutos después él abrió la puerta.

—Dígame señor.

—Milton, a partir de hoy la señorita Sanders será mi aprendiz, ella nos acompañará en todo momento y será parte de nuestra agenda. Deberás compartir ciertas labores con ella para que pueda hacer sus prácticas.

—Entiendo, señor.

—Ahora por favor preséntala a los demás funcionarios. También debes presentarla a Silvia, aunque déjale claro que la señorita Sanders estará a mi cargo.

—De acuerdo, señor. Señorita Sanders, acompáñeme por favor.

Serena lo siguió en silencio. Cuando llegaron a su oficina, quedó muy sorprendida. Había creído que le darían una mesa en alguna esquina oscura, un lugar donde las ratas y las cucarachas armaban sus nidos, pero no, le asignaron una sala que compartiría con Milton en una de las áreas más bonitas del edificio.

—Este lugar es muy hermoso —afirmó, el asistente de su mentor la miró, y sonrió satisfecho.

—Sí, el señor Castle puso mucho empeño para que este sitio se viera fuera de serie.

—Me cuesta creer que él sea el director.

—Ya te acostumbrarás —afirmó Milton.

—¿Cómo es él como jefe? —preguntó curiosa, pues el hombre que ella recordaba era incapaz de inspirarle respeto o confianza.

—Es excelente, nunca tuve un jefe como él.

—Bien, esperemos que estés en lo cierto —expresó esperanzada, ya que lo último que deseaba era tener que lidiar con un seductor.

Más tarde, Milton la llevó a presentarse con los funcionarios del área de restauración. Finalmente, conoció a Silvia Santoro, personalmente la admiraba, había leído sus publicaciones y quedó impactada con su profesionalismo y nivel de experiencia a tan temprana edad.

—Señorita Sanders le presento a nuestra curadora, la señorita Santoro.

—Es un honor conocerla —dijo Serena esperando una respuesta, sin embargo, la mujer la miró de pies a cabeza sin decirle una sola palabra. Cuando terminó de inspeccionarla, expresó.

—Espero que el señor Castle sepa lo que está haciendo.

—No se preocupe, señorita Santoro, el señor Castle se hará cargo de la señorita Sanders.

—Eso es lo que me preocupa —expresó irónicamente, Serena entendió su indirecta. Cuando estuvo a punto de responderle a la curadora, Milton la tomó del brazo.

—Venga señorita Sanders, aún debo mostrarle las instalaciones.

Una hora más tarde, Serena estaba en su oficina leyendo un par de documentos de la última adquisición del museo. Como asistente del jefe, Milton era el encargado de recibir la documentación. Una vez que la curadora hubiera comprobado la autenticidad de las obras y se decidiera adquirir una nueva reliquia para el museo, el papeleo pasaba por su oficina para que Jake pudiera firmarlo.

—Esta es nuestra próxima adquisición, el señor Castle, irá esta noche personalmente a comprobar la autenticidad de la obra, pues se presentará al público en una subasta muy exclusiva.

—Entiendo —dijo Serena, muy intrigada, puesto que ella apenas si había sido capaz de participar en un par de subastas durante el tiempo en que fue una estudiante.

De pronto sonó el teléfono, era el jefe, Milton se apresuró a contestar.

—Diga señor.

—Que pase la señorita Sanders, por favor.

—De acuerdo —contestó y luego de colgar dijo— El jefe quiere verte.

—¿A mí? —dijo algo preocupada.

—Sí.

Serena pasó a la oficina con el corazón en la mano, era su primer día de trabajo, *«sería posible que ya hubiera hecho algo mal»* se preguntó.

—¿Me llamó señor? —dijo al ingresar a la oficina.

—Sí, necesito que estés lista para las 19 horas.

—¿Lista para qué?

—¿No te lo dijo Milton?

—¿Decirme qué?

—Que serás mi pareja esta noche en la subasta.

—¿Qué? —expresó sorprendida.

—Usualmente, él me acompaña a estos eventos, pero me parece que es una buena oportunidad para que tú veas con tus propios ojos cómo es este trabajo.

—Entiendo —dijo cuando comprendió lo que se esperaba de ella.

—La recogeré a las 19, la teñida es de gala —le avisó.

—Está bien —dijo ella y giró para retirarse, pero luego recordó algo y le preguntó— ¿sabe dónde debe recogerme?

—Se lo preguntaré a Milton, imagino que su dirección está en su currículo —afirmó.

—Sí, por supuesto.

—Está bien, la veo más tarde —expresó a modo de despido.

Serena cerró la puerta y soltó la respiración. *«¿Y ahora qué haría?» Estaba* segura de que

no tenía nada que vestir para esta noche, *«¿y dónde encontraría una ropa apropiada a última hora?», «¡maldición!»,* pensó.

—¿Está usted bien? —le preguntó Milton, al ver su expresión abatida.

—Sí, solo estaba pensando en que debo ir con el señor Castle en la subasta de esta noche y que no tengo nada que ponerme.

—Ah, sobre eso, no tuve la oportunidad de comentarle al respecto, pero cuando el señor Castle me avisó sobre el tema, me pidió que le proporcionara el atuendo adecuado.

—¿Qué?

—Es un regalo de su parte —dijo el asistente y le entregó 2 cajas a Serena—, pero yo creo que es su modo de agradecerle, si me lo pregunta usted, aunque el señor Castle nunca lo admitiría —dijo en voz baja.

Serena abrió la primera caja y vio un hermoso vestido en color amarillo. En la parte frontal, el diseño tenía delicados pliegues de tela con un escote V, poco pronunciado. La espalda tenía el mismo escote con unas cintas que afinaban la cintura como un corsé. En la parte inferior el corte era de tipo sirena que acentuaba las caderas. Abrió la otra caja y encontró un par de sandalias en color dorado con incrustaciones de piedras. Al ver la marca del vestido y el zapato, respiró hondo antes de decir.

—No puedo aceptarlo.

—Por supuesto que sí, y aunque no lo quiera, como bien ya dijo, lo necesita para esta noche.

—Hummm —expresó y segundos después agregó—, tal vez como un préstamo —afirmó. Milton trataba de no reírse.

—De acuerdo —respondió él para que ella aceptara.

Dos horas más tarde, Serena intentaba maquillarse para ir al dichoso evento. Escuchó una bocina en la calle, entonces se asomó para mirar por la ventana. Era Jake que se encontraba majestuosamente recostado por un Lamborghini de color negro. El hombre se veía como un modelo de portada de revista.

Veinte minutos después, ella bajó por las escaleras a duras penas, pues los tacones de las sandalias eran de 10 centímetros. Cuando se aproximó a él, vio que su postura relajada se volvió tensa y se enderezó con prontitud.

—¿Estás…? —expresó, sin poder completar la frase. Entonces ella dijo:

—Lista.

—Sí —dijo él, direccionándola para que subiera en el asiento al lado del conductor. A seguir subió él y puso el auto en marcha.

Serena trataba de calmar su corazón. Ver a Jake vestido con un traje color azul Oxford posando como modelo profesional fue una de las visiones más eróticas que había tenido en la vida.

—¿Todo bien? —preguntó él al ver su expresión afligida.

—Sí, ¿por qué?

—Es que me da la impresión de que vas a vomitar en cualquier momento.

—Estoy bien —afirmó, luego agregó—. Simplemente, no estoy acostumbrada a este tipo de eventos —argumentó.

—No te preocupes, yo te guiaré. Será bueno para ti, conocerás a las personas más importantes en nuestra área.

—Entiendo, “ahora ya me siento mucho mejor” —expresó irónicamente. Jake sonrió, y el corazón de Serena dio un brinco.

—Lo siento, mi intención no era ponerte más nerviosa.

—Está bien, de todas formas, tendré que hacerlo algún día, así que es mejor antes que tarde, ¿no? —expresó.

—Ese es el espíritu.



Capítulo 12
«Cuidado con los millonarios»

Cuarenta y cinco minutos después llegaron a una mansión que parecía sacada de un cuento de hadas. Serena, muy impresionada con la fachada del edificio, estaba sin palabras, cuando se recompuso de la conmoción, dijo:

—¿Quién vive aquí?

—Mi enemigo declarado —ella lo miró como si estuviese hablando en chino— Vincent Turner.

—¿El multimillonario Vincent Turner? —dijo animada.

—¿Así que, lo conoces? —preguntó curioso.

—No, solo lo he visto un par de veces, en revistas —agregó para aclarar.

—Entiendo —dijo reflexivo.

Aparcaron en frente a la entrada principal, un valet los recibió, Jake le entregó las llaves y luego le abrió la puerta a Serena para que bajara del vehículo. La tomó del brazo para subir los escalones e ingresaron al vestíbulo, el mayordomo los acompañó al salón en donde se llevaría a cabo la subasta.

Ella intentó mantener la compostura, pero estar pegada al cuerpo de Jake le producía escalofríos involuntarios. Lo observó rápidamente para ver si él lucía igual de inquieto, pero no, caminaba con determinación y su porte era digno de un rey. Respiró hondo para calmarse, él se dio cuenta de su nerviosismo y le presionó el antebrazo suavemente con la otra mano antes de decir:

—No te preocupes, todo irá bien —ella lo miró sorprendida.

—Yo…

—Vamos, te presentaré a algunas personas.

Caminaron por un corredor lleno de reliquias. La decoración de la mansión era muy extravagante. La mayoría de los objetos eran medievales. Jake la presentó a los directores de varias galerías de arte, incluso se tropezaron con el señor Rinaldi que estuvo muy contento de verla allí. Una hora después, ella ya se encontraba más relajada. Bueno… eso fue hasta que se encontraron con Katia, la ex de Jake.

—¡Qué rápido me has encontrado un reemplazo! —dijo la mujer acercándose a ellos.

—Katia, porque no me sorprende verte por aquí —expresó Jake. *«¿Katia?, ¿la loca Katia?»,* se preguntó Serena.

—¿Así que fue por ella que me dejaste?

—No alucines. Además, después de lo que me hiciste deberías estar en la cárcel.

—¿Por esa pequeña broma?

—¿Pequeña broma, dices? —Jake aspiró el aire con fuerza— ¡pudiste matarme!

—¡Vamos! No es para tanto —aseguró— Además te lo merecías.

—Hoy no estoy de humor para tener esta conversación —le informó Jake y tomó a Serena del brazo para apartarse de Katia.

Cuando la subasta empezó, se presentaron muchas piezas exclusivas. Serena finalmente comprendió por qué habían acudido allí, algunas de las reliquias eran exquisitas. Jake pujó por la obra que quería, y por supuesto logró comprarla. Al terminar la subasta, él le dijo:

—No fue tan difícil, ¿verdad?

—Pues la verdad, no mucho.

—Te dejaré un par de minutos, debo ir a pagar por la pieza.

—Está bien.

Ni bien Jake se alejó de ella, un hombre muy atractivo se apareció frente a Serena.

—Buenas noches, me temo que aún no nos han presentado —expresó aproximándose de ella el caballero con 2 copas de champán.

—Me temo que no —dijo ella admirada, pues era el mismísimo Vincent Turner.

—Soy Vincent —expresó con una sonrisa pícara y le entregó la bebida.

—Serena —dijo ella con una sonrisa y aceptó el champán.

—Es un placer conocerla, ¿es usted curadora?

—Museóloga y curadora, más bien —afirmó.

—Interesante —expresó con una sonrisa calculadora— supongo que, recién graduada.

—Precisamente, ¿se nota?

—Si me permite hacer un comentario superfluo, debo decir que nunca he visto a una museóloga tan joven, y más aún, una tan atractiva. Imagino que su belleza no hace más que acentuar las preciosidades de un museo —aseguró, Serena se rio discretamente por semejante comparación.

—Así usted me deja avergonzada.

—¿Por qué? —preguntó curioso.

—No creo ser merecedora de tal halago —afirmó.

—Ah, ¿no?, pues yo diría que sí.

—Confieso que para mí un museo no solo muestra la belleza del arte, sino que también demuestra el valor de la creatividad y transmite la voz del alma. Así que, no me siento digna de semejante comparación.

Su respuesta sorprendió a Vincent, se dio cuenta de que estaba en frente de una persona extremadamente inteligente. Se sintió intrigado, *«¿de dónde habrá salido semejante mujer?»*, se preguntó, pues nunca la había visto antes.

—¿Ha venido para valuar alguna pieza? —inquirió curioso.

—Sí, vine para ayudar con una adquisición —afirmó, y empezó a mirar alrededor. Al ver que Serena observaba el entorno como buscando a alguien, él le preguntó.

—¿Viene usted acompañada?

—Sí.

—¿De quién? —quiso saber Vincent intrigado.

—De mí —expresó Jake con cara de pocos amigos.

—¡Vaya!, ¡vaya!, miren a quién tenemos aquí —dijo irónicamente volteándose al escuchar la voz de Jake.

—Vincent.

—Jake.

Los hombres se miraron por un instante eterno, el aire se volvió frío y tenebroso.

—¿Ustedes se conocen? —preguntó Serena curiosa.

—Digamos que una vez Jake se apropió de algo que me pertenecía —ella notó la tensión en su voz, y comprendió su indirecta.

—Es hora de irnos, señorita Sanders —dijo Jake y la tomó del brazo.

—Pero si…

—¡Nos vamos! —repitió con una mirada asesina.

Salieron a toda prisa, Serena no comprendía como de pronto el adorable hombre se había convertido en un dictador. Cuando subieron al auto, ella preguntó.

—¿Acaso te has robado alguna reliquia? —Jake la miró muy serio, no estaba de humor para bromas. Entonces ella agregó— pregunto, porque hemos salido como si estuviésemos huyendo de la policía —él respiró hondo y dijo:

—¿Querías tener más tiempo para coquetear?

—¿Qué? —expresó sorprendida.

—Te he visto coqueteando con el infame Vincent Turner.

—Mira quién habla. Tú te pasaste gran parte de la noche esquivando a tus examantes. Además, yo no estaba coqueteando, solo hablábamos de arte —le aseguró.

—Claro, por supuesto —dijo irónicamente tratando de contenerse. Pues había escuchado parte de la charla entre ellos y apenas si podía controlar sus celos.

—De verdad, yo no estaba coqueteando —expresó indignada, al ver que no le creía.

—Está bien, si tú lo dices —dijo con ironía.

—¿Cuál es el drama entre ustedes?

—¿A qué te refieres?

—Noté la tensión, prácticamente saltaban chispas en el aire.

—Es un viejo asunto, nada importante —argumentó, pero Serena no le creyó una sola palabra.

—Si no era nada importante, ¿por qué el señor Turner aún le guarda rencor?

—Él es un hombre difícil.

—A mí me pareció agradable —dijo para provocarle.

—¡Mantente alejada de él! —le advirtió.

—¿Por qué? —ella quiso saber indignada. *«¿Quién era Jake para decirle con quién debía relacionarse?»,* pensó.

—Es bien conocido por su fama de libertino —le aseguró.

—Pues yo trabajo para uno, así que, si tuviera que seguir tu consejo, yo tendría que dejar de ser tu aprendiz —afirmó irónicamente.

—Sé que no tienes la mejor opinión de mí, pero créeme que yo no soy ni de cerca tan cretino como lo es Vincent Turner.

—Si tú lo dices —dijo irónicamente copiándolo.

—Escúchame Serena, si quieres sobrevivir en este rubro, mantente alejada de hombres como él.

—Está bien, como usted diga jefe —expresó sarcásticamente.

Mientras tanto, en la biblioteca de la mansión de los Turner, Vincent tomó el celular y llamó a su detective privado al tiempo que bebía un vaso de coñac.

—Hola, señor, ¿en qué puedo ayudarle?

—Karl, necesito que investigue a una mujer.
—¿De quién se trata?
—Serena… Sanders —expresó con anhelo.
—¿Debo enfocarme en un área específica?
—No, quiero saber absolutamente todo sobre ella.



Capítulo 13
«Accidentes solo suceden»

Serena llegó a casa en un silencio sepulcral. Deseaba comprender el comportamiento de Jake, pero no quería hacerle preguntas personales, debía conservar la distancia, eso la mantendría segura, pensó.

—Llegamos —notificó Jake.

—Ah —expresó saliendo de sus pensamientos. Cuando ella abrió la puerta, él dijo:

—Serena…

—¿Sí? —respondió ella volteándose para mirarlo, ambos quedaron a pocos centímetros de distancia. Se podía sentir la tensión sexual en el aire.

—No quise ser grosero contigo, solo te estaba protegiendo, a pesar de nuestras reglas, sigues siendo la hermana menor de Anne.

—Entiendo… —expresó ella al darse cuenta de lo que significaban sus palabras.

—Nos vemos mañana —le indicó, entonces ella bajó del auto y él se marchó inmediatamente.

Serena entró a casa muy apagada, pues lo que por un momento creyó que podrían ser celos, solo eran un sentido de responsabilidad para con su hermana Anne.

Ni bien Jake llegó a su *penthouse,* se desató la corbata y empezó a beber. *«¡Maldito Vincent Turner!»,* no sabía que su padre había muerto recientemente, si no jamás hubiera llevado a Serena a la mansión. Desde hace años el único heredero de los Turner lo acosa incansablemente intentando arruinar sus planes. Él era una de las razones por las que estuvo entre bambalinas por mucho tiempo, buscando proteger así sus proyectos de la fundación.

Maldita la hora en que se acostó con su prometida, sin duda el peor error de su vida. *«Pero, ¿cómo podría haber sabido que la mujer estaba loca?»,* que después de su aventura de una noche, ella sería capaz de abandonar a su prometido multimillonario y seguirlo a Europa. Era imposible de predecir semejante situación, se recordó.

Esperaba que las viejas riñas hubieran terminado después de 8 años, pero al parecer, las heridas de Vincent aún seguían abiertas, lo que significaba una sola cosa. Jake podría esperar muchos problemas.

En la mañana, Serena llegó temprano intentando parecer responsable. Milton ya estaba

allí acomodando papeles.

—¡Santo Dios! ¿A qué hora has llegado hoy? —preguntó Serena.

—A las seis treinta.

—¿Es necesario que yo venga igual de temprano?

—Usualmente, estoy en la casa del señor Castle a estas horas, pero tenemos una reunión en el horario de desayuno, así que he venido a preparar la documentación.

—Entiendo —dijo ella incrédula— ¿dónde hay que ir hoy?

—El señor Castle tiene una reunión con un inversionista japonés. Desayunarán juntos. Debemos estar listos para las 7:30 h.

—¡Santo Dios! —dijo ella al darse cuenta de que eso era en treinta minutos— ¿qué debo hacer?, ¿hay algo que preparar? —preguntó entonces.

—Ya tengo todo listo, pero quiero repasar algunos detalles contigo antes de irnos. Existe un protocolo a seguir en estas reuniones, en especial cuando son con empresarios extranjeros.

—Entiendo… —dijo ella— Soy toda oídos.

Milton le explicó que ellos estarían en una mesa cercana, pero que no participarían directamente de la reunión, a no ser que el señor Castle lo solicite.

Cuando llegó Jake, fueron hasta un restaurante oriental donde se les sería servido el desayuno tradicional japonés. Era la primera vez que Serena entraba en un restaurante oriental. Milton la guio hasta la mesa que les correspondía. Todos se sentaron y la reunión empezó.

Se les fue entregada la carta y empezaron a realizar los pedidos, como Serena nunca había probado nada, seleccionó los platos basándose en las fotos. Milton no sabía de su inexperiencia con la culinaria asiática, así que no intervino en su selección cuando ella eligió *takoyaki* creyendo que eran empanadas.

Media hora después la comida fue servida, ella dio un mordisco e inmediatamente escupió el bocado en una servilleta.

—¿Sucede algo? —preguntó Milton.

—Sí, es que esto tiene calamar —afirmó ella.

—Sí, así es.

—No me gustan —dijo apenas conteniendo las náuseas.

—¿No lo sabías?

—No, yo no hablo japonés —le advirtió.

—Creí que lo sabías.

—No, pensé que eran unas empanadas —afirmó ella. Milton se rio.

—Está bien, puedes comer mi plato —expresó ofreciéndole su *Okonomiyaki*— espero que te guste el ajo y la carne de cerdo.

—Me gusta el cerdo, el ajo es tolerable —le advirtió aceptando el plato que le ofrecía.

A seguir, Milton empezó a comer el *takoyaki* con mucho gusto. El sabor le encantó, estaba muy satisfecho. Serena, por otro lado, no le prestó mucha atención, puesto que intentaba aprender la maña de comer con los palillos para no parecer tan ignorante. Minutos después observó a su compañero y notó que tenía ronchas en la cara.

—¡Santo Dios! —expresó.

—¿Qué sucede? —preguntó Milton.

—Tu rostro, tienes… ronchas, tus labios. ¡Dios mío!, un médico —gritó Serena desesperada.

Jake giró inmediatamente para observar a su aprendiz. Fue entonces cuando vio la cara de Milton. *«Pero, ¿qué diablos?»,* pensó. Inmediatamente, se disculpó con los empresarios japoneses y fue a socorrer a su asistente.

—Serena llama a emergencias —indicó a secas. Ella asintió y sacó el celular para llamar a los paramédicos.

Unos 5 minutos después llegaron los de la ambulancia para socorrer al Milton, su rostro ya estaba irreconocible, le era imposible hablar. Ambos acompañaron al pobre hombre hasta el hospital. Jake estaba muy preocupado. Resultó que su asistente era alérgico a los mariscos y había sufrido un choque anafiláctico. Gracias a la pronta respuesta del equipo de emergencias le salvaron la vida.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Jake al médico en el pasillo de urgencias.

—Tendrá que quedarse en el hospital por ahora. Ya veremos cómo avanza su estado. Por lo pronto, hemos logrado estabilizarlo con una inyección de epinefrina.

—Entiendo, ¿requiere de acompañamiento?

—No, si su estado sufre algún cambio, le informaremos.

—De acuerdo, muchas gracias, doctor.

Cuando el médico se alejó, Serena preguntó muy preocupada.

—¿Él estará bien? —ella tenía lágrimas en los ojos.

—Sí, lo han atendido a tiempo, se quedará en el hospital para que se recupere.

—Es mi culpa —afirmó ella.

—¿Qué? —expresó Jake sin comprender a qué se refería.

—Yo pedí ese platillo, y él me lo cambió, yo no sabía que era alérgico a los mariscos.

—Creo que ni siquiera Milton lo sabía —afirmó Jake—. No te preocupes, fue un accidente, estas cosas suceden todo el tiempo —le aseguró para tranquilizarla.

—¿Qué pasará ahora con el trabajo? —preguntó ella entonces.

—Supongo que tendré que apañármelas contigo —dijo él, intentando sonar decepcionado.

—Haré mi mejor esfuerzo —dijo Serena, limpiándose las lágrimas del rostro con los dedos.

—Ven, debemos volver a la oficina. Más tarde podremos visitarlo —le aseguró.

—Está bien.



Capítulo 14

«Nunca desperdicies una buena oportunidad»

Al llegar a la oficina, Serena trató de asimilar toda la situación. No solo había intoxicado a su compañero de trabajo, ahora también debería asumir todas sus responsabilidades en consecuencia. Ni bien subieron al cuarto piso, ella se sentó en el escritorio de Milton y empezó a verificar la agenda. *«¡Santo Dios!»,* pensó al ver el calendario de actividades para la semana. El asistente de Jake no solo trabajaba en el horario de oficina, sino que también se ocupaba de los asuntos personales de su mentor. Tan pronto como pudo identificar lo más urgente, se puso a trabajar.

Por otro lado, Jake intentaba establecer sus prioridades. La intoxicación accidental de su asistente era sin duda trágica, pero le había brindado una excelente oportunidad para pasar más tiempo con Serena, y aunque su conciencia exclamaba a gritos que era muy poco escrupuloso sacar provecho de la situación. Su instinto le decía que no podía desaprovechar semejante regalo.

Tratando de aplacar los gritos de su consciencia, llamó al hospital para comunicarse con su asistente.

—Buenos días, llamo para interesarme por un paciente.

—Buenos días, ¿podría indicarme el nombre del paciente?

—Su nombre es Milton, quiero decir, Andrew Milton.

—¿Y usted es?

—Soy su jefe, Jake Castle

—Comprendo, un segundo, por favor —tras unos minutos la mujer respondió —. El señor Milton ya se encuentra fuera de peligro, ya podrá recibir visitas en la tarde.

—¿Ya le es posible comunicarse?, me gustaría hablarle por teléfono.

—Creo que sí, un segundo le transfiero la llamada a su habitación —tras aguardar brevemente en línea, Milton atendió.

—Señor, ¿es usted?

—Hola, Milton, ¿cómo sigues?

—Ya me siento mejor, aunque sigo con los síntomas de la intoxicación.

—Entiendo, quiero que descanses y no te preocupes de nada, la señorita Sanders se encargará de todas tus labores.

—Pero…

—Además, quiero que tomes vacaciones, sé que tienes muchos días pendientes.

—Pero…—insistió.

—Quiero que descanses, por supuesto, serán vacaciones pagadas.

—Es usted muy generoso, señor.

—Te lo mereces. Ah… Me gustaría pedirle un favor.

—Por supuesto.

—En la tarde, cuando vayamos a visitarlo, de ser posible, me gustaría que no le comentara a la señorita Sanders que le he dado vacaciones, le diré que usted está de reposo, si no le parece un problema —Milton reflexionó sobre sus palabras por un segundo y comprendió su indirecta.

—Por supuesto, señor, será como usted diga.

En la tarde Jake le indicó a Serena que iría a visitar a su asistente, ella solicitó acompañarlo como era de esperarse. Cuando llegaron a la habitación de Milton, este actuó como si estuviese a duras penas, al verlo así ella se sintió terriblemente culpable.

—Milton —dijo acercándose a su cama con un ramo de flores en manos.

—Señorita Sanders, qué amable de su parte —expresó aceptando las flores— pediré que las pongan en un jarrón.

—Ella insistió —dijo Jake, encogiendo levemente los hombros— ¿cómo estás querido amigo?

—Sigo en observación, me han indicado que ya estoy fuera de peligro.

—Son buenas noticias —respondió Serena.

—Sí, aunque debo seguir aquí hasta nuevo aviso —argumentó, al escucharlo Jake sonrió discretamente detrás de Serena.

—Lo siento mucho —se disculpó ella.

—No se preocupe, ha sido un accidente —respondió el asistente, intentando restarle importancia a lo sucedido.

—Es verdad, ¿quién diría que eras alérgico a los mariscos?

—Sí, como nunca me ha gustado mucho el pescado, jamás se me ocurrió probar nada relacionado.

—Entiendo —dijo Serena acongojada.

—Me alegra que ya estés mejor —dijo Jake intentando aliviar la tensión del ambiente.

—Sí, aunque me temo que la señorita Sanders tendrá que ocuparse de mis labores por más tiempo. Pues el médico ha dicho que tendré que estar de reposo al menos por una semana para asegurar una total recuperación.

—No te preocupes, —respondió ella rápidamente—, es lo mínimo que puedo hacer por ti, considerando que este incidente ha sido culpa mía.

—Ella lo hará bien, no te preocupes —dijo Jake, para apoyarla emocionalmente.

—Dejaremos que descanses —dijo Serena entonces.

—Necesito un instante para hablar con mi asistente, —le advirtió— en unos minutos voy al carro.

—De acuerdo —respondió ella y se retiró de la habitación.

—Has sido de mucha ayuda —expresó Jake.

—Bueno, este incidente no es del todo malo, finalmente tendré vacaciones, y usted podrá pasar más tiempo con la señorita Sanders.

—Milton, cuando te contraté, no tenía idea de que serías una persona tan asertiva —expresó Jake con una sonrisa maquiavélica.

Cuando volvieron al trabajo, Serena se ocupó de preparar los papeles para la reunión que tendrían con Silvia, la curadora del museo y un importante inversionista.

—Todo listo, señor —expresó ingresando a la oficina de Jake que acababa de colocarse el traje. Al ver que su corbata estaba torcida, ella se acercó para acomodarlo correctamente— permíteme —dijo y empezó a arreglarlo, quedando a tan solo unos centímetros de distancia de su cuerpo. Podía sentir su cálida respiración en la clavícula. Este gesto sorprendió a Jake que quedó inmóvil sin saber cómo debería interpretar la situación— listo —agregó satisfecha con una sonrisa.

—¿Interrumpo algo? —expresó Silvia ingresando a la oficina inesperadamente. Su interrupción molestó a Jake que estaba disfrutando del momento.

—¿No sabes tocar? —expresó sin reparos. Silvia se sorprendió con semejante comentario, pues en el pasado jamás se había molestado por su impertinencia.

—Lo siento —dijo irónicamente. Luego agregó con desprecio mirando a Serena—. Creí que estabas solo —. Al escuchar sus palabras, ella pensó *«acaso estos dos tienen algo»,* puesto que Silvia no trataba a Jake como a un jefe, más bien le hablaba como a un amigo, *«o tal vez son más que eso»,* concluyó.

—Ya estoy listo, es hora de irnos.

En la sala de reuniones todos se encontraban animados por las buenas noticias. Al parecer, el director había logrado convencer a una multinacional de apoyar su causa, y la fundación lograría obtener una importante donación para financiar a artistas emergentes y la manutención de más escuelas de alfabetización. Serena estaba sorprendida con la labor que Jake hacía a la par que se encargaba de dirigir el museo.

—Creo que con esto concluimos la reunión —expresó Jake.

—Ha sido un placer finalmente conocerlo —expresó muy sugerente la mujer que era CEO y representante de la empresa multinacional.

Silvia no podía disimular su disgusto. Por otro lado, Serena ni siquiera percibió lo incómodo de la situación, puesto que le habían encargado tomar todas las notas de la reunión.

—El placer ha sido mío —respondió Jake, dedicándole una sonrisa arrasadora a la mujer.

Cuando todos se retiraron, él se acercó a Serena que recogía sus carpetas y la laptop.

—Has hecho un buen trabajo —le aseguró. Ella levantó la cabeza para mirarlo. El hombre le estaba sonriendo.

—Gracias, señor —respondió cuando se recuperó de la conmoción.

—Hay que irnos —le indicó.

—¿Dónde? —preguntó y luego verificó su agenda en el celular—. Ya no hay nada pendiente para hoy —le aseguró.

—Hay algo pendiente —dijo en un tono juguetón.

—¿Qué?

—Tu fiesta de bienvenida.



Capítulo 15
«La hora feliz»

Serena no supo qué decir, jamás se le ocurrió que le darían una fiesta de bienvenida "sorpresa" en el museo. Jake sonreía como si estuviese disfrutando de su expresión de incredulidad.

—¿Qué? —dijo finalmente.

—El equipo de RR. HH. te ha organizado una fiesta de bienvenida con todos los colaboradores del museo.

—No tenía idea.

—Bueno, si te lo hubiéramos contado, no sería una fiesta sorpresa. —dijo irónicamente.

—Entiendo…

—Ven, hay que irnos, o llegaremos tarde —le aseguró sujetando su antebrazo para arrastrarla.

Serena seguía sin palabras cuando ingresaron al famoso pub metropolitano, ese lugar no le traía muy buenos recuerdos, pero trató de ignorar ese detalle para disfrutar del momento. Como prometido, todos los colaboradores estaban allí, incluso la altiva Silvia, que ni bien la vio, desvió la mirada para ignorarla.

Los del equipo de restauración se portaron muy amigables, invitándola a beber cocteles con ellos. Ella trató de negarse, pero era imposible debido a que la celebración era en su homenaje. Jake se encontraba observándola desde la barra mientras bebía lo que parecía whiskey.

Serena intentó pedirle auxilio cuando un grupo de compañeros la arrastró hasta la pista de baile. Hacía años que ella no ingresaba a un lugar como este, lo había evitado deliberadamente después de aquella terrible experiencia. Una hora después, se encontraba exhausta y sedienta, se aproximó a la barra para pedir una bebida.

—Una soda con mucho hielo, por favor —dijo al *bartender*. Silvia se acercó a ella y le dijo:

—Debe ser una broma, ¿no me dirás que te beberás solo eso, cuando todas las bebidas alcohólicas son gratis esta noche?

—Dos Martini, por favor —pidió la mujer entonces. Serena no pudo negarse, así que asintió.

Cuando les sirvieron las bebidas, la curadora continuó diciendo.

—He notado que tú y Jake son muy amigos —expresó con tal sarcasmo que Serena creyó

que no podía ser más obvia.

—Técnicamente, somos familia —le aseguró ella para cortar su comentario malintencionado.

—¿De verdad?

—Sí, mi hermana está casada con Marcus Castle.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo incrédula, observando de pies a cabeza a Serena. Su mirada le decía que no podía creer que una pueblerina hubiera podido seducir a un Castle.

—Sí.

—Entonces el interés de Jake se debe a que son parientes —afirmó, como intentando convencerse a sí misma más que a nadie.

—Supongo que sí —dijo Serena, incómoda con la situación. Le quedaba muy claro que Silvia estaba interesada en Jake.

—Es bueno saberlo —expresó entonces la curadora y se retiró. La cólera se apoderó de Serena y tomó la copa apurando el vaso de un solo trago. Tarde recordó que la bebida era alcohólica y pronto empezó a toser.

—¿Estás bien? —preguntó Jake acercándose a ella.

—Sí, no pasa nada, solo que hace mucho que no bebo —le aseguró.

—Entiendo —dijo reflexivo, luego agregó—. En ese caso sería mejor tomarlo con calma. —Su comentario condescendiente, solo avivó la llama de Serena que inmediatamente le dijo al *bartender*.

—Otro, por favor.

Media hora después, ella se encontraba totalmente fuera de sí. Jake trataba de controlar su comportamiento desvergonzado manteniéndola en la barra, pero pronto se dio cuenta de que fue un error, puesto que ella seguía bebiendo debido a esto.

—Serena, creo que ya es hora de irnos —le indicó.

—No, quedémonos un poco más, me estoy divirtiendo mucho.

—Hay que irnos, antes de que te dé un coma etílico.

—No eres gracioso —dijo acercándose a él para tirarlo de la corbata—. ¿Por qué siempre arruinas mi diversión? —expresó al recordar la última vez que estuvieron en ese lugar.

—Intento protegerte de ti misma.

—Está bien, pero luego no digas que yo soy la aburrida —le advirtió colocando el dedo índice en sus labios. Jake trató de controlarse para no saborear ese pequeño gesto.

—¡Vamos! —le indicó sujetándola de la cintura para arrastrarla hasta la puerta de salida.

Cuarenta minutos después llegaban a su departamento. Jake le pidió al chofer que lo esperara mientras ayudaba a Serena a subir por las escaleras. Buscó en su bolso la llave para abrir la puerta. Cuando ingresaron al diminuto departamento, quedó muy sorprendido, ya que había pensado que ella vivía en un lugar relativamente decente, pero lo que vio lo dejó impactado.

Su hogar no era más que un pequeño monoambiente con un baño en el fondo. La dejó sobre la cama para mirar a su alrededor. *«¡Santo cielo!»,* pensó al ver que ella ni siquiera tenía una sala. Al salir, aseguró la puerta con llave y la tiró por debajo para que ella lo encontrara en la mañana. De camino a casa reflexionó seriamente sobre el asunto, tenía que hallar una manera de ayudarla a salir de ese agujero lo antes posible. No comprendía por qué Serena vivía en una habitación de 3x4 metros cuando tenía una hermana millonaria que podía darle todo lo que deseara.

En la mañana un sonido estridente despertó a Serena, miró a su alrededor buscando su

celular. Solo eran las 6 am. *«Maldición»*, pensó cuando intentó enderezarse para atender la llamada.

—¿Sí? —respondió a duras penas, pues tenía ganas de vomitar.

—Buenos días, señorita Sanders.

—¿Señor Castle? —dijo alarmada.

—Sí, como bien sabe, a partir de hoy usted se ocupará de las responsabilidades de Milton, así que la espero en mi casa para las 7.

—¿Qué?

—¿Está usted bien?, ¿comprendió lo que dije?

—Sí, sí, me ocuparé de las responsabilidades de Milton, estaré en su casa a las 7.

—Perfecto, la veo en un rato —respondió Jake antes de colgar.

Serena miró el reloj, debía apresurarse. Se levantó dando tropiezos para dirigirse al baño con la intención de ducharse. Necesitaba recuperarse de la resaca cuanto antes, si pretendía llegar a tiempo para su primer día como asistente personal del libertino más famoso de la ciudad.



Capítulo 16
«A quién madruga, Dios ayuda»

Sin duda, esa mañana Serena no tenía pensado madrugar, la jaqueca apenas si le permitía mantenerse en pie. *«¡Demonios!»*, maldijo. Se le había olvidado que ahora era como una esclava personal de Jake Castle. Se apresuró al baño para darse una ducha con agua fría, tal vez eso la ayudaría a recomponerse prontamente, pensó.

Tan pronto se vistió, llamó un taxi para recogerle, tomaría el tren, pero estaba atrasada, y no quería fallar en su primer día como asistente de su mentor. Llego a la dirección indicada, mostró su credencial en la portería y la dejaron subir hasta el *penthouse.*

Jake abrió la puerta con un café fresco en manos, él vestía unos pantalones holgados y una camiseta blanca. Serena nunca lo había visto con atuendos tan casuales, su corazón empezó a latir a un ritmo sinceramente preocupante.

No quedó sorprendida por el lujo, pero sí por la colección de reliquias exhibidas en la sala.

—¿Te gusta? —preguntó él al notar su interés.

—Por supuesto, es como entrar a un museo, no tenía idea de que usted tuviera tantas reliquias aquí.

—Es mi colección personal.

—Entiendo —dijo reflexiva, *«los ricos y sus excentricidades»* pensó al valuar parte de lo que veía. La escultura de la esquina valía al menos 2 millones de dólares, concluyó.

—Ven, hay que repasar mi agenda, luego debo prepararme.

—Por supuesto —dijo ella y se sentó en el sofá. Jake hizo lo mismo disponiéndose cómodamente en su frente. Serena tragó saliva al ver que dejaba expuesto su clavícula bronceada a simple vista— Bien —prosiguió cuando recuperó la cordura—, tiene una reunión en la mañana, luego debe examinar los documentos de la fundación, más tarde tiene marcado un almuerzo con Silvia. En la tarde ha acordado visitar a su hermano, en la noche tiene una gala de beneficencia.

—Genial, deberás acompañarme en todo momento. Me temo que a partir de ahora deberá ser mi sombra —le explicó.

—Comprendo —dijo sin más remedio.

—Ten —expresó Jake y le entregó una tarjeta de crédito.

—¿Para qué es esto?

—Para lo que necesites. Es ilimitado, así que nunca tendrás problemas al usarlo.

—No comprendo —dijo ella incrédula.

—Como mi asistente debes ocuparte de lucir acorde a la ocasión. Eso implica que deberás comprar ropa, accesorios, entre otras cosas, puesto que desde ahora irás conmigo a todas partes —Serena finalmente comprendió lo que él pretendía.

—Pero yo no puedo…

—No es una cuestión de méritos —le aseguró—, soy práctico. Usted ha asumido amablemente una responsabilidad que no le competía, así que no tiene por qué pagar por mis excentricidades —le aseguró.

—Incluso si yo acepto usar su dinero para comprar ropa, no sabría por dónde empezar —le explicó.

—No hay problema, cuando me desocupe esta tarde, la acompañaré a renovar su guardarropa —le indicó restándole importancia al asunto, como si fuese de lo más normal—. Si me disculpa, debo vestirme —le indicó y desapareció por las escaleras.

Serena seguía anonadada cuando Jake bajó ataviado en un elegante traje de color bordó.

—¿Me ayuda? —preguntó señalando la corbata.

—Por supuesto —respondió ella acercándose para atar el accesorio.

—¿Qué hora era mi reunión? —preguntó.

—A las 9.

—Perfecto, tenemos tiempo para desayunar.

Media hora después se encontraban sentados en la cafetería favorita de Serena, puesto que estaba a unas cuadras de la universidad.

—¿Recuerdo la última vez que vine aquí? —dijo Jake nostálgico.

—¿Ah sí?

—Fue con Anne —respondió y sonrió.

—¿Ustedes eran muy amigos?

—En ese momento no, pero sí, luego nos hicimos buenos amigos.

—Entiendo… —dijo ella reflexiva.

—Al fin estamos aquí.

—¿Qué?, ¿a qué te refieres?

—Recuerdo que te había prometido un café —dijo Jake.

—Ah… en la boda de Anne.

—Exacto.

—Sí, nunca pudimos hacerlo —recordó ella con tristeza.

—Más vale tarde que nunca —dijo él con una sonrisa.

—Eso dicen —expresó Serena tratando de mantener a raya sus sentimientos.

En ese momento llegó el señor Pitt, interrumpiendo la conversación.

—Serena que bueno verte por aquí. ¿Cómo está su hermana?

—Está bien, el pequeño Daniel sigue creciendo —le informó.

—Me alegra escucharlo. ¿Qué les puedo ofrecer?

—Yo quiero un expresso doble —dijo Jake llamando la atención del hombre.

—Yo un cappuccino, puede traer 4 donuts para ambos.

—Excelente idea —expresó Jake.

Cuando terminaron de comer, se dirigieron al museo, Jake tuvo una reunión y luego volvió a su oficina. Serena aguardaba para entregarle unos documentos que requerían de su firma.

—¿Cómo le fue? —preguntó curiosa.

—Bien, si todo sale como se espera, tendremos más trabajo para el próximo año.

—Me alegra escucharlo. Le traigo lo que me pidió —dijo y le entregó un par de carpetas.

—¿Ha podido hablar con Milton? —inquirió Jake.

—Sí, lo dan de alta hoy, pero deberá mantenerse en reposo al menos hasta la otra semana.

—Entiendo.

—Si no necesita algo más, me retiro —avisó ella.

—Espere. No olvide que debe acompañarme en el almuerzo, terminaré de firmar esto y nos vamos.

—¿Yo debo ir con ustedes? —preguntó sorprendida.

—Sí, por supuesto.

—Es que yo pensé que…

—¿Pensó qué?

—Que no era un almuerzo de trabajo…—comentó a duras penas muy incómoda.

—¿Qué otra cosa podría ser? —dijo él sin comprender lo que ella insinuaba, ya que para todos era bastante claro que su relación con Silvia era estrictamente profesional.

—Nada —dijo ella al darse cuenta de su error.

—De acuerdo.

Serena se retiró de la oficina y cubrió el rostro con las manos, *«vaya vergüenza»*. Menos mal, su jefe no se había dado cuenta de sus insinuaciones, pensó mientras se sentaba en su silla. Minutos después llegó una mujer muy elegante.

—Buenos días, he venido a ver a mi nieto —*«¿Su nieto?»*, *«¿sería esta la abuela de Jake?»*

Hasta donde recordaba, la madre del fallecido señor Castle se había exiliado en el extranjero debido a que, su único hijo se casó con una mujer que no pertenecía a la élite social.

—Un minuto, por favor —dijo ella y tomó el teléfono para avisar a su jefe—. Señor, tiene una visita.

—¿Quién es?

—Su abuela.

—¿Mi abuela? —replicó sin poder creérselo.

—Sí.

—Dile que pase.

—De acuerdo —Serena colgó el teléfono—. Puede pasar, señora.

La mujer ingresó a la oficina de manera majestuosa. Ella se moría de la curiosidad, pero no era una chismosa, así que se quedó en su asiento ocupándose de sus propios asuntos.

Jake abrió los ojos de par en par al reconocer a la mujer. Era Joanne Castle, a quien no veía desde la muerte de su padre.

—Abuela…

—Veo que tus modales no han cambiado.

—Señora Castle —dijo entonces Jake.

—Mucho mejor.

—¿Qué?, ¿cómo?

—¿Qué hago aquí? ¿Cómo llegué hasta tu oficina?

—Sí —afirmó Jake.

—Leo las noticias, querido.

—Entiendo.

—Además, he tratado de contactar a tu hermano, pero se rehúsa a verme.

—Tal vez sea porque siempre despreciaste a su madre —expresó con ironía.

—Tal vez, pero esas aguas ya han pasado, ¿no te parece?

—No lo sé, no creo que esa decisión dependa de mí —le aseguró.

—Pensé que después del escándalo de Margareth, él pediría mi ayuda, pero no. Siguió ignorándome, a pesar de que su madre ya llevaba muerta más de 25 años.

—Si fuera usted, evitaría hablar de Marianne Castle.

—Siempre fueron tan sensibles. Sin duda, es un rasgo heredado de los Myers.

—Si solo has venido a insultar a mi familia, le sugiero que se vaya por donde vino.

—Querido, no he venido a declarar la guerra, más bien busco restablecer nuestra relación familiar.

—Entonces deberías tratar de no insultarnos en el proceso.

—De acuerdo, me reservaré los comentarios.

—¿A qué has venido?

—Como dije, he intentado hablar con Marcus, pero sigue ignorándome, ni siquiera me ha dejado conocer a mi bisnieto.

—Supongo que teme que vayas a menospreciar a su esposa.

—Ya no soy una persona tan selectiva —le aseguró. Jake no sabía si lo decía como un insulto o una muestra de benevolencia.

—Ya veo, pero si quiere hablar con mi hermano, búsquelo, yo no pretendo intervenir en su vida personal.

—Bueno, él no es el único heredero de la familia Castle —expresó, al ver la expresión de Jake, se corrigió—. Quiero decir, él no es mi único nieto —*«En realidad sí»*, pensó Jake.

—¿Entonces? —insistió él.

—Bueno, también me interesa reconectarme contigo.

—Por supuesto —dijo él, poco convencido. Pues en todos los años que su padre estuvo vivo, esa mujer nunca se dignó a visitarlo para conocer a su segundo nieto.

—Siempre lamenté no ser parte de la vida de mis nietos.

—Fue por elección —afirmó Jake.

—Créeme que lo intenté —expresó emocionada—, pero tu madre infelizmente siempre me llevaba la contraria, y nunca congeniamos.

—Supongo que tenía sus razones —dijo Jake, al recordar que Marianne Castle era la viva imagen de una santa.

Infelizmente, él nunca la conoció, pero los que lo hicieron no decían más que palabras hermosas sobre ella. La madre de Marcus era el tipo de persona que todos amaban, a diferencia de Margareth, que nunca supo conquistar el cariño de la gente.

—Todo está en el pasado, querido, ahora podemos conocernos y empezar una nueva era para nuestra familia.

—No sé qué esperas de mí —dijo él al volver a la realidad.

—Bueno, quisiera ser la abuela que nunca tuviste, si hubiera estado en tu vida a esta edad ya estarías casado con un hijo en camino —al escuchar sus palabras, Jake se rio. *«¿Acaso su abuela quería hacer de casamentera?»*

—¿Ese es tu plan?, ¿conseguirme una esposa y todo arreglado?

—Bueno, sería un buen comienzo, ¿no te parece?

—Soy perfectamente capaz de conseguirme una esposa, abuela… —dijo lo último a modo de provocación.

—Bueno, no fue eso lo que escuché.

—Si te refieres a las revistas de chismes, te advierto que hace mucho tiempo he dejado de ser ese hombre.

—Entonces las cosas serán mucho más simples —dijo Joanne recogiendo su bolso del asiento para irse.

—¿Qué? —dijo Jake sin entender lo que acababa de pasar.

—Ahora debo irme. Tengo una cita a la que no puedo faltar —expresó la mujer y lo dejó solo en la oficina.



Capítulo 17
«Una linda mujer»

Cuando su abuela se marchó, Jake se sentó en su escritorio tratando de procesar lo que había ocurrido. Pues nada le hubiera preparado para semejante encuentro.

—¡Santo cielo! —expresó en voz alta, luego tomó el teléfono y llamó a Serena—. Pasa, por favor —ella entró rápidamente a la oficina.

—Aquí estoy señor.

—Cancela mi almuerzo con Silvia, pásalo para mañana. Debo ir a ver a mi hermano inmediatamente.

—Está bien.

—Volveré en cuanto pueda, luego iremos de compras —le recordó.

—Cierto, las compras —dijo Serena, incómoda.

Su jefe recogió su saco, tomó su celular y se dirigió a la puerta como alma que llevaba el diablo.

—¿Qué habrá pasado? —se preguntó Serena en voz alta.

Jake tomó su auto y se dirigió a Castle Enterprise. No podía esperar para hablar con Marcus acerca de su abuela. Por alguna razón, la fachada de dama afligida no lo había convencido. Y conociendo a las personas como ella, debía prevenir a su hermano cuanto antes.

—¿Jake que haces aquí tan temprano? —preguntó Marcus al verlo ingresar a su oficina.

—Tuve una visita inesperada esta mañana.

—¿De quién?

—De Joanne Castle.

—¿La abuela?

—Sí.

—¿Está en el país?

—Sí.

—No tenía idea.

—Según ella, ha tratado de hablar contigo desde el escándalo de nuestra madre.

—Sí, me ha llamado un par de veces, pero no creí que lo decía en serio. Además, aún no sé si podré perdonarla por lo que le hizo a mi madre.

—Entiendo, por eso he venido. Me ha dicho que quiere entablar una relación con sus nietos.

—Tengo entendido que somos su única familia viva.

—¿Piensas que es sincera?

—No lo sé —dijo Marcus reflexivo.

—¿Puedes creer que tuvo el descaro de decir que quería conseguirme una esposa? —Marcus se rio.

—¿En serio?

—Sí, dijo que lo haría con el supuesto de reparar nuestra fallida relación.

—Más bien yo diría, una inexistente relación.

—Exacto.

—Supongo que la pusiste en su lugar.

—Sí, apenas si pude controlar mi malhumor cuando lo dijo.

—No esperaba menos. Cambiando de tema, me enteré de que Serena trabaja para ti.

—Ah…—dijo intentando sonar indiferente— sí, está haciendo la pasantía en el museo.

—Hasta donde recuerdo, el museo no tiene un programa de pasantías.

—Es parte de una nueva iniciativa —mintió Jake.

—¿Ah sí?, me preguntó qué opina Silvia respecto a tu nueva iniciativa.

—No le agradó mucho que digamos —admitió Jake.

—Me lo imaginaba… Sé, sincero —agregó entonces— que Serena haya sido asignada al museo no fue ninguna coincidencia, ¿verdad? —Jake lo miró por un momento, recordó su promesa, “no más secretos entre hermanos”, así que le dijo la verdad.

—No, no es una coincidencia.

—Me alegro por ti. —fue todo lo que dijo Marcus. Jake lo observó atentamente, intentando descifrar sus pensamientos, entonces su hermano agregó— No creerás que estuve ciego todo este tiempo, sé muy bien que esa mujer es la razón de todo tu buen juicio.

Jake reflexionó sobre sus palabras, entonces cayó en la cuenta de que era verdad. Desde el día en que conoció a Serena, había deseado cambiar, ser alguien mejor, ser merecedor de una persona como ella.

—Tal vez estés en lo cierto —respondió entonces. Marcus se acercó y apoyó una mano en su hombro antes de decirle:

—Espero que esta vez, no permitas que se te escape.

Dos horas más tarde, Jake volvía al museo para recoger a Serena. Ella seguía trabajando en la computadora cuando se acercó sigilosamente a observarla. *«¿Cómo es que estuvo tan ciego para no darse cuenta de que todo lo había hecho por ella?»*

—¿Estás lista? —preguntó dándole un susto de muerte.

—¡Santo cielo! —dijo ella dando un pequeño salto en la silla— Es usted —agregó mirándolo.

—¿Esperabas a alguien más? —dijo con una sonrisa maquiavélica.

—No —se apresuró Serena en responder.

—¡Vamos entonces!

Llegaron a una boutique muy elegante. Serena iba vestida como de costumbre con un jean negro y una blusa muy decente. Sus tenis Allstarts no pasaron desapercibidos por las dependientas, que ni bien vieron a su jefe, quedaron prendadas de él.

—Ven, puedes escoger lo que quieras y te lo compraré.

—No sé si tengan de mi talla —dijo ella al ver el tamaño de las prendas.

—No te preocupes por eso —expresó alegremente, luego de analizarla de pies a cabeza les dijo a las mujeres que no paraban de mirarlo— Necesito vestidos de gala, prendas para

oficina, traigan todas las opciones que tengan disponibles en su talla por favor.

—Enseguida, señor —respondió una vendedora, luego todas las mujeres la siguieron.

Serena se moría de los celos, así que le dijo a Jake.

—¿No te cansas de ver cómo las mujeres babean por ti dondequiera que vayas?

—¡Ah!, ¿sí?, no me he dado cuenta —dijo con total indiferencia.

—No puedo creer que no lo hayas notado —dijo sobresaltada.

—¿Acaso estás celosa? —preguntó divertido.

—¿Celosa yo? ¡Por supuesto que no! —aseguró muy ofendida. Jake se rio.

—Ya veo, solo me lo habré imaginado, entonces —expresó aparentemente decepcionado.

—Sin duda alguna —reafirmó ella supuestamente muy interesada en una prenda que tenía en frente.

Cuando volvieron las dependientas con una docena de vestidos, Serena cambio de actitud. De pronto tenía mucha prisa por sacar a Jake de la tienda. En su afán de alejarlo de las acosadoras, solo se probó un par de vestidos antes de elegir las prendas.

—Me llevaré esto —dijo, señalando un par de ropas.

—Pero, si ni siquiera probaste las otras prendas.

—Me gustan estos —le aseguró.

—Si tú lo dices —expresó Jake y fue a pagar la cuenta, pero al acercarse a una vendedora, le dijo discretamente.

—Empaquen el resto de las prendas y mándenme a esta dirección.

—Se lo enviaremos en la mañana, sin problemas.

—Gracias —respondió recogiendo su tarjeta de crédito y volvió junto a Serena—. Es hora de irnos a nuestra segunda parada —le advirtió mientras recogía las bolsas de ropa.

—¿Segunda parada?

—Sí, iremos a un salón de belleza.

—¿Qué?

Jake la dejó en la estética para ir a cambiarse. Le indicó a Serena que la recogería en casa a las 19 h. Ella se sentía como un personaje ficticio de la televisión. No podía creer que hubiera accedido a semejante transformación. «*Todo sea por el bien de los niños huérfanos*», pensó mientras tomaba un taxi para irse a casa.

Como prometió, su jefe llegó a la hora acordada. Esta vez sí, se preparó a tiempo, y en cuanto escuchó la bocina del auto, descendió por las escaleras para saludar a Jake.

—Señorita Sanders —dijo él extendiéndole el brazo para que la ayudara a subir al auto.

—Señor Castle —dijo ella con una sonrisa que le iluminó el alma a Jake.

—¿Y bien? —dijo Serena cuando se pusieron en marcha.

—Y bien, ¿qué?

—¿Qué se supone que debo hacer yo esta noche?

—Nada, solo debes sonreír y saludar, tengo la impresión de que cuanto más sonrías, más dinero recaudaremos para los niños —ella lo miró por un instante mientras intentaba decidir si tomar el cumplido o cortar con la galantería. Se decidió por lo primero y dejó pasar el comentario de Jake.

—Haré mi mejor esfuerzo —expresó entonces y agregó—. Todo sea por los niños huérfanos.

Jake ya había conocido ese noble corazón, una vez cuando estuvo con ella bajo la luna, y le prometió que serían amigos. Sonrió para sus adentros. Después de todo, la Serena Sanders que recordaba seguía allí, oculta bajo esa capa de supuesta indiferencia.

—Así es, señorita Sanders, así es.



Capítulo 18
«El precio de una cita»

Llegaron a un hermoso salón de eventos en el centro de la metrópoli. La fachada era en honor al dios conocido como Zeus. Eso llamó particularmente la atención de Serena, puesto que ella era una fan de la mitología griega.

—¿De quién es este edificio? —preguntó curiosa.

—De la Fundación Castle —comentó Jake.

—¡Vaya!, ¿cómo es que no lo había visto antes?

—Es nuevo, —afirmó—, acabamos de terminarlo.

—Eso veo. Me gusta la fachada.

—Es en homenaje a…

—Zeus —dijo ella completando la frase.

—Precisamente —murmuró Jake sorprendido por su perspicacia.

Ingresaron al salón, Jake la sostenía del brazo como si tratara de mantenerla pegada a él. Serena agradeció ese gesto, pues creía que si la soltara no sería capaz de mantener la compostura. Muchos de los invitados se acercaron para saludar a su mentor. Ella sonrió fingiendo estar encantada de conocerlos, ya que había prometido comportarse durante toda la gala a fin de conseguir muchas donaciones.

—Al parecer mi plan ha funcionado —afirmó Jake cuando finalmente se apartaron de los demás, pues todos tenían mucha curiosidad por conocer a la misteriosa dama que acompañaba al señor Castle.

—¿Qué plan? —preguntó sin comprender a qué se refería.

—El de usarte de carnada.

—¿Qué? —dijo ella sorprendida.

—Es bien sabido que una hermosa mujer atrae más la atención de los caballeros, que una buena publicidad —Serena lo miró impactada por sus palabras, él agregó para tranquilizarla— Gracias a ti, todos se acercaron para hablarme y tuve la oportunidad de darles mi discurso para asegurar muchas donaciones.

—Ah… ese plan —dijo ella al vislumbrar su lógica.

—Por supuesto, ¿de qué pensaste que hablaba?

—Nada —dijo apresuradamente, puesto que jamás admitiría que por un momento pensó que Jake usó la gala de excusa para pasar más tiempo con ella.

Jake sonrió al percibir su incomodidad, pero no sería obvio con sus intenciones, no quería

asustar a su presa, pensó.

—¿Bailamos? —preguntó entonces.

—¿Qué? —respondió incrédula.

—¿Bailamos? —repitió.

—Yo… no creo que sea buena idea —le advirtió.

—¿Por qué no?

—No sé bailar, al menos no, este tipo de música —le aseguró al escuchar una melodía instrumental muy clásica.

—No te preocupes, yo guiaré —le indicó antes de tomarla de la mano para llevarla hasta la pista.

Serena se encontraba tensa. Además de carecer de habilidades para la danza, también le costaba mantener la compostura cerca de Jake. Él la tomó por la cintura, aproximándolos a una distancia muy peligrosa.

—Puedes apoyarte en mí —le explicó antes de extender su mano izquierda para guiarla a través de los compases.

La música, las luces y el aroma a flores inundó todo su ser. Serena olvidó donde estaba y se concentró en su pareja. El hombre que la sujetaba mientras giraba armoniosamente al son de Bath, parecía irreal. Jake sonreía mientras sus ojos penetraban la profundidad de su alma.

«Bailar con Jake es demasiado riesgoso para mi salud mental» concluyó. En ese momento supo que sería incapaz de ocultar sus sentimientos, eso la atemorizó y dio un traspié.

—Lo siento —se disculpó tras pisarlo.

—Todo está bien —aseguró mientras daban una última vuelta antes de que la canción terminara.

—Jake… yo —dijo ella en un momento de debilidad. Él la miró muy ansioso, expectante de sus siguientes palabras, pero en ese instante fueron interrumpidos por alguien muy peculiar.

—¿Me permite? —dijo el hombre. Jake giró para encararlo, él quería negarse rotundamente a ceder a su pareja, pero se encontraban en un evento público, y demostrar sus celos por Serena solo estimularía más a Vincent.

—Por supuesto —dijo entonces de mala gana.

Serena no supo en qué momento pasó de los brazos de Jake al de un desconocido.

—Señorita Sanders, me alegra verla nuevamente —aseguró Vincent Turner.

—Señor Turner —dijo ella al volver a sí.

—Vincent —la corrigió.

—Vincent… ¿Qué lo trae por aquí?

—Supongo que lo mismo que a todos —ella lo miró confusa— Donaciones —agregó para aclarar mientras bailaban.

—Por supuesto —respondió apenada por su estupidez.

—¿Participará usted de la subasta?

—¿Qué subasta? —quiso saber, pues Jake no le había comentado nada.

—La subasta para recaudar fondos para la Fundación Castle.

—No tenía idea —expresó y preguntó curiosa— ¿Y qué subastarán?

—Mujeres.

Cuando la música se detuvo, Jake vino a rescatar a Serena. Al verlo caminar en su dirección, ella intentó disimular su alivio, puesto que Vincent le estaba bombardeando con preguntas personales.

—¿Entonces es usted una aprendiz de Jake Castle?

—Así es.

—Lamento escuchar eso —dijo compadeciéndola.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber.

—Su reputación lo precede —respondió altivo. Al escuchar su comentario, Serena se rio justo a tiempo para que Jake se muriera de los celos.

—¿Los interrumpo? —preguntó sarcásticamente.

—No —afirmó Serena antes de tomar a Jake del brazo. Ese gesto llamó la atención de Vincent.

—¿Ustedes dos? —insinuó. Ella no quería ser malinterpretada, así que dijo rápidamente.

—No, el señor Castle y yo solo trabajamos juntos —afirmó.

—Es bueno saberlo —dijo Vincent con una sonrisa que claramente denotaba complacencia. Su comentario molestó a Jake.

—¿Nos vamos señorita Sanders? La subasta iniciará en unos minutos.

—Por supuesto —expresó Serena antes de sonreírle amablemente a Vincent y decir— adiós señor, Turner.

—Hasta pronto, señorita Sanders.

Cuando se apartaron Serena interrogó a Jake sobre la subasta, se moría de la curiosidad. Pues era la primera vez que escuchaba respecto a subastar citas.

—Entonces, ¿a quién subastarán? —preguntó impaciente.

—Silvia se ha ofrecido amablemente a ser mi representante —dijo Jake contento.

—Claro, es una hermosa mujer, apuesto a que ofrecerán mucho dinero por ella.

—Esperemos que sí.

Comenzó la subasta y 10 hermosas mujeres se presentaron. Varios solteros ofrecieron pequeñas fortunas para salir con las damas. Entonces fue el turno de Silvia, no fue diferente con ella. Jake ganó la puja pagando medio millón de dólares. El valor más alto hasta ese momento.

Hecho que, alegró inmensamente a la curadora, aunque su felicidad duró muy poco, pues en el fondo sabía que, él solo había pujado para dar el buen ejemplo como filántropo y organizador del evento, ya que el dinero iría para la caridad.

Cuando el maestro de ceremonia advirtió a todos que ya llegaban al final de la subasta, la asistente de Vincent subió al estrado y le habló al hombre.

—Tenemos una última oferta para esta noche. El señor Vincent Turner ofrece 1 millón de dólares para tener una cita con la señorita Sanders —al escuchar semejante escándalo, Jake saltó de la silla.

—¿Qué? —dijo Serena impactada.

—¿Te apuntaste para la subasta? —le preguntó Jake encolerizado.

—¡Por supuesto que no! —respondió ella. Todos la observaron aguardando su respuesta. Vincent se levantó y camino hasta ella para tenderle la mano.

—¡Acéptelo, señorita Sanders!, por el bien de los niños huérfanos —le rogó Vincent.

Serena no supo que responder a eso, entonces le otorgó su mano dando así su consentimiento. Luego se enderezó a duras penas tratando de disimular el shock con una sonrisa forzada. El público aplaudió muy contento por la donación del señor Turner.

Jake, por otro lado, intentaba controlar su irritación. No tuvo más opción que mantenerse al margen, ya que sería por un bien mayor. Silvia se acercó a él muy satisfecha con los resultados de la subasta.

—¡Vaya sorpresa! —comentó pegando su cuerpo a Jake.

—Sí —respondió él de mala gana.

—Al parecer la señorita Sanders ha llamado la atención del señor Turner.

—Eso parece —contestó mientras le dirigía una mirada asesina al pobre hombre.

—¡Quién diría que le gustaban las pueblerinas! —murmuró incrédula.

—Ahórrate los comentarios, Silvia, no te olvides de por qué estamos aquí.

—Está bien, solo estoy un poco sorprendida.

—Todos lo estamos… —dijo observando a su aprendiz que seguía al lado de Vincent.

Jake pensó que su noche no podía empeorar. Fue entonces cuando su abuela apareció en escena.

—Magnífica fiesta, querido.

—No es una fiesta abuela —contestó malhumorado.

—Sirven caviar y vino, para mí es una fiesta, querido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó entonces.

—He venido a apoyarte —comentó desinteresadamente, pero luego agregó— y también para presentarte a esta adorable joven. —Expresó casualmente, fue entonces cuando apareció una pelirroja muy provocativa— Esta es la señorita Fraser.

—Es un placer conocerlo —dijo la mujer pasándole la mano. Jake no tuvo más remedio que saludar.

—El placer es mío —respondió.

—La señorita Fraser, es hija de Ronald Fraser, un magnate del petróleo —dijo Joanne encantada.

—Entiendo —expresó Jake reflexivo, finalmente comprendiendo de que iba todo— Ha sido un gusto conocerla, infelizmente el deber llama y debo irme ahora —dijo para zafarse con rapidez de la situación.

—Espera Jake —gritó la mujer, pero él ya había desaparecido.

Unos diez minutos después, encontró a Serena conversando con un grupo de señoras.

—¡Aquí estás!

—¿Ya nos vamos? —preguntó esperanzada.

—Sí. —*«Gracias a Dios»* pensó Serena.

De camino a casa, no dijeron una sola palabra. Ninguno sabía cómo afrontar la situación. Cuando llegaron al departamento de Serena, ella le preguntó:

—Jake, ¿qué debo hacer? —ella recordaba su advertencia sobre Vincent Turner.

Además, en verdad no quería salir con un hombre que había pagado para tener una cita con ella, la presión era terrible.

—Lo hablaremos mañana —prometió él.

—Está bien —expresó tristemente.

—Serena…

—¿Sí?

—En verdad lo siento.

—Lo sé —respondió ella antes de cerrar la puerta del auto y dirigirse a casa.



Capítulo 19
«Un plan de escape»

Jake apenas podía controlar su malhumor. *«¡Maldición!»,* pensó, no podía creer que las cosas se hubieran salido de control en tan solo 5 minutos. Necesitaba un plan para librarse de Vincent Turner. Tomó el celular y llamó a la única persona que siempre lo sacaba de un apuro.

—Milton, discúlpame por llamarte a estas horas en tus vacaciones.

—No se preocupe, señor, ¿qué necesita?

—He metido a la señorita Sanders en un lío y no sé cómo librarla del apuro.

—¿De qué se trata?

—Hoy en la subasta, Vincent Turner pujó pagando un millón de dólares para tener una cita con la señorita Sanders.

—¡Maldición!, supongo que no pudo rechazar semejante donación.

—Exacto.

—Y ahora ella debe tener una cita con tu archienemigo.

—Precisamente.

—¡Vaya!, ¡sí que es un tremendo lío!

—¿Qué se supone que debo hacer ahora?

—Usted no podrá evitar que ella tenga esa cita.

—Ya lo sé.

—Entonces tal vez usted pueda controlar las variables de la situación.

—¿Qué quiere decir?

—Sé cómo evitar que ambos tengan una cita a solas.

—¿Cómo?

—Escúcheme con atención y le diré cómo hacerlo.

Al día siguiente, Serena llegó al departamento de Jake muy temprano. La triste verdad era que, ni siquiera pego un ojo debido a la ansiedad, pues no sabía lo que se esperaba de ella en una cita pagada. Sin embargo, en ninguna circunstancia dejaría que Vincent Turner intentase aprovecharse de ella. Deseaba sinceramente que a Jake se le ocurriera alguna idea para librarla airosa de la situación.

—Buenos días —murmuró ingresando a la cocina. Jake se encontraba de espaldas preparando algo.

—Buenos días, señorita Sanders —expresó girando, y agregó— ¿Huevos?

—Se ha despertado muy temprano, al parecer —comentó Serena al ver que ya tenía la

mesa puesta.

—No he dormido muy bien anoche —afirmó. *«Pues yo tampoco»,* pensó ella. Sin embargo, respondió.

—Le he traído café.

—Eres una santa.

—No es nada —afirmó restándole importancia al asunto.

—¿Qué tenemos en la agenda de hoy?

—Tiene reuniones para toda la mañana. En la tarde debemos corroborar una nueva adquisición y en la noche —Serena se detuvo por un instante antes de continuar. —En la noche tiene su cita con la señorita Santoro. Le reservaré una mesa para 2 personas en su restaurante favorito.

—Ah, sobre ese tema.

—¿Sí? —dijo esperanzada. Pues en el fondo esperaba que Jake renunciara a su derecho de salir con ella.

—Pensé que, ya que usted debe tener una cita con el señor Turner, podríamos tener una cita doble.

—¿Una cita doble? —murmuró sorprendida.

—Sí, al fin de cuentas todos somos conocidos y solo es por caridad —expresó casualmente.

—Claro, es cierto. —dijo reflexiva.

—¿Qué le parece? —preguntó entonces.

—Yo no tengo problema. En realidad, creo que usted me estaría haciendo un gran favor —concluyó en voz alta. Jake sonrió.

—Perfecto. Le parece bien si reserva 4 lugares en vez de 2. ¿Entonces?

—De acuerdo —afirmó Serena muy aliviada. Después de todo, no tendría que estar a solas con Vincent Turner.

Ya en la tarde Silvia se acercó muy sigilosamente a la oficina de Serena, que se encontraba muy concentrada mirando la pantalla de la computadora.

—¿Está desocupada? —preguntó acercándose a su escritorio. Sorprendida, Serena saltó de la silla.

—¿Necesita algo, señorita Santoro? —preguntó despertándose del ensueño, pues ya llevaba más de una hora intentando asimilar que tendría una cita doble con su jefe.

—No, en realidad, solo quería confirmar algo con usted.

—Por supuesto, dígame.

—¿Es verdad que accedió a tener una cita doble?

—Ah, eso, bueno, el señor Castle sugirió y yo no pude negarme —afirmó.

—Ya veo —respondió Silvia, muy decepcionada. Pues la respuesta de Serena confirmaba sus sospechas— De acuerdo, nos vemos en la noche —agregó para disimular su incomodidad.

Cerca de las 5 de la tarde, Serena llamó a su hermana. Realmente estaba algo desesperada, pues era la primera vez que tendría una cita con un hombre como el señor Turner.

—Hola, Serena, justo iba a llamarte, pues quería pedirte un favor.

—Luego hablamos de eso. ¡Ahora mismo, necesito que me salves!

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada.

—No sé si te has enterado de que ayer me subastaron.

—¿Qué?, ¿qué dices? —preguntó Anne aún más desorientada.

—En la gala de beneficencia, subastaron citas, un hombre pujó por mí.

—No tenía idea de que estarías en la lista de participantes —afirmó.

—Y no estaba, pero este hombre, simplemente dijo “pagaré 1 millón de dólares por la señorita Sanders”.

—¿De verdad? No tenía idea de que fueras tan popular entre los empresarios hermanita —respondió riéndose.

—¡Anne! ¡Es en serio!

—¿Y tú lo aceptaste? —preguntó entonces.

—Tuve que hacerlo, pues la donación era muy grande.

—Entiendo… —dijo reflexiva.

—¡Sálvame, Anne!

—Lo siento, pero no puedo evitar que vayas a esa cita, tengo influencia, pero no tanta.

—No es eso lo que necesito.

—¿Entonces qué?

—Necesito que seas mi hada madrina.

Una hora después, Serena se encontraba en la mansión Castle probándose los vestidos más costosos que había visto en su vida.

—Y bien ¿Te gusta alguno?

—Todos los vestidos son hermosos, pero no tengo idea de cuál sea el más apropiado para una cita.

—Elije cualquiera, todos son apropiados —le aseguró.

—No lo sé, no quiero darle la impresión de que me estoy insinuando, tampoco que soy una pueblerina.

—Serena… ¿De veras te preocupa lo que piense el tal Vincent de ti?

—La verdad es que no.

—Entonces, ¿por qué tanto alboroto?

—Es que Jake también estará allí.

—¿Qué? —casi gritó Anne de la sorpresa— ¿Por qué?

—Es que es una cita doble.

Anne empezó a reírse a carcajadas. No podía creer que su hermana finalmente iba a salir en una cita con Jake.

—Entonces es una cita doble… ¿De quién fue la idea? —preguntó inquisitiva.

—De Jake.

—Ya veo —dijo reflexiva. Al percibir por dónde iba su razonamiento, Serena le aclaró.

—No te hagas ideas tontas. No lo hizo porque quería salir conmigo.

—¿Por qué otra razón entonces?

—Lo está haciendo porque se siente culpable. Básicamente, fui obligada por las circunstancias a salir con Vincent Turner.

—¿Eso te dijo? —preguntó Anne.

—No, pero yo lo sé.

—Si tú lo dices…

—Es la verdad.

—De acuerdo. Espera un segundo, déjame ver si lo entendí bien. Tú estás nerviosa porque Jake también estará allí.

—No. Bueno, tal vez, no lo sé. La idea de estar en una cita con él me pone nerviosa. No sé qué debo hacer, o cómo actuar. Lo único que tengo claro, es que debo mantener las distancias

con él.

—Ya veo, pero según entendí, la que tendrá una cita con Jake es Silvia, no tú.

—¡Ya lo sé! No sé qué me sucede.

—Calma, respira Serena. Tú trata de actuar normal, al fin de cuentas es solo una cena. No pasará nada más.

—Sí es verdad.

—Genial, ahora debes elegir un vestido, pues ya se te hace tarde.

Eran las 19:30 horas cuando Vincent llegó a la mansión de los Castle a recoger a Serena. Ella le había explicado vagamente su relación con la familia de Jake. Bajó del automóvil para recibirla, mientras que su chofer aguardaba en el vehículo. Ella lo sorprendió gratamente, llevaba un vestido color esmeralda muy elegante y unos zapatos a juego.

—Buenas noches —lo saludó.

—Te ves majestuosa. Sin duda ha valido la pena el precio que tuve que pagar para tener una cita con usted —le aseguró.

—Es usted muy amable.

Vincent la ayudó a subir al automóvil y se sentó a su lado. No paraba de observarla, como si la estuviese saboreando con los ojos.

—Y bien. ¿Dónde iremos? —preguntó, ya que Serena le había dicho que sería una sorpresa.

—He reservado una mesa en el mejor restaurante de la ciudad, te encantará —le aseguró y a seguir le dijo al chofer—. Nos vamos a la avenida Mayor 532.

Al llegar, muy caballerosamente, Vincent la ayudó a descender del vehículo. Luego le extendió el brazo e ingresó sonriendo al lugar. Pero la expresión de alegría le duró muy poco, ya que Serena lo arrastró a una mesa donde casualmente se encontraba Jake Castle.

—Llegamos —dijo ella.

—No comprendo —murmuró Vincent mirando a Serena.

—Es una cita doble —afirmó ella.

—¿No lo sabías? —preguntó Jake con condescendencia.

—Era una sorpresa —respondió Serena—. El señor Turner y yo acordamos de que, solo aceptaría tener una cita con él, si yo escogiera el momento y el lugar —le recordó muy cara dura.

Vincent no tuvo más remedio que resignarse. En cambio, Silvia solo bufó de la indignación.

—Entiendo —expresó Jake intentando sonar comprensivo.

—Sentémonos —dijo Serena, ubicando a Turner al lado de Silvia. Todos estaban muy incómodos. Jake al darse cuenta de que la noche sería muy larga, dijo:

—Y bien. ¿Qué vamos a beber?



Capítulo 20
«La cita»

Como era de esperarse, el ambiente durante la cena fue bastante tenso. Vincent trataba de dialogar con Serena, pero Jake lo interrumpía a cada tanto con algún comentario insidioso.

—¿Así que tu hermana está casada con Marcus Castle?

—Sí.

—Entonces Jake y tú son prácticamente hermanos —aseguró. El comentario hizo sonreír a Silvia. Jake casi se atragantó con el vino.

—Algo así —respondió ella incómoda, luego agregó—. Ambos somos padrinos del pequeño Daniel.

—Ya veo, entonces, supongo que son muy cercanos —prosiguió Turner inquisitivo.

—La verdad es que no. —afirmó Serena— Apenas si nos veíamos para las reuniones familiares —aseguró mintiendo descaradamente. La expresión de Jake le decía claramente que, no estaba para nada contento con esa afirmación.

—Después del casamiento de Marcus, estuve mucho tiempo en el extranjero, pero yo siempre estuve al pendiente de ella —aclaró Jake a todos, luego miró a Serena por unos segundos para decirle en un silencio mortífero *«eres una mentirosa»*

—Es cierto, ambos estuvimos estudiando en Francia —dijo Silvia sujetando a Jake del brazo de una manera muy posesiva. Era evidente que ella intentaba marcar su territorio.

—Así que nunca tuvieron la oportunidad de conocerse —prosiguió Turner.

—El señor Castle siempre fue un hombre muy ocupado —aseguró Serena para zanjar el tema. Pues ella no quería recordar el pasado.

—Por supuesto —murmuró Vincent al darse cuenta de que Jake no le sacaba ninguna ventaja.

—¿Qué hay de usted? —le preguntó Serena entonces.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué me cuenta de usted?

—Ah, bueno, no sé si lo sabes, pero Jake y yo estudiamos en la misma universidad.

—¿De verdad? —murmuró muy curiosa.

—Sí, éramos jóvenes en ese entonces —expresó Jake como advertencia.

—Sí, se podría decir que era una época en la que éramos jóvenes, pero supongo que eso no justifica todo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Serena.

—Me refiero a las locuras que uno comete a esa edad. —respondió Vincent.

—Ya veo —dijo ella comprensiva, y le dio una sonrisa pícara. Lo que molestó mucho a su jefe.

—A Jake siempre se le ocurrían las cosas más divertidas…—aseguró Turner muy sugerente.

—¿Así que ustedes eran amigos? —preguntó Silvia sorprendida. Ya que actualmente, era más que obvio que no se soportaban.

—Sí. Aunque no lo crean, en una época Vincent era un hombre de mente muy abierta —afirmó Jake con una sonrisa maquiavélica, para recordarle a Turner lo que había pasado con su prometida. Este lo miró con los ojos llenos de ira.

—Me imagino. —expresó Serena con condescendencia tratando de neutralizar la tensión del ambiente— Estoy segura de que ambos tuvieron muchas aventuras juntos —agregó lo último mirando irónicamente a Jake para advertirle de que no se pasara de la raya, pues sabía que él no era ningún santo.

—Creo que ya es hora de pedir la cuenta —dijo Silvia.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió Serena.

Cuando el mesero se acercó para dejar la libreta, Turner se apresuró a tomarla.

—Yo invito —expresó casualmente.

—¡Por supuesto que no! Yo me encargo. —advirtió Jake estirando la libreta de las manos de Turner— Después de todo, ya has pagado una fortuna para tener una cena con mi asistente, lo mínimo que puedo hacer es pagar la cuenta.

Serena estaba muy avergonzada por la situación, y Silvia, por otro lado, se moría de celos. Al ver que no tenía otra opción, su archienemigo asintió de mala gana, pero a modo de venganza hizo un comentario muy descarado y malicioso, que le clavó una daga al corazón de Jake.

—De acuerdo, tú pagas hoy, ya la próxima cita será por mi cuenta.

«¿Ya tenían marcado otra cita?» «¿En qué momento Serena había accedido a tal cosa?» «¿Y por qué ella no le había comentado al respecto?», se preguntó Jake. Todo tipo de pensamiento carnal se le pasó por la cabeza en un instante. Turner era un seductor de mujeres. No podía permitir que su ingenua asistente cayera en sus garras.

Hubo un silencio sepulcral, y una lucha de miradas por unos instantes. Serena tenía la impresión de que en cualquier momento se agarrarían a golpes. Entonces se levantó rápidamente de la mesa para despedirse.

—Ya es hora de irnos, mañana debo trabajar y mi jefe es madrugador —dijo juguetona intentando tranquilizar a Jake.

—Por supuesto, te llevaré a casa —respondió Vincent—. Ha sido un placer —expresó mirando a Silvia, luego se dirigió a su archienemigo, diciendo—. Hasta la próxima Jake.

De camino a casa, Serena reflexionó sobre las palabras de Jake.

“Pero yo siempre estuve al pendiente de ella”

«¿Qué habrá querido decir?», se preguntó mirando muy distraída las luces de la ciudad. Vincent, que la observaba en todo momento, la sacó de su ensoñación.

—¿Estás bien?

—¿Qué?, sí —afirmó rápidamente.

—Pagaría otro millón de dólares para saber exactamente qué es lo que tienes en la mente en estos instantes.

—Sería un dinero mal invertido —le aseguró— Solo estoy cansada, ha sido un largo día.
—Por supuesto.

Jake dejó a Silvia en casa y se dirigió al departamento de Serena. Tenía ganas de arrancarle la cabeza a Turner. Si ese maldito se atreviese a tocarla, no sabía de lo que él sería capaz de hacer.

Era evidente que el hombre se había obsesionado con ella. Y si lo que deseaba era seducirla, Serena estaría en serios apuros. Puesto que el infame libertino Vincent Turner siempre obtenía lo que quería.

Jake se acercó sigilosamente con el automóvil. Vio cuando Turner se despidió de ella con un beso en la mejilla. Ese simple gesto le erizó la piel. Cuando su archienemigo se marchó del lugar, respiró hondo y se dirigió a casa, ya que, al menos por hoy, su querida aprendiz se encontraba a salvo.



Capítulo 21
«Él es mío»

En la mañana, Serena despertó muy cansada. La noche anterior, apenas si había dormido, las palabras de Jake resonaron en su mente toda la madrugada. Se apresuró a vestirse y llegó a su *penthouse* como siempre, pensando que tal vez algo había cambiado entre ellos, pero no, su jefe actúo como de costumbre, tratándola como una mera aprendiz. De pronto recordó el pasado y empezó a reflexionar sobre su comportamiento.

«Si de verdad él se había preocupado por ella todo este tiempo, entonces ¿por qué nunca la volvió a contactar? Era un mentiroso» reflexionó, mientras tomaba un café extrafuerte en la zona de descanso de la oficina. La idea de que Jake pudiera tener sentimientos por ella era ridícula, concluyó. Sonrió a su pesar, al darse cuenta de lo ingenua que era.

—Supongo que tienes motivos para estar contenta —expresó una voz que reconoció de inmediato.

—Señorita Santoro, ¿qué la trae por aquí?, ¿necesita algo? —preguntó apresuradamente Serena al ver que la curadora se acercaba a ella.

—No, solo he venido a advertirte.

—¿Advertirme?, ¿sobre qué? —quiso saber muy preocupada.

—Sobre Jake. Sé que las jovencitas como tú se impresionan fácilmente.

—No sé a qué se refiere —le aseguró.

—Sé que a veces él actúa como si le interesaras, pero créeme, no tiene ningún interés especial en ti.

—Señorita Santoro, yo no…

—No intentes negarlo. He visto cómo lo miras. Estás enamorada de él.

—Yo no…

—Te lo diré directamente, pues no me gusta andar con rodeos. Jake Castle es mío, así que mantente alejada de él.

—Pero yo no… —Silvia no la dejó terminar la frase. Inadvertidamente, se aproximó de Serena, quedando a unos centímetros de su rostro. El gesto la asustó, dejándola sin habla.

—Puede que los demás se traguen tu actuación de niña inocente, pero yo conozco a las mujeres como tú.

—No sé a qué se refiere.

—Las mujeres como tú piensan que los hombres como Jake son su pase libre a una vida soñada. —Serena finalmente comprendió lo que Silvia opinaba sobre ella.

—¿Insinúas que soy una golfa?

—Llámalo como quieras, me da igual, lo que debes tener claro es que tu pequeño plan no funcionará con Jake. Eres demasiado insignificante como para que siquiera te considere como mujer. Además, como dije, él es mío, y pobre del que se interponga en mi camino.

—Está loca —expresó sin poder evitarlo. Escuchar ese insulto alteró inexplicablemente a Silvia, que se asomó sobre ella con una actitud muy amenazante. Serena retrocedió un paso intentando apartarse, pero no lo logró. La curadora dijo con una voz fría y calculada.

—Tenga cuidado con lo que dice Sanders. Que no se te olvide que podría arruinarte con un chasquear de dedos.

Serena sabía perfectamente a lo que se refería. En su profesión la reputación lo era todo, y una eminencia, como Silvia Santoro, podría arruinar su soñada carrera con un solo comentario.

—No se preocupe, señorita Santoro, lo último que deseo en la vida es captar la atención de Jake Castle —le aseguró.

—Perfecto, me alegra que lo tengas claro. —Expresó antes de limpiarle el cuello de la camisa y apartarse de ella.

Serena temblaba de la ira. Aún no podía creer que una persona tan respetable se hubiera obsesionado con Jake a punto de querer arruinar la carrera de una colega.

«¿Golfa o insignificante?». No tenía claro por cuál de las acusaciones de Silvia se sentía más molesta, lo que tenía bastante claro era que, de ahora en adelante, evitaría estar cerca de Jake, de lo contrario, todo por lo que había luchado en la vida se evaporaría en un solo instante.

En su aflicción, Serena olvidó que tenía una cena en la casa de Anne. Quería llamarle para desmarcar la cita, pues no estaba de humor para socializar, pero se suponía que hablarían de algo importante, por lo que cancelar no era una opción.

—Sanders. ¿Estás bien? —preguntó Jake al ver su cara afligida.

—Sí señor. Ya ha terminado con los documentos.

—Sí, aquí están. Creo que con eso he acabado con las pendencias de hoy.

—Aún tiene la reunión con uno de los benefactores.

—Ah, sí, la noche de tragos, casi lo olvido —dijo Jake desanimado.

—Si no necesita nada más, quisiera retirarme.

—¿Todo está bien?

—Sí, solo tengo una cena familiar—respondió. *«Y hoy fui amenazada por una de tus fans»* pensó irónicamente.

—De acuerdo. Nos vemos mañana entonces.

—Por supuesto, señor.

Serena tomó su bolso y se dirigió a la mansión Castle. No tenía muchas ganas de ver a nadie, pero no podía decirle no a Anne.

—Luces terrible —dijo esta ni bien cruzó por la puerta.

—No he dormido bien —le aseguró.

—De acuerdo, vayamos a la sala, la cena estará lista en media hora.

—Está bien —el pequeño Daniel corrió para abrazar a su tía. —¡Vaya!, sí que has crecido, pequeñín.

—Sí, es increíble como crecen rápido.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó cuando se sentó en el sofá con el pequeño en brazos.

—El viernes viajaremos a la India, es esa época.

—Ah… —expresó al comprender.

—Como siempre, espero que te encargues de Daniel.

—Entiendo.

—Quisiera llevarlo, pero Marcus insiste en que aún es muy pequeño para ir allí.

—Lo entiendo, no te preocupes.

—Aún no lo ha superado por completo —explicó Anne.

—Creo que será muy difícil superar lo que descubrió, fueron tantas cosas al mismo tiempo.

—Sí, lo sé, por eso no insisto. Quiero que él se sienta seguro, se preocupa todo el tiempo de que suceda algo malo.

—Es comprensible con todo lo que pasó.

—Sí, incluso a mí me cuesta creer que esa mujer le hizo algo tan terrible a su propia hermana. Lo peor es que nunca hablan de ello.

—Supongo que es una herida que aún no ha sanado —afirmó Serena.

—Lo sé, a veces pienso que fuimos muy duros con Margareth, y otras veces opino que merecía incluso algo peor.

—Al final todos pagan por sus pecados, Anne. O al menos eso espero —expresó reflexionando sobre su propio padre.

—En fin, ¿te parece bien si mañana voy por ti para que traigas tus cosas?

—¿Cuántos días irán esta vez?

—Una semana. Además de visitar el lugar de la muerte de su madre, Marcus tiene algunos negocios que atender.

—De acuerdo.

—Ya hablé con la niñera. Se ocupará de Daniel durante el día, y se reportará contigo en la noche.

—Está bien.

—Segura que no necesitarás de ayuda, sé que estás muy liada con el trabajo.

—No, estaré bien.

—De acuerdo. Cualquier cosa, siempre puedes llamarme.

—No te preocupes, yo me ocuparé de este diablillo —afirmó estirándole los cachetes al pequeño.



Capítulo 22
«El trabajo de mis sueños»

El lunes siguiente, Serena respiró muy aliviada al ver que Milton finalmente volvía a ocuparse de su cargo. Con las últimas adquisiciones del museo ella estaba más que atascada con todo el trabajo pendiente. Cuando llegaba a la mansión Castle, apenas si tenía tiempo para saludar al pequeño Daniel antes de caer rendida en la cama.

—Milton no sabes lo feliz que estoy de verte.

—Me imagino. No es fácil soportar las mañas del jefe —murmuró acercándose a Serena.

—Ni me lo cuentes.

—¿Cómo va todo?

—Pues hasta ahora no me han despedido, así que supongo que bien. —Milton sonrió.

—¿Es cierto lo que me ha contado la recepcionista?

—¿Sobre qué? —preguntó ella algo alarmada.

—Sobre la señorita Santoro.

—¿De qué hablas? —preguntó Serena, muy curiosa.

—De que su asistente ha renunciado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Al parecer no pudo tolerar su mal carácter. —Serena se rio *«Debe ser el karma»* pensó, al recordar que hacía unos días esa mujer la había amenazado.

—No tenía idea, pero no me sorprende, ella es tan…

—Especial —argumentó Milton y ambos rieron, pero la risa duró muy poco, pues Jake los interrumpió.

—Al parecer estamos muy alegres esta mañana. ¿Puedo saber la razón? —Serena raspó la garganta y dijo:

—Pues porque Milton ha vuelto a la empresa, por supuesto. — Aseguró brindando una mirada de complicidad al asistente de su mentor.

—Claro, la señorita Sanders me estaba dando la bienvenida.

—Ya veo. Bueno, tu regreso no pudo ser más oportuno, ya que a partir de hoy necesito que la señorita Sanders se ocupe de otro asunto.

—¿De qué? —preguntó ella muy intrigada.

Al parecer, desde esta mañana ella tendría que soportar a Silvia, que había perdido a su asistente. Lo haría hasta que consiguiera otro asistente a quien torturar, pues tenían cuestiones urgentes que resolver y Serena era la única con los conocimientos y habilidades para asistirla.

—Apresúrate Sanders, no tenemos todo el día, estás obras deben ser registradas y etiquetadas para que pasen a la exhibición que darán apertura mañana.

—Lo entiendo, señorita Santoro, terminaré de procesarlos enseguida.

—Además, debes llevar estas piezas al departamento de restauración. Deben ser restauradas hasta finales de esta semana.

—Por supuesto, lo haré enseguida, prometió.

Para el mediodía, Serena se encontraba escondida detrás de una escultura, totalmente exhausta.

—¿Cómo vas en tu nuevo puesto? —preguntó Jake sorprendiéndola.

—Ish —dijo ella colocando el dedo índice en los labios para indicarle que guardara silencio— ¿Qué sucede? —preguntó alarmado.

—No me hables, no digas mi nombre, ni siquiera respires cerca de mí. —ella miró a su alrededor buscando a alguien. Cuando Jake percibió lo que estaba haciendo dijo:

—¿Te estabas escondiendo?

—¿No era obvio?

—Pues no. ¿De quién te escondes?

—¿De quién más? Me escondo de Silvia.

—¿Tan malo es trabajar para ella? Creí que era el trabajo de tus sueños.

—Más bien de mis pesadillas. —afirmó.

—No te preocupes, pronto volverás con tu jefe favorito — argumentó con una sonrisa pícara. Serena le respondió con una mueca, pero lo pensó mejor y dijo:

—¿Lo juras?

Jake no sabía si reírse o sentir lástima, al parecer Silvia no le estaba facilitando las cosas a Serena. A pesar de que eran amigos, sabía que su curadora era una jefa muy exigente, y con un carácter bastante difícil de tolerar.

—No te preocupes, solo será por esta semana.

—De acuerdo —Aceptó de mala gana.

—Marcus me ha llamado.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, quería asegurarse de que el pequeño Daniel, no estuviese volviéndote loca. — Serena sonrió ante esa idea.

—Daniel es un ángel.

—Bueno, de cualquier manera, si necesitas algo, siempre puedes llamarme. Ya sabes, ambos somos responsables del pequeño.

—Está bien… , pero ahora vete, antes de que mi nueva “jefa” se dé cuenta de que estoy aquí.

—De acuerdo, resista Sanders, solo será por una semana. —prometió antes de marcharse.

—Será una semana infernal —expresó Serena antes de recoger las carpetas que había tirado en el piso y volver sigilosamente a la oficina que le asignaron.

Silvia salió detrás de la escultura que había usado para esconderse al ver que Jake se acercaba a Serena.

«¡Maldita perra!», pensó. La aprendiz de Jake creía que podía engañarla haciéndose de la desinteresada, pero ella no era tonta. No sería la primera mujer que sacaba de su camino. Nadie le robaría lo que era suyo, y esa misma tarde ella se encargaría de deshacerse de la pequeña golfa.

Serena volvió a casa muerta del cansancio. Al parecer, la curadora del museo se propuso

esclavizarla para su propio beneficio, ya que le había solicitado hacer el trabajo de una semana en un solo día. No era tan ingenua como todos suponían, sabía que la mujer solo quería desquitarse con ella, pero no tenía otra opción. Era una simple aprendiz, y debía aguantarse las humillaciones y el exceso de trabajo hasta que se graduara. Además, Jake prometió que sería solo por una semana.

—Señorita, que bueno que ha llegado, el señorito Daniel ha preguntado por usted. —Comentó la niñera al verla cruzar por la puerta.

—¿Está todo bien? —preguntó preocupada.

—Sí, pero al parecer usted le ha prometido jugar antes de la cena.

—Ah, sí, claro, es verdad. ¿Dónde está el pequeño?

—Está en el patio de juegos.

—Porque no me sorprende —dijo animada. El niño tenía mucha energía y nunca se cansaba de jugar.

—Si no necesita de nada más, me marcharé ahora.

—De acuerdo, muchas gracias.

Serena se acercó sigilosamente para sorprender al pequeño, pero este giró en el último instante y le apuntó con una pistola de agua.

—Quieta o te disparo.

—¡Daniel, casi me matas del susto.!

—Es solo de juguete, no te asustes, tía. —respondió el niño muy arrepentido.

—Lo siento, es que me sorprendiste.

—¿Quieres jugar?

—Está bien, ¿qué quieres jugar?

—¡Juguemos a guerra de pistolas de agua! —dijo Daniel muy entusiasmado.

—Hmm, creo que ya se hace un poco tarde para eso.

—Por favor… —rogó el pequeño con unos ojos muy tiernos—. Solo por unos minutos.

—Está bien, pero luego irás directo a la ducha.

—De acuerdo…

Más tarde cenaron juntos, Serena le leyó un libro a Daniel y este se quedó dormido casi que inmediatamente. Al estar exhausta, ella fue a prepararse un té. Quería llamar a su hermana, pero con la diferencia de horario, era casi imposible coincidir en un tiempo correcto para ambas partes.

Tomó la taza de té y se dirigió a su habitación, pero antes, como de costumbre, fue a verificar al niño. Ni bien se acercó a la puerta, escuchó que el pequeño murmuraba. *«¿Estará despierto?»*, se preguntó, luego abrió la puerta y se acercó a su cama.

Al ver a su sobrino, pensó *«¡Maldición!»*, pues el niño estaba empapado, con la piel rojiza, obviamente tenía una fiebre muy alta. Serena miró el reloj que se encontraba sobre la chimenea. Pasada las 11 de la noche. *«¿A quién diablos podría llamar a estas horas?»*, *y* el nombre de una sola persona le vino a la mente y sin darse cuenta lo invocó.

—Jake…



Capítulo 23

«Una noche de sorpresas»

Al otro lado de la ciudad, Jake Castle intentaba decidir si salía a beber o se quedaba en casa a deprimirse. Últimamente, no podía parar de pensar en Serena. Cada día se encontraba espiando a su aprendiz mientras ella trabajaba incansablemente para superar las expectativas de todos. Quería hablarle de sus sentimientos, pero la pequeña Sanders seguía evitando a toda costa acercase a él a un nivel que no fuera profesional.

Ya se le estaba agotando la paciencia, pero como le había dicho Milton, si quería probar que era un hombre nuevo, debía actuar como tal, y no dejarse llevar por los impulsos momentáneos.

En los viejos tiempos solo trataría de seducirla para llevársela a la cama y luego ya vería como convencerla de que se quedara a su lado, pero él ya no era ese hombre, se recordó a sí mismo. Y justo cuando estuvo a punto de ingerir un trago de whiskey, sonó su celular *«pero ¿qué diablos?»*, pensó al ver quién era.

—¿Serena?

—Hola, Jake.

—¿Todo está bien?

—No… Te necesito. —dijo ella sin más preámbulos.

Jake estaba en shock, nunca creyó que escucharía esas palabras de la boca de Serena Sanders.

—¿Qué? —expresó aún muy sorprendido.

—Te necesito — repitió ella con urgencia.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado.

—Es Daniel.

—¿Qué sucede con Daniel?

—Tiene mucha fiebre.

Al notar la desesperación en su voz, Jake trató de tranquilizarla.

—Serena escúchame con atención. Llamaré al médico de la familia para que vaya a la mansión. Yo llegaré enseguida, por ahora necesito que te quedes con el niño y trates de bajarle la fiebre.

—Está bien, trataré de hacerlo.

—No te preocupes Serena, todo estará bien —prometió antes de colgar la llamada

Jake tomó su Lamborghini y condujo por la ciudad como alma que lleva el diablo. Estaba

aterrorizado con la idea de que algo le pudiera suceder a su sobrino. Sabiendo que Marcus no se encontraba en el país, se sentía responsable por su único hijo.

Al otro lado de la ciudad, Serena intentaba calmar sus nervios para atender a Daniel. No era la primera vez que debía ocuparse de un niño, pero estaba preocupada de que fuese algo grave teniendo en cuenta la temperatura del pequeño. Se suponía que el médico llegaría a cualquier instante. Eso la tranquilizó un poco.

A seguir escuchó que alguien golpeaba la puerta. Corrió a la planta baja para abrir, pues no quería molestar a la servidumbre a estas horas.

—¿Dónde está? —preguntó Jake al ingresar al vestíbulo.

—En su cuarto, le he puesto unos paños en la frente para tratar de menguar la fiebre, pero no ha funcionado.

Jake la observó atentamente por un segundo, quería abrazarla desesperadamente. Al verla tan vulnerable no sabía que más podía hacer, pero no era el momento. El niño era la prioridad.

—¡Vamos! Llévame con él.

Subieron corriendo por las escaleras. Al ingresar al dormitorio, Jake notó lo mucho que Serena se había esforzado por mantener la fiebre del niño a raya. De pronto el celular de Jake vibró, acababa de recibir un mensaje de texto.

—El médico ya está aquí —le indicó.

—¡Gracias a Dios! —expresó muy aliviada.

Minutos después, el doctor ingresó a checar al niño. Serena caminaba de un lado a otro por el pasillo. Jake se sentía terriblemente agobiado al verla en ese estado.

—¿Y bien? —ambos preguntaron cuando el médico salió de la habitación.

—Al parecer tiene una laringitis, es común en niños de su edad, pero creo que en su caso se debe a su alergia al polen.

—Pero ¿estará bien? —preguntó Jake.

—Sí, le administraré un medicamento para controlar la fiebre y otro para la alergia. Con eso bastará.

—¿Y qué hacemos mientras tanto? —preguntó Serena.

—Deberá estar bajo vigilancia hasta que la medicina haga lo suyo.

—De acuerdo. Nos ocuparemos de él —afirmó Jake.

Cuando el médico se marchó, Serena tomó una manta, y se sentó en el sofá cerca de la cama de Daniel para disponerse a pasar la noche allí. Al ver lo que ella hacía, Jake se acomodó a su lado.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó muy sorprendida.

—Me estoy acomodando al igual que tú.

—¿Pasarás la noche aquí?

—Por supuesto, dije que nos ocuparíamos de él, y eso haremos.

Serena no sabía si reír o llorar. No se encontraba emocionalmente preparada para pasar la noche al lado de Jake Castle. Al ver que no tenía otra alternativa más que resignarse a la situación incómoda, le dijo:

—Bueno… Si te vas a quedar, al menos podrías ser de utilidad —le indicó entonces.

—De acuerdo, ¿qué necesitas?

—Ve a la cocina y trae más hielo, lo necesito para enfriar los paños.

—Está bien, ten puedes usar este pañuelo para refrescarlo —expresó Jake tratando de calmar los ánimos.

Ni bien su mentor se marchó, Serena respiró aliviada, se encontraba muy preocupada por

Daniel, no estaba de humor para lidiar con Jake.

Cuando él volvió a la habitación unos 10 minutos después, Serena ya se encontraba dormida. *«La pobre debió estar exhausta»* pensó. Él cogió la manta y la cubrió, luego se sentó a su lado para vigilar la fiebre del pequeño.

En la mañana, Serena despertó muy adolorida, miró a la cama y notó que Daniel aún seguía dormido. Entonces, intentó moverse, pero se encontraba inmovilizada. Fue cuando notó que Jake yacía a su lado. El hombre utilizaba su hombro como almohada, por lo cual no era capaz de moverse.

—Buenos días —expresó tratando de despertarlo.

—Buenos días —respondió él, desperezándose lentamente como un felino. Fue cuando el corazón de Serena se detuvo. Él le sonrió cálidamente y ella quedó totalmente prendada de él— ¿Estás bien? —le preguntó Jake, al notar que ella parecía desorientada.

—Sí —afirmó Serena tratando de recuperar la compostura.

—¿Cómo sigue el niño?

Serena se levantó y le verificó la temperatura corporal. Respiró aliviada al notar que la fiebre había bajado.

—Creo que ya está mejor.

—¡Qué alivio! —expresó Jake y luego revisó su reloj— ¡Rayos! —agregó.

—¿Qué sucede?

—Tengo una reunión a la que no puedo faltar. ¿Podrías encargarte de Daniel hasta que vuelva?

—Por supuesto —respondió, pero luego dijo— Espera… ¿Qué hay de mí?

—No tienes que ir a trabajar hoy.

—Pero Silvia…

—Yo me ocuparé de Silvia, no te preocupes, después de todo, yo soy tu jefe. —afirmó con una sonrisa pícara.

—Está bien.

—Mantenme al tanto, cualquier cosa, llámame inmediatamente.

—De acuerdo.

Cuando Jake llegó a la oficina, Silvia ya estaba echando humo por la boca.

—¿Puedes decirme donde diablos está esa insolente?

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Jake al ver que la curadora le gritaba a Milton.

—La señorita Sanders no ha venido al trabajo hoy —explicó el asistente.

—La señorita Sanders no vendrá hoy —afirmó Jake.

—¿Y qué se supone que debo hacer sin una asistente?

—Lo que te pago por hacer —expresó Jake a secas.

Esa era la primera vez que Jake la trataba como una empleada más del museo. Silvia no podía creerlo, se sintió humillada. *«Esa perra me las pagará»,* pensó antes de decir:

—Entiendo, me retiró entonces, ya que tengo mucho trabajo por hacer. —argumentó antes de dar la vuelta y salir furiosa de la sala.

—¿Le ha pasado algo a la señorita Sanders? —preguntó Milton.

—No, ella está bien, solo se está ocupando de un asunto familiar. —respondió Jake sin más explicaciones antes de dirigirse a su oficina.

«Pero ¿qué le pasa a todo el mundo hoy?», se preguntó Milton antes de sentarse en su escritorio y ocuparse de sus asuntos.

Cerca del mediodía, Jake terminó una reunión pendiente y se disponía a marcharse para ir

a la mansión Castle cuando fue interceptado por Silvia.

—Jake, ¿tienes un minuto?

—Si es un minuto, sí.

—¿Por qué la prisa? —preguntó ella casualmente.

—Debo ocuparme de un asunto familiar.

—De acuerdo. Solo quería preguntarte si has pensado respecto a la oferta del museo de Londres.

—Aún no he podido revisar el papeleo —le explicó y su celular recibió una llamada.

—Pero…

—Lo siento, debo contestar esta llamada —Jake la interrumpió y caminó unos metros para responder. Silvia lo siguió discretamente.

—Serena, ¿qué sucede? —contestó— Estoy en camino —dijo Jake antes de tomar el ascensor casi corriendo.

«¿Serena?», se preguntó Silvia. *«¿Qué diablos estaba sucediendo?» «¿Por qué Jake vería a Serena?»,* quiso saber.

—Milton, ¿está ocupado? —preguntó Silvia acercándose a él.

—No, diga.

—¿La señorita Sanders está enferma?

—No estoy seguro. Es posible — *«¡Así que Jake fue corriendo a cuidar a esa perra!», pensó* Silvia mientras intentaba disimular su ira.

—Ya veo, ¿tiene alguna idea respecto a cuánto tiempo la señorita Sanders pretende ausentarse? —inquirió, pues necesitaba saber cuándo la estúpida volvería al trabajo para que pudiera echar a andar su plan.

—Supongo que mañana.

—De acuerdo, muchas gracias, Milton. —expresó satisfecha, pues mañana sería el día en que podría librarse de Serena Sanders.



Capítulo 24
«Sabotaje»

Jake llegó a la mansión a toda prisa. La salud de Daniel mejoraba progresivamente, pero el doctor les recomendó que hicieran un chequeo rutinario en el hospital. Y a pesar de que Serena le aseguró de que ella podía hacerlo sola, quería acompañar a su ahijado, después de todo el niño también era su responsabilidad.

—Ya estoy aquí —avisó al llegar.

—Genial, estamos listos —expresó Serena al tiempo que tomaba al niño de la mano.

Al verlos juntos, Jake sintió que su corazón se contraía. Por un momento pensó que Daniel bien podría haber sido su propio hijo… con ella.

—Perfecto, ¡vámonos!

Por suerte, el médico les aseguró que el pequeño ya se encontraba mejor, pero seguía necesitando de medicación. Serena le aseguró a Jake que estarían bien solos. Así que al final de la tarde, él volvió a su glorioso *penthouse*, y por primera vez desde que regresó al país, su hogar se sintió espantosamente vacío.

A la mañana siguiente, Serena reunió fuerzas y fue a trabajar. Esperaba que su "jefa" le armara un escándalo, sin embargo, Silvia la trató con amabilidad. Incluso preguntó por su salud, eso la tenía muy sorprendida.

—Milton, ¿por si acaso sabes si le sucede algo a Silvia?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Es que hoy me ha tratado como a un ser humano.

—Ah, tal vez sea porque ayer el jefe le dio un sermón.

—¿En serio? —preguntó Serena muy curiosa.

—Sí. Como de costumbre, la señorita Santoro quiso armar un alboroto porque usted no vino a trabajar, pero el jefe la puso en su sitio.

—¡Vaya!, tal vez los milagros sí existen —expresó doblemente asombrada.

En la entrada del estacionamiento, Silvia esperaba ansiosamente a uno de los conductores de carga. Necesitaba un favor, y sabía exactamente a quién se lo debía pedir.

—Brian, querido —expresó frívolamente antes de acercarse al conductor.

—Señorita Santoro, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo el muchacho rápidamente ajustando el cabello después de remover su gorra. *«Es obvio que le gusto a este idiota»*, pensó Silvia antes de aproximarse más de él.

—Hoy tenemos una entrega. Necesitas devolver unos artículos al museo metropolitano.

Infelizmente, estoy sin un asistente personal y, como debo acudir a una reunión, llegaré un poco tarde a la entrega.

—Entonces, ¿quién irá conmigo para hacer el registro? —preguntó Brian muy curioso.

Silvia sonrió y caminó unos pasos para ocultarse tras una columna, a fin de que la cámara de seguridad no captara lo que haría a seguir.

—Sobre eso. Deberá ir contigo una mera aprendiz. Como es nueva, la pobre es muy despistada. —dijo con condescendencia, luego agregó— Por eso necesito un favor… —expresó ajustándole la solapa de la camiseta cariñosamente. Brian tragó en seco, luego dijo reflexivo.

—Entiendo… ¿Qué quiere que haga?

—Quiero que tú, mi querido…—expresó Silvia acercándose peligrosamente a su rostro— Te encargues personalmente de llevar este artículo al museo. —agregó mientras ocultaba en su bolsillo una pequeña caja.

—De… acuerdo —respondió el joven muy excitado. Pues ella empezó a masajearle levemente la pierna.

—El paquete es pequeño… —prosiguió Silvia— Lo puedes ocultar en la cabina. No quiero ofender a la pobre muchacha con mi desconfianza —dijo irónicamente y agregó—. Ya sabes cómo son de sensibles los jóvenes en estos días.

—Por supuesto, será fácil, ella no lo notará. —afirmó.

—Bien —expresó separándose abruptamente de él—. Cuando lleguen al museo, quiero que conserves el paquete contigo hasta que yo pase a buscarlo. ¿De acuerdo? —expresó lo último seriamente.

—Sin problemas —le aseguró. *«Es un tonto»*, pensó Silvia, apenas tolerando su estupidez. Sin embargo, le dedicó una de sus mejores sonrisas antes de decir cariñosamente.

—Gracias, Brian, eres un cielo.

Más tarde, ese día, Serena recibió una extraña solicitud por parte de Silvia. Ella le pidió que fuera a devolver unas reliquias al museo metropolitano. Como ahora era su asistente, no podía quejarse por darle tamaña responsabilidad, así que simplemente asintió y luego tomó la carpeta con los documentos de la carga.

Tras inspeccionar cuidadosamente cada caja, subió al camión con el conductor y le explicó a dónde se dirigían. Brian sonrió amablemente y le indicó que no era su primer viaje para una entrega. Ella se sintió avergonzada y se disculpó, pues estaba muy nerviosa. Las reliquias que llevaban tenían mucho valor y consideraba que era de extrema importancia que cumpliera correctamente con lo encomendado, a fin de que no ridiculizase al museo con su falta de experiencia.

Le sorprendió que Silvia le encargara este tipo de responsabilidad siendo una simple aprendiz. Pues, era obvio que la curadora del museo no la consideraba en lo más mínimo como una profesional, pero como en teoría esta labor le correspondía al asistente del curador, no le pareció extraño que le diera más trabajo solo para molestarla.

—Bien llegamos —indicó Serena con las manos temblorosas.

—Le ayudaré a bajar las cajas, luego usted podrá ingresar y solicitar la verificación correspondiente —le indicó el conductor al darse cuenta de que era su primera entrega.

—De acuerdo apresurémonos, puesto que pronto cerrarán el museo —expresó Serena y bajó del camión.

Mientras tanto, el conductor revisó discretamente la pequeña caja que había ocultado en la guantera. Cuando terminaron de verificar e inspeccionar las reliquias, Serena se sintió muy aliviada, ya que había cumplido con su misión sin ningún incidente trágico. Sonrió al recordar

que pronto vería al pequeño Daniel cuando llegara a casa.

Al ver que la tonta de su asistente volvía a la oficina para entregar la documentación firmada. Silvia sonrió para sus adentros, pues pronto, la pequeña trepadora recibiría su merecido.

Eran cerca de las 8:00 de la noche cuando Jake recibió una llamada de su curadora, le pareció extraño, pues Silvia era muy respetuosa con el horario laboral. Atendió la llamada ignorando al pequeño Daniel por unos instantes mientras Serena intentaba montar un rompecabezas.

—Hola, Silvia, ¿qué ha pasado?

—Tenemos un problema.

—¿De qué se trata?

—Me acaba de llamar el curador del museo metropolitano. Al parecer una de las reliquias ha desaparecido.

—Qué, ¿cómo que ha desaparecido?

—Me han dicho que una de las reliquias que hemos prestado para la inauguración, no se les fue devuelta, pero según el informe que me ha dado tu pequeña aprendiz, ella sí entregó la joya al museo.

—Debe ser un error, tal vez esté en el depósito y se olvidaron de registrarlo.

—No lo sé, pero esa joya vale una fortuna, Jake —expresó con desconfianza.

—Esto nunca había ocurrido antes —afirmó.

—Por supuesto que no, yo siempre me ocupé de hacer mi trabajo correctamente.

—Pero, ¿por qué Serena se encargó de la entrega? Era una carga muy importante.

—Yo estaba en una reunión y ya no podíamos aplazar la devolución de las reliquias, las necesitaban para una exhibición.

—Está bien, hablaré con Serena y veremos qué hacer en la mañana.

Jake colgó la llamada y observó a su aprendiz que seguía muy distraída con su rompecabezas.

—Serena.

—¿Sí?

—Tenemos un problema.



Capítulo 25
«Desconfianza»

En la mañana, Silvia ya tenía montado todo el circo. Llamó al conductor como testigo, prometiéndole a Brian que tendría una cita con él, si este accedía a estar de su parte. Además, había preparado una muy convincente argumentación para echarle la culpa a la aprendiz de Jake.

—Buenos días, ¿ya están todos aquí? —preguntó el director muy seriamente.

—Así es —afirmó Silvia, mirando con desprecio a Serena.

—Bien, quiero que me expliquen a detalle cómo sucedieron las cosas.

Serena explicó cómo realizó el procedimiento de la entrega, afirmando en todo momento de que ella jamás vio dicha joya en la lista de devolución, y que tampoco observó que en el camión estuviesen más cajas de las que aparecían registradas en su informe. Cuando ella terminó de hablar, el conductor dijo.

—Yo estoy seguro de que había una pequeña caja, pero no recuerdo si la señorita Sanders la entregó, ya que mi trabajo consiste meramente en subir y bajar las cargas. La inspección de estas le corresponde al representante del museo que en este caso fue la señorita Sanders —alegó con descaro.

Serena no sabía qué pensar, era obvio para ella que algo estaba sucediendo. Para empezar, Silvia no confiaba en ella, razón por la cual jamás le encargaría semejante labor. Entonces, *«¿por qué la envió en primer lugar?» «¿Había sido un plan para deshacerse de ella?»*

No estaba loca, estaba 100 % segura de que jamás le fue entregada la reliquia desaparecida. Ella se encargó personalmente de verificar las cajas mientras subían al camión y durante la entrega se certificó de que todas las cajas fueran devueltas.

—Eso no es posible. —indicó Serena claramente alterada— Yo revisé la lista de entrega, también inspeccioné las cajas que fueron empacadas, y durante la entrega registré cada una de ellas.

—Entonces contaste mal. —dijo el conductor— Estoy seguro de que vi una caja adicional en el fondo del camión, y recuerdo que lo descargué en la pista de entrega.

—¿Qué estás insinuando? —casi gritó Serena al ver que la acusaban indirectamente.

—Nada —expresó Brian tratando de desentenderse de la situación y de cualquier responsabilidad que le correspondiera.

—El chofer tiene razón. —expresó finalmente Silvia— Era tu responsabilidad comprobar que todas las reliquias llegasen a su destino sin ningún desperfecto, y por supuesto, también era parte de tu trabajo asegurarte de que ninguna desapareciera por el camino.

El rostro de Serena se volvió pálido, Jake no había dicho ninguna palabra, *«pero ¿cómo podría defenderla?»*. Ella no tenía pruebas de lo que alegaba, pero Silvia aparentemente sí tenía pruebas de su culpabilidad.

—Estos son los registros que le entregué a la señorita Sanders el día de ayer. Como puedes ver, ella los firmó y en la lista sí aparece la joya. —indicó Silvia pasándole la documentación a Jake. Al ver la firma de Serena en los papeles, él empezó a dudar. *«¿Sería posible que su aprendiz fuera tan despistada?»*, se preguntó.

—¿Cómo es posible? —quiso saber Serena, ya que estaba segura de que había verificado correctamente la lista.

—Según los registros, la reliquia fue transportada hasta el museo metropolitano, incluso firmaste el informe de entrega —expresó Jake a duras penas.

—Jake te juro que yo no… —respondió Serena negando con la cabeza e intentando controlar sus emociones. Jake observó con tristeza su desesperación, pero recordó que en ese momento era el director del museo, así que le dijo con mucha seriedad.

—Lo siento, señorita Sanders, pero al parecer usted ha perdido una reliquia invaluable. —ella lo observó por un instante sin poder creérselo. La noche anterior Jake había jurado que resolverían este malentendido, le aseguró de que se trataba de un simple error y ahora decía que la culpa era suya.

—Yo soy quien lo lamenta, señor Castle —expresó ella muy decepcionada al ver que no la defendía— Al final no importa lo que crea que sucedió, pues ya me han declarado culpable.

Serena salió de la sala de juntas a toda prisa. Jake se sentó tratando de asimilar la situación. No era que le importase mucho perder una reliquia, lo que realmente lamentaba era que su aprendiz tendría que hacerse responsable de lo ocurrido. Y cómo una vez Silvia le advirtió, si Serena se metía en problemas, él no podía pedirle ayuda.

—Jake, no tienes otra opción, debes despedirla. Yo me ocuparé de resolver todo con el museo metropolitano, pero ella tendrá que asumir la responsabilidad. Infelizmente, no hay nada que se pueda hacer para salvarla. —argumentó fingiendo tener compasión.

—Lo sé —afirmó Jake de mala gana—. Esa reliquia es única en su género, nos será imposible reemplazarla —admitió tristemente, pero luego de reflexionar por unos instantes, agregó— Espera, dile al museo que la familia Castle decidió adquirir la joya para su colección particular.

—¿Qué?, pero…—Silvia quiso oponerse, sin embargo, Jake no lo permitió, él levantó la mano para interrumpirla, y luego agregó:

—Es la única manera de justificar este error, no puedo permitir que se dañe la reputación del museo. Si alguien se entera de esta situación, perderemos credibilidad.

—De acuerdo, entonces, se hará como dices —expresó antes de girarse y sonreír maquiavélicamente.

Jake se quedó sentado por un buen tiempo, intentando pensar en una solución viable, pues no quería despedir a Serena. No obstante, su error, además de levantar sospechas hacia ella, podría dañar seriamente la reputación del museo, y él no estaba dispuesto a arriesgar años de trabajo para mejorar la imagen pública de la familia Castle, debido al simple desliz de una novata.

Unos 30 minutos después, salió en busca de su aprendiz. Cuando llegó a la oficina de Milton, este le indicó que ella se había marchado, pues según Serena, acababa de perder el trabajo.

Jake se dirigió a la mansión de la familia Castle esperando que Serena le diera más detalles sobre la entrega. Algo que le pudiera ayudar a librarla de la responsabilidad, pues de ninguna manera quería perder a su aprendiz. La encontró sentada en el jardín, observando al pequeño que jugaba cerca de las flores.

—Serena.

—¿Qué quieres? —respondió ella sin mucha paciencia.

—Debemos hablar.

—Creo que ya tienes las cosas bastante claras. ¿No crees?

—No tengo nada claro, por eso estoy aquí.

—¡Ah!, ¿no? ¿Acaso no me han acusado de ser una mentirosa? O peor, ¿de ser una ladrona?

—Nadie te ha acusado de nada, pero una reliquia ha desaparecido y debemos resolver esta situación.

—¿Y piensas que no lo sé? Sé que debo hacerme responsable. Sé que alguien tiene que pagar por lo que pasó. Lo siento, pero no tengo superpoderes para hacer aparecer mágicamente la reliquia, tampoco tengo dinero para compensar al museo por la pérdida —argumentó exasperada.

—No se trata de dinero, Serena —afirmó Jake seriamente.

—Ya sé lo que vas a decir. “Soy una incompetente y he arruinado la reputación del museo”.

—Ya me encargué de reparar ese error.

—¿Qué hiciste? —preguntó asombrada.

—Compraré la reliquia. Los del museo supondrán que la adquirí para la colección particular de la familia Castle.

—¿Qué? ¡No puedes hacerlo!, te juro Jake, esa reliquia jamás estuvo en el camión, ¡yo no la robé! Tampoco aparecía en el registro. Créeme… esto es cosa de Silvia…

Ni bien terminó la frase, la expresión de Jake cambió. Ya tarde, Serena se dio cuenta de que fue un error acusar a la curadora del museo. *«Silvia puede ser insoportable, pero no es una ladrona, de eso estoy seguro»,* pensó él muy molesto.

—Serena, sé que Silvia no te agrada, pero me parece muy inmaduro de tu parte acusarla simplemente porque no puedes admitir tu error.

—¿Mi error? —expresó indignada—. Mi error fue suponer que tú confiarías en mi palabra.

—Lo siento, pero tenemos muchos protocolos de seguridad, es imposible que simplemente se haya esfumado en el aire. —afirmó.

—Exacto, tal vez deberías empezar por ahí, ¿por qué no indagas antes de acusarme injustamente de cometer un delito? Usa tus benditos recursos para algo productivo. —dijo exasperada—. Después de todo, tienes el mejor equipo de seguridad, ¿no? —agregó irónicamente.

La falta de respeto e impertinencia de Serena molestó profundamente a Jake. Aun así, él quería ayudarla, entonces insistió.

—Serena, yo…

—¡Olvídalo! Si me conocieras, sabrías que jamás haría algo como esto. Si me conocieras, confiarías en mí —expresó las últimas palabras con un dolor más que patente.

Jake observó impotente cómo acababa de lastimarla con su desconfianza. Él quiso excusarse, quería apoyarla, pero seguía siendo el director del museo y como tal debía anteponer sus responsabilidades, y dejar de lado sus sentimientos por ella para resolver esta cuestión, así que no dijo nada y simplemente se marchó.

Serena apenas podía controlar su furia, había caído en una trampa y no tenía idea de cómo salir de ella. Se sentía más que nada ofendida por la desconfianza de Jake, él la conocía, *«¿cómo pudo pensar que sería capaz de cometer un delito?»*

Además, ya daba por sentado que su corta carrera como curadora había terminado, puesto que ningún museo contrataría a alguien que había perdido una reliquia tan costosa, pero entonces un milagro ocurrió.

El celular sonó inesperadamente, interrumpiendo sus pensamientos. Verificó quién era antes de atender, pues no estaba de humor para charlar con nadie. Al ver que era Milton, se apresuró a contestar.

—Milton, ¿qué sucede?

—Señorita Sanders, creo que sé cómo ayudarla.



Capítulo 26
«Revelación»

La mañana siguiente, Serena se encontraba en la sala de vigilancia con Milton. El asistente de Jake tuvo la brillante idea de verificar las cámaras de seguridad del depósito y del área de entrega para averiguar qué fue lo que realmente sucedió con la reliquia desaparecida.

—Mira, allí está el conductor con Silvia. —dijo Milton.

—¿De qué estarán hablando? —quiso saber Serena.

—No sé, pero debe ser algo relacionado con la entrega. Adelantemos la cinta —sugirió.

—¡Diablos! Se escondieron tras la columna, ya no puedo ver nada —expresó frustrada Serena.

Siguieron viendo el video y unos minutos después apareció Brian, pero ya estaba solo. Serena no quería aceptar la derrota, así que permaneció allí como una roca, hasta que logró ver algo interesante.

—¡Ahí está! —señaló Serena—. Fue él, fue el chofer, ese miserable robó la reliquia —afirmó al ver que Brian sacaba una cajita de su bolsillo. El muy tonto la abrió en frente de la cámara para observar el contenido.

—Hay que mostrarle el video al señor Castle.

—Sí, hay que hacerlo inmediatamente.

«Maldición!, ¡qué chico estúpido!», pensó Silvia, que se encontraba casualmente escuchando tras la puerta.

Esa mañana tenía planeado borrar todas las grabaciones de ese día a fin de eliminar cualquier cabo suelto. Jamás se le ocurrió que la aprendiz se le adelantaría. Después de todo, ya había dado por hecho de que no volvería al museo.

Tenía que enmendar su descuido, así que fue rápidamente al depósito a buscar a Brian.

—Señorita Santoro. —dijo el joven muy entusiasmado al verla.

—Querido, necesito otro favor. Si me ayudas con esto, prometo recompensarte, con creces —insinuó descaradamente.

—Te escucho.

Serena y Milton ingresaron a la oficina del director. Jake observaba por el vitral mientras su mente intentaba hallar una manera de salvar a su aprendiz del despido.

—Señor, hemos encontrado las pruebas de la inocencia de la señorita Sanders —afirmó el asistente.

—¿Qué? —expresó despertándose de su ensoñación. Al ver a Serena allí, su rostro se

volvió pálido por la culpa.

—Tengo cómo probar que no fui yo —aseguró ella.

—A ver, muéstrenme lo que encontraron.

Milton reprodujo la grabación. Jake observó claramente que el empleado escondía la joya en su bolsillo. Pero, a diferencia de Serena, él no vio ningún indicio de que Silvia tuviera algo que ver en el asunto.

—Ves, ella está hablando con el chofer.

—Pero eso no prueba que Silvia está implicada en el robo —argumentó Jake.

—Es verdad — aclaró Milton—. No hay pruebas que la implican.

—Pero los documentos, ella me los dio —afirmó Serena—. ¿Y la joya? ¿Cómo crees que la obtuvo el conductor?

—Debió estar con las demás reliquias —aseguró Jake.

—¿Y la lista? ¿Por qué yo no la vi en la lista?

—No sé, tal vez se te pasó un ítem de la lista.

—¿Y justamente es la reliquia que desapareció? —Expresó irónicamente.

—Lo sé, es muy extraño. Seguiremos investigando —aseguró Jake.

—¿Esto quiere decir que ya no estoy despedida?

—Nunca te he despedido —aseveró Jake.

—Bueno, en ese caso, me pondré a trabajar. Vamos, Milton, tenemos un misterio que resolver. —expresó Serena arrastrándolo por el brazo.

«¡Gracias a Dios!», pensó Jake cuando ambos desaparecieron tras la puerta. Al menos un problema ya se había resuelto. Ahora solo debía encontrar una manera de disculparse con su aprendiz por haber desconfiado de ella.

Serena seguía revisando los benditos papeles que la condenaron. Y efectivamente, el documento tenía su firma, pero ella no lo había firmado.

—¿Crees que hay alguna forma de probar que no es mi firma? —le preguntó a Milton.

—Podríamos enviarlo a un perito, estoy seguro de que podrá probar que no es tu firma.

—¿No consideras que sería muy arriesgado enviar un documento del museo para revisión? La prensa podría enterarse de algo.

—Es un riesgo, sin duda. —expresó Milton, reflexivo—. El señor Castle ya accedió a pagar por la reliquia. Todos asumirán que él la tiene. Si seguimos indagando, podríamos complicar más las cosas.

—Sí, tienes razón. Las personas podrían sospechar. ¿Qué crees que hará con el chofer? —quiso saber Serena.

—Lo más probable es que lo despidan.

—Piensas que lograrán recuperar lo que robó.

—Tal vez, si aún no lo vendió.

—Ojalá lo recuperen. —expresó esperanzada. Se sentía culpable, porque Jake tendría que pagar por algo que en teoría ella había perdido.

—Usted no debe preocuparse por eso, el jefe lo resolverá. —Afirmó y se dirigió a su oficina.

Jake firmaba unos documentos cuando Milton ingresó a interrumpirlo.

—Señor, ya llamé al chofer para que usted pueda interrogarlo.

—De acuerdo.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, ¿por qué?

—Parece un poco distraído —espetó su asistente muy curioso.

—Estoy bien, llama al muchacho, cuanto antes resolvamos este problema mejor.

El conductor ingresó a la oficina de Jake y, sin más preámbulos, él le preguntó lo que quería saber.

—¿Fuiste tú?, ¿tú robaste la joya?

—Señor Castle le juro que fue en un momento de impulso. La señorita Santoro me la dio para que se la entregara a la señorita Sanders, pero yo me la quedé.

—¿Por qué hiciste algo así?

—Necesitaba de dinero, creí que podía venderla rápidamente para saldar mis deudas.

—¿Pensaste que podrías vender una joya como esa en cualquier lugar?

—Lo siento, señor, soy un tonto. Me arrepentí casi de inmediato, pero cuando quise devolverla ya era tarde, y no sabía qué hacer.

—¿Aún tienes la joya?

—Sí, aquí está —dijo y puso la cajita sobre la mesa. Jake la abrió y verificó que la reliquia estuviera intacta—. Le juro, señor, que nunca hice algo como esto, por favor no me envíe a la cárcel.

Al ver lo joven que era, Jake sintió pena por él. Recordó su juventud y sus propias locuras en ese tiempo, no quería arruinar la vida de Brian por haberse equivocado una sola vez. Él no parecía un chico malo. Además, según recursos humanos, era muy trabajador, por lo que, seguía sin entender por qué el muchacho había cometido semejante locura.

—Está bien, no te mandaré a la cárcel, pero entenderás que ya no puedes trabajar aquí, estás despedido.

Serena se sintió aliviada al saber que se habían resuelto las cosas, y que Jake había logrado recuperar la joya. Ya no podrían devolverla al museo metropolitano, pero al menos la tendría dentro de la colección de la familia Castle.

—Veo que estás muy satisfecha con los resultados de tus acciones. —la interrumpió Silvia mientras ella seguía trabajando en su escritorio.

—No sé de qué hablas. —expresó Serena sin humor.

—Han despedido al pobre de Brian por tu culpa.

—¿Mi culpa? Querrás decir tu culpa.

—Yo no tuve nada que ver con este asunto —aseguró Silvia.

—Yo no estaría tan segura de ello —respondió Serena.

—Niña… cuidado con lo que insinúas, no te olvides de que eres una mera aprendiz y podría despedirte —le advirtió.

—Tú no eres mi jefa, no puedes despedirme. —dijo Serena, desafiante.

—Aún no lo soy, pero pronto seré algo más, así que cuida tus palabras —afirmó Silvia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Serena, preocupada. *«¿Finalmente la loca habría seducido a Jake?»,* quiso saber.

—Por ahora nada —expresó tragándose su orgullo, pues no quería revelar sus cartas—, pero recuerda que las circunstancias siempre pueden cambiar. —afirmó con una sonrisa maquiavélica.

«Pero ¿quién se cree?», pensó Serena, muy intrigada. Esa mujer le daba escalofríos, sin duda estaba tramando algo. Así que solo le respondió con condescendencia.

—Como usted diga, señorita Santoro.



Capítulo 27
«Un trágico accidente»

Esa noche, como ya era habitual, Jake fue a la mansión de la familia Castle para visitar a su ahijado, y por supuesto aprovechar la ocasión para ver a Serena. Con todo lo que había pasado recientemente, apenas si tuvo tiempo para pensar en una manera de acercarse a ella. Además, después de desconfiar de ella, no sabía qué decirle.

—Buenas noches —dijo ingresando a la sala. Su aprendiz ni siquiera se dignó a mirarle.

—La cena estará lista en un rato —le informó, mientras juntaba los juguetes que Daniel había esparcido en la sala.

—¿Pasa algo? —quiso saber Jake al notar que ella evitaba mirarlo.

—Nada, todo está bien, todo se ha resuelto. —dijo ella aún enojada con él.

—Después de este incidente, creo que lo mejor será que vuelvas a trabajar conmigo.

—Está bien —expresó sin mucho ánimo.

—¡Ya dime qué sucede! —le ordenó Jake sujetándole del brazo para que se detuviera. Serena lo miró por primera vez, y en sus ojos vio una tempestad de emociones.

—Sigo molesta contigo, debiste confiar en mí. —expresó indignada.

—Serena yo… —Jake no tuvo tiempo de disculparse, pues el teléfono de la casa sonó y ella aprovechó ese momento para escaparse de la situación.

—Hola, sí, soy yo, ¿quién habla? ¿Qué? —fue lo último que articuló antes de empezar a temblar. Jake supo de inmediato que algo terrible había pasado.

—Serena, ¿qué sucede? —preguntó alarmado.

—Jake…— dijo ella entre lágrimas— Marcus, Anne… ¡Dios mío!

—Serena, ¿qué ha pasado con mi hermano?

—Tuvieron un accidente…—expresó a duras penas soltando el teléfono. Jake lo tomó para contestar. Mientras Serena se hacía a un lado e intentaba sostenerse usando el sofá.

—Hola, soy Jake Castle, por favor dígame lo que ha pasado.

Mientras él hablaba por teléfono, Serena corrió a la habitación del pequeño Daniel para abrazarlo. No podía creer en lo que había escuchado. Tenía que ser un error, pensó. Jake subió 20 minutos después en su busca. Ella lo observó cuando ingresó al dormitorio del niño, su rostro se veía pálido y se notaba que se encontraba destrozado con la noticia.

—¿Qué haremos ahora Jake? —preguntó mientras acariciaba la cabeza del pequeño que se había quedado dormido en sus brazos.

—Serena, no debemos precipitarnos, tal vez los encuentren.

—Dijeron que estaban en medio del océano cuando sucedió.

—Sí, pero hasta que encuentren los restos del avión hay que tener esperanzas.

—¡Dios mío!, ¿qué pasará con Daniel? Si sus padres están…

—No lo digas… No supondré de que están muertos hasta que lo vea con mis propios ojos. —juró.

—¡Dios mío!, ¿qué vamos a hacer? —repitió Serena. Al sentir su desesperación, Jake se sentó a su lado en la cama, la abrazó y dijo:

—Haremos lo que prometimos.

Siete días se pasaron desde el terrible accidente del primogénito de la familia Castle. Ni bien la prensa se enteró, empezaron a acampar en frente de la mansión. Serena dejó de ir al trabajo, apenas podía mantenerse funcional para cuidar al pequeño Daniel, que preguntaba cada día por sus padres.

—Por favor evita que vea la televisión —le pidió Jake a Serena.

—Eso… intento, pero quiere ver dibujos animados.

—No quiero que por accidente vea las noticias.

—Tendremos que decirle en algún momento.

—No hasta que se confirme. —le ordenó.

—Está bien. ¿Qué dijo la policía?

—Están buscando los restos del avión usando las coordenadas de su último contacto con el control de tráfico aéreo, pero no me han dado muchas esperanzas.

—No lo entiendo, ¿cómo pasó algo como esto? —expresó indignada.

—Según las grabaciones del ATC, avisaron que se había averiado una de las turbinas. Eso fue antes de que se cortara la comunicación y perdieran todo contacto.

—¿Cómo es posible que algo así sucediera?

—Yo tampoco lo comprendo. Estoy seguro de que los jets que utiliza mi hermano siempre están en excelentes condiciones.

—¿Qué pasará si no encuentran ningún rastro?

—Según los abogados, en casos de accidentes aéreos o naufragios, después de los 8 días de búsqueda, la policía los declarará como muertos.

—¿Qué haremos con la prensa?

—Ya me estoy encargando de eso, tú solo ocúpate de Daniel. No quiero que se entere por terceros.

—Está bien.

Jake fue a la oficina de Castle Enterprise en busca de unos documentos que requerían los abogados de la familia. Sabía que no le quedaba mucho tiempo antes de que la noticia se esparciera y los buitres se abalanzaran sobre él. Y hablando de alimañas, su abuela apareció inesperadamente en la mansión al final de la tarde.

—¡Vaya! Esto se ve mejor de lo que recordaba —expresó mientras ingresaba en la sala.

—Mi hermana hizo una renovación hace unos años —afirmó Serena.

—Para ser una pueblerina, tu hermana tenía muy buen gusto.

—Tiene —la corrigió Serena.

—Querida, sigues en etapa de negación.

—Nada aún se ha confirmado, “señora”

—Tarde o temprano tendrás que aceptarlo. Ahora, déjame ver al niño.

—¿Qué?

—Quiero ver al pequeño.

—¿Te refieres a Daniel?

—Sí, por supuesto, Daniel.

—El niño está dormido.

—Despiértalo, es hora de que conozca a su bisabuela.

—Señora, creo que debería volver otro día, el niño aún no sabe que sus padres…

—¿Están muertos?

—Por favor, retírese. —le pidió Serena, perdiendo la paciencia.

—¿Quién cree que es usted para ordenarme tal cosa?

—No soy nadie, tiene razón, pero me han encargado cuidar del niño, y eso haré. —afirmó.

—¿Cómo te atreves? —espetó Joanne e intentó abofetear a Serena, pero alguien la detuvo sosteniéndole el brazo.

—Ni se te ocurra intentarlo. —rugió Jake, salvando a su pequeña aprendiz.

—Jake al fin estás aquí, deberías recordarle su lugar a la servidumbre.

—¿Servidumbre? —dijo Serena indignada.

—Ella no es parte del servicio, "abuela" —expresó para irritarla.

—Entonces, ¿qué hace aquí? Esta es la casa de la familia Castle.

—Ella es parte de la familia, abuela. Y si tú quieres seguir siéndolo, te sugiero que mejores tus modales.

—De acuerdo —dijo resignada—. Solo he venido a ver al niño, pero esta mujer no me permite verlo.

—Está dormido —informó Serena—. Y como le indiqué a la "señora", él no está enterado de nada.

—Y queremos que siga así. —expresó Jake con condescendencia.

—De acuerdo, me marcharé, pero no podrán apartarme del niño. Después de todo, ahora soy la única familia que le queda.



Capítulo 28
«A mal tiempo, buena cara»

Jake estaba sorprendido con el descaro de la mujer *«¡Qué diablos!» «¿acaso su abuela se refería al hecho de que él no era un Castle?» «¡Maldita vieja!»*, pensó Jake.

—Tienes razón, es hora de que te marches…

—¿Qué fue lo que esa mujer quiso decir? —preguntó Serena cuando Joanne se marchó.

—Nada —respondió Jake, pero tras la breve visita de su abuela, supo que debía proteger al pequeño a toda costa— Ya se hace tarde, debería irme.

—¿No te quedarás para la cena?

—Hoy no.

—De acuerdo.

De camino a casa, Jake llamó a Milton. Era primordial que se ocupara de la tutoría de Daniel lo antes posible.

—Señor, ¿ha pasado algo?

—Sí, necesito que agendes una reunión con los abogados de mi hermano para mañana a primera hora.

—¿Hay alguna novedad sobre el accidente?

—No, pero debo hablar con ellos respecto a Daniel.

—Entiendo, no se preocupe, yo me encargo de marcar una reunión para mañana temprano.

—Gracias.

Al día siguiente, Serena volvió al trabajo, ya era hora de enfrentar la realidad. A fin de cuentas, no podía esconderse para siempre.

—Vaya, al fin te dignas a aparecer por aquí.

—Buenos días, señorita Santoro —expresó Serena con indiferencia.

—Creí que al fin Jake te había despedido.

—Pues no, simplemente me tomé unos días por asuntos personales.

—Ah, sí, lo escuché, lamento lo de su hermana.

—Aún no se ha confirmado nada. —aclaró.

—Bueno, después de tanto tiempo, pensé que ya la habían dado por muerta. —Serena trató de mantener la compostura, pero la frialdad de esa mujer la desconcertó.

—Sé que usted no me soporta, pero al menos debería cuidar lo que dice por respeto al señor Castle, después de todo su hermano también ha desaparecido.

—Por supuesto, pero pronto se le pasará la tristeza, déjamelo a mí.

«¿De qué estará hablando?», se preguntó Serena. Sin embargo, no quería mostrar interés, entonces dijo:

—Cualquier buena noticia, le vendría bien en estos días.

—No te preocupes querida, yo me encargaré de consolar a Jake. —expresó Silvia antes de salir caminando airosamente.

Jake recibió a los abogados de Marcus. Quería detalles del testamento de su hermano, pues necesitaba saber qué pasaría con la tutoría de Daniel.

—Buenos días, señor Castle.

—Buenos días, por favor siéntense.

—De acuerdo. Su asistente nos comentó que tenía algo urgente que tratar.

—Sí. Ahora que ya han pasado 8 días desde el accidente de mi hermano, necesito información sobre su testamento.

—Entiendo, pero debemos esperar a que la policía nos dé una declaración oficial antes de tratar sobre este tema con usted.

—Comprendo, pero mi abuela pretende reclamar al niño, no puedo permitir que eso suceda, necesito saber lo que está dispuesto en el testamento de mi hermano con relación a la tutoría de Daniel.

—En ese caso, será mejor que agendemos una reunión oficial.

—¿Por qué?

—Porque usted no es el único a quien le concierne este asunto. Además, aún necesitamos el reporte oficial de la policía antes de leer el testamento de su hermano.

—De acuerdo, preparen todo lo necesario en cuanto sea posible.

—Como usted diga, señor Castle.

Más tarde, en la mansión, la policía vino a dar su comunicado oficial. Jake llegó a tiempo para recibir la mala noticia.

—Lamento tener que informarle, señor Castle que a partir de mañana daremos por cerrado este caso.

—Así que dejarán de buscar a mi hermano.

—Infelizmente, hasta ahora no hemos tenido ningún rastro.

—¿Así que solo los darán por muertos?

—En estos casos, lo mejor es aceptar la realidad cuanto antes, y darles una digna sepultura a los familiares fallecidos.

Serena, que observaba la escena, no podía decir una sola palabra. No se había preparado mentalmente para la confirmación de la muerte de Anne.

—También lamento su pérdida, señorita Sanders —le dijo el oficial.

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó Jake.

—No se preocupe, señor Castle, nosotros nos encargaremos de dar el comunicado. Usted ocúpese de su familia y de los arreglos funerarios.

—Muchas gracias —expresó Jake a duras penas aceptando la realidad.

Serena se encontraba igual de conmovida, ambos se miraron por un instante y en silencio subieron a la habitación del pequeño Daniel, pues ya era hora de darle la mala noticia.

En la mañana, Milton se encargó de posponer todas las pendencias de Jake. No quería que nadie molestara a su jefe que se encontraba de luto por la muerte de su hermano mayor.

Silvia, que no podía más que alegrarse con la noticia, ya que finalmente veía una oportunidad de tomar a Jake con la guardia baja para seducirlo. No se contuvo y fue a la mansión

para darle los pésames personalmente. Serena abrió la puerta, y quedó muy sorprendida a ver que ella vestía de negro.

—Querida, lamento mucho tu pérdida —dijo Silvia supuestamente conmovida.

—Gracias… señorita Santoro.

—Está Jake, quiero verlo —expresó empujando sin ninguna ceremonia a la aprendiz para entrar. Serena la siguió hasta la sala, antes de que la curadora hiciera una de las suyas.

—Jake, mi querido —expresó tirándose en sus brazos dramáticamente— Lamento tu pérdida —agregó observando de reojo a Serena— Jake querido si necesitas hablar con alguien… —expresó intentando acercarse más a él.

—Ahora no Silvia.

—Pero…

—Por favor, necesito organizar el funeral de mi hermano.

—Por eso estoy aquí, cariño, vine para ayudarte. —afirmó sosteniéndolo del brazo posesivamente.

Esa misma tarde, se realizó el funeral en la mansión de la familia Castle. Como no tenían los cuerpos, decidieron quemar rosas blancas que posteriormente arrojarían en el mar, por lo que no sería necesario hacer el ritual en un cementerio. Jake quería honrar la memoria de su hermano, y encargarse de la mejor manera posible del pequeño Daniel, que ahora, era un huérfano.

La madre de Anne llegó con Trizz cerca del mediodía, aún les costaba procesar la muerte de su ser amado. Apenas pudieron mirar a Serena, que era la viva imagen de su hermana mayor.

—Todo estará bien —expresó Trizz tratando de darle ánimos.

Serena la observó por un instante antes de asentir. Como era la hora de depositar las flores en el interior de los féretros, ella tomó la mano del pequeño para que se acercara a despedir a sus padres.

—Vamos Daniel —le dijo amablemente sosteniéndolo de la mano.

Al verlos caminar, Jake se aproximó y tomó la otra mano del pequeño. Este gesto molestó profundamente a Silvia, que se encontraba a su lado, fingiendo estar deshecha en lágrimas.

—Todo estará bien —prometió Jake a su ahijado mientras apretaba ligeramente su manita.

Daniel trataba de contener las lágrimas, pero seguían cayendo incontrolablemente por su rostro. Su único consuelo era que se encontraba al lado de dos personas que lo amaban.

Cuando todos se marcharon, el pequeño subió a su habitación. Jake fue tras él para darle privacidad a Serena, que se había quedado con su familia en la sala.

—Mamá… —dijo Serena sin controlar las lágrimas. Ahora que el niño ya no se encontraba a su lado, no necesitaba hacerse de la fuerte. Su madre se acercó para abrazarla. Trizz también lo hizo.

—Mi pequeña…

—¿Qué vamos a hacer mamá? Anne ya no está. Mi hermana ya no está.

—Lo sé mi amor, lo sé, —dijo la mujer entre lágrimas— pero debes ser fuerte. Daniel nos necesita.

—Lo sé, sé que él me necesita.

—Ahora más que nunca. Debes ser fuerte por el niño.

—¿Sabes?, se lo prometí a Anne, en el día de su bautismo. Le prometí que lo cuidaría si algo le pasaba.

—Tu hermana siempre fue la más prudente de todas ustedes.

—Lo sé, ella era la mejor.

En la habitación, Jake intentaba consolar al pequeño que seguía en silencio tras el funeral.

—Daniel —expresó sosteniendo la mano del niño que se encontraba tendido en la cama. Él levantó la mirada, pero seguía sin decir nada— Sé que ahora sientes que estás solo, pero no lo estás. Yo siempre estaré contigo, y tu tía Serena, ella te ama más que a nadie.

—Tío… —expresó a duras penas el niño.

—Sí… Dime pequeño.

—Y ahora, ¿quién cuidará de mí?

Una semana después, los abogados de la familia Castle citaron a los interesados para hacer lectura del testamento de Marcus.

—Creo que ya estamos todos —expresó Jake, al ver que su abuela aparecía en la escena sin invitación.

—No entiendo por qué esta mujer debe estar en la lectura —Dijo Joanne al ver a Serena allí.

—En realidad, señora, es usted quien no debería estar aquí. —argumentó el notario.

—Soy la bisabuela del heredero de la familia Castle —Afirmó indignada.

—Si el señor Castle está de acuerdo, puede quedarse —indicó el hombre. Jake que no quería armar un escándalo, simplemente asintió— Iniciemos entonces. Ahora haré lectura del testamento de Marcus Daniel Castle.

El abogado afirmó que las acciones de Castle Enterprise que se encontraban bajo el nombre de Marcus pasarían a ser patrimonio del único heredero, el pequeño Daniel. La mansión sería heredada por Jake, así como todo lo relacionado con la fundación y el museo.

—Con respecto a la tutoría legal del menor Daniel Castle Sanders. —el corazón de Jake se aceleró inesperadamente por la ansiedad— La voluntad explícita del difunto señor Castle y su amada esposa es la siguiente:

“Dejo la tutoría legal y crianza de mi único heredero en manos de sus padrinos, el señor Jacob Alexander Castle y la señorita Serena Sanders.”

Al escuchar sus nombres, ambos se miraron y dijeron al unísono.

—¿Qué?



Capítulo 29
«En tu casa o en la mía»

Frank, el fiel asistente de Marcus, que se encontraba allí como testigo para confirmar la veracidad del testamento, sonrió al ver la cara de los padrinos del pequeño Daniel. Desde un principio, su jefe supo que Jake estaba enamorado de Serena Sanders, y como un último acto de amor hacia su hermano menor, Marcus había unido para siempre a Jake con la mujer que amaba.

—¿Qué? —Los mencionados se expresaron muy sorprendidos.

—La última voluntad del señor Marcus Castle fue que usted y la señorita Sanders compartieran la custodia de su único heredero. —afirmó el notario. El rostro de Jake se iluminó por un instante, apenas si podía creerlo.

—¡Eso no es posible! —cuestionó Joanne—. Ella no es una Castle. ¡No puede ser la tutora legal del niño!

—Abuela, recuerda que estás aquí por pura cortesía —le reclamó Jake.

—¿Está seguro de esto? —preguntó Serena al notario, muy incrédula.

—Sí, todo está escrito en el testamento. El señor aquí presente fue testigo de la firma. —aseveró el notario señalando a Frank.

—Pero ¿cómo funcionaría esto de la tutoría compartida? —quiso saber Serena.

—Según el testamento, el niño debe vivir con ambos.

—¿Qué? ¡Eso no es posible! —afirmó Serena con vehemencia—. El señor Castle y yo no somos pareja —alegó.

—No es un requisito —afirmó—. La cláusula solo indica que deben tener la misma residencia.

—Pero eso significa que…

—Que deben vivir bajo el mismo techo —aseveró el notario.

—El testamento establece, ¿dónde debemos vivir? —preguntó Jake, tremendamente sorprendido con la noticia.

—No, mientras ambos vivan bajo el mismo techo con el niño, cumplirían con la cláusula impuesta.

—¿Qué pasará con Castle Enterprise mientras tanto? —preguntó intrigado Jake.

—Según la voluntad del difunto señor Castle, usted sería el encargado de administrar todos los bienes del señorito Daniel hasta que este cumpla la mayoría de edad. Mientras que la señorita Sanders sería la encargada de decidir sobre la educación del niño. —respondió el notario.

—Por eso deben vivir juntos. —afirmó Frank.

«¡Maldición!, lo último que le faltaba era tener que vivir con Jake "el libertino"», pensó Serena, muy desconcertada.

—Si no están de acuerdo, uno de ustedes puede renunciar a la tutoría del niño —dijo el notario. Ambos se miraron y respondieron al unísono.

—¡Eso nunca!

Cuando todos se marcharon, Jake decidió que era hora de tener una seria conversación con Serena.

—¿Podemos hablar?

—De acuerdo —dijo ella y se echó en el sofá, muerta de cansancio.

—Todo esto es realmente muy sorprendente —afirmó Jake.

—Ni que lo digas —expresó ella irónicamente.

—No sé en qué estaba pensando Marcus cuando decidió que debíamos criar al niño juntos. —afirmó irónicamente, pero en realidad estaba agradecido.

—O Anne, —dijo Serena y bufó de mala gana antes de decir—, pero ya está hecho. Y no pienso renunciar al niño.

—Pues yo tampoco —afirmó Jake sentándose en frente de ella.

—¿Qué vamos a hacer?

—Hay que organizarnos.

—Está bien. ¿Cuál es el plan?

—Creo que debemos vivir aquí. Será lo mejor para Daniel.

—Estoy de acuerdo. —afirmó Serena.

—Iré a empacar.

—¿Qué? ¿Ahora? —dijo sorprendida.

—Sí. Ya lo olvidaste, a partir de mañana debo vivir aquí… contigo —agregó lo último intencionalmente.

—Ah, cierto. Supongo que yo también debería buscar mis cosas. Ahora que mi estadía será permanente, debo desocupar mi departamento.

—Si necesitas ayuda con algo…

—No tengo muchas cosas.

—Entiendo, de todas formas, considero que deberíamos hacer esto juntos. —expresó Jake sentándose esta vez a su lado.

—¿Por qué razón? —preguntó Serena, incómoda con su cercanía.

—Porque hay muchas cosas que deberíamos decidir juntos.

—¿Cómo qué?

—Por ejemplo, ¿dónde crees que debería dormir? —expresó con una sonrisa insinuante.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Bueno, ahora soy el dueño de la casa, se supone que debo ocupar el dormitorio principal, pero no me siento cómodo al respecto, era la habitación de Marcus.

—Lo entiendo.

—Usaría mi vieja habitación, pero tengo entendido que tú la estás ocupando, por eso pregunto, ¿dónde crees que debería dormir? —Serena se sentía cada vez más incómoda.

—Hay muchas habitaciones disponibles —aclaró—. Además, yo solo ocupaba la habitación temporalmente, no tengo problema en usar otra habitación.

—Entiendo. En ese caso… volveré a utilizar mi habitación.

—Me mudaré a otra habitación en la mañana. —aseguró mientras se movía al otro lado

del sofá.

—Está bien, por mí no hay prisa. —Agregó satisfecho al ver que ella se sentía incómoda.

Al día siguiente, Jake acompañó a Serena a buscar sus cosas. Daniel seguía dormido cuando salieron de la mansión. La niñera se encargaría de él mientras tanto.

—No demoraré —prometió ella.

—Voy contigo. Por si tienes algo que cargar —Serena lo miró malhumorada.

—De acuerdo…

Ingresaron al pequeño departamento, ella trató de ocultar rápidamente un par de tangas que había dejado para secar la última vez que estuvo allí. Jake miró hacia otro lado para que no notara su sonrisa.

Serena empacó un par de ropas, zapatos y portarretratos que tenía al lado del televisor.

—¿Eso es todo? —preguntó Jake sorprendido.

—Sí, el departamento no es mío, todo lo demás le pertenece a la universidad.

—De acuerdo…—expresó tomando la caja que ella tenía en manos.

Serena no dijo nada durante el trayecto. *«Debe seguir destrozada»,* pensó Jake, pues él también continuaba sin poder aceptar la muerte de su hermano. Y en el fondo sabía que no dejaría de buscar respuestas. Como le dijo una vez a Serena, hasta que viera los cuerpos, no se rendiría, pero no deseaba darle falsas esperanzas a nadie. Así que, por ahora, mantendría su investigación en secreto.

«¡Maldición, Marcus!» «¿Tenías que ser un buen hermano hasta el final?», pensó tristemente Jake al recordar lo que él dispuso en su testamento. Obviamente, la tutoría compartida de Daniel era su último recurso para que Jake pudiera conquistar a la mujer que amaba. Hasta después de su muerte él seguía apoyándolo, apenas lo podía creer.

Tras pasar por el *penthouse* de Jake para recoger sus cosas, volvieron a la mansión. Serena permanecía en total silencio. Cuando finalmente aparcaron, él le dijo:

—Llegamos —sus palabras despertaron a Serena de su ensoñación.

—No puedo creer que realmente vamos a hacer esto. —expresó incrédula.

—Créeme, que yo tampoco puedo creerlo, señorita Sanders.

En la tarde, Serena desempacaba sus trastes cuando Daniel ingresó a su habitación para hacerle una pregunta desconcertante.

—¿Acaso el tío y tú se pelearon?

—¿Qué? —expresó ella girando para encararlo. —¿Por qué crees que nos peleamos, cariño?

—Porque tú y el tío Jake dormirán en habitaciones separadas. —afirmó.

—Ah, eso es porque…

—Siempre que papá y mamá se peleaban, dormían en habitaciones separadas. —argumentó el niño.

—Pero tus padres estaban casados, cariño. Y tu tío y yo no estamos casados.

—¿Y por qué no lo están?

«¡Dios mío! Y ahora, ¿qué hago?», pensó Serena, pues no quería que el pequeño tuviera ideas equivocadas respecto a su relación con Jake.

—Porque nosotros no estamos enamorados —respondió a duras penas.

—Entonces… ¿Por qué se miran de la misma manera que lo hacían papá y mamá? —argumentó el niño inocentemente.

«Esa es una excelente pregunta», pensó Serena suspirando.

—¡Vamos! Es tarde, hay que preparar la cena.

Solo había pasado un día desde que Jake se mudó a la mansión, pero ya se estaba arrepintiendo.

—En serio, Serena, ¿puedes explicarme por qué nosotros debemos hacer la cena?

—Porque es importante que Daniel aprenda a valerse por sí mismo. Nosotros debemos darle el ejemplo.

—Pero ¿era realmente necesario que te deshicieras de la cocinera?

—Será solo por las noches. Ahora que somos una familia, debemos pasar tiempo juntos —argumentó. Al ver que el rostro de Daniel se iluminaba con esa simple idea, Jake desistió de sus protestas y siguió pelando las papas.

Más tarde, cuando terminaron de comer. Jake se sentó junto a la chimenea para beber un vaso de coñac. Serena se acercó para hablarle.

—Creo que ya es hora de que vuelva a mi puesto laboral.

—No tienes que apurarte, el niño te necesita.

—Lo sé, pero si pierdo más días, tendré que rehacer la pasantía. Recuerda que debo cumplir con una carga horaria.

—Está bien, si tú crees que estás lista.

—Lo estaré. —prometió.

En la mañana, Silvia se encontraba desesperada. Acababa de enterarse de las novedades. No podía creer que esa pueblerina había logrado meterse bajo el mismo techo que Jake.

—¿Lo escucharon? Ahora viven juntos, ¡Imagínate! —comentó la chica de la recepción mientras bebían un café en el sofá.

—¡No puedo creerlo! —argumentó la nueva asistente de Silvia. ¿Será que tienen una relación?

—¡Imposible! —casi gritó Silvia sin poder controlarse. Al ver que todas la miraban con curiosidad, se excusó diciendo:— ¿Acaso no tienen trabajo que hacer? Ya dejen de estar chismorreando.

—Lo lamento, señorita Santoro. Solo nos tomábamos un descanso.

—Vuelvan al trabajo, y que sea la última vez que los escuche decir disparates sobre el jefe. —exigió, pero por adentro pensaba *«¿De qué diablos hablan estas estúpidas?»*. Como no sabía a quién acudir, fue a buscar a Milton.

—Milton, querido…

—Señorita Santoro, ¿en qué puedo servirle?

—Verás, querido, hay un rumor circulando por la empresa, y ya sabes que no me gusta el chisme, pero me parece que es bastante grave, así que quería preguntarte si escuchaste hablar algo al respecto.

—Dígame de qué se trata.

—Dicen que el señor Castle se ha mudado a vivir con su aprendiz.

—Ah, sí, es verdad —mencionó casualmente.

—¿Qué? ¿No lo dirás en serio? —agregó sorprendida.

—Sí, desde ahora deben vivir juntos.

—Pero ¿por qué razón tendrían que vivir juntos? —preguntó exasperada.

—Porque desde ahora son los tutores legales del heredero del difunto señor Castle.



Capítulo 30
«Corazón herido»

Silvia no sabía si tenía una crisis nerviosa o mataba a alguien para descargar su ira. *«¿Cómo era posible que las cosas se hubieran puesto tan complicadas del día para la noche?»*

—A ver Milton, explícate. —le ordenó.

—Bueno, esa fue la última voluntad del difunto señor Castle.

—¿Quieres decir que ahora ambos se encargarán del niño? ¿Juntos?

—Eso parece.

«¡Maldito infierno! ¿Cómo haría ahora para separar a Jake de esa golfa?». Necesitaba de un plan que no le dejara a Jake otra alternativa más que aceptarla como su esposa. Pues si permitía que él estuviese junto a Serena por más tiempo, podría perderlo para siempre.

Jake llegó esa mañana a la oficina de muy buen humor. Daniel había vuelto a la escuela, y Serena lo acompañaba al trabajo como de costumbre.

—Sé que no será fácil, pero hay que seguir adelante. —dijo Jake dándole unas palmadas en la espalda.

—Lo sé, lo intentaré. —expresó y luego se bajó del auto.

Milton, a sabiendas de que su colega seguía emocionalmente de luto, trató de animarla.

—Bienvenida, señorita Sanders.

—Gracias, Milton.

—Le compré el café que le gusta.

—No tenía que hacerlo, muchas gracias.

—Sé que ya se lo dije antes, pero quisiera expresarle mis sinceras condolencias. Y quiero que sepa que aquí todos estamos muy tristes por su pérdida.

—Gracias, Milton, es usted muy amable. Intentaré esforzarme para no ser un estorbo.

—Usted nunca será un estorbo. —le aseguró— Además, sé que el trabajo la ayudará.

—Eso espero.

Todos en la empresa actuaban raro cada vez que la veían pasar. Serena no comprendía por qué todos la trataban de forma distinta esa mañana.

—Milton, puedes decirme ¿qué sucede?

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué todos actúan raros hoy?

—No sé de qué habla —espetó tratando de esquivar la pregunta.

—Fui hasta el departamento de restauración, ellos siempre son groseros conmigo, pero hoy actuaban como si yo fuese la jefa.

—No lo sé, tal vez sea porque usted vive con el jefe.

—¿Qué? ¿Cómo es que…?

—¿Lo saben?

—Sí.

—Al parecer es la última comidilla en Castle Enterprise, y como estamos conectados a ellos, pues se enteraron rápidamente.

—¡Diablos! Yo quería mantenerlo en secreto.

—Dudo mucho que pudiera hacerlo. Todo lo relacionado con la familia Castle siempre termina en las noticias.

—Lo había olvidado. Al menos hoy es viernes, tal vez este fin de semana haya otro escándalo y ya lo olviden para el lunes.

—Roguemos por ello —dijo Milton, luego agregó muy serio— Hablando de la familia Castle. ¿Cómo sigue el niño?

—Igual, aunque hoy accedió a volver a la escuela. Sigue muy deprimido el pobre.

—Es comprensible, perder a tus padres así, debe ser horrible.

—Lo sé, perder a un padre ya es terrible, imagínate perder a ambos.

—Si necesita de ayuda con algo, por favor no dude en decírmelo.

—Milton, ¿ya te han dicho que eres un tesoro?

Jake seguía en una reunión cuando inesperadamente recibió una llamada de la escuela de Daniel. Al ver de dónde llamaban, se preocupó.

—Hola.

—¿Habla el señor Castle?

—Sí, soy yo.

—Llamo de la escuela de Daniel, necesito que venga a buscarlo.

—¿Ha sucedido algo?

—Sí, tuvimos un incidente.

Serena actualizaba la base de datos de las últimas adquisiciones del museo cuando Jake salió a toda prisa de su oficina. Al ver que estaba muy alterado, ella se preocupó.

—¿Qué ha pasado?

—Hay que ir por Daniel.

—¿Por qué?

—Tuvo una pelea en la escuela.

Llegaron hasta la oficina de la directora. El pequeño tenía un ojo morado, pero parecía estar bastante satisfecho con sus acciones.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasó? —dijo Serena revisándole la cara.

—Tuve una pelea —expresó mostrándole una mueca.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Jake.

—Me llamaron huérfano. —se justificó.

—Daniel —expresó Serena conmovida. Jake se arrodilló y tomó de los hombros al pequeño antes decirle.

—Tú no eres huérfano, me tienes a mí.

—Y a mí —agregó Serena.

—Ellos se estaban burlando —expresó el niño con lágrimas en los ojos.

—Lo entiendo —dijo Jake—, pero pelearse no es la respuesta. Te lo digo por experiencia —argumentó.

—Extraño a mis padres —esta vez Daniel ya no pudo contener las lágrimas.

—Yo también los extraño, cariño —respondió Serena abrazándolo— Todo estará bien, te lo prometo.

—Señor Castle… —La directora llamó la atención de los presentes. —Pase, por favor.

—Serena, ¿puedes quedarte con él?

—Sí, por supuesto.

Ambos ingresaron a la oficina. Cuando la mujer se sentó, Jake dijo:

—Señora directora, lamento este incidente.

—Esta es la primera vez que Daniel se muestra violento con sus compañeros, por lo que lo dejaré pasar. Además, comprendo que el niño ha sufrido mucho recientemente.

—Sí, ha sufrido mucho desde la muerte de sus padres, los medios tampoco colaboran, no dejan de hablar de mi hermano en las noticias.

—Tal vez Daniel debería tomarse un descanso de todo esto. Lejos de la ciudad y de la influencia de los medios.

—Pero ya se ha ausentado mucho tiempo en la escuela.

—No se preocupe, es un niño muy inteligente, se pondrá al día cuando vuelva.

—Le agradezco que sea tan comprensiva.

—Soy viuda, he pasado por una situación similar con mis hijos.

—Entiendo, haré lo posible para ayudar a Daniel. Cuando esté listo, volverá a la escuela.

Más tarde, en la mansión, Serena colocaba una bolsa de guisantes en el ojo morado de Daniel, mientras Jake trataba de encontrar una manera de solucionar el problema.

—Tengo una idea —dijo después de un rato.

—¿Qué idea? —preguntó Serena.

—Creo que deberíamos ir al campo.

—¿Al campo? —preguntó Daniel.

—Sí, visitaremos a tu abuela.

Serena lo miró sorprendida, no sabía qué decir, pues acababa de volver al trabajo. Estaba a punto de oponerse cuando él agregó.

—Nos iremos solo por el fin de semana.

—De acuerdo… ¡Entonces vayamos! —comentó ella para apoyarlo.

—Sí, sí, quiero ver a la abuela. También podemos ir al lago —agregó. El rostro de Serena se volvió pálido.

—Por supuesto que sí. —dijo Jake muy contento, al ver que su pequeño ahijado finalmente volvía a sonreír.

Mientras empacaba, Jake ingresó a la habitación de Serena. Quería preguntarle si se encontraba bien, porque de pronto se había vuelto muy callada.

—¿Está todo bien?

—Sí, ¿por qué?

—Es que parecías un poco molesta por lo del viaje.
—No estoy molesta.

—Lamento si fue precipitado, debí consultarlo contigo antes. Sé que no quieres dejar el trabajo, por eso creí que ir el fin de semana sería lo mejor.

—Hiciste bien, él no está listo para volver a la escuela. Creo que le hará bien estar con su familia al menos por unos días. —aseguró.
—También te hará bien a ti.
—Tal vez nos haga bien a todos. —afirmó esperanzada.

Eran las 4 de la tarde cuando llegaron a la granja de la familia Castle. La última vez que Jake visitó el lugar, fue hace 4 años en el día de la boda de Marcus, pensar en ello, le produjo nostalgia.
—Bien, Daniel, puedes subir a desempacar y luego iremos al lago.
—Sí, ahora mismo lo hago.
—¿No crees que estás siendo muy blando?
—¿A qué te refieres? —expresó Jake sonriendo.
—No puedes darle todo lo que quiere, cuando quiere.
—¿Por qué no?
—Porque así lo vas a malcriar. —afirmó Serena.
—No creo que pueda malcriarlo más que tú.
—¿Qué estás insinuando?
—Tú lo malcrías más que yo.
—¡Eso no es cierto!
—Admite que lo mimas demasiado.
—Bueno… ha perdido a sus padres y yo…
—No te estoy criticando, solo digo que el niño merece algo de alegría después de todo lo que ha pasado.
—Tienes razón.
—Bien, ¿entonces vienes con nosotros?
—Jake yo…
—¡Ya estoy listo! —afirmó Daniel bajando a toda prisa por las escaleras.
—Daniel no corras en las escaleras, es peligroso.
—No estoy corriendo —respondió desacelerando el paso.
—¿Nos vamos? —preguntó Jake, mirándola, ella no tuvo más remedio que acceder a su petición.
—Está bien.

Llegaron a un pequeño muelle. Se notaba que el lugar era muy popular, pues varias familias estaban haciendo pícnic en ese momento.
—Quiero entrar al agua …—dijo Daniel.
—¿Qué? ¡No!, ¡no puedes! —expresó Serena.
—¿Cuál es el punto de venir al lago si no vamos a entrar al agua? —preguntó Jake.
—No creo que sea buena idea, es peligroso —afirmó ella.
—Hay otros niños en el agua, si fuera peligroso, no lo permitirían. Mira tienen chalecos salvavidas.

—Está bien. —aceptó ella de mala gana.

Jake se sacó la camisa para ingresar al agua con el niño. Al ver su torso desnudo, Serena casi tuvo un ataque. *«¡Maldito infierno!»*, pensó al notar cómo ese hombre aún le afectaba.

—¿No vas a entrar? —preguntó él muy alegremente.

—No, mejor me quedo por aquí.

—¿No me digas que le tienes miedo al agua? —preguntó inocentemente. El rostro de Serena se volvió pálido y Jake supo que algo andaba mal. Rápidamente, cogió al niño y salieron a su encuentro— ¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, es solo que yo no puedo hacerlo… —expresó e intentó marcharse.

—Espera… ¿Dónde vas?

—Volveré a la casa, debo encargarme de la cena.

—No tienes que preocuparte por eso, podemos ordenar algo. Quédate.

—No es necesario, yo me ocuparé.

Jake sabía que algo andaba mal, pero no quería presionarla, entonces dijo:

—De acuerdo, volveremos en una hora. ¿Está bien?

—Sí, no te preocupes, diviértanse.

Más tarde, cuando volvieron a la casa, encontraron a Trizz cocinando con Serena.

—Hola, Trizz, no sabía que vendrías hoy.

—Mamá pensó que les vendría bien, algo de ayuda, con el niño.

—¿Tu madre se encuentra bien? —preguntó Jake muy interesado.

—Sigue deprimida, pero intenta ocuparse con el trabajo para pasar el tiempo.

—Entiendo.

—Ven Daniel, debes bañarte —dijo Serena y subió con el niño por las escaleras.

Trizz que no era tonta, aprovechó el momento para hablar con Jake sobre su hermana.

—¿Hasta cuándo piensas hacerte del tonto?

—¿Qué quieres decir? —preguntó haciéndose del desentendido.

—¿Cuándo piensas decirle lo que sientes?

—¿Acaso todo el mundo sabe lo que siento por ella?

—Creo que sí, al parecer la única que no lo sabe es Serena.

—Tal vez lo sabe, pero no le interesa.

—¿Ya has visto cómo te mira?

—No, ¿cómo lo hace? —preguntó curioso, acercándose más a ella para escuchar.

—Te mira como si fueras una obra de arte, y créeme, no hay nada que mi hermana ame más que una obra de arte.

—¿De veras? —expresó sonriendo.

—Sí, ya déjate de rodeos y dile que la amas.

—¡Ish!, no hables tan alto, podría escucharte.

—Que lo haga, tal vez así se dará por enterada. —expresó Trizz entre risas.

—Haré lo que pueda, te lo prometo —dijo Jake con seriedad.

—Espero que lo hagas antes de que se convierta en una anciana.

—¡No exageres!

—Yo nada más lo decía.

—De acuerdo, pero… hablando de tu hermana. ¿Podrías decirme por qué ella le teme tanto al agua?



Capítulo 31
«Confía en mí»

La expresión en el rostro de Trizz le indicó a Jake que la fobia de Serena era un tema delicado, pero tenía mucha curiosidad. Así que, insistió en el asunto.

—Es que hoy fuimos al lago…

—¿Ella accedió a ir al lago? —preguntó muy sorprendida.

—Sí, bueno, no le entusiasmó mucho que digamos.

—¡Vaya!

—¿Puedes decirme por qué le teme al agua?

—Bueno… no sé si deba decírtelo yo.

—Por favor…—insistió expectante.

—De acuerdo… Cuando Serena tenía unos 11 años, tuvo un accidente… en el lago. Ella cayó del muelle mientras jugaba con otros niños. Quedó bajo el agua por unos minutos, pues no sabía nadar y nadie había notado su desaparición. Y aunque no tardaron demasiado en rescatarla. Desde entonces, ella le tiene pavor al agua, y la verdad es que, empezó a temerle a todo. No salía de casa para nada. Desarrolló lo que llaman agorafobia.

—No tenía idea.

—Ella jura que superó por completo el accidente, pero yo no estoy tan segura. Pues, aunque lo oculta muy bien, sé que hasta ahora le cuesta hacer muchas cosas, en especial aquellas que tienen relación con el agua.

—Debió ser muy difícil para ella mudarse a la ciudad.

—Siempre fue su sueño. Y nadie le quitaría eso. Después del accidente siguió tratamiento por más de un año y pudo lograr superar la agorafobia, pero no su temor al agua.

—Es muy testaruda.

—Lo sé, lo heredó de mi madre.

—Entiendo…—dijo reflexivo.

—Por favor, no le digas que te lo conté, o me matará.

—¿Por qué trata de ocultarlo?

—Teme que eso vaya a perjudicarle en su vida profesional, por eso lo mantiene en secreto.

—Entiendo. No te preocupes, por mí, jamás se enterará de nada —aseguró sellando los labios con los dedos.

—¿Sabes? Creo que después de Marcus, tú serás mi cuñado favorito.

—Nunca podría ganarle —aseguró.

—No, él era verdaderamente genial. —confirmó.

—Y siempre lo será.

Más tarde en la cena. Jake trataba de encontrar un instante para hablar con Serena, como bien le recordó su cuñada, ya era hora de que enfrentara el hecho de que estaba enamorado de esa mujer, pero sentía que no era el mejor momento, pues ella acababa de perder a su hermana.

—Daniel, ya es hora de dormir.

—¡No!, quiero quedarme despierto hasta tarde.

—Pero si te quedas despierto hasta tarde, no podrás ver a la abuela mañana. Recuerda que iríamos para el desayuno.

—Está bien… —respondió de mala gana.

—Yo lo acompaño —dijo Trizz, y le guiñó un ojo a Jake antes de irse.

—Sí, así me cuentas una historia. —dijo Daniel antes de salir corriendo.

—Parece que Trizz es una buena niñera —espetó Jake sonriendo.

—A ella le encantan los niños.

—A ti también.

—Sí, es verdad.

—¿Alguna vez has pensado en tener hijos? —soltó las palabras sin pensarlo.

—¿Qué? —respondió sorprendida.

—Quiero decir, si consideras tener hijos.

—Bueno, supongo que sí, cuando me case. Sí es que sucede —agregó rápidamente.

—Supongo que una chica tan bella como tú tiene muchos candidatos.

Serena quería reírse. No podía creer que, precisamente Jake le estuviera preguntando por qué no tenía pretendientes. Él que la había arruinado para siempre, dándole altas expectativas sobre el amor.

—Pues no, estuve ocupada —aseguró.

—Es una pena, te mereces una familia propia.

—La tendré, algún día.

—De seguro que sí —respondió incómodo.

Ella quería cambiar de tema, así que le habló de otra cosa.

—Jake necesito confesarte algo.

—Qué —dijo expectante.

—Hace rato en el lago yo…

—No tienes que decírmelo.

—Sí, tengo que hacerlo. Estaremos juntos por mucho tiempo y supongo que es importante que lo sepas.

—De acuerdo.

—Jake, yo tengo… tuve agorafobia. Ya me recuperé —aseveró al ver su expresión preocupada. — pero aún me cuesta enfrentar ciertos miedos, verás… Recuerdas ese accidente que te mencioné en la boda de Anne.

—Sí.

—Bueno, todo fue debido a eso. Me caí en el lago que visitamos ayer, y casi muero ahogada. Después de eso yo… Yo nunca pude volver allí y desarrollé un miedo terrible a los espacios abiertos. —afirmó a duras penas.

—Serena, yo no tenía idea…

—Y aunque me recuperé de la agorafobia. Yo aún no puedo acercarme a lagos, piscinas o

cualquier masa de agua que tenga más de un metro. —afirmó.

—Lo siento… De verdad no lo sabía.

—Lo sé, por eso te lo cuento, quiero que entiendas del porqué no pude hacerlo.

—Está bien, Serena, no es para tanto.

—Lo es. Si alguna vez tengo que proteger a Daniel. Debo ser capaz de enfrentar mis miedos, pero aún me cuesta superar ciertas cosas.

—No te preocupes, pase lo que pase, yo siempre estaré allí para ti y para Daniel. Juntos vamos a superar lo que sea, ¿está bien? —prometió y le tomó de los hombros.

Serena nunca confió en Jake, pero por alguna razón creyó en cada una de sus palabras.

—De acuerdo. —dijo ella asintiendo.

En la mañana, Jake decidió que además de intentar un acercamiento con Serena, buscaría una manera de ayudarla con su fobia al agua. Así que, mientras desayunaban, se le ocurrió una idea genial para matar dos pájaros de un solo tiro.

—Serena…

—¿Sí?

—¿Qué te parece si aprendes a nadar?

—¿Qué…?

—Estuve pensando en lo que dijiste, y supongo que, debido a tu fobia, no sabes nadar.

—Es cierto, después del accidente nunca quise aprender. Siempre evité a toda costa acercarme a una piscina.

—Lo entiendo, aunque, como bien dijiste ayer, ahora somos responsables de un niño, por eso considero que deberías aprender a nadar.

Rápidamente, notó que se le tensaba el rostro. No quería presionarla, pero era por su propio bien.

—No te preocupes. Te ayudaré. —le aseguró Jake.

—Aun así… yo… no creo que pueda hacerlo —afirmó finalmente.

—Sé que te da pánico hacerlo, pero confía en mí. Cuanto antes enfrentes tus miedos, más rápido podrás ser libre de ellos.

—No lo sé, Jake.

—Al menos debes intentarlo, por el bien de Daniel. Sé que puedes hacerlo. —agregó, apelando a su lado emocional.

—De acuerdo, pero ¿cómo lo haría? ¿Deberé ir a una escuela de natación?

—No, yo mismo te enseñaré.

—¿Qué? No, considero necesario.

—Será más fácil para ti, si aprendes con alguien que conozca tu secreto.

—Hmm. Bueno, podrías estar en lo correcto.

—Solo debes confiar en mí —aseguró.

—Está bien. Hagámoslo.

Más tarde, Jake aguardaba con Daniel en la piscina, pensó que lo mejor sería que iniciaran sus prácticas de inmediato, ya que temía que, si lo aplazaran, ella desistiera de hacerlo. Serena recurrió al guardarropa de Anne para encontrar un traje de baño. Como no tenía planeado meterse en una piscina, no había comprado ninguno.

—Ya estoy lista —afirmó, respirando hondo. Jake giró para verla, y su corazón se detuvo.

Serena vestía un elegante bikini de dos piezas en color amarillo. Era evidente que sería la primera vez que intentaba aprender a nadar. Su piel era de un tono pálido en las áreas que nunca

habían sido expuestas. Su cuerpo exuberante le quitó el aliento.

—Tía, ven, entra al agua, está cálida —dijo Daniel, que vestía un chaleco salvavidas.

—Ya voy, ya voy… —expresó mientras bajaba a duras penas por la escalera.

A cada paso, sentía que su corazón se aceleraba rápidamente. Intentó enfocarse en la sonrisa del pequeño, pues, a fin de cuentas, lo hacía por él. Jake notó su nerviosismo, así que se acercó para darle la mano.

—Ven, yo te ayudo. —comentó Jake.

Serena dudó por un instante, pero al mirarlo al rostro, sintió confianza y dio el último paso.



Capítulo 32

«Juegos sucios»

Serena tomó toda la fuerza de voluntad del que disponía y tomó la mano de Jake. Debía tener fe de que funcionaría, pues no podía temerle al agua por el resto de su vida, pensó mientras daba el siguiente pasó que la sumergiría en la piscina.

—Ven, yo te ayudó. —prometió— No temas —agregó para tranquilizarla.

—De acuerdo, hagamos esto antes de que me arrepienta.

Jake intentó concentrarse en su objetivo, que era enseñarle a nadar, pero estar en contacto con el cuerpo semidesnudo de la mujer que amaba lo estaba sacando de quicio.

—Lo estás haciendo bien, tía. —dijo Daniel, que pataleaba alegremente en el agua.

—Esto es más difícil de lo que pensé. —dijo Serena tratando de tranquilizarse, pues Jake la sujetaba de la cintura mientras ella estaba de espaldas en el agua tratando de flotar.

—Este es el primer paso. Cuando aprendas a flotar sentirás mayor seguridad y será más fácil aprender a nadar.

—¿Estás seguro?

—Sí, esto podría salvar tu vida, pero debes tranquilizarte, confía en mí, no dejaré que te hundas.

—De acuerdo. —expresó respirando profundamente para calmarse. Unos instantes después se dejó llevar, y su cuerpo empezó a flotar. —¡Funciona, funciona! —exclamó emocionada moviéndose, y de pronto, empezó a hundirse, la desesperación casi se apoderó de ella, pero Jake rápidamente la sujetó y Serena volvió a equilibrarse.

—No debes hacer movimientos bruscos cuando estás flotando. Al menos no hasta que aprendas a nadar. Si lo haces te hundirás.

—Ya lo he notado…—expresó a duras penas mientras intentaba con todas las fuerzas mantenerse quieta.

—Bien, mantén los brazos extendidos.

Dos horas después, Serena ya se encontraba exhausta. La presión emocional la había agotado más que el ejercicio.

—Por hoy será todo —avisó Jake. — Debes descansar.

—¡Gracias a Dios! —expresó Serena aliviada. Él sonrió, agitando levemente la cabeza en negación, luego dijo al niño que se moría de la risa.

—Daniel, la diversión ha terminado.

Durante la cena, Serena se sintió incómoda. Ahora que su vida ya no se encontraba en

peligro inminente, recordó las ridículas escenas que hizo en la piscina. Se sentía muy avergonzada, no podía mirar a su instructor a los ojos. Cuando Daniel quedó dormido, ella bajó para lavar los platos. Para su sorpresa, Jake ya lo estaba haciendo. Al verla, él le preguntó.

—¿Todo está bien?

—Sí, ¿por qué?

—Estuviste muy callada durante la cena.

—Solo estuve pensando.

—¿Pensando? ¿En qué?

—En que mañana debo volver al trabajo y a la realidad.

—Sé que no será fácil, pero la vida sigue.

—Lo sé, sin embargo, aún me cuesta aceptar que Anne ya no está.

—Me pasa lo mismo con Marcus, pero por el bien de Daniel, debemos ser fuertes y tratar de seguir adelante.

—Daré lo mejor de mí, se lo debo a Anne.

«Igual que yo», pensó Jake al recordar cuánto le debía a su hermano mayor. Si no fuera por Marcus, quien sabe qué habría sido de él después del encarcelamiento de su madre.

—Yo también me esforzaré, te lo prometo. —afirmó tratando de animarla. Serena asintió con una leve sonrisa, eso le dio esperanzas, entonces agregó—. Todo estará bien, vamos a lograrlo mientras sigamos juntos.

Como en el museo seguían corriendo los rumores sobre la reciente amante del jefe, Silvia llegó a la conclusión de que ya era hora de hacer algo al respecto. Deseaba deshacerse de Serena cuanto antes, así que decidió que debía investigar sobre su pasado, para encontrar algo que usar en su contra.

—Así que la perra le tiene fobia al agua —afirmó mientras leía el informe que le presentó su investigador.

—Es lo que descubrí en sus registros médicos.

—No tenía idea.

—Tenía agorafobia debido a un accidente que sufrió de pequeña en el lago de su ciudad natal, pero al parecer ya se recuperó de ese trastorno, aunque… según los registros de su terapeuta, aún le tiene pavor al agua.

—Interesante, muy interesante… —expresó, con una sonrisa maquiavélica.

En la mañana Serena volvió al trabajo con el ánimo renovado. Milton la interrogó ni bien se sentó en su escritorio.

—Señorita Sanders, ¿cómo fue su fin de semana? ¿Resolvieron las cosas con el niño?

—Hola, Milton, mi fin de semana fue bastante interesante… y sí, gracias a Dios, las cosas pudieron resolverse.

—Me alegra escuchar eso.

—¿Qué novedades hay por aquí?

—Pues como siempre tenemos mucho trabajo. Además, hoy tendremos la visita de una persona super importante… —expresó dramáticamente.

—¿Quién?

—La señora Martins.

—¿Qué? ¿No era la próxima semana? —preguntó extrañada.

—Sí, pero tuvimos que reagendar la visita, debido a que ella solo estará en la ciudad por un par de días.

—Entiendo. Dime ¿qué necesitas?

—Alguien debe acompañar a la señorita Santoro durante su recorrido. El señor Castle tiene una junta en ese horario, así que llegará tarde. Como sabes, yo no soy museólogo. Pensé que usted podría representarlo.

Serena respiró hondo, no le entusiasmaba para nada tener que volver a trabajar con Silvia, pero no podría evitarla para siempre.

—De acuerdo, lo haré.

—¡Muchas gracias!, prometo que la compensaré.

—No te preocupes, después de todo, solo estaría haciendo mi trabajo.

En la tarde, Silvia recibió a la señora Martins, quien era uno de los principales mecenas del museo y la fundación Daniel Castle. Serena necesitaba impresionar a la mujer para que siguiera haciendo sus generosas donaciones.

—Señora Martins, ¡qué placer volver a verla! —expresó Silvia con exageración. La aprendiz de Jake se acercó para presentarse, pero la curadora se le adelantó.

—Esta es la aprendiz del señor Castle. —expresó despectivamente.

—Mucho gusto, señora Martins —expresó ella—. Mi nombre es Serena Sanders, la acompañaré en representación del señor Castle que en estos momentos se encuentra en una junta.

—Entiendo —respondió la mujer de mediana edad con una sonrisa amable.

—Pero en cuanto pueda se unirá a nosotros —le aseguró Serena.

—Lo entiendo. No se preocupe. De todas formas, vine para ver las nuevas adquisiciones. —expresó comprensiva.

—Desde luego, por eso estoy aquí, yo la guiaré —aseveró Silvia, casi empujando a Serena para ocupar su lugar al lado de la mujer.

—Iniciemos, entonces —dijo la visita.

Caminaron por las distintas secciones del museo. Serena trataba de permanecer digna y no avergonzar a su jefe. Sorprendentemente, la señora Martins era una persona amable, a pesar de ser claramente una mujer adinerada.

—Dígame señorita Sanders, ¿hace cuánto es aprendiz del señor Castle?

—No hace mucho.

—Se ve usted muy joven.

—Bueno, acabo de terminar la universidad.

—Me alegra que aún haya jóvenes que se interesen por el arte y se nota que usted ama lo que hace —aseguró.

—Es usted muy amable —expresó Serena muy agradecida.

—Tomemos un descanso —las interrumpió Silvia, molesta. —Venga por aquí, señora Martins, le he preparado un refrigerio.

—¡Qué amable! —respondió la mujer y la siguió.

Ingresaron a una antesala, con una hermosa fuente que debido a su tamaño ocupaba casi toda la estancia. Pasaron a una sala de té, se sentaron y los meseros ofrecieron un servicio al estilo inglés. Silvia trató de llamar la atención durante toda la conversación, por lo que Serena ya estaba perdiendo la paciencia.

—El señor Castle es tan generoso. ¿Sabía usted que el museo no tenía un programa de pasantías? Pero al ver la situación de muchos estudiantes, decidió abrir las puertas del museo para los aprendices. —explicó Serena.

—Es un acto verdaderamente generoso —afirmó la señora Martins.

—Sí, ¿verdad? Él siempre está tan atento a las necesidades de los demás. ¿No lo cree, señorita Sanders? —comentó irónicamente Silvia.

—Sí, por supuesto, para mí ha sido todo un honor ser parte de su equipo. —dijo ella incómoda.

—Desde luego, una persona sin experiencia debería sentirse honrada. Este museo tiene mucho prestigio gracias al arduo trabajo que hemos hecho con el señor Castle. —afirmó Silvia.

—Sí, es una lástima que no todos los empresarios tengan su visión. —respondió la señora.

—Es verdad, la mayoría solo piensa en ganar más dinero. El señor Castle, sin embargo, no puede evitar dar auxilio a los necesitados. —agregó Silvia, mirando con desprecio a Serena.

—Sin duda un hombre de buen corazón —expresó ella irónicamente en respuesta.

—Por supuesto, aunque muchos pueden confundir su buen corazón con segundas intenciones. Lo conozco desde hace mucho tiempo y sé que él es un hombre altruista. —respondió la curadora ofendida.

—En el mundo actual, es difícil encontrar un hombre como él. —afirmó la señora Martins.

—Sí, por eso el pobre hombre no se puede librar de las mujeres interesadas, imagínese. —agregó Silvia mirando directamente a Serena, que muy ofendida decidió levantarse de la mesa para respirar aire fresco.

—Si me disculpan, debo hacer una llamada —dijo cómo excusa rápidamente antes de salir.

—Por supuesto, querida —respondió la invitada.

Silvia, que quería seguir insultándola, también dio una excusa para retirarse e ir tras ella.

—Veré si el señor Castle ya está por llegar, así puede acompañarnos en la segunda parte del recorrido.

—Está bien, querida.

Silvia alcanzó a Serena justo antes de que saliera de la antesala. *«Esta vez, no te escaparás, tendrás tu merecido, pequeña zorra»*, pensó antes de decir.

—No tan rápido, señorita Sanders —al escuchar la voz de la curadora, Serena se detuvo.

—¿Qué quieres? —respondió de mala gana. Silvia se acercó a una distancia peligrosa antes de decirle.

—¿Crees que haciéndote de la digna cambiarás lo que eres?

—Y según tú, ¿qué soy exactamente?

—Eres una pequeña e insignificante zorra.

—¿Qué? ¿Qué acabas de decir? —preguntó Serena indignada, acercándose más a la mujer. Ambas quedaron a un solo paso de distancia a centímetros de la fuente decorativa.

—Eres una zorra… —expresó Silvia, dándole mucho énfasis a la última palabra.

—No sé de qué habla.

—Ya no tienes que fingir, ya todos lo saben.

—¿De qué diablos habla? —preguntó esta vez Serena, muy intrigada.

—Pues ya todos saben que te metiste en la cama del jefe.

—¿Acaso está loca? —respondió indignada.

—¿Loca?, ¿yo? ¡Ja! —Silvia se acercó amenazante, quedando a unos centímetros de su rostro. La mujer le acarició delicadamente el cabello—. Señorita Sanders, dígame, ¿qué le hace pensar que estoy loca? —preguntó desafiante. Serena ya no se dejaría intimidar, así que respondió a duras penas.

—Pues… yo no veo otra razón por la que me acusaría de ser la amante del señor Castle, así que debe estar loca.

—Niña estúpida, yo que tú… —expresó esta vez muy altiva—, cuidaría esa boquita, pues, uno nunca sabe lo que la gente loca puede hacer…

—¿Me está amenazando? —preguntó Serena, ahora ya asustada—. No… claro que no… esta vez solo será una advertencia —espetó antes de tomarla por los hombros y empujarla directamente a la fuente.



Capítulo 33
«Caballero de armadura reluciente»

Serena cayó de espaldas sumergiéndose inesperadamente en el agua. A pesar de que la fuente no tenía más de 50 centímetros de profundidad, debido a la sorpresa y el susto, ella no fue capaz de reaccionar. Los recuerdos de su trauma la invadieron inmediatamente, quedando inmóvil debajo del agua. *«Si no me muevo, pronto moriré»* pensó, fue cuando sintió que unos fuertes brazos la envolvían, y segundos después, ya se encontraba tirada en el piso escupiendo agua.

—¿Estás bien? —preguntó una voz que reconoció inmediatamente.

—¿Jake?

—¿Estás bien? ¿Bebiste mucha agua? —la conmoción no le permitió contestar, se encontraba muy desorientada.

—¿Cómo diablos pasó esto? —preguntó Jake encarando a Silvia.

—No lo sé, estábamos hablando y de pronto cayó al agua.

—¿Y no hiciste nada para ayudarla?

—Bueno, yo pensé que se levantaría, pero por alguna razón nunca lo hizo. Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —espetó fingiendo una real preocupación.

—Me llevaré a la señorita Sanders. Encárgate tú de lo demás.

—Pero la señora Martins lo está esperando. —argumentó.

—Discúlpate con ella, dile que luego la llamaré.

—Jake, ¡no puedes dejarla plantada! ¿Tienes idea de cuánto dinero esta mujer ha invertido en el museo?

—Sí, estoy al tanto. Me explicaré luego con ella. Ahora debo irme —espetó y cargó a Serena en brazos.

Silvia quedó sujeta al piso como una roca, *«pero ¿qué diablos?»*, pensó. Su plan de darle una lección a la zorra se había invertido en su contra. Pues jamás pensó que Jake llegaría a tiempo para ver el incidente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la señora Martins, abriendo la puerta de la sala de té.

—Señora Martins, me temo que hemos tenido un pequeño accidente.

Jake llevó a Serena a su oficina. Quería que se cambiara lo antes posible. El agua de la fuente era fría y podría enfermarse si seguía usando esa ropa empapada. A él no le importó que todos los funcionarios se escandalizaran al verlo cargar a su aprendiz por los pasillos del museo. La pobre, por su parte, se encontraba en shock por toda la situación y se dejó conducir como una

marioneta.

—Creo que ya puedes bajarme —dijo Serena al ver que llegaban hasta la puerta de la oficina de su jefe.

—¿Qué ha pasado? —espetó Milton, sorprendido.

—La señorita Sanders ha tenido un accidente. —al ver la expresión confusa en la cara de su asistente agregó— con la fuente.

—Ah… ya veo.

—Tráeme unas toallas y una muda de ropa.

—De acuerdo, señor, enseguida —expresó Milton y salió corriendo.

Ingresaron a la oficina del director, Jake la recostó en el diván para que pudiera recuperarse de la conmoción.

—¿Ya te sientes mejor? ¿Debería llamar a un médico? —preguntó preocupado.

—¡No, no es necesario llamar a un médico! Ya me siento mejor —expresó rápidamente enderezándose— aunque… creo que podría morir de la vergüenza.

—¿Por qué?

—¡Porque mi jefe acaba de pasearme en sus brazos por todo el bendito museo! —dijo exasperada.

—Considerando la situación, ¿qué esperabas que hiciera? —expresó poco paciente.

—La verdad es que no sé… —estuvieron un minuto en silencio, luego Jake dijo:

—Milton te traerá ropa para que te cambies antes de que te atrape una gripe. Ya luego nos preocuparemos de tu dignidad. —Serena lo miró ofendida, pero luego recordó que ese hombre acababa de salvarle la vida y trató de calmarse antes de responder.

—No es necesario que te quedes conmigo, deberías ir a disculparte con la señora Martins antes de que se marche.

—Lo haré una vez que me encargue de ti.

—Te juro que ya estoy bien —aseguró—. Por cierto, la ropa mojada arruinará el diván. —agregó notando que estaba sentada en una reliquia del siglo XV.

—Eso no es importante. Por ahora hay que encargarnos de que no te pegue un resfrío.

—Está bien… —expresó contrariada.

—Ahora, dime una cosa. ¿Cómo diablos terminaste en la fuente?

—Bueno… Eso fue… — Serena reflexionó por un instante, no sabía cómo decirle a Jake que su curadora era una loca, pero debía decirle la verdad. Cuando estuvo a punto de mencionar lo que pasó, Milton abrió la puerta interrumpiendo la conversación.

—Aquí le traigo lo que me pidió, señor. —expresó entregándole una toalla a Jake, y una bolsa con las ropas que había solicitado.

—Gracias, Milton.

—Toma Serena, puedes ir al baño a asearte. Cámbiate cuanto antes.

—De acuerdo, gracias, pero ahora deberías ir con la señora Martins —insistió.

—Está bien. —aceptó de mala gana. — Milton ocúpate de la señorita Sanders, tráele una manta y un té para que entre en calor.

—Por supuesto señor, no se preocupe.

—Y tú, Serena —expresó con una voz muy seria a modo de advertencia—. No te muevas de aquí, hablaremos cuando vuelva.

—Como usted diga, jefe.

Jake alcanzó a la señora Martins justo cuando ya estaba de partida. Necesitaba explicarle las razones por las que tuvo que plantarla.

—Señora Martins, lamento llegar tarde.

—No se preocupe. La señorita Santoro ya se encargó de explicarme lo que pasó.

—¿Ah sí? —preguntó extrañado.

—Sí, no se preocupe todo está bien, he tenido una maravillosa tarde.

—Me alegra escuchar eso.

—Bueno, debo irme. Esta noche tengo una cena en la casa de los Turner.

—Que le vaya bien —espetó Jake despidiéndose.

Cuando la mujer se marchó, Silvia se acercó a él para preguntar por su aprendiz. La curadora sin duda era una maestra de la actuación. Quien la viera jamás sospecharía que, su aflicción, no pasaba de puro fingimiento.

—Querido, ¿cómo sigue la señorita Sanders?

—Está recuperándose.

—Pero ¿estará bien?

—Eso parece.

—¡Gracias a Dios! Me moría de la preocupación. Incluso me sentía culpable de no haber saltado en el agua para rescatarla. Juro que, en verdad pensé que se levantaría riéndose, puesto que la fuente no tiene más de 50 centímetros de profundidad. ¿Quién diría que alguien podría ahogarse allí? —expresó dramáticamente.

—Por supuesto, tú no tenías cómo saberlo —respondió Jake sin pensar recordando la fobia de Serena.

—¿Saber qué?

—Nada —dijo él rápidamente, al darse cuenta de su indiscreción.

—Aún no entiendo cómo pasó —dijo ella descaradamente tratando de sondear a Jake—. ¿Te comentó, algo?

—No tuve tiempo de preguntarle nada.

—Debería ir a verla, seguro necesita ropa para cambiarse —espetó Silvia como excusa.

—Ya me encargué de eso.

—Ah, de todas formas, quiero ver cómo sigue. Me dio un susto de muerte.

«A mí también me dio un susto de muerte» pensó Jake, pero no quería revelar sus sentimientos, así que dijo.

—Puedes verla, por supuesto, la señorita Sanders está en mi oficina descansando. Y ahora, si me disculpas, debo ocuparme de un asunto urgente —dijo Jake y se marchó.

Silvia sonrió mientras iba en busca de su víctima. Al parecer, la mujer no había dicho nada, pero, aun así, debía encargarse de que no abriera la boca.

Milton seguía trabajando en su escritorio cuando la curadora se acercó para hablarle.

—Milton, me han dicho que la señorita Sanders está aquí.

—Sí, sigue descansando.

—Le he traído un par de cosas… Cosas de mujeres —agregó para convencerlo.

—¡Ah…! Por supuesto, ¡qué amable! —dijo sorprendido.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, pase.

Serena tomaba un té caliente cuando Silvia ingresó a la oficina del director. Al verla se enderezó rápidamente del susto.

—Ni siquiera te molestes —dijo ella al verla tan bien acomodada en el diván.

—¿Qué hace aquí?

—Vine a ver cómo estabas.

—Usted realmente está loca. —dijo Serena indignada. Silvia se sentó a su lado antes de decir en voz baja.

—No tienes idea niña, pero ¿quién diría que una pequeña broma, casi te mataría? —expresó burlándose.

—¿Qué es lo que quiere?

—Escucha con atención, pequeña zorra, lo que pasó hoy fue un accidente, y quedará como tal. Jake jamás se enterará de la verdad. Serena, que estaba furiosa, no le respondió, entonces Silvia la sujetó por la muñeca y agregó:— ¿Has entendido?

—¿Y qué pasaría si se entera de la verdad? —preguntó Serena desafiante, pues ya estaba cansada de sus juegos sucios.

—Pues en ese caso tú serías responsable de arruinar al hombre que amas.

—¿Qué quieres decir?

Cuando Silvia se marchó de la oficina, Serena quiso echarse a llorar. La mujer que una vez admiró por su profesionalismo era una verdadera víbora, que, para obtener lo que deseaba, era capaz de todo. Por ello, más una vez se saldría con la suya, pues, si ella abría la boca para decir la verdad. La curadora revelaría el secreto mejor guardado de Jake, *«uno que ni siquiera ella sabía»*, pensó tristemente recordando sus palabras de chantaje.

"Si dices algo me veré forzada a revelar que Jake no es un Castle, sino un bastardo"

"—¿Tienes idea de cómo esto afectaría a Castle Enterprise, al museo, a la fundación y al pequeño Daniel? El pobre ya ha sufrido tanto con la pérdida de sus padres en ese trágico accidente. Imagínate como sufrirá si pierde al único tío que le queda"

El corazón de Serena le dolía con tan solo pensarlo. *«¡Maldita loca!»*, tendría que mantenerse callada por ahora. Al menos hasta encontrar una manera de librarse de Silvia sin afectar a Jake o al pequeño Daniel. Milton interrumpió sus pensamientos ingresando a la oficina. El hombre se moría de la curiosidad.

—¿Todo va bien, Señorita Sanders?

—Sí. ¿Por qué?

—Es que recibió la visita de la señorita Santoro, y como todos saben, ella no es conocida por su amabilidad.

—Ah, sí, al parecer, intenta redimirse. —expresó deseando ocultar su preocupación.

—Bueno, nunca es tarde para cambiar, ¿verdad? —expresó Milton, poco crédulo.

Silvia no podía estar más satisfecha. La ingenua de Serena Sanders se había creído su amenaza. *«Esa niña es realmente tonta»* pensó.

Cuando vio la expresión aterrada en el rostro de la aprendiz, supo inmediatamente que había dado en el clavo. Ahora tendría control sobre ella y se encargaría de alejarla de su hombre. Por supuesto, todo fue un ardid, pues no tenía pensado revelar el secreto de Jake. Pues eso solo arruinaría sus planes de ser la señora Castle. Sin embargo, la pequeña zorra era una tonta y para proteger a los que amaba sería capaz de cualquier sacrificio. Lo que le daba una gran ventaja para deshacerse de ella.

—Pronto mi querido Jake, muy pronto serás mío. —juró mientras subía al auto para ir a casa.

En la sala de vigilancia del museo, Jake revisaba las grabaciones del día. Quería saber con certeza qué había pasado con Serena, pues la historia de Silvia le pareció un poco absurda.

—Señor, esta es la grabación de la antesala cerca del horario que solicitó.

Jake observó la escena, pero debido a la posición de la cámara no podía ver claramente

qué había sucedido. La escultura de la fuente ocultaba a las mujeres y solo pudo captar el momento en que él había rescatado a Serena.

—¿No tienes otra cámara en esa sala?

—No, señor, como solo tenemos una fuente en esa sala, creímos pertinente instalar solo una cámara para la vigilancia. —Jake comprendió el raciocinio de su equipo de seguridad, puesto que era imposible robar una fuente de 5 toneladas.

—Entiendo, muchas gracias. —expresó antes de marcharse muy insatisfecho. Pues, ahora tendría que sonsacarle los detalles a Serena, que, debido al trauma, y su percance anterior con Silvia probablemente estaría reacia a hablar sobre el tema. *«Maldición»,* pensó mientras salía de la sala de vigilancia.

Serena llegó a casa vestida con una camisa y pantalones holgados. Cuando cruzó la puerta, se llevó otro gran susto.

—¡Sorpresa! —espetó Trizz saltando en su frente con el pequeño Daniel.

—Trizz, ¿qué haces aquí?

—Bueno, tengo que ver algunas universidades, así que mamá decidió tomarse unos días para acompañarme.

—¿Mamá, está aquí?

—Sí.

—No me lo puedo creer.

—Bueno, después de lo que le pasó a Anne, ella decidió pasar más tiempo conmigo, así que ya no está tan obsesionada con el trabajo.

—Entiendo, me parece bien, ya no tiene edad para esforzarse tanto. Hola, mi pequeñín —dijo saludando a Daniel.

—Hola, tía. Mira, la tía Trizz me trajo un regalo. —expresó alzando el brazo para mostrar su reloj.

—¡Qué bonito! —dijo conteniendo la risa, pues era un reloj de plástico.

—Ves, la tía Trizz también hace bonitos regalos.

—Ya lo veo —expresó Serena irónicamente.

—Bueno, yo no tengo tanto presupuesto como tú.

—Lo entiendo. ¿Dónde está mamá?

—Haciendo la cena. ¿Dónde está Jake? ¿No vino contigo?

—Tenía trabajo que hacer, seguro llega en un rato.

—Bueno… —expresó Trizz estirándole del brazo—, entonces aprovechemos el tiempo a solas para chismorrear —agregó con una sonrisa maquiavélica.



Capítulo 34
«Nuevos horizontes»

Serena estuvo muy silenciosa durante la cena, no quería contarle a su madre sobre su pequeño accidente en el museo. La mujer ya sufría demasiado a causa de la muerte prematura de Anne. Además, seguía procesando la bomba que Silvia acababa de tirarle. Quería preguntarle a Jake sobre el asunto, pero no era un tema fácil de tratar, y si decía algo al respecto se vería forzada a revelarle la verdad sobre lo que había hecho su bendita curadora.

—Y ¿cómo va el trabajo? —preguntó la mujer. Serena casi se atragantó con la ensalada.

—Bien, va bien —expresó tosiendo.

—Ella es buena aprendiz —dijo Jake para ayudarla.

—Por supuesto, siempre ha sido muy dedicada.

—Es verdad, cuando era estudiante no salía de la biblioteca. —agregó Trizz.

—Porque no me extraña… —expresó Jake irónicamente. Serena le dedicó una mirada asesina.

—Bueno, no había mucho que hacer en Sierra Verde. —dijo como excusa.

—Eso es verdad —confirmó Trizz.

—¿Ya tienes todo listo para tu recorrido? —preguntó Serena.

—Sí, todo listo, mamá me acompañará.

—¿Puedo ir también? —preguntó Daniel.

—¿Acaso no tienes clase mañana? —preguntó Trizz. Todos se pusieron serios en la mesa. Entonces Jake dijo:

—En teoría está de vacaciones.

—¿Vacaciones en esta época del año? —comentó Trizz extrañada.

—Sí, es temporal —agregó Serena para zanjar el tema, pues no quería dar detalles frente al niño.

—De acuerdo… —dijo la abuela muy comprensiva.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse? —preguntó Jake.

—Podemos quedarnos hasta el fin de semana.

—¡Qué buena noticia! Entonces Serena puede acompañarme al viaje.

—¿Qué viaje? —expresaron todos al unísono.

Esa misma noche Serena empacaba una pequeña maleta para el viaje. Le preocupaba dejar a Daniel con otras personas, pues no se habían separado desde la muerte de sus padres, pero sabía que su madre y Trizz lo cuidarían bien en su ausencia. Después de todo, también eran

su familia y era bueno que el niño pasara más tiempo con ellos.

— No te preocupes por Daniel. Él estará en buenas manos. —espetó Jake ingresando en la habitación.

—¿Cómo supiste…?

—Eres muy transparente.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a viajar por trabajo?

—Es un viaje de último momento. Debo renegociar los términos de un contrato.

—Creí que era algo del museo.

—No, es de Castle Enterprise.

—Entonces, ¿por qué debo ir contigo? —preguntó intrigada.

—Porque necesitaré de una asistente.

—¿Ahora también debo hacer de asistente?

—Como bien sabes, Milton está hasta el cuello de trabajo con la gala de beneficencia.

—Es verdad, lo había olvidado. Pero ¿qué hay de Frank?

—Él debe ocuparse de supervisar Castle Enterprise en mi ausencia.

—Ya veo.

—Bueno, te dejo para que termines de empacar. Salimos mañana a las 7. —expresó Jake huyendo antes de que se le acabasen las excusas.

—De acuerdo.

Al día siguiente, Daniel se encontraba desayunando con su abuela cuando Serena bajó a la cocina para preparar café.

—Buen día, querida.

—Hola, mamá.

—Mira tía, la abuela me hizo *pancakes.*

—Ya veo.

—Iré a ver si la tía Trizz quiere algunos. —dijo Daniel y salió corriendo.

—Está bien —contestó Serena, muy divertida.

—¿Trizz sigue dormida?

—Sí.

—Ella nunca ha sido madrugadora.

—Es verdad. Por cierto, ¿ya tienes todo listo para el viaje?

—Sí. Solo debo bajar la maleta.

—Serena…

—¿Sí?

—Sé que no te lo he dicho a menudo, pero estoy muy orgullosa de ti.

—¿Estás bien mamá?

—Sí, estoy bien.

—Entonces, ¿por qué dices esto ahora?

—Finalmente, he aceptado la muerte de tu hermana, y al hacerlo, pude ver lo mucho que estás haciendo por esta familia.

—Mamá…

—Lo siento, sé que debí ser más fuerte, sé que me necesitabas.

—Mamá, acababas de perder a una hija, yo lo entiendo.

—Yo no fui la única en sufrir con la muerte de tu hermana, pero me aferré a mi dolor y te dejé toda la carga.

—Si te refieres a Daniel, yo no lo veo como una carga. Sabes que lo amo como si fuera

mío.

—Lo sé, por eso Anne te lo dejó a ti. Ella sabía que tú no te derrumbarías. —Las palabras de su madre la conmovieron. Serena quedó en silencio por unos instantes y luego dijo:

—Yo también la extraño mamá.

A las 7 subieron al auto para ir al aeropuerto. Frank los esperaba en la sala vip para entregarle a Serena el itinerario del viaje.

—Buenos días, señorita Sanders.

—Buenos días, Frank.

—Tenga, en esta *tablet* encontrará todas las actividades con los horarios del señor Castle.

—Muchas gracias, Frank, con esto me está salvando la vida, literalmente. —él la miró por unos instantes sin decir nada—. ¿Qué pasa? —preguntó curiosa.

—Es que usted me recuerda mucho a su hermana.

—Lo sé, somos muy parecidas.

—Sí.

—¿Todo bien? —preguntó Jake que acababa de acercarse a ellos.

—Sí, todo listo —afirmó Serena.

—Bien, pues ya hay que irnos, el jet nos espera.

—Buen viaje… —espetó Frank con cierta nostalgia.

Serena se acomodó en los asientos del avión privado. Aún le costaba acostumbrarse a los lujos de la familia Castle. Jake la observaba muy atento, esperando que ella dijera algo.

—Y ¿bien? ¿Cuál es nuestro programa?

—Un segundo, por favor. —respondió Serena y se apresuró a encender la *tablet* para verificar el itinerario—. Hoy tiene una gala de beneficencia. Mañana temprano un desayuno de negocios. En la noche, otra fiesta.

—Bien, tendremos mucho trabajo. Descansa durante el vuelo. No tendremos tiempo de hacerlo al llegar.

—Está bien —espetó Serena acomodándose mejor en el asiento.

Cerca de las 2 de la tarde aterrizaban en el aeropuerto internacional de Dubai. Serena no podía ocultar su deslumbramiento. El oro y la arquitectura sofisticada la tenían anonadada. En la salida, ella fue hacia los taxis, pero Jake le indicó que alguien ya los esperaba.

—Señor Castle, por aquí. —les dijo un hombre fornido, parecía un guardaespaldas— El jeque le manda sus saludos.

—Me ha enviado un Lamborghini rojo esta vez. ¡Qué discreto! —dijo Jake irónicamente.

—Creyó que le gustaría recorrer la ciudad con estilo.

—Sigue recordando mis gustos, al parecer.

—Le alegrará saber que le ha gustado su obsequio —*«¿obsequio?»,* se preguntó Serena, muy sorprendida.

—¡Dígale… que solo lo tomaré prestado!

—Como usted prefiera, señor. —dijo el hombre y le entregó las llaves del vehículo— ¿Quiere que me encargue de sus maletas?

—Sí, por favor. —espetó y miró a su aprendiz, que seguía sin comprender lo que pasaba — Serena, entrégale tus cosas, nosotros nos iremos en el auto.

—Pero…—espetó muy confundida.

—No te preocupes, él se encargará de las maletas.

—Está bien, pero ¿al menos sabe dónde nos hospedaremos? —dijo ella, aceptando de mala gana.

—Por supuesto que sí.

Jake abrió la puerta del auto para que ella subiera y dejase de discutir en público. No quería llamar la atención de nadie. Luego subió a su lado para conducir, pero antes de hacerlo le preguntó.

—Serena, tú no le tienes miedo a la alta velocidad o ¿sí?

Cuarenta minutos después, llegaron a una lujosa mansión que quedaba afueras de la gran ciudad.

—¡Vaya! ¿Nos quedaremos aquí? —preguntó ella muy sorprendida.

—Sí, es una de las mansiones del jeque.

—¿Cómo es que conoces a un jeque?

—Fue hace mucho tiempo… —confesó aparentemente avergonzado. Serena tenía curiosidad; sin embargo, no quiso preguntarle más detalles.

—Ya veo…

—¿Y las maletas?

—Las traerán enseguida, no te preocupes.

—Está bien.

—Ven, debemos refrescarnos.

—De acuerdo.

Cuando ingresaron a la mansión, un mayordomo y una ama de llaves se acercó a ellos para darles la bienvenida.

—¡Bienvenidos!

—Gracias —respondió Jake, Serena seguía sin decir una sola palabra.

—Soy Hassan el mayordomo, y esta es mi esposa Nadia, es el ama de llaves, se encargará personalmente de servirlos durante su estadía.

—Mucho gusto, esta es la señorita Sanders, mi asistente.

—Un placer. Hemos preparado las acomodaciones, acorde a las instrucciones del jeque, esperamos que sea de su agrado señor.

—¡Qué considerados!

—Si gusta, pueden subir a refrescarse, en media hora tendremos listo un refrigerio.

—De acuerdo, muchas gracias.

—¿Y las maletas? —espetó finalmente Serena.

—Sus maletas ya están en la recámara, señora.

—¿Ves? —dijo Jake para molestarla.

—Bueno, gracias —dijo Serena, muy avergonzada.

Ambos subieron a sus respectivas habitaciones en silencio. El ama de llaves acompañó a Serena, la mujer siguió sin decir una palabra hasta que llegaron a la puerta.

—Esta es su habitación señora.

—Muchas gracias, Nadia.

—Ya le he preparado un baño caliente. Si desea algo más, por favor, hágamelo saber. Solo debe llamar por el interfono.

—De acuerdo, muchas gracias —respondió ella muy incómoda.

Nadia se marchó dejándola en el pasillo. Serena suspiró aliviada al verse sola, pues ya se había cansado de pretender que estaba acostumbrada a tantos lujos. Al entrar a su recámara quedó estupefacta. La estancia era tres veces más grande que el pequeño departamento estudiantil en el que vivió por cuatro años. El decorado era lujoso y antiguo. Empezó a recorrer la habitación tratando de tasar las obras de arte y el mobiliario. *«¡Santo cielo! ¡Qué afortunada*

soy!», pensó. Pues esa noche dormiría, entre verdaderos tesoros.

Después de bañarse, bajó para almorzar. Jake ya se encontraba en el comedor hablando con el mayordomo.

—No se preocupe, señor Castle, me encargaré del asunto lo antes posible. —prometió el hombre antes de retirarse.

—¿Todo bien? —preguntó Serena al acercarse a la mesa.

—Sí. Solo hacía unos arreglos para esta noche.

—Entiendo.

—¿La habitación es de tu agrado?

—¿De mi agrado? ¡Creí que ingresaba a un museo! —afirmó.

—Así que te gusta.

—¡Desde luego que sí!

—Me alegra escucharlo.

—Tengo una duda.

—¿Sobre qué?

—¿Sabes cuál será el código de vestimenta para esta noche?

—Lo usual. Al ser considerados forasteros, somos libres de vestir al estilo occidental. Aunque, debemos tratar de ser respetuosos.

—Por supuesto…—espetó reflexiva al recordar que tal vez no tenía nada adecuado para vestir.

—No te preocupes, ya me he encargado del asunto.

—¿A qué te refieres?

—El mayordomo te enviará una selección de joyas, zapatos y vestidos. Puedes elegir el que quieras, mientras sea discreto. —*«¡Vaya! Conque así es la vida de la gente rica»* pensó irónicamente Serena, muy animada. Luego respondió.

—No se preocupe, señor Castle, esta noche seré invisible.

A las 18 horas llegaban al castillo del jeque Kamal Hadid. Serena era incapaz de evitar el nerviosismo. Por lo que sujetaba el brazo de Jake, como si su vida dependiera de ello. Pronto se olvidó de todo, pues se distrajo con las innumerables reliquias que decoraban el lugar. Todo era exuberante y glamuroso.

Cuando ingresaron al salón de la gala, ella lo soltó, pues quería observar más de cerca un par de cuadros expuestos en la pared.

—¿Te importa si te dejo por unos minutos? —preguntó ella.

—No, pero no te alejes mucho.

—Está bien —prometió y desapareció entre la gente.

Jake siguió saludando a las personas hasta que finalmente se encontró con el anfitrión.

—¡Bienvenido, querido amigo! —expresó el jeque al verlo.

—También me alegra verte Hadid.

—Ha pasado tiempo.

—Sí, estuve ocupado.

—Eso me dijeron. Lamento lo de tu hermano.

—Gracias.

—Creí que vendrías acompañado —espetó al ver que Jake se encontraba solo. Jake miró a su alrededor buscando a Serena, pero no la encontró. Entonces la excusó.

—Mi asistente, debe estar por ahí admirando alguna obra de tu colección.

—Ya veo…

—Jake he encontrado una pintura de Monet —expresó Serena muy animada, acercándose por detrás de él. Cuando se ubicó a su lado, se dio cuenta de que su jefe se encontraba acompañado. A modo que, se disculpó de inmediato por su insolencia—. Perdón, no he querido interrumpir.

—No te disculpes, querida, no has interrumpido nada —respondió el jeque totalmente admirado.

—Hadid, esta es mi asistente, la señorita Serena Sanders.

—Es un placer conocerla, señorita Sanders. —dijo el hombre con una pequeña reverencia, y luego la miró descaradamente de pies a cabeza.

Serena llevaba un vestido de seda largo en color rosa-persa. El atuendo no era demasiado ajustado, pero tenía un escote en V relativamente decente, con unas mangas que iban hasta el antebrazo. Su zapato era del tono nude con un tacón de 15 centímetros, sin más detalles. Había recogido su cabello en una coleta muy prolija, dejando expuesto completamente su cuello y clavícula. Como no le gustaban las extravagancias, se decidió por una gargantilla fina con unos aretes a juego.

—El placer es mío —respondió ella sorprendida por su amabilidad. Jake se dio cuenta del interés de Hadid, por lo que deseaba apartarla de él inmediatamente, así que se raspó la garganta antes de decir.

—Bien, ahora que ya nos hemos presentado, creo que podemos hablar de negocios. —espetó Jake.

—Mañana hablaremos de negocios —argumentó Hadid, que aún seguía observando a Serena—. Esta noche es para divertirnos.

—De acuerdo —expresó Jake de mala gana. Luego tomó una copa de champán de un mesero que casualmente pasaba por ahí.

—¿Hace cuánto tiempo trabaja para Jake, señorita Sanders?

—Hace poco tiempo, soy su aprendiz. —afirmó.

—Interesante —dijo el jeque. Luego agregó:— ¿Es usted soltera? —Jake casi se atragantó con la bebida.

—Sí… —respondió ella muy extrañada.

—¿Y vive en la metrópoli? —preguntó el jeque. Jake que ya ardía de los celos, quiso marcar su territorio, por lo que dijo sin pensar.

—Ella vive conmigo.

Capítulo 35
«Joya del desierto»

Serena se sentía muy incómoda con las preguntas del jeque. En definitiva, hubiera preferido no tener que darle detalles personales sobre su vida a un extraño. Sin embargo, no deseaba que tuvieran una impresión equivocada de su relación con Jake, por lo que, le pareció necesario aclarar el asunto.

—Vivimos bajo el mismo techo, pero no juntos —apuntó.

—No comprendo —expresó el jeque muy confuso.

—Somos los tutores de un niño —afirmó ella sin más detalles.

—Entiendo, ¡qué admirable! —comentó Hadid. Serena deseaba cambiar de tema, así que preguntó.

—¿Cómo va la recaudación?

—Bien, pero aún esperamos más donaciones —dijo el jeque mirando a su invitado.

«¡Qué buena idea!», pensó Jake y tomó del brazo a Serena inesperadamente.

—¡Vamos, señorita Sanders! Creo que esa indirecta fue para nosotros.

—Pero…—quiso objetar Hadid que no deseaba perder de vista a Serena. Sin embargo, ellos ya habían desaparecido.

Una hora después, Serena acudió a un tocador para refrescarse. El clima del país era muy cálido, y a pesar de que la gala se había realizado en un salón climatizado. El edificio era muy antiguo por lo que costaba mucho mantenerlo fresco. Cuando salió de allí se acercó a la mesa de refrigerios para buscar algo de comer. Llevaba horas paseándose del brazo de Jake, que por alguna razón no quiso soltarla ni por un segundo. Ahora que, estaba libre de él, debía aprovechar para matar el hambre.

—Señorita Sanders…—espetó el jeque, que se acercó a ella repentinamente. Serena se sorprendió tanto, que casi se atragantó con un aperitivo—. ¿Está usted bien?

—Sí —alcanzó al responder cuando paró de toser.

—Lamento si la sorprendí.

—No tiene que disculparse. No ha pasado nada.

—¿Quiere una bebida?

—Sí, por favor.

—Aquí tiene. —expresó el jeque pasándole una limonada.

—Gracias. Es usted una persona muy amable. —Serena bebió dos sorbos rápidamente.

—¿Ya se siente mejor?

—Sí, gracias.

—¿El señor Castle la ha dejado sola? —preguntó sorprendido, pues si ella fuese su mujer, jamás la abandonaría a merced de otros caballeros.

—En realidad, me escondí de él —comentó en voz baja.

—Ah ¿sí? ¿Por qué?

—Él me pasea de aquí para allá como si fuese un accesorio.

—Más bien una joya, diría yo.

—¡Como sea! —afirmó y agregó— Ya me cansé de sonreír y saludar como si fuese una marioneta —La sinceridad de Serena lo sorprendió.

—Ya no tiene que hacerlo —expresó— Es más, por mí usted puede tomarse la noche libre.

—¡Qué pena que usted, no es mi jefe! —dijo bromeando.

—¿Quiere salir de aquí, conmigo?

—¿Qué? —espetó sorprendida.

—Pregunto si desea marcharse de la fiesta.

—Ah, sí, pero no puedo. Sería ofensivo.

—Soy el anfitrión, y yo no me ofenderé, te lo prometo. —El jeque le brindó una sonrisa muy tentadora. Y por primera vez en su vida, Serena hizo algo impulsivo.

—De acuerdo, hagámoslo.

En la fiesta, Jake seguía buscando a su aprendiz entre la gente. Él la llamó varias veces al celular, pero iba directo al buzón de voz y eso lo preocupó. Media hora después, al darse cuenta de que ella había desaparecido, entró en pánico. Inmediatamente, fue con los guardias de seguridad a preguntar por ella, pero ninguno le brindó información. Supuestamente, nadie la vio salir. Entonces, exigió que lo llevasen a la sala de vigilancia para observar las grabaciones de seguridad.

Cuando descubrió que Serena se había ido con el jeque, su corazón empezó a palpitar desesperadamente. *«¡Maldición! ¿Qué diablos está pasando aquí?»*, se preguntó, pues, aparentemente, ella se marchó por su propia voluntad.

—Quiero que me dé la ubicación del jeque, ¡ahora mismo!

—Señor Castle, por seguridad, tenemos prohibido otorgar esa información a extraños. —Jake, lo miró con una furia apenas controlable.

—¡Entonces, quiero que me dé la ubicación de mi mujer!

Al escuchar su afirmación, el guardia de seguridad comprendió que no se libraría del hombre tan fácilmente.

—De acuerdo, aguarde unos minutos.

Treinta minutos más tarde, Serena se encontraba en un oasis en el desierto. Estaban un hotel cinco estrellas que, contaba con todos los lujos que una persona podría desear.

—¿Y bien? ¿Qué te parece este lugar?

—Es maravilloso. Nunca había visto tantas estrellas.

—Es la ventaja de vivir en el desierto. Aquí las luces no opacan la belleza del firmamento.

—Es verdad. A pesar de que el clima es un poco sofocante.

—Uno se acostumbra con el tiempo.

—Hablando de tiempo. ¿Cómo conoció a Jake? —preguntó por mera curiosidad, pues no sabía absolutamente nada sobre el hombre.

—Fue hace mucho tiempo, cuando aún éramos jóvenes y alocados.
—Ah…—expresó como comprendiendo la indirecta.
—¿Y tú cómo lo conociste?
—Lo conocí a través de mi hermana Anne.
—¿Anne? La esposa de Marcus. Tú eres…
—Sí.
—Lamento mucho tu pérdida. —espetó al darse cuenta de quién ella era.
—Gracias.
—Así que, tú y Jake son familiares. Uno jamás lo habría pensado —dijo impulsivamente.
—¿A qué te refieres? —preguntó ella inquisitiva.
—Es que me dio la impresión de que le gustabas.
—¡Por supuesto que no!
—¿En serio? Sinceramente, creí que le interesabas.
—Está equivocado —afirmó— Yo no podría gustarle a Jake. No soy su tipo.
—Creo que la equivocada eres tú. Estoy seguro de que tiene mucho interés en ti.
—Lo único que Jake y yo tenemos en común es la crianza del pequeño Daniel —aseveró.
—El hijo de tu hermana…
—Sí. —expresó con tristeza.
—Eres muy valiente por aceptar semejante labor.
—No tuve otra opción —expresó con sinceridad.

Serena le contó al jeque más detalles de lo ocurrido después del trágico accidente de los padres de Daniel.

—En fin, no sé por qué le conté todo esto, ni siquiera lo conozco. —comentó muy avergonzada.

—Muchas veces es más fácil desahogarse con un extraño —afirmó.

—Tal vez.

—Ahora que entiendo mejor tu relación con Jake, quiero hacerte una pregunta.

—De acuerdo.

—¿Tú lo amas?

Jake llegó a un hotel ubicado en medio del desierto. *«Te arrancaré la cabeza Hadid»*, espetó mentalmente mientras ingresaba a la recepción, hecho una furia.

—¿Dónde está el jeque? —preguntó al recepcionista.

—Señor, por favor baje la voz.

—Si quiere que me calme, ¡Dígame donde demonios está el jeque Hadid!

—Está en el patio, al lado de la piscina.

—Gracias. No fue tan difícil, ¿verdad? —espetó sarcásticamente.

Serena sonreía alegremente cuando Jake irrumpió en la estancia como alma que lleva el diablo.

—¿En serio, Hadid?

—Jake, al fin llegas —espetó el jeque casualmente muy despreocupado. En cambio, Serena se asustó, pues podía notar que su jefe se encontraba muy alterado.

—¿Me esperabas?

—Por supuesto.

—Jake, lo siento, me he escapado —se justificó Serena, muy avergonzada.

—Tú y yo hablaremos luego. —le advirtió su jefe muy molesto.

—No tienes que ser irrespetuoso con la muchacha, Jake. —comentó en su defensa Hadid.

—Irrespetuoso ¿Yo? Fuiste tú quien la arrastró a un hotel en la primera oportunidad.

—No es lo que parece —le aseguró el jeque.

—Ah ¿no? Te conozco, en 15 años no has cambiado tus tácticas de seducción.

Serena cubrió la boca escandalizada *«¿Acaso el jeque la había traído hasta el hotel para seducirla? ¿Sería posible?»* Por un minuto analizó las circunstancias. Un hombre la invitó a escaparse en medio de la noche para llevarla a un hotel *«¡Maldición!»* Jake estaba en lo cierto.

—Juro que esa no era mi intención —afirmó Hadid.

—No ha pasado nada Jake —le aseguró Serena a la defensiva— Nosotros solo estábamos hablando.

—Es culpa mía —aseguró el jeque.

—Estoy seguro de que sí. Serena ve al coche. —le indicó.

—Pero…

—¡Ahora! —le ordenó.

Cuando ella se marchó, Jake le habló a Hadid de hombre a hombre.

—¿Qué pensabas hacer con ella? —inquirió Jake.

—Nada. —juró el jeque.

—Pero te gusta, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, es hermosa. ¿A quién no le iba a gustar?

—Es mía —afirmó Jake con una convicción que sorprendió al jeque.

—¿Y ella lo sabe?

Serena se encontraba muy inquieta en la recepción del hotel. Era evidente que Jake no la perdonaría fácilmente por su pequeño desliz. Y no lo culparía, fue un acto infantil e irresponsable.

—¡Aquí estás! —espetó al verla.

—Te esperaba, no sabía dónde estaba el auto.

—Está bien, ¡Vámonos! —exclamó y empezó a caminar rápidamente. Ella no podía seguirle el paso, debido a los zapatos.

—¡Jake espera, por favor! —él se detuvo por un instante. Luego giró para encararle.

—¿Acaso perdiste el juicio?



Capítulo 36

«Cierra los ojos y confía»

Serena se sentía muy avergonzada. Nunca en la vida se había comportado tan despreocupadamente, y la primera vez que lo hacía, era justamente en el extranjero y ¡con un completo desconocido! Jake tenía razón, había perdido el juicio.

—Jake…

—¿Qué diablos estabas pensando?

—Lo siento, yo no quise causarte problemas.

—¡Ese no es el punto!

—Lo lamento, es que yo…

—Tú, ¿qué?

—Me sentía exasperada. Yo no soy una mujer que viste de seda, que va a galas y conoce a gente importante. Solo quería respirar por unos instantes y librarme de toda esa presión. No tenía idea de lo que el jeque tenía planeado para mí, te lo juro. —Al ver su aflicción, supo que decía la verdad.

—Es culpa mía, debí advertirte sobre él.

—¿Estás seguro de que quería seducirme?

—No lo sé, pero le gustas, así que debes tener mucho cuidado con él.

—Ay, ¡qué vergüenza! Y yo que pensé que solo quería ser amable conmigo.

—Lo hablaremos mañana, es tarde, hay que ir a descansar.

Al día siguiente, cuando Serena bajó para desayunar. Se encontró con una docena de canastas de flores en el piso del living.

—Nadia, ¿qué es todo esto? —preguntó curiosa.

—Son flores de tu pretendiente —exclamó Jake que leía las noticias en una tablet cerca de la ventana.

—¿Pretendiente?

—Sí, el jeque —afirmó él.

—¿Qué? —dijo ella y cubrió el rostro, muy avergonzada.

—Al parecer, le dejaste una muy fuerte impresión.

—¿Por qué lo dices? —espetó curiosa.

—No recuerdo que las flores, fueran parte de su repertorio. Por cierto, te ha enviado una nota.

Nadia le entregó una tarjeta muy elegante. Ella lo abrió para leer el contenido.

“Lamento el malentendido de ayer.

Tuyo.

Hassan Hadid”

—¿La leíste? —le preguntó Serena a Jake.

—No, pero imagino que escribió algo como “Lamento haberte causado tantos problemas”

—¡Vaya!, sí que lo conoces bien.

—Te lo dije.

—¿De acuerdo? Y ahora, ¿qué se supone que haga?

—Iré solo al desayuno de negocios.

—Pero soy tu asistente.

—Habitualmente no se permiten mujeres en estas reuniones, así que no le parecerá raro que no vayas.

—Pero aún tenemos la fiesta en su honor.

—Bueno, de eso no podrás librarte.

—¡Maldición! —espetó sin poder controlarse.

«En eso estamos de acuerdo», pensó Jake, pues estaba furioso. Creyó que, siendo muy directo, lograría espantar al jeque. Sin embargo, al parecer, su amenaza tuvo un efecto contrario. Ahora Hadid se empeñaría en conquistar a Serena, solo para molestarlo.

—No te preocupes, yo me encargaré de Hadid —prometió a sabiendas de que sería necesario.

Jake llegó a su reunión matutina de muy malhumor. Ingresó al castillo para tener su bendito desayuno de negocios con el jeque. Al verlo, se dio cuenta de que esperaba ver a Serena con él. Su evidente decepción cambió su malhumor rápidamente.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó.

—¿La señorita Sanders no vino contigo?

—No consideré necesario que estuviese presente.

—Ya veo, ¡qué pena!, me hubiera gustado saludarla. Por cierto, ¿recibió mis flores? —espetó para molestarlo.

—Sí, lo hizo.

—Espero que le haya gustado.

—Mi aprendiz no es tan fácil de impresionar.

—No intento impresionarla.

—Entonces, ¿qué es lo que buscas?

—Solo intentaba disculparme —aseguró inocentemente.

—Ya veo.

—Bien, iniciemos la reunión. Hoy tendré un día muy ocupado, y cuanto antes, termine las pendencias mejor.

—Tienes razón, yo también tengo planes para más tarde… con la señorita Sanders —agregó provocativo.

Serena no sabía qué hacer en toda la mañana, así que decidió explorar la mansión. Después de todo, estaba lleno de reliquias.

En la metrópoli, como de costumbre, Silvia fue a indagar sobre el paradero de Jake. Últimamente, desaparecía sin decirle nada. En el pasado, al menos tenía la delicadeza de comunicarle sobre sus viajes. Ahora, apenas si respondía sus emails.

—Milton, sé que estás muy ocupado, pero podrías decirme, ¿dónde diablos está tu jefe?

—El señor Castle salió de viaje por negocios.

—No recuerdo que tuviéramos planeado ningún viaje.

—No está relacionado con la fundación. Es con respecto a Castle Enterprise.

—De acuerdo, por cierto, ¿dónde está la señorita Sanders?

—Ella viajó con el señor Castle.

«¡Maldición! ¿Cómo era posible que esa mujer siempre se saliera con la suya?», se preguntó Silvia impactada.

—¿Por qué razón ella fue con él, si era un asunto de Castle Enterprise?

—El señor Castle necesitaba de una asistente —afirmó.

—¿Y por qué diablos no fuiste con él?

—Estoy muy enredado con la gala de beneficencia.

—Por supuesto…

«¡Maldito infierno!», pensó, ya que, tendría que rebajarse y poner en práctica un plan muy arriesgado, pues de otra manera, nunca podría atrapar a Jake. *«No me queda otra alternativa»,* concluyó mientras se dirigía furiosa a su oficina.

Cuando llegó, tomó el celular y llamó a la única persona que podría ayudarla, puesto que, si había un sentimiento tan fuerte como el amor, ese sería, sin duda, el odio.

—Creí que nunca me llamarías. —expresó una voz masculina.

—Digamos que no me quedaba otra opción.

—Ya veo.

—¿Qué tanto deseas arruinar a Jake? —preguntó Silvia sin preámbulos.

—Mucho.

—Bien. Entonces harás todo lo que yo te diga.

Jake volvió a la mansión cerca de las 10 de la mañana. Su reunión fue de lo más estresante, debido al constante escrutinio del jeque, que buscaba desesperadamente obtener más información sobre Serena. No veía la hora de marcharse y apartarla de él.

—¿Dónde está la señorita Sanders? —preguntó al mayordomo.

—Se encuentra en el jardín, ¿quiere que la busque?

—No, yo iré.

Caminó entre un hermoso laberinto de arbustos hasta encontrarla. Ella estaba sentada mirando un árbol muy antiguo.

—Serena…

—Jake, volviste. ¿Cómo te fue?

—Bien, todo está resuelto. Seguiremos haciendo negocios con el jeque.

—Me alegra escuchar eso.

—¿Qué hiciste en toda la mañana?

—Aproveché para husmear, por supuesto.

—Ya lo sabía. ¿Quieres hacer algo esta tarde?

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Pensé que deberíamos aprovechar el viaje para relajarnos.

—Humm, no sé, tenemos la fiesta en la noche.

—Empezará tarde, así que, tenemos mucho tiempo libre.

—Bueno, en ese caso, tengo una idea.

—¿Qué quieres hacer?

—Iremos a la ciudad.

—De acuerdo.

—Pero antes, tendrás que cambiarte de ropa —sugirió Serena.

—¿Por qué? —preguntó Jake intrigado.

—Primero porque no deseo llamar la atención. Segundo creo que tu traje italiano se arruinaría.

—De acuerdo, ¿qué recomiendas que vista?

—Una ropa casual.

—Está bien, vuelvo en unos instantes.

Una hora más tarde, caminaban al pie del *Burj Khalifa*. Jake la miró muy sorprendido. Puesto que suponía que Serena le tenía miedo a todo.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Claro, no puedes venir a Dubai y no visitar el *famoso Burj Khalifa.*

—Si tú lo dices.

—¿Nunca habías estado aquí?

—No, no soy particularmente un fan de las alturas —aseveró.

—Bueno, al parecer hoy ambos vamos a enfrentar nuestros miedos —afirmó. Jake no comprendió a qué se refería, pero aceptó su desafío.

Subieron al ascensor, la velocidad y el repentino movimiento asustó a Jake que tomó la mano de Serena inesperadamente. Ella solo miró al piso, intentando evitar la risa. Jamás pensó que un hombre tan grande, le pudiera temer a algo.

—Llegamos —espetó arrastrándolo para fuera del ascensor hacia el balcón.

Cuando se acercaron al vitral de observación, Jake entró en pánico. Esta vez fue Serena quien sujetó su mano repentinamente.

—Cierra los ojos y respira —le dijo amablemente. Ella caminó lentamente, llevándolo consigo— Abre los ojos —le indicó, y él lo hizo.

—¡Wow! —espetó por la sorpresa— Es increíble.

—¿Verdad que sí? ¿Quieres tomarte una foto? —preguntó Serena.

—No creo poder mover un solo pie.

—No te preocupes. Yo lo haré por ti —expresó y le tomó de los hombros para empujarlo hacia el borde— No entres en pánico, solo te pondré cerca del vidrio.

—¿Acaso intentas matarme del susto?

—No, nada más quiero tener un mejor ángulo para la foto —prometió— Tú solo cierra los ojos.

—De acuerdo… —expresó Jake respirando a duras penas.

—Ok, ahora abre los ojos y mírame.

Jake obedeció a su orden, y cuando la vio, por un instante, consideró que podría estar alucinando. La piel de Serena relucía como un diamante bajo la luz del sol. Ella sonreía alegremente mientras le tomaba las fotos. *«Parece un ángel»*, pensó.

—Perfecto. Ahora no te muevas, tomaremos unas selfis para mostrárselas a Daniel.

—De acuerdo —espetó con una sonrisa, pues de pronto toda la angustia desapareció.

Para descender del edificio tuvieron que realizar el mismo procedimiento. A Jake para nada le molestó que ella le tuviese pena, pues debido a esto, no le había soltado la mano en más de media hora.

—Bien, ¿qué quieres hacer ahora? —preguntó Jake.

—Humm, a unos pasos está una de las fuentes más grandes del mundo —afirmó.

—¿Estás segura de que quieres volver a acercarte a una fuente? La última vez casi mueres —espetó preocupado.

—No te preocupes. Me aseguraré de mantener una distancia prudente.

—¿A eso te referías con que enfrentaríamos nuestros miedos?

—Sí.

—De acuerdo, pero primero hay que comer. —sugirió Jake.

—Bien, de todas formas, el show solo empieza a las 13 horas.

—Genial, vayamos a comer.

—Sí. Podemos almorzar cerca de aquí, así nos aseguramos de ver el espectáculo de la fuente.

—De acuerdo.

En el horario acordado, caminaron a orillas de la fuente. A cada paso, Serena se ponía más nerviosa. Jake lo notó y le tomó de la mano, sorprendiéndola. Al ver su expresión, él dijo.

—Solo te estoy pagando el favor.

—De acuerdo —espetó sonriendo.

—Ven, hay que acercarnos más. El show empezará en cualquier instante.

—Creo que ya estamos bien aquí —afirmó algo nerviosa.

—Cierra los ojos.

—No pienso que vaya a funcionar conmigo —le aseguró.

—Confía en mí. —ella lo observó por un instante. Y de pronto, sintió que todo estaría bien.

—De acuerdo —espetó y cerró los ojos.

Jake la aproximó a la barandilla con mucho cuidado. Mientras caminaban, empezó el espectáculo de la fuente. No quería que ella se lo perdiera, así que le dijo:

—Listo, a esta distancia no hay peligro.

Serena abrió los ojos para encontrarse con una vista espectacular.

—¡Vaya!

—Sí, es una pena que no sea de noche.

—Igual se ve hermoso. —comentó ella muy ilusionada.

—Es verdad.

Por una coincidencia del destino, justo en ese instante pasaba por allí Hadid, que acababa de terminar un almuerzo de negocios. Cuando los vio, recordó la conversación que tuvo con Serena en la noche anterior.

—¿Tú lo amas?

—Yo…

—¿Lo amas? —repitió.

—Sí —confesó la joven. Lo amo, he estado enamorada de él desde hace mucho tiempo, e incluso después de perder toda esperanza, sigo enamorada de él.

—¡Qué pena! Me hubiera gustado tener una oportunidad.

—Lo lamento, pero usted ha llegado tarde —expresó la mujer bromeando.

Ahora que los veía juntos, comprendió que nunca tuvo una oportunidad. Sonrió a su pesar, pues, después de todo, Jake era un buen amigo y deseaba su felicidad.

Cuando finalizó el espectáculo de luces, volvieron a la mansión. Serena deseaba llamar a casa, para hablar con Daniel, pues extrañaba mucho al pequeño. Por otro lado, Jake debía responder a los emails de Milton, que eran, de carácter urgente.

En la noche, ambos fueron a la fiesta en honor al jeque. Jake hubiera preferido saltarse esta formalidad, pero como representante de Castle Enterprise, estaba obligado a acudir. Serena se veía deslumbrante con un vestido blanco muy decente. Al parecer, deseaba aplacar el interés de Hadid, pero cualquier atuendo que usase, jamás opacaría su belleza, que a su entender venía

desde su interior.

—¡Bienvenidos! —saludó el jeque en la entrada al verlos llegar.

—Gracias.

—Déjeme decirle, señorita Sanders, que hoy, usted se ve divina.

—Estoy de acuerdo —dijo Jake con una mirada asesina.

—Muchas gracias —espetó incómoda.

—Ha venido mucha gente —mencionó Jake cambiando de tema.

—Soy muy popular —respondió el jeque, brindándole una sonrisa a Serena.

—No tengo dudas. —dijo Jake irónicamente.

—Creo que deberíamos pasar, no somos los únicos invitados de esta fiesta. —afirmó Serena intentando escapar de la situación.

—Es verdad —agregó Jake, tomándola del brazo para avanzar.

Cuando ingresaron al salón, Jake dijo exasperado.

—Ese hombre nunca se da por vencido.

—Ya se le pasará cuando me marche. —respondió ella con una sonrisa.

—Espero que sí.

Durante la fiesta el jeque se acercó a ellos nuevamente. Serena tomó el brazo de Jake para ponerlo en guardia.

—Espero que estén disfrutando de la fiesta. —dijo Hadid muy alegremente.

—Sí, por supuesto —afirmó Serena por educación.

—"Ya deja de molestarla" —dijo Jake en árabe, sorprendiendo a su aprendiz. Serena no hablaba el idioma, así que no comprendió el mensaje. El jeque sonrió y luego le respondió en el mismo idioma.

—"Jake, no es necesario que sigas a la defensiva. Eres un hombre afortunado, así que he decidido darles mi bendición"

«No la necesito», pensó Jake a principio, pero luego se dio cuenta de que Hadid, lo decía desde el corazón, entonces sonrió y le dijo:

—"Gracias, amigo."

Más tarde, cuando subían al auto para volver a la mansión, Serena, que aún seguía sorprendida, le dijo:

—No sabía que hablabas árabe.

—Entiendo lo básico —afirmó.

—¿Qué fue lo que te dijo el jeque? —Jake sonrió descaradamente antes de contestarle.

—Dijo que nos daba su bendición.



Capítulo 37
«Herido»

Jake sonrió alegremente durante todo el trayecto hasta llegar a la mansión. Serena, por otro lado, seguía confundida. *«¿A qué se habrá referido el jeque?»*, se preguntó mientras empacaba sus cosas, pues al día siguiente volverían a casa.

En la mañana, cuando bajó para desayunar, escuchó que Jake hablaba por teléfono.

—Gracias, Milton. Lo resolveré en cuanto vuelva. —Jake colgó la llamada.

—¿Hay algún problema en el museo?

—No, solo tengo que reunirme con un mecenas antes de la gala de beneficencia. —mintió.

—Ah, entiendo.

—¿Ya estás lista?

—Sí, solo debo bajar la maleta.

—No te preocupes, el mayordomo lo hará. Ven a desayunar antes de irnos.

—Está bien.

Llegaron a la metrópoli alrededor de las 3 de la tarde. Jake le dijo a Serena que se tomara el día libre, puesto que extrañaba mucho al pequeño. Sin embargo, la verdad era que no quería que fuese a la oficina, ya que él se reuniría con el investigador privado que había contratado para indagar sobre el caso de su hermano.

Al llegar al museo, su asistente le entregó documentos que debía firmar con urgencia. Mientras los revisaba, le preguntó.

—¿Cómo van las cosas por aquí?

—Bien, solo estoy verificando los últimos detalles para la gala. —respondió Milton.

—Todo debe salir perfecto, necesito conseguir patrocinadores para nuestro siguiente proyecto.

—Ya casi todo está listo.

—¿A qué hora llega Walker?

—En unos minutos.

—Cuando llegue, hazlo pasar inmediatamente y asegúrate de que nadie nos moleste.

—De acuerdo.

Serena ingresó a la mansión de los Castle exhausta, pero Daniel se colgó de su cuello ni bien llegó. Dejándola sin otra alternativa más que brindarle la atención que le exigía.

—¡Tía, al fin volviste! —el pequeño corrió para abrazarla.

—¿Me extrañaste, chiquitín?

—¡Sí, mucho!

Unos minutos más tarde, el detective Walker llegó al museo. Ingresó a la oficina de Jake vestido como una persona totalmente distinta a lo que él recordaba.

Por un instante, casi no lo reconoció. Pues, el sujeto vestía un atuendo muy típico de oficinistas. Además, usaba anteojos y cargaba una maleta negra, como si fuese un secretario a quien le habían hecho un encargo importante. Jake agitó la cabeza, muy incrédulo.

—¿Walker?

—Así es.

—¿Por qué vistes como un oficinista?

—Necesito pasar desapercibido. La discreción es un requisito básico para mi negocio.

—Ya veo. ¿Y bien? ¿Qué era tan urgente?

—Como pediste, indagué más a fondo sobre el accidente de tu hermano.

—¿Y?

—Descubrí que la última inspección del jet fue hecha una semana antes del viaje.

—Entonces, ¿el avión se encontraba en condiciones?

—Sí, todo estaba en orden, pero, aquí es donde la historia se pone rara.

—¿A qué te refieres?

—A pesar de que, ya se había realizado una inspección que aprobaba el uso del jet. Un día antes del viaje, volvieron a hacer otra inspección.

—¿Y eso es raro?

—Sí, más si la persona que supuestamente inspeccionó el jet se reportó enfermo en esa fecha.

—Entonces…

—Otra persona hizo la inspección.

—¡Maldición! ¿Conoces la identidad del usurpador?

—Aún no. Las cámaras de seguridad no lograron captar su rostro, solo quedó registrado el carnet, que ahora sabemos que no le pertenecía.

—¿Por qué razón alguien más se haría pasar por el inspector?

—Lo único que se me ocurre es que, lo hayan hecho para sabotear de alguna manera el jet de tu hermano.

—¿Crees que esta persona dañó el avión intencionalmente?

—Es lo más probable, pues no veo otra razón por la que alguien se haría pasar por un inspector para tener acceso al jet.

—Necesito que obtengas la identidad de este hombre, lo antes posible —espetó Jake muy serio. Le urgía saber si su hermano realmente sufrió un accidente o fue saboteado por alguien más.

—Rastrearé a este individuo, y una vez que lo atrape, le sonsacaré la verdad.

—Walker… Dime con total sinceridad. ¿Realmente consideras que fue un sabotaje?

—No estoy 100 % seguro, pero todo apunta a que el accidente fue premeditado.

Jake pasó toda la tarde pensando en lo que el detective le había afirmado. Si estaban en lo cierto, eso significaría que a su hermano lo asesinaron. *«¿Cómo diablos le diría eso a Serena?»,* ni siquiera él podía soportar esa idea, pero ella merecía saber la verdad. Después de todo, su hermana también había muerto.

Mientras seguía con sus pensamientos, Silvia ingresó a su oficina para recordarle de que tenían una cita esa tarde.

—Jake… Jake… ¡Despierta! —espetó haciendo señales con las manos.

—Sí, ¿qué pasa Silvia?

—¿Por qué no me respondías?

—Tenía la mente en otro lugar —afirmó.

—Ya me di cuenta. ¿Estás listo?

—¿Listo? ¿Para qué?

—¿No te lo dijo Milton?

—No.

—Tenemos una cena de negocios.

—No lo sabía. ¿Podrías ir sola? Acabo de llegar de un viaje.

—Lo siento, pero es con Vincent Turner y no aceptará reunirse, si es solo conmigo.

—¿Por qué tenemos que reunirnos con él?

—Ofreció una de sus pinturas para nuestra gala de beneficencia.

—¿Y tú aceptaste?

—Ofreció un Monet, ¿tú lo habrías rechazado?

—No, por supuesto. Sería una terrible pérdida para nuestra gala.

—Entonces, ¿vienes?

—Sí, solo dame unos minutos para realizar una llamada.

—Está bien —espetó y se retiró de su oficina.

Jake llamó a Serena a fin de comunicar que no iría para la cena. Quería ver a Daniel, pero tendría que esperar hasta llegar a casa. La oferta de Vincent era demasiado tentadora para ignorarla. Además, necesitaba fondos para la fundación. No podía negarse simplemente porque no lo soportaba.

Al llegar al restaurante, Silvia lo tomó del brazo, él no se negó, puesto que cualquier mujer era presa fácil para Turner, y no deseaba que su curadora se sintiera acosada por él.

—Buenas noches —dijo Silvia tratando de ser amable.

—Buenas noches, señorita Santoro —expresó Vincent con una sonrisa provocativa— Jake, pensé que seguías de viaje y que no estarías presente en la reunión.

—Pues, infelizmente para ti, he vuelto a tiempo para la cita.

—Bien, sentémonos —expresó Silvia, ubicándose rápidamente en la mesa que habían reservado.

—Me han dicho que querías donar un Monet para la gala de beneficencia. —comentó Jake.

—Así es. —afirmó Vincent.

—Tengo mucha curiosidad. Dime, ¿qué te ha motivado a hacer esta donación?

—Tu causa me ha sensibilizado —expresó irónicamente.

—Ya veo… —respondió Jake muy dudoso—, pero te conozco. Así que, dime, ¿cuál es tu condición?

—Quiero que la señorita Sanders se encargue de la donación.

—¿Qué? —dijo Silvia, aparentemente sorprendida—. No veo razón para involucrar a la señorita Sanders. Ella es solo una aprendiz, no tiene la experiencia necesaria para ocuparse del asunto.

—Silvia tiene razón, es una obra muy valiosa, una persona experimentada debería encargarse de la adquisición.

—¿Crees que no podrá hacerlo bien? —espetó Turner provocativo.

—Esa no es la razón —afirmó Jake muy molesto.

—Entonces, ¿cuál es la razón? —*«No quiero que Serena se involucre contigo»,* pensó Jake, sin embargo, respondió.

—Silvia es la curadora del museo, y es la que se encarga de estos asuntos. La señorita Sanders ya tiene muchas responsabilidades siendo mi aprendiz, no quiero darle otra carga.

—Ya veo, pero solo haré la donación si ella es la intermediaria. —afirmó con una sonrisa maquiavélica. Jake miró a Silvia, ella movió la cabeza en negativa, pero él no tenía otra opción más que acceder a los caprichos de Vincent.

—De acuerdo Turner, tú ganas.

—Bien, ya que no tenemos otro asunto del que hablar, me retiro. —expresó el hombre levantándose de la mesa, pero antes de marcharse agregó—. Aguardo la llamada de la señorita Sanders, mañana a primera hora.

«¡Maldición!» «De momento no puedo hacer nada», reflexionó Jake tristemente.

—No se preocupe, señor Turner, yo me encargaré de que lo haga —respondió Silvia alegremente.

Cuando quedaron solos, Jake se excusó rápidamente, puesto que le apetecía marcharse. Se sentía exhausto, y ahora, muy frustrado, lo único que deseaba era volver a casa para abrazar a Daniel.

—También me retiro, estoy cansado —expresó sin preámbulos.

—De acuerdo, nos vemos mañana en la oficina. —respondió Silvia aparentemente decepcionada, pero cuando se quedó sola, bebió un sorbo de whiskey antes de sonreír muy satisfecha. Pues, su plan de atrapar a Jake acababa de empezar.

Serena deshacía su maleta cuando Jake golpeó la puerta de su dormitorio. Al verlo, inmediatamente notó que algo muy malo había sucedido. *«¿Qué habrá pasado?»,* se preguntó. Pues ahora que conocía su secreto, vivía con un constante temor.

—Jake ¿todo bien?

—Necesito hablar contigo —respondió con una voz entristecida.

—De acuerdo, siéntate.

—Prefiero hablar en la biblioteca. No quiero que nadie nos escuche. —expresó al recordar que la habitación de Daniel se encontraba al lado.

—Está bien, vamos…

Ingresaron a la biblioteca y Jake cerró la puerta con llave, luego fue a un aparador y tomó una botella de coñac con dos vasos, a seguir se sentó en el diván.

—Ten, creo que lo necesitarás —expresó él dándole un vaso.

—Ahora sí, estoy preocupada —dijo Serena sujetando el vaso y sentándose a su lado—. ¿Qué pasó?

—No sé cómo decirte esto. —*«¡Dios!»,* pensó ella y apuró la bebida de un solo trago. Tosió por unos instantes, luego preguntó.

—¿Sucedió algo en el museo?

—Sí, pero… no es de lo que quiero hablarte en este momento.

—¡Ya dime, me estás poniendo nerviosa!

—Contraté a un detective privado.

—¿Para qué? —preguntó curiosa.

—Para indagar sobre el jet de Marcus.

—¿Qué? —expresó Serena, muy sorprendida—. ¿A qué te refieres?

—Sé que la policía concluyó que murieron debido a un trágico accidente, pero yo tenía dudas, y no podía dejarlo así.

—¿Qué quieres decir? No lo entiendo, creí que estaban seguros.

—Nunca encontraron los restos del avión, todo lo dedujeron a partir de las grabaciones del controlador de tránsito aéreo. No tenían nada tangible que probara que estuviesen muertos, y yo…

—¿Qué estás diciendo, Jake? —expresó aterrada, pues después de todo, ya había aceptado la muerte de Anne—. ¿Crees que están vivos? —Él no quería darle esperanzas, así que dijo:

—No, pero hoy me dieron novedades sobre el caso.

—¿Qué novedades? —preguntó.

—El detective Walker me aseguró de que el jet estaba en condiciones de operar, pero que una persona misteriosa decidió realizar una segunda inspección el día anterior al viaje.

—No entiendo, ¿por qué harían una segunda inspección, si ya había pasado la primera?

—Exacto, debido a esto, Walker está un 99 % seguro de que no fue una muerte accidental.

—Si no fue un accidente, entonces significa que…

—Significa que los asesinaron.



Capítulo 38
«Un secreto del pasado»

Serena no sabía si llorar, gritar o maldecir, ya le había costado el alma aceptar una muerte trágica. Saber que la vida de su hermana fue arrebatada tan repentinamente por terceros, solo aumentó el dolor que seguía latente en su interior.

—¿Qué? No puede ser… —expresó entre lágrimas— No puedo creerlo.

—Lo siento, Serena…—espetó Jake sujetándole la mano— Lo siento, pero es casi seguro que alguien los mató.

—¿Por qué? ¿Por qué matarían a Anne?

—Es probable que ella no fuese el objetivo.

—¿Consideras que Marcus era el objetivo?

—No lo sé, aún no tengo pistas de quién lo hizo. —expresó muy frustrado.

—¿Qué vamos a hacer? Debemos hablar con la policía.

—Por ahora no podemos decir nada a nadie.

—¿Por qué?

—Necesitamos de pruebas, y solo las conseguiremos si seguimos indagando discretamente. Estoy seguro de que el asesino nos sigue observando —Esas palabras la asustaron.

—¡Por Dios! ¿Consideras que Daniel también está en peligro?

—No lo sé, por ahora, no podemos asegurar nada. No tenemos idea del porqué querían matar a Marcus, si fue un acto de venganza o hay algo más tras su muerte.

—Necesitaré de otro trago. —expresó Serena muy nerviosa.

—No te culpo, yo también lo necesitaré.

A la media hora, Jake ya se encontraba un poco embriagado, puesto que se había tomado la mitad de la botella. Serena, que no era muy dada a la bebida, decidió parar con el segundo trago.

—Jake, considero que ya has tenido suficiente de coñac por hoy. —expresó Serena quitándole la botella.

—¡No seas aguafiestas! —se quejó recuperando la botella.

—¡Vamos! Si sigues, podrías enfermarte.

—¿Y desde cuándo le importa mi salud a la señorita Sanders?

—Jake…

—Es la verdad. No importa lo que haga, ni lo bueno que sea contigo, tú sigues

odiándome.

—Yo no te odio, Jake. —expresó a duras penas muy incómoda. Ella no quería hablar al respecto. Ya tenía suficiente con lo que acababa de descubrir sobre el accidente de su hermana, pensó. Sin embargo, él insistió.

—Entonces, ¿cuál es tu problema conmigo? —*«El muy idiota quería discutir sobre el pasado, ¿precisamente hoy?» «Este hombre realmente no tiene consciencia»*, pensó Serena; sin embargo, dijo:

—¿En verdad quieres saberlo?

—Sí, llevo años intentando descubrir por qué me desprecias tanto.

—De acuerdo, te lo diré…—Respondió irritada. Luego respiró hondo antes de iniciar su relato— ¿Recuerdas la fiesta en la que me encontraste una semana antes de la graduación de Anne?

—Sí.

—En esa fiesta dijiste que me querías.

—Es verdad —afirmó sin ningún miramiento.

—Pues… entonces, ¿por qué diablos te encontré a la tarde siguiente fornicando con otra mujer?

—¿De qué hablas? —dijo Jake confundido.

—Fui a llevar tu chaqueta al hotel. Cuando llegué a la habitación te escuché…— recordarlo aún le dolía— Te escuché fornicando con una mujer.

—¡Eso jamás pasó! —afirmó Jake muy sorprendido— Yo te esperé todo el día "solo" y tú jamás llegaste.

—Estuve allí, y sé lo que escuché.

—¡Debe ser un error! —argumentó indignado.

—¿Qué tipo de error podría ser? —espetó Serena con condescendencia.

—No lo sé, pero juro que yo estuve solo todo el día, esperándote… —expresó con tal convicción que, incluso, la misma Serena dudó de sus recuerdos por un instante.

—¡No puede ser! Yo llegué a la habitación y escuché los gritos de una mujer, sé lo que oí, no estoy loca.

—No he dicho que estuvieses loca, solo que tal vez hubo una confusión. ¿Acaso me escuchaste hablando?

—No.

—Entonces, al menos me debes el beneficio de la duda.

—Pero, ¿cómo podría ser un error? Yo fui a la habitación, tenía tu llave.

—¿La llave?

—Sí, la dejaste en tu chaqueta la noche anterior.

—¡Ah…! Yo pensé que la había perdido. Esa noche, cuando volví al hotel, pedí una copia, y luego me cambié de habitación. Tenía documentos de Castle Enterprise y debía asegurarme de que nadie intentara robarlos.

—Entonces, cuando fui en la tarde siguiente, ¿tú ya no estabas en esa habitación?

—No, me cambiaron a otra suite.

Cuando Serena procesó mentalmente lo que acababa de escuchar, su rostro se volvió pálido. La realidad despiadada se impactó brutalmente contra su ser, revelándole una nueva verdad. Ella nunca fue traicionada. Miró a Jake sin poder aceptar lo que decía.

Todos estos años había creído ciegamente que fue traicionada por él. Sin embargo, había sucedido lo contrario, ella fue quien de cierta forma lo traicionó, pues lo dejó plantado, luego de

que el hombre le confesara sus sentimientos.

Si no hubiese sido una cobarde ese día, habría golpeado la puerta y descubierto la verdad. *«¡Qué idiota*!» Luego del incidente, ella ni siquiera se dignó a volver a hablarle. Su orgullo herido no le permitió exigirle ninguna explicación.

Incluso si él lo hubiera negado, probablemente ella no le habría creído debido a su mala reputación. La Serena de hace 4 años era muy terca y tenía expectativas muy poco realistas sobre el amor.

—¿Serena? ¿Estás bien? —preguntó él muy preocupado.

—Jake, yo supuse que tú…—las lágrimas cayeron por sus mejillas involuntariamente— Siempre te odié por eso. —afirmó—, pero tú, ¿ni siquiera estabas ahí? —expresó muy perdida.

Él la miró, muy conmovido. Finalmente, comprendía las razones por las que ella empezó a despreciarlo. Y Jake no la culpaba, probablemente él habría reaccionado de la misma forma. Jake se acercó a ella y la sostuvo del hombro con ambas manos.

—Niña tonta…

—Lo siento, Jake. Todos estos años supuse que habías jugado conmigo. Y te odié tanto por eso, que, por mucho tiempo, ni siquiera quería oír tu nombre— dijo entre lágrimas.

—Serena… No llores, por favor. La verdad es que, en esa época, yo ni siquiera te merecía, pero te deseaba tanto, que me convencí de que podía conquistarte.

—¡Fui una estúpida! —espetó destrozada.

—¡No! Creíste que te engañé. Y no te culpo por pensar lo peor de mí. En ese entonces, yo no tenía la mejor reputación y tu desconfianza era más que justificada. —Al notar su sinceridad, ella empezó a hiperventilar. *«¡Ay, Dios! ¿Y ahora qué hago?»*, mentalizó preocupada.

—¡Dame eso! —exigió Serena desesperada y bebió dos tragos del coñac desde la botella. Luego se la entregó a Jake que hizo lo mismo.

Ninguno volvió a decir una sola palabra. Se quedaron sentados en silencio. Jake seguía bebiendo, como si desease ahogar sus penas en el alcohol. Al verlo tan acongojado, Serena finalmente comprendió que le había hecho mucho daño con su total indiferencia.

Durante los últimos 4 años creyó que ella era la única víctima y jamás se detuvo a pensar en los sentimientos de Jake. Solo ahora, podía ver que ambos sufrieron con la abrupta ruptura de su relación.

Se había equivocado terriblemente con él. La realidad la abatió, haciéndola sentirse muy miserable. Quería gritar y llorar amargamente para aliviar su dolor, pero no se merecía ningún alivio, no después de lo que le había hecho pasar, pensó.

Miró tristemente a Jake. El hombre apenas podía mantenerse despierto. Lo mejor sería que ambos fueran a descansar, ya mañana aclararían mejor las cosas, concluyó.

—Jake, despierta. Debes ir a tu habitación —le dijo ella, dándole unas palmadas en el brazo.

Él abrió los ojos lentamente, y tal vez debido al alcohol o el cansancio, supuso que se encontraba en un sueño. Al pensar que la situación no era real, le sonrió suavemente y luego le dijo:

—Serena, ¡bésame!

—Sin duda estás muy pasado de copas —respondió a la defensiva. Pues sentía un torbellino de emociones en su interior—. Ven, te llevaré a tu habitación.

Jake no hizo ningún comentario, simplemente volvió a cerrar los ojos para dormitar. Al percibir que no obtendría su colaboración, Serena se arrodilló a su lado para apoyarlo en su

hombro; su propósito era trasladarlo hasta su habitación. Sin embargo, todos sus intentos de levantarlo del piso fallaron inevitablemente. Debido a que, en estos momentos, el hombre era un peso muerto.

—¡Maldición!, ¿qué diablos haré contigo? —espetó Serena muy frustrada. Luego respiró hondo y lo observó. Jake se veía muy tierno y vulnerable. Deseó tocar su rostro, pero no estaba bien aprovecharse de su condición, pensó, y decidió que lo mejor sería marcharse—. ¡Bien! Duérmete aquí. —le indicó y trató de levantarse. Sin embargo, cuando intentó moverse, Jake la sujetó del brazo y con una voz desgarradora le dijo:

—¡Por favor! ¡Quédate! —Su ruego, como era de esperarse, la conmovió. Ella volvió a arrodillarse en el piso, sentándose sobre sus piernas.

—Jake ¿por qué siempre me complicas la vida? —preguntó sin esperar una respuesta, pero para su sorpresa, él contestó.

—Aunque me consideres un cretino —comentó apoyando la cabeza en su hombro—, aun así, por favor, quédate conmigo —expresó lo último mientras cerraba los ojos.

«¡Maldición!», pensó Serena. Ahora que sabía la verdad, cada palabra suya, la afectaba terriblemente. No quería que Jake, siguiera pagando por pecados que nunca cometió. Él ya no se merecía su desprecio. Así que, tomando su rostro con ambas manos, ella le dijo:

—Siempre estaré contigo, Jake —él abrió los ojos, muy sorprendido, y fue entonces cuando la besó.

Serena no se resistió, se dejó llevar por esa deliciosa sensación que acababa de invadir su cuerpo. El beso al principio fue suave y delicado, pero pronto se convirtió en algo atrevido y salvaje. Jake la tomó de las caderas, haciendo que se sentara sobre él para tener más acceso a ella. Luego cerró los ojos, creyendo firmemente que todo era parte de un sueño, uno del cual, no le apetecía para nada despertar.

Serena sentía que su cuerpo ardía en llamas, quería y deseaba más. Su juicio se había nublado totalmente, a punto de olvidar dónde estaban. Ella se levantó la blusa, ansiando desesperadamente que él le tocase los senos. Jake perdido en sus emociones, le desabrochó el sostén de manera instintiva. Él seguía besándola apasionadamente mientras la sostenía por las caderas para aliviar su apremiante erección.

De pronto, Serena sintió el excitado miembro de Jake presionándose contra ella. Eso la devolvió a la realidad, y cayó en cuenta de lo que sucedería si seguían rozándose. *«¡Dios mío!»*, pensó al recordar que se encontraban en la biblioteca.

—Jake, no podemos… —expresó ella a duras penas, apartándose de él rápidamente. Ella no le dio la oportunidad de protestar, simplemente se enderezó y salió corriendo de la biblioteca, muy avergonzada.

Jake que seguía horrendamente embriagado, solo se tumbó en el piso. La cabeza le daba vueltas, y a pesar de estar muy excitado, el cansancio lo venció, y minutos después, ya se había quedado dormido. En la mañana, cuando despertó, lo primero que le vino a la cabeza fue que acababa de tener el sueño más erótico y vivido de toda su vida.

Serena se levantó temprano. No había pegado un ojo en la noche anterior debido a las últimas revelaciones. Aún le costaba creer que casi se había acostado con Jake “en la biblioteca”. *«¡Santo Dios!» «¿Desde cuándo era tan libertina?»* Sin embargo, lo que le había arrebatado el sueño era saber que se había equivocado terriblemente con Jake.

—Buen día —expresó Jake entrando en la cocina. Al ver que Serena hacía el desayuno, se sentó en un taburete para servirse café.

—Buen día. —expresó ella a duras penas.

—¿Dormiste bien? —preguntó él por educación. Serena, que bebía un té en ese momento, casi se atragantó con la bebida. Ella empezó a toser— ¿Estás bien? —preguntó casualmente. *«¿Por qué Jake actúa como si nada hubiera pasado?»,* se preguntó, así que le dijo:

—Jake lo de anoche…

—Lo siento, no estoy acostumbrado a beber tanto —expresó a modo de disculpa—. No era mi intención embriagarme hasta perder la conciencia.

Serena lo observó con cautela. *«¿Acaso Jake no recordaba nada de lo que había pasado?»*.

—No te preocupes, no es para tanto. —respondió para comprobarlo.

—Bien, prometo que no se repetirá —afirmó con una sonrisa.

«¿De verdad Jake no lo recordaba o solo pretendía que no pasó?», se preguntó Serena, muy inquieta. Sin embargo, decidió cambiar de tema, pues si él de momento no lo recordaba, sería una verdadera bendición. Ella necesitaba de tiempo para procesar todas las novedades.

—Entonces, ¿qué es lo que pasó en el museo? —preguntó.

—Vincent Turner nos donará una obra de Monet para la gala de beneficencia.

—¡Vaya! —dijo asombrada.

—Sí, pero lo más sorprendente, es que desea que tú seas la intermediaria.

—¿Qué?

—Es su condición.

—¡Pero… es una obra muy importante! Un profesional con más experiencia debería hacer la adquisición.

—Fue lo que le dijimos, pero insistió.

—Entiendo —expresó poco animada.

—Por cierto, ¿A qué hora te fuiste a dormir anoche? —preguntó Jake, ya que, por un momento, dudó que todo hubiera sido meramente un sueño. Por alguna razón, al despertar creyó que había sido real.

—Después de tu desmayo —dijo ella mintiendo descaradamente.

—Es que yo…

—¿Tú qué? —preguntó inquisitiva. Pues si Jake fuera el primero a admitir lo que pasó, ella finalmente tendría el valor de hablar al respecto. En el fondo seguía siendo muy cobarde, pensó tristemente.

—Nada, solo he tenido un sueño muy extraño —respondió Jake sin darle más detalles, pues no deseaba intimidarla con sus fantasías eróticas. Además, sin duda debió ser solo un sueño, pues en él, ella le había contado una historia muy rara. *«¿Sería posible que…?»,* agitó la cabeza y terminó de beber su café.

—Ya veo —respondió de cierta forma aliviada, pues, aunque sabía que, en algún momento, deberían aclarar lo que sucedió en el pasado. Al menos por ahora, no tendría que dar la cara y admitir su culpabilidad.

Más tarde, en el museo, Serena llamó a la oficina de Vincent Turner para marcar una cita.

—Buenos días, quisiera hablar con el señor Turner. Soy Serena Sanders del museo Daniel Castle.

—Un momento, por favor. —expresó la asistente y transfirió la llamada.

—Señorita Sanders.

—Señor Turner, llamo para solicitar una cita. Tengo entendido de que pretende donar una pieza para la gala de beneficencia.

—Así es.

—¿Tiene tiempo, para reunirnos hoy?

—Tengo tiempo en el horario de almuerzo, si no le molesta, podemos comer juntos y de paso tener nuestra reunión.

—De acuerdo, solo dígame dónde debo encontrarlo.

—Almuerzo en el Gold Palace, pero no se preocupe, pasaré a buscarla.

—No es necesario que se moleste, puedo tomar un taxi.

—Descuida, no es ninguna molestia.

Cerca del mediodía, un auto deportivo estacionó en la entrada principal del museo. Jake que en ese momento salía con Milton para almorzar, vio cuando Serena se subió al vehículo.

—¿Quién es ese?

—Es el señor Turner, la señorita Sanders quedó de almorzar con él. —espetó Milton casualmente.

—¿Qué? —dijo Jake muy sorprendido.

—¿No lo sabía? Ella dijo que usted le ordenó tener una reunión con el señor Turner.

—Yo le dije que tuviera una reunión, y esto suena más a una cita.

—Humm. Ahora, que lo dice. —mencionó Milton, insidioso.

—¡Maldición!, Milton, ¿sabes en qué restaurante se van a reunir?

—Tengo entendido que en el Gold Palace.

—Bien, llama ahora mismo y reserva una mesa para nosotros.

—De acuerdo, ¿quiere que averigüe en qué mesa se sentará la señorita Sanders? —Jake lo miró muy admirado por su descaro.

—Milton, tú nunca dejas de sorprenderme.

Serena llegó al Gold Palace del brazo de Vincent. La camarera los llevó hasta la mesa que se encontraba ubicada en la zona Vip. Al ver que era un lugar muy reservado, se preocupó un poco, debido a la mala fama del señor Turner.

—Espero que no le moleste, pero me gusta comer con tranquilidad.

—Por supuesto —espetó tratando de sonar tranquila.

—Finalmente, se ha tomado su tiempo para verme.

—Bueno, usted básicamente me obligó a venir. —mencionó sarcásticamente.

—Bueno, un hombre debe hacer uso de las herramientas que tenga. —«*Entonces, ¿lo estás haciendo solo para tener una cita conmigo?*», quiso preguntarle, sin embargo, no deseaba poner más leña al fuego, así que se hizo de la desentendida.

—Usted es muy gracioso, señor Turner.

—Llámame Vincent.

—Hoy estoy en calidad de curadora, y esta reunión es por trabajo, así que debemos mantener la formalidad —se excusó.

—De acuerdo, como usted desee, señorita Sanders.

Jake se encontraba en la mesa de al lado, pero debido a la media pared que dividía los espacios, ninguno de los dos percibió su presencia. Milton apenas podía contener la risa, cada vez que el rostro de su jefe se torcía al escuchar las indirectas que Vincent Turner le dirigía a Serena. Para su alivio, ella muy elocuentemente siempre hallaba la manera de salir airosa de la situación.

Minutos después, cuando una mesera se acercó para tomar los pedidos, Jake fue atrapado

en el acto.

—Señor Castle, ¿ya se ha decidido? —*«¿Señor Castle?»*, pensó Serena y trató de mirar disimuladamente para ver si su jefe se encontraba allí. Vincent, por otro lado, no ocultó su disgusto al darse cuenta de que el hombre los estaba espiando.

—¡Vaya, Castle! Siempre tienes la mala costumbre de arruinar mis citas —espetó en voz alta. Jake al verse descubierto, respondió sin miramientos.

—No es una cita —aclaró y agregó—. Además, este restaurante es muy popular estos días.

—Por supuesto, y el que estés aquí es una mera coincidencia, ¿verdad?

—Desde luego, ¿crees que te estoy siguiendo? —*«Más bien a la señorita Sanders»*, reflexionó Vincent, sin embargo, respondió.

—Claro que no, hasta donde recuerdo, te siguen gustando las mujeres —espetó con ironía mirando a Serena.

—¿Señor? —dijo ella muy avergonzada.

—No se preocupen por mí, solo estoy almorzando. Hagan de cuenta que no estoy aquí —*«Eso será imposible»*, pensó Serena, sin embargo, respondió.

—Como usted diga, señor.

El resto del almuerzo fue bastante incómodo. Vincent, al verse vigilado por Jake, ya no podía aventurarse a lanzarle indirectas a Serena. Si deseaba agradarle a la mujer, tenía que guardar las apariencias. Al menos, hasta poner en práctica sus tácticas de seducción.

—Le agradezco mucho por la paciencia, aún no me acostumbro al papeleo —dijo Serena, que terminaba de completar un par de formularios.

—No te preocupes, me gusta pasar tiempo contigo —ella no supo qué responder a eso, así que cambió de tema.

—Bien, creo que terminamos por hoy. Le enviaré los documentos restantes a su oficina.

—Prefiero que usted misma, me los entregue —exigió Vincent.

—De acuerdo, iré en cuanto los tenga. Muchas gracias por el almuerzo —expresó levantándose.

—Ha sido un placer.

Ni bien Serena se marchó, Vincent se levantó para encarar a Jake. Él seguía comiendo con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Puedo saber qué pretendías espiándonos?

—¿Espiando? ¿Yo? —espetó escandalizado. Milton apenas se aguantaba la risa.

—Sí, viniste para espiar a la señorita Sanders.

—Ella es mi empleada, debo cuidar de que esté bien. En especial cuando debo mandarla a la boca de un lobo.

—Ya veo —dijo Vincent sonriendo—. ¿Te da miedo de que caiga en mis encantos?

—Eso no pasará —afirmó Jake con convicción. Vincent sonrió aceptando el desafío implícito, luego dijo insidioso.

—Yo no estaría tan seguro de ello.

Serena volvió a la oficina muy contenta, esta sería la primera vez que tendría que actuar como una curadora de verdad. Le habían encargado incluso la autenticación de la obra, lo que le preocupaba un poco, puesto que era de un pintor muy famoso. Al ver que ella llegaba a la oficina, Silvia la saludó.

—¿Cómo te fue con el señor Turner?

—¿Cómo es que tú?

—Las noticias vuelan, querida —se excusó—. ¿Entonces?

—Me fue bien, solo debo terminar el papeleo, antes de proceder con la autenticación.

—Bien, si necesitas ayuda, solo dime —*«¿Por qué diablos la mujer estaba siendo amable con ella?» «¿Acaso era bipolar?»,* se preguntó Serena.

—Por supuesto, señorita Santoro —espetó apartándose para seguir su camino.

Silvia sonrió maquiavélicamente, la gata realmente era muy ingenua. Si todo salía según lo planeado, pronto la muy zorra desaparecería de la vida de Jake. *«Y ni siquiera tendré que esforzarme para ello»*, pensó alegremente.

Milton llegó a la oficina media hora más tarde. El hombre no podía ocultar que se encontraba muy contento.

—¿De quién fue la idea de seguirme? —preguntó ella sin preámbulos.

—Mía —admitió sorprendiéndola. Luego agregó para justificarse—. Al señor Castle le preocupaba que su nuevo mecenas intentara sobrepasarse con usted.

—Ya veo… Entonces, ¿le sugeriste que me siguiera?

—Más o menos —Serena se rio.

—Está bien, los perdonaré, porque tuvieron buenas intenciones.

—Y nuestra preocupación, estaba más que justificada. Debe tener cuidado con ese hombre, señorita Sanders.

—Lo sé, créeme, que lo sé.

Serena llegó más temprano a la mansión de los Castle para despedirse de sus parientes, ya que esa noche volverían a Sierra Verde. Daniel se puso a llorar al descubrir que se marchaban.

—No te preocupes, mi amor, pronto volveremos —le prometió su abuela.

—Es verdad —agregó Trizz, con el corazón partido.

—Pronto iremos a verlos, te lo prometo —afirmó Serena para calmarlo. El pequeño la abrazó tan fuerte que pensó que le rompería los huesos.

—Tú no me dejarás, ¿verdad? —preguntó Daniel con lágrimas en los ojos.

—Yo nunca lo haría.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Jake llegó a la casa justo a tiempo de escuchar la conversación. Al ver a su sobrino tan triste, trató de animarlo un poco.

—¿Quién quiere pizza para la cena?

—¡Yo! —espetó el niño saltando en sus brazos.

Cuando terminaron de despedirse, el chofer llevó a su madre y a Trizz al aeropuerto, luego pidieron una pizza a domicilio. Jake estuvo muy callado durante toda la cena, trató de evitar la conversación a propósito. Debido a que, aún no sabía qué excusa darle a Serena para justificar su repentina aparición en el restaurante.

Cuando terminaron de comer, se escondió en la biblioteca tratando de evadir el sermón, que, sin duda, ya le tenía preparado su pequeña aprendiz. Se sentó en el piso y recostó la cabeza en el diván. La noche anterior había soñado con ella, su sueño fue tan vivido, que podría jurar que había sido real.

Cerró los ojos tratando de rememorar el sueño. *«¡Ya deja de alucinar!»* Se recriminó mentalmente agitando la cabeza, pero al abrir los ojos, vio algo sorprendente detrás de una

otomana. Entonces espetó.

—¡Maldición!

Serena terminó de leerle un cuento a Daniel. Para su suerte, el pequeño quedó dormido rápidamente, así que tendría tiempo para hablar con Jake. Sin embargo, tras una breve búsqueda, no pudo encontrarlo por ningún lado. Aparentemente, el hombre se había esfumado de la faz de la tierra.



Capítulo 39
«Dime la verdad»

En la mañana, Serena esperaba ver a Jake para tener una conversación muy seria sobre la confianza, pero tampoco lo encontró en la casa. *«¿Dónde, diablos, se ha metido este hombre?»*, se preguntó antes de tomar un taxi para ir al trabajo. Al llegar, vio a Milton organizando los panfletos de la gala.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí, ¿puedes leer para ver si todo está bien? En una hora debo enviarlos para que la señorita Santoro los apruebe.

—Está bien, ahora los miro.

—¿Ya tienes todo listo para la donación que realizará el señor Turner?

—Sí, en un rato debo ir a su oficina para realizar todos los procedimientos.

—¿Necesitas ayuda con eso?

—No, está bien. No es que no lo haya hecho antes, es solo que…

—¿Qué?

—Es una obra de mucho valor, tanto económico como histórico, me inquieta dañar la pieza durante la inspección.

—No se preocupe, tómalo con calma, y todo saldrá bien.

—Gracias por la confianza, Milton. Ojalá todos fueran como tú. —expresó mirando a la puerta de la oficina de Jake.

—El señor Castle confía en usted, nunca dude de ello.

—De acuerdo, terminemos con esto para que pueda ocuparme de mis asuntos.

Dos horas después, Serena llegaba a la oficina de Vincent Turner. El lugar era muy extravagante como su mansión. *«¿De dónde saca esta gente tanto dinero?»*, se preguntó mientras cruzaba por una majestuosa puerta de madera.

—Bienvenida, señorita Sanders.

—Gracias, señor Turner.

—Vincent —la corrigió.

—Señor Turner —insistió—. Le he traído los documentos para la transferencia. Cuando usted diga, podemos proceder con la inspección de la pieza.

—De acuerdo, señorita Sanders, vayamos al departamento de restauración. Ya he solicitado que preparen la pieza para que usted pueda realizar su inspección.

Más tarde, después de terminar el riguroso proceso para la adquisición de la pieza. Serena

se sintió obligada a agradecerle a Vincent por su donación y por haberla elegido para la transacción, entonces le dijo:

—Muchas gracias por la donación, señor Turner. Ha sido un placer trabajar con usted.

—Créame, señorita Sanders, que el placer, ha sido todo mío.

Serena llegó a la oficina muy contenta. La pieza acababa de ser entregada al museo, y para cerciorarse de que no hubiera inconvenientes, presenció de primera mano todo el proceso de registro e inspección que llevó a cabo Silvia cuando le entregó la pintura.

—Buen trabajo, señorita Sanders.

—Gracias, señorita Santoro.

—Esta será la pieza central de nuestra gala.

—Estoy segura de que obtendremos mucho dinero por ella. —comentó Serena.

—Es una suerte que el señor Turner haya decidido donarla al museo.

—Sí, ha sido muy generoso de su parte.

—No sé si te lo he dicho, pero el señor Turner ha solicitado que usted sea su acompañante durante la gala. —expresó Silvia casualmente.

—¿Qué? Nadie me ha dicho nada.

—Pues ahora te lo digo.

—Usted podría hacerlo, tiene más experiencia.

—Lo sé, pero ha solicitado que lo hagas tú, no puedes negarte —al ver su expresión poco animada, agregó para convencerla—. Piénselo, es un pequeño precio que pagar por esta obra tan magnífica. ¿No lo crees? —Serena miró la pintura y, al no tener otra alternativa, respondió.

—Está bien, lo haré.

Milton se encontraba en la oficina hablando con Jake cuando Serena ingresó para dar un informe.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita Sanders. —expresó Milton.

Jake solo la observó, intentando concentrarse en la realidad presente. Aún le costaba creer que lo sucedido en la otra noche, no había sido solo un sueño.

—Milton, seguiremos más tarde, necesito hablar de un asunto con la señorita Sanders —le indicó.

—De acuerdo.

El asistente se retiró rápidamente, dejándolos solos. Serena creyó que necesitaba hablarle sobre la investigación de la muerte de los padres de Daniel, así que, preguntó sin más preámbulos.

—¿Hay novedades sobre el caso?

—No se trata de eso.

—Ah, quieres hablar de la pintura.

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Quiero hablar de lo que pasó la otra noche.

—¿La otra noche? —espetó, fingiendo total ignorancia.

—Ya no tienes que fingir, sé que no fue un sueño.

Como Serena no estaba segura de cuánto él recordaba, quiso sonsacarle la mayor cantidad de información posible. Antes de que se viera forzada a revelar toda la verdad.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—Lo recuerdo todo. —El rostro de Serena se volvió escarlata.

No sabía qué decir, se sentía avergonzada de su propio comportamiento, y más de su prejuicioso rechazo hacia él. Ella debía disculparse, era lo menos que se merecía el hombre tras ser sistemáticamente despreciado por 4 años debido a un terrible malentendido. Cuando Serena estuvo a punto de contestar, como de costumbre, Silvia irrumpió en el lugar.

—Jake, ya llegó el Monet. Señorita Sanders, no sabía que estaba aquí.

—He venido, a informarle al señor Castle sobre lo mismo —se excusó.

—Hablaremos luego —dijo Jake, pues la conversación que tendrían requería de mucha privacidad, algo prácticamente imposible de conseguir en el museo.

—Está bien —expresó Serena y se retiró.

—Es magnífica —informó Silvia muy animada.

—Sigo sorprendido de que Turner se la haya cedido al museo, "gratuitamente".

—Al parecer, los rumores de que es un tacaño no son del todo ciertos. —argumentó Silvia para justificar su comportamiento, pero Jake que lo conocía mejor, sabía que no era de fiar, así que dijo:

—No sé qué pretende, pero estoy seguro de que se trae algo entre manos.

Esa tarde, Serena volvió a casa muy inquieta, ya que finalmente tendría la conversación que había pospuesto por años debido a su cobardía. Desde pequeña, siempre tuvo problemas para enfrentarse a los conflictos. Especialmente, tras el abandono de su padre. Nunca quiso discutir con sus hermanas, siempre obedecía las órdenes de su madre, y jamás buscó pelea con nadie. Sin embargo, de esta plática, no podría huir.

Por un lado, le alegraba saber que Jake nunca la traicionó. Por otro se sentía culpable y estúpida por arruinarlo todo. Si tan solo lo hubiera escuchado una sola vez, probablemente la verdad habría salido a la luz más temprano. Y tal vez, solo tal vez, habría tenido una oportunidad con Jake, incluso si no la mereciera.

Respiró exasperada, en verdad no deseaba enfrentar esta realidad, ya que, ahora mismo, no era capaz de procesar sus emociones adecuadamente. De momento, se sentía abrumada con la reciente pérdida de los padres de Daniel y toda la responsabilidad que venía con ella.

Además, había dado por hecho que su vida amorosa quedaría en segundo plano tras la muerte de su hermana mayor. Puesto que, para Serena, lo más importante era velar por el bienestar del niño, y aunque, la idea de una vida sin amor, no le era para nada atractiva, ella le prometió a Anne que Daniel siempre sería una prioridad en su vida.

Aunque, debido a los recientes acontecimientos ocurridos en la biblioteca, debía admitir, que cierta esperanza empezó a brotar en su corazón. Sin embargo, no era sano engañarse a sí misma con falsas ilusiones. Tenía claro que, lo que pasó en la noche anterior, simplemente pudo ser el resultado de las fuertes emociones del momento y el abuso irresponsable del alcohol.

—Tía, al fin llegaste, mira, he dibujado esto en la escuela. — Serena miró el papel y se sintió conmovida. Daniel había diseñado a tres personas y tituló la obra como "mi familia"—. Esta eres tú, y este es el tío Jake y este soy yo.

—¡Qué bello, mi amor! Es muy bonito —agregó emocionada.

—¿Cuándo viene el tío? También quiero mostrarle.

—Llegará pronto. Le puedes mostrar en la cena.

—Está bien.

Jake llegó más tarde. Ni bien cruzó por la puerta, Daniel lo atropelló para mostrarle su nueva obra de arte. Al ver el diseño, se emocionó. Más que nunca, debía aclarar las cosas con Serena. Ya que, como bien lo había plasmado el pequeño, ahora ellos eran una familia.

Cuando terminaron de cenar, Jake le indicó a Serena que lo siguiera hasta la biblioteca.

Ella lo hizo en silencio, esperando a que él empezara la conversación. Él fue hasta el aparador, abrió el cajón, sacó un sostén y expresó irónicamente:

—¿Acaso no tienes algo que contarme? —Al ver el sostén en sus manos, Serena quedó en shock.

—Ehmm… Yo…

—¿En verdad creíste que podrías engañarme?

—¡Yo no te engañé! —afirmó indignada.

—El otro día, fingiste que no había pasado nada entre nosotros. Eso es engañar.

—Bueno, yo no hice comentarios, es verdad, pero eso no es engañar.

— Me dejaste pensar que todo había sido solo un sueño.

—Tal vez lo fue.

—¡Esto me parece bastante real! —espetó agitando el sostén.

—¡Ya dame eso! —dijo Serena saltando para alcanzar el sostén, pero Jake lo elevó para evitar que lo atrapase.

—Te lo daré, pero primero debes admitir, que lo que pasó, fue real. —exigió con firmeza.

—De acuerdo, lo admito, sí, fue real, ¿satisfecho?

—Más o menos, siéntate.

—Está bien —respondió Serena de mala gana sentándose en el diván—. Ya me senté, ¿y ahora qué?

—Ahora, hablaremos de lo que pasó hace 4 años. —Serena lo miró seriamente. Y aunque deseaba con todas sus fuerzas evitar esta conversación, ya era hora de confrontar los errores de su pasado y aclarar ciertas cosas.

—De acuerdo. Acepto que me equivoqué contigo. En verdad, fui muy prejuiciosa y no te di una oportunidad de explicarte. Admito que te he despreciado, sin razón, por mucho tiempo. Y sinceramente lo lamento. —Espetó lo último muy acongojada.

—Lo he reflexionado mucho, y teniendo en cuenta mi pasado libertino, yo realmente no te culpo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Yo también habría asumido lo peor. En esa época no era el más noble de los hombres.

—De todas formas, lamento haber sido muy orgullosa para pedir explicaciones. —expresó con tristeza.

Jake la compadeció, era evidente que Serena se sentía culpable. Después de todo, ella lo había despreciado sin razón. Probablemente, estaba muy afligida esperando que la perdonara.

Personalmente, él no sentía ningún rencor, y, desde luego, no le encontraba el sentido a seguir aferrándose a cosas del pasado. Tenían una segunda oportunidad y Jake deseaba ardientemente aprovecharla, así que dijo:

—Dejémoslo en el pasado. Ya no podemos cambiar lo que sucedió y mucho menos volver en el tiempo para arreglarlo —respondió con firmeza.

—De acuerdo… —respondió Serena, muy sorprendida con su actitud.

—Enfoquémonos en el presente. Y si lo que en verdad deseas es disculparte conmigo, respóndeme a esta pregunta con total sinceridad.

—Dime.

—¿Sigues creyendo que soy un cretino?

—Bueno, la verdad es que no —espetó con franqueza.

—Bien, eso es un alivio. Respecto a lo de anoche…

—Supongo que nos dejamos llevar por el alcohol, ambos estábamos ebrios. —argumentó Serena para justificarse, puesto que le avergonzaban sus propias acciones, y le daba pavor tener que confesar sus sentimientos.

—¡No quieras echarle la culpa al alcohol! —le advirtió Jake.

—Valía la pena intentarlo —expresó encogiendo levemente los hombros.

—No te librarás tan fácilmente de esta conversación, Serena.

—De acuerdo. Ya lo entendí.

—Además, quiero dejar claro que mi beso no fue un efecto secundario del alcohol.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —preguntó genuinamente curiosa y algo esperanzada. Jake, por otro lado, se sentía ansioso, así que respiró hondo antes de responder con total sinceridad.

—Te besé, porque a pesar de todos estos años. Tú me sigues gustando.



Capítulo 40
«El show business»

La repentina confesión de Jake dejó a Serena sin palabras. De cierta forma, siempre había mantenido la esperanza, pero después de todo este tiempo, y de la forma en que lo trató, jamás esperó que él siguiese queriéndola. Al menos ya no, de una manera romántica. Además, cuando volvió del extranjero, le había dejado claro que su interés por ella era meramente una cuestión familiar, debido a que era la hermana de Anne.

—¿Qué dijiste? —preguntó para asegurarse de que lo había entendido correctamente.

—Dije que me gustas, Serena —repitió Jake sacándola de dudas.

—Yo… No sé qué decir. —agregó unos segundos después.

Jake sonrió al notar que ella no podía creer en lo que acababa de escuchar. No quería presionarla, pero necesitaba de una respuesta, por lo que preguntó.

—Y tú, ¿por qué respondiste a mi beso?

Serena lo miró intensamente. Tenía tanto que decir; sin embargo, no estaba lista. Lo había odiado por tanto tiempo, que incluso ahora, sabiendo que era inocente, le aterrorizaba confesarle sus sentimientos. Aparentemente, necesitaría de tiempo para olvidar los rencores del pasado y vivir según su nueva realidad.

Ella permaneció en silencio intentando encontrar las palabras que explicarían apropiadamente su estado mental. Deseaba ser totalmente honesta con él, por lo que, decidió que no obviaría ningún detalle. Jake ya se notaba ansioso, así que se apresuró a confesarle la verdad.

—Aún me cuesta aceptar esta nueva realidad. Debes entender que te odié por mucho tiempo, y sinceramente, hasta hace poco, seguía creyendo que eras un libertino —Jake solo la observó esperando que le diera algún atisbo de esperanza— Incluso ahora que todo se ha aclarado. La decepción que sentí en el pasado, cuando creí que me habías engañado, de alguna manera, sigue siendo muy real para mí, así que, de momento, me cuesta mucho hablar de mis sentimientos.

—Entiendo. —respondió reflexivo, puesto que su respuesta era bastante explicativa. Ambos tenían un pasado muy conflictivo y lleno de malentendidos. No podía pedirle que lo olvidara todo mágicamente. Además, era bastante claro que Serena sufrió tanto o más que él. Debía hallar una forma de dejar el pasado atrás, *«pero ¿cómo podríamos?»*, se preguntó frustrado. De pronto se le ocurrió una brillante idea para ayudar a sanar su dañada relación—. De acuerdo. —Espetó, primeramente, luego agregó—. ¿Qué te parece si empezamos de nuevo?

—¿Empezar de nuevo? —dijo extrañada.

—Sí.

—¿A qué te refieres? —preguntó entonces, ya que no comprendía su intención.

—A que olvidemos el pasado. De todas formas, ya no soy el Jake de hace 4 años. Y tú ya no eres la joven ingenua que conocí.

—Es verdad —admitió Serena.

—Si dejamos el pasado atrás y empezamos de nuevo, podrás juzgarme por quién soy, ahora. Tal vez así, puedas conciliar tus sentimientos —argumentó. Serena lo miró, su idea no era tan mala.

—Entonces… ¿Volveríamos a ser amigos? —preguntó esperanzada.

—Sí, supongo que sí, recuerdo que éramos muy unidos antes de que me pusieras en una lista negra. —espetó en broma, pero Serena se puso a la defensiva.

—Ya me disculpé por eso. Además, admite que cualquiera en mi lugar hubiera pensado lo mismo.

—Sí, realmente fue una situación muy peculiar. Sin embargo, ya está en el pasado. Desde ahora, tratemos de evitar los malentendidos, ¿ok?

—De acuerdo, me parece bien. Solo hay un detalle que me gustaría aclarar.

—¿De qué se trata?

—Quiero que Daniel sea nuestra prioridad. Inherentemente, a la relación que tengamos nosotros. Él siempre será más importante que cualquier otra cosa —aclaró.

—No te preocupes, pase lo que pase, Daniel siempre será nuestra prioridad —dijo Jake para tranquilizarla.

—Bien —Serena respondió satisfecha.

—Entonces, ¿amigos? —espetó Jake extendiendo la mano.

—De acuerdo —afirmó Serena respondiéndole el gesto.

Ambos se quedaron así por unos instantes. Rápidamente, el cuerpo de Jake reaccionó excitándose. Pues, aún recordaba con claridad, los besos que se habían dado, y la suavidad de su piel. Pronto se sintió muy incómodo. Lo último que deseaba era presionarla con cuestiones sexuales, por lo que no quería que ella notara su evidente estado, así que raspó la garganta y dijo:

—¿Y ahora qué hacemos?

Serena, que se encontraba ajena a la condición de Jake, respondió casualmente.

—Bueno, mañana es la gala, así que, debería ir a dormir.

—Es verdad, lo había olvidado. Deberías ir a dormir, buen descanso —él respondió rápidamente, alegrándose de hallar una manera sutil de zafarse de una situación tan embarazosa.

La prisa que tenía Jake para librarse de ella no pasó desapercibida. Fue entonces cuando Serena notó el bulto dentro de sus pantalones. Al parecer el hombre estaba muy excitado. Eso no la molestó en absoluto. Sin embargo, deseaba avanzar en esta relación con mucha cautela. Por lo que, simplemente le sonrió y con cierta ironía le dijo antes de marcharse.

—Que pases muy buenas noches, Jake.

Al ver que ella volvía a tratarlo como antes. Jake sintió que las cosas entre ellos finalmente habían cambiado, y para mejor.

En la mañana, Serena despertó muy animada. El evento que el museo organizaba para esa noche sería muy importante para su porfolio profesional. Ya que, la pieza principal de la exhibición era la pintura que ella había adquirido mediante una donación. No le entusiasmaba mucho la idea de entretener a Vincent Turner, pero como decían, “a caballo regalado no se le miran los dientes”, por lo que, tendría que soportarlo con mucha dignidad.

—Buenos días —expresó Jake acercándose a la cocina.

—¿Café? —ofreció Serena con una sonrisa cálida.

—Sí, por favor. —contestó. Serena le sirvió una taza de café, luego preguntó casualmente.

—¿Dormiste bien? —Jake casi expelió el café que había bebido.

—Sí —mintió, puesto que le costó mucho dormir, debido a su estado de excitación—. ¿Dónde está Daniel? —inquirió cambiando rápidamente de tema.

—Fue a la escuela más temprano. Está ensayando para una obra teatral que presentarán en un orfanato este sábado.

—¡Ah!, ¡qué interesante!

—La escuela está muy comprometida con los asuntos sociales.

—Tiene sentido. Después de todo, Anne era parte de la junta directiva.

—Sí, es verdad, ella siempre se ocupaba de los más desvalidos. Por cierto, la profesora llamó. Los padres deben acompañar a sus hijos.

—Entiendo —espetó Jake reflexivo—, ¿qué hora será la visita?

—A las diez de la mañana.

—¿Vamos juntos? —espetó con una sonrisa cálida.

—Sí, por supuesto. —afirmó ella contenta.

—Ah, como hoy tengo un desayuno de negocios en Castle Enterprise, tendrás que irte por tu cuenta.

—Está bien, tomaré un taxi.

—¿Cuándo piensas aprender a conducir? —expresó Jake en tono de burla.

—Pronto. Ya me inscribí en una escuela de conducción. Haré los exámenes lo antes posible.

—Me alegra escuchar eso. Es importante que puedas conducir, en caso de una emergencia. —argumentó Jake, pensando en Daniel; por otro lado, Serena, que ya no tenía pelos en la lengua, le dijo sarcásticamente.

—Sí, puesto que nunca se sabe cuándo una exnovia tuya decidirá envenenarte. —Jake sonrió moviendo la cabeza en negativa, luego le brindó una mirada asesina. Sin embargo, en su interior rebozaba de alegría, pues Serena volvía a ser esa chica descarada que siempre lo ponía en su lugar.

—Sí, nunca se sabe.

En la tarde, Serena ayudaba a Silvia a ultimar detalles de la exposición. Inexplicablemente, la mujer había cambiado radicalmente de actitud y la trataba con mucho respeto.

—Querida, creo que con esto terminamos los pendientes. —expresó Silvia al ver que la última pieza se encontraba en su lugar.

—Sí, todo ha quedado perfecto —afirmó Serena.

—Por supuesto, lo he organizado yo —expresó muy vanidosa.

—Bueno, como ya hemos terminado, volveré a mis ocupaciones.

—De acuerdo, pero no lo olvides. Esta noche te ocupas personalmente de entretener al señor Turner.

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, ya puedes irte —espetó despidiéndola con una mano.

Serena volvió a su oficina para ayudar a Milton con sus pendencias. Debido a la gala, poco o nada había cumplido con sus responsabilidades como aprendiz de Jake.

—Señorita Sanders, qué bien, ya está aquí.

—¿Por qué?, ¿qué pasa?

—Le han enviado esta caja.

—¿Qué es?

—Al parecer, es un regalo.

—¿De quién?

—No lo sé. No tiene firma.

Serena abrió la caja y encontró un hermoso vestido con un par de zapatos muy elegantes. Sonrió, *«sin duda debe ser un regalo de Jake»*, pensó animada. Ahora, que volvían a ser amigos, ya no tenía que fingir estar indignada con sus regalos opulentos.

—Es muy bonito. —expresó Milton, que se asomó para ver el obsequio.

—Sí, es realmente precioso.

Cerca de las 5 de la tarde, Serena volvió a la mansión. Necesitaba apaciguar a Daniel antes de ir a la fiesta. Ya se había acostumbrado a que cenaran juntos y que luego ella le contase una historia antes de dormir.

—Bien, recuerda, debes comportarte bien. No intentes escaparte de tu niñera y no olvides dormir temprano.

—Está bien. Me comportaré.

—¡Buen chico!

—Tía…

—¿Sí?

—El sábado iremos al orfanato, la profesora dijo que debemos invitar a nuestros padres.

—Entiendo. ¿Quieres que vaya contigo?

—Sí, y el tío Jake, también.

—Claro, iremos juntos —prometió.

Serena tomó un taxi para llegar al museo. Según Milton, debido a la carga de trabajo en Castle Enterprise, Jake llegaría un poco tarde a la gala.

—Está muy bella, señorita Sanders —dijo el asistente muy impresionado.

—Gracias, Milton.

—Debemos bajar ahora, los invitados empezarán a llegar en cualquier momento.

—Sí, y justo hoy debo hacer de niñera —expresó resignada. Milton no pudo evitar la risa.

—Buena suerte con eso.

Serena se ubicó en la entrada del gran salón para esperar a su prestigiado invitado. Cuando Vincent alcanzó a verla, quedó impactado.

—¡Vaya! Señorita Sanders, cada día usted se pone más bella.

—Es muy amable, señor Turner.

—Vincent —la corrigió.

—Estoy trabajando —le recordó.

—Humm, ¡qué injusticia! Siempre que nos vemos, está trabajando.

—La vida es injusta —expresó irónicamente.

—Es verdad. ¿Me permite? —preguntó ofreciéndole el brazo.

—Por supuesto —dijo Serena y lo tomó del brazo para ingresar a la gala.

Silvia observaba muy atenta todos los movimientos de la maldita aprendiz. Se había esforzado mucho para armar un plan efectivo y, por, sobre todo, discreto. Conocía bien a Jake,

solo necesitaría de una pequeña dosis de GHB, un vaso de coñac, y una frustración emocional para tenerlo bajo control. Por supuesto, como no podía dejar nada al azar, ya había preparado una artimaña para alterarlo y obtener así la ocasión perfecta para engatusarlo con la droga.

El ingenuo de Vincent accedió a colaborar con su plan sin ni siquiera preguntarle cuáles eran sus motivos ocultos. El muy tonto realmente despreciaba a Jake. Así que, cuando le dijo que necesitaba de una pequeña donación para fastidiar a su archienemigo, consintió inmediatamente sin molestarse en preguntar de qué se trataba el asunto.

Al parecer, Vincent tenía un interés muy personal de por medio. Quería desquitarse de Jake seduciendo a la mujer que él amaba. *«Mejor para mí»* pensó sonriendo maquiavélicamente. Puesto que mataría dos pájaros de un solo tiro, ya que, no solo seduciría a Jake, sino que también se libraría de Serena, para siempre.

—Señorita Sanders, ¿qué opina de esta obra? —preguntó Vincent tratando de llamar la atención de Serena, que no paraba de mirar a su alrededor buscando a su jefe.

—Me parece exquisito, aunque si fuera usted, elegiría una pintura anterior al siglo XIV. Son escasas y con el tiempo tendrán más valor. —respondió mecánicamente.

—Entiendo. Veo que mi inversión ha valido la pena. Me alegra tenerla esta noche como mi guía experta.

—Me alegra saber que, al menos usted, me reconoce como profesional. —expresó mirando desdeñosamente a Silvia.

—¿No le cae bien la señorita Santoro?

—¿Por qué lo dice?

—Por la manera en que la mira.

—Ah, es que tenemos un pasado. —espetó sin más explicaciones.

—Ya veo. Para ser sincero, no es que me caiga particularmente bien. —admitió. Serena no pudo evitar sonreír ante su respuesta, pero pronto cambió de expresión cuando Vincent inesperadamente la tomó de la cintura.

—¿Qué cree que está haciendo? —espetó sorprendida.

—Estabas obstruyendo el paso. —se excusó. Serena giró y vio que un mesero aguardaba para avanzar.

—Ah, perdón —expresó muy avergonzada, por su presunción.

—¿Le han dicho alguna vez que se ve muy bonita cuando se sonroja?

Vincent seguía sujetándola cuando escucharon una voz muy familiar.

—¿Qué diablos sucede aquí?

—Nada —respondió Serena, apartándose rápidamente de Vincent.

—La señorita Sanders solo me estaba dando un tour por la galería. —argumentó Vincent con una expresión desafiante.

—Ya veo. —espetó Jake, ocultando escasamente sus celos.

Al ver su expresión de descontento, Serena quería dar saltos de alegría, pero se controló y dijo:

—Vayamos por unos canapés.

Cuando Vincent se apartó por unos instantes para saludar a unos amigos. Jake aprovechó la ocasión para sermonear a Serena.

—¿No te he dicho que tuvieras cuidado con él?

—No ha pasado nada. Él solo estaba siendo caballeroso.

—¡Ah!, ¿sí? —respondió incrédulo.

—Aunque no creas, Vincent es un hombre bastante afable. —espetó para molestarlo.

—¿Vincent?

—Sí, me pidió que lo llamara así.

—¿Y tú accediste?

—¿Por qué no?

—Porque es un extraño y tu relación con él es meramente laboral.

—¿Quién te dijo eso? —respondió para provocarlo.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso tú y él?

Ella lo miró muy seria, intentando disimular una sonrisa, pero no pudo soportarlo y se echó a reír.

—Tenías que ver tu cara.

—Serena… —espetó molesto.

—Solo estaba bromeando.

—¡Más te vale! —expresó Jake, alisando el cabello para disimular su frustración.

De momento, no podía hacer nada para apartar a Serena de Vincent, ella era su acompañante y, por el bien del museo, por ahora, debía dejarlos en paz.

Pronto inició la subasta. Todos se sentaron para la ceremonia. Cuando se ofertó la pintura donada por Vincent, la mayoría deseó pujar, pero debido al precio elevado de la obra, muy pocos pudieron seguir pujando. Finalmente, después de una batalla campal, Vincent resultó ser el mejor postor, recuperando así su propia pintura.

Todos quedaron admirados por su generosidad. Incluso Serena, no fue capaz de ocultar su alegría y no paraba de sonreírle. Lo que molestó profundamente a Jake, que se moría de celos. Razón por la cual pronto empezó a perder la paciencia.

Silvia aprovechó el momento para poner en práctica su plan de instigación. Mientras él seguía espiando a Serena a cierta distancia, ella se encargó de retenerlo con temas relacionados con el museo. De esta manera, evitaba que Jake saliera disparado a interrumpir las maniobras de seducción de Turner, que constantemente acariciaba descaradamente el brazo y la espalda de su aprendiz.

Silvia solo necesitaba que Vincent ejecutara su último acto. Así tendría la excusa perfecta para sacar a Jake del museo, voluntariamente.

—Señorita Sanders, ¿le gustaría tomar un pequeño receso de toda esta gente?

—Sí, por supuesto. —espetó Serena que ya se encontraba algo fatigada con todo el ajetreo.

Ambos salieron hasta el pasillo de la recepción. Serena se alegró de tener un momento para respirar, pero pronto lamentó su decisión al ver que nadie más se encontraba allí con ellos.

—Al fin, solos —dijo Vincent alegremente.

—Ya he tenido suficiente de aire fresco, deberíamos volver a la fiesta. —comentó Serena mientras intentaba volverse hacia la puerta.

—Un momento, por favor —espetó Vincent, extendiendo el brazo en la pared para detenerla.

—¿Sí? —respondió Serena tratando de mantener la calma.

—Quiero hacerle una pregunta.

—¿De qué se trata?

—¿Querrías salir conmigo?



Capítulo 41
«La trampa del diablo»

Minutos antes.

Jake que no era un hombre paciente, inmediatamente intentó seguir a su aprendiz, pero al tener que atravesar por la fiesta para alcanzarla. Fue constantemente obstaculizado por la multitud que, al ver al director del museo, se emocionaba y se adelantaba para saludarlo. Finalmente, unos minutos después se encontró con Silvia.

—¿Has visto a mi aprendiz?

—Sí, acaba de salir al pasillo con Vincent Turner. Parecían muy íntimos —argumentó para predisponerlo.

—¿Qué?

—Me dio la impresión de que se marchaban juntos —insinuó.

«¡De nuevo no!», pensó Jake creyendo que Serena se había escapado.

—¿Cuál pasillo? —preguntó muy alterado.

—Jake, creo que salieron porque necesitaban algo de privacidad. —indicó ella discretamente.

—¿Qué estás insinuando?

—Bueno, como dije, parecían muy íntimos.

—¿Qué pasillo? —insistió.

—Pasillo principal.

Jake se adelantó con pasos decididos. Rápidamente, se acercó a la puerta, al hacerlo escuchó voces, quiso salir, pero Silvia lo detuvo.

—No creo que sea buena idea interrumpir una conversación privada. Recuerda que Turner es nuestro invitado de honor. Además, no deberías enemistarte con uno de nuestros mecenas —le recordó. Jake requirió de toda su fuerza de voluntad para evitar dar otro paso. Cuando se tranquilizó le respondió.

—De acuerdo, pero no me moveré de aquí.

—Está bien —espetó Silvia supuestamente de mala gana.

Ambos acercaron la oreja a la puerta para escuchar la conversación. Unos segundos después, Jake espetó.

—Pero ¿qué diablos?

—¿Qué sucede? —preguntó Silvia, fingiendo total ignorancia.

—¡Ish! —la silenció Jake, que intentaba escuchar la respuesta de su aprendiz.

Por un momento Serena se petrificó. Intentó ágilmente recuperarse de la conmoción, pero las palabras de Vincent la habían descolocado. Ella no sabía si reírse de él o darle una patada entre las piernas.

Al ver lo impactada que se encontraba la mujer. Vincent sonrió y se acercó más a ella, dejándola atrapada en contra de la pared. Serena inmediatamente se sintió intimidada, pero unos segundos después, su cerebro volvió a funcionar y optó por hacerse de la desentendida.

—¿Disculpe?, ¿qué ha dicho?

—Te he preguntado si querrías salir conmigo.

—Señor Turner…

—Vincent. —al notar que el hombre no se rendiría tan fácilmente, Serena cedió, pero solo un poco.

—Vincent, eres un hombre muy atractivo, lo admito. Tu propuesta en verdad me halaga mucho. Imagino que un hombre como tú está acostumbrado a salir con supermodelos y yo…

—Tú eres especial —argumentó él interrumpiéndola.

—Se equivoca. Solo soy una chica común y corriente.

—¡Por supuesto que no! Tan pronto te conocí, supe que eras diferente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Serena por mera curiosidad.

—Bueno, eres muy lista. Sin duda exquisitamente hermosa y puedo notar que eres una buena chica.

—¡Vaya!, sí que sabes halagar.

—Solo he hablado con la verdad, ¿acaso nadie te lo había dicho antes?

—Pues no —espetó con sinceridad.

Jake que se encontraba pegado a la puerta escuchando cada palabra, apenas pudo contener su frustración. *«¿Por qué Serena no lo había rechazado? ¿Acaso le interesaba Vincent? ¿Qué pretendía Serena siguiéndole el juego?»*, se preguntó exasperado.

—Yo creo que hemos escuchado suficiente —espetó Silvia interrumpiendo sus pensamientos. Al ver que el hombre la ignoraba, ella lo tomó del brazo y agregó— Jake, si sigues escuchando la conversación, sin duda terminarás haciendo alguna estupidez. Recuerda que ahora eres la imagen de este museo, ya no se te permiten los escándalos —argumentó.

Jake la miró muy desorientado. Lo único que deseaba era cruzar esa puerta y arrastrar a Serena consigo, lejos de los brazos de Vincent. Sin embargo, Silvia tenía razón, ya no era un hombre de escándalos.

—¡Vámonos de aquí! Pues me temo que, si no me marcho inmediatamente, podría arrancarle la cabeza a ese idiota —respondió él y se dirigió al ascensor más próximo. Silvia lo siguió y cuando lo alcanzó le preguntó.

—¿A dónde vamos?

—Iremos a un bar, necesito de un trago.

Jake condujo hasta un lugar que le era familiar. En el pasado, acostumbraba a ir allí cuando no estaba de humor o se sentía despreciado por el mundo. Ya llevaba un tiempo sin aparecer por el bar, así que el *bartender* se sorprendió mucho al verlo.

—¡Miren quién ha vuelto!

—También es bueno verte, Jacob.

—¿Lo de siempre? —preguntó.

—Tal vez algo más fuerte.

—Es uno de esos días, ¿eh?

—Sí.

—Bien, que sea doble, entonces —sugirió antes de servirle un whiskey escocés— ¿Y la señorita? —preguntó muy curioso.

—Estoy de chofer —argumentó Silvia, pues de ningún modo bebería esa noche.

—De acuerdo.

Media hora y una docena de tragos después. La cabeza de Jake empezó a darle vueltas, fue entonces cuando supo que ya era hora de ir a casa. Así que pidió la cuenta.

—Ya es hora de irme. —le informó al *bartender.*

—De acuerdo —dijo el hombre mientras le pasaba la cuenta como de costumbre.

Silvia, que no era ninguna tonta, se mantuvo al margen de la situación, ya que, cuanto más bebía Jake, más se beneficiaba ella. Cuando vio que se levantaba de la silla para ir a casa, se apresuró a detenerlo.

—¡Jake! Espera…

—Me voy a casa —afirmó levantándose.

—Espera… —Silvia lo detuvo sosteniéndole del hombro. — Deja que te lleve a casa, estás muy ebrio para conducir —le advirtió.

Eran amigos, así que Jake no vio reparos en que ella lo llevara a casa. De todas formas, la mujer tenía razón, no se encontraba en condiciones de conducir, y hacerse del valiente tenía muy malas consecuencias, se recordó, al pensar en el accidente de Marcus.

—De acuerdo, ¡vamos!

Jake se encontraba muy ebrio para darse cuenta de que no se dirigían a la mansión. Silvia, que deseaba aprovecharse de su condición, pensó que no tendría mejor oportunidad para engatusarlo. Esperaba que, en su estado actual, él no se negara a acostarse con ella, pero si lo hacía, tendría que usar la droga.

—Querido, llegamos. —Le indicó abriendo la puerta del auto— Vamos, necesito que te apoyes en mí, te llevaré a casa —insistió Silvia. Para su suerte, el hombre seguía despierto, aunque un poco desorientado.

Jake se apoyó en ella y entraron en la recepción del edificio a duras penas. Cuando alcanzaron el ascensor, Silvia respiró aliviada al no tener que cargar con el peso muerto hasta el cuarto piso.

Ingresaron a su departamento, y sin encender las luces, ella lo arrastró hasta su habitación. Trató de desvestirlo para proceder con su plan de seducirlo, pero Jake aun estando ebrio, se negaba rotundamente a que ella lo tocara.

—¡Déjame! —se quejaba mientras ella intentaba desabotonar su camisa— ¡Ya, déjame! —repitió.

«¡Maldición!, tendría que usar la droga» concluyó Silvia. Luego sirvió un vaso de coñac, buscó en su bolso el GHB y lo mezcló con la bebida antes de dársela a Jake, que bebió forzosamente a duras penas. Cuando tuvo el efecto esperado, lo acomodó en la cama y empezó a desvestirlo. Al terminar, expresó burlándose.

—Buenas noches, querido príncipe.

En la mañana, Jake despertó muy confundido. Se sentía mareado y bastante desorientado, puesto que, notó que no se encontraba en su habitación, y a su lado, yacía una mujer desconocida. Que, por cierto, estaba completamente desnuda. Trató de erguirse para identificar a la persona que seguía durmiendo tan plácidamente.

—¿Silvia? —expresó en shock.

—Jake, ya despertaste —dijo con toda naturalidad.

—Silvia, ¿qué diablos hago aquí, contigo…? —agregó incrédulo. Ella lo miró como si estuviese loco, luego le brindó una sonrisa cálida.

—Bueno, anoche, nosotros…

—¡No! Tú y yo no…—intentó negarlo inmediatamente.

—Sí, por supuesto que sí. —afirmó con tranquilidad.

—¿Cómo pasó?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo tú y yo terminamos en la cama?

—¿No lo recuerdas?

—No, yo estaba en el bar, y… —imágenes borrosas vinieron a su mente, de pronto recordó que Silvia fue allí con él.

—Sí, fuimos al bar, bebiste y luego querías venir a mi casa. Cuando llegamos, empezamos a beber, y bueno, una cosa llevó a la otra —mintió.

—Pero… —Seguía negándolo, no podía creer que fue capaz de acostarse con ella.

—Estábamos un poco pasados de copas —admitió— pero ambos lo queríamos —mintió ella descaradamente.

—Silvia, yo… No lo recuerdo. —afirmó.

—Bueno… Eso no cambia las cosas.

—Supongo que no —respondió aún bastante sorprendido.

—Sé que tú piensas que solo podemos ser amigos, pero después de lo que pasó, ¿no crees que deberías reconsiderarlo? Después de todo, anoche, me hiciste tuya.

—Lo siento, Silvia —afirmó Jake muy apenado con su desliz. Sin embargo, aun así, no deseaba ilusionarla dándole falsas esperanzas, así que agregó:—. No era mi intención aprovecharme de ti —al notar que el hombre quería deslindarse de cualquier responsabilidad, ella dijo:

—No es necesario que te disculpes. Me alegró saber que tú me deseabas como mujer.

—Silvia, lamento haberte ilusionado, pero tú sabes que no tengo ese tipo de sentimientos por ti. —Escuchar sus palabras le dolió, pero no la sorprendieron. Ella controló su ira y simplemente dijo:

—Lo sé, sin embargo, no tenías que recordármelo.

Jake se vistió con rapidez, buscó las llaves del auto y se dirigió a casa. De camino a la mansión, trató de rememorar la noche anterior. Recordaba haber llegado con Silvia al bar, aparte de ello, no tenía recuerdos de absolutamente nada.

Casi eran las 7 de la mañana. Serena ya estaría despierta preparando el desayuno. *«¿Qué excusa le daría?, ¿cómo diablos le revelaría que se acostó con Silvia?»* Apenas había vuelto a recuperar su confianza, y ahora podría perderla para siempre debido a este desliz.

Sin embargo, habían prometido ser sinceros el uno con el otro, por lo que ocultarle la verdad no era una opción. Además, debía explicarle su versión de los hechos, antes de que se enterara por otra persona y surgiera un malentendido que volviera a separarlos.

Jake ingresó a la sala con la esperanza de pasar desapercibido, pero encontró a Serena arropada con una manta en el sofá.

—Al fin llegas —espetó bostezando—, ¿por qué no contestabas el celular? ¿Creí que te había pasado algo?

—¿Eh? —espetó y revisó el aparato electrónico, tenía al menos 11 llamadas perdidas de

Serena.

—¿Qué pasó contigo? ¿Dónde estabas? —preguntó muy curiosa. Jake respiró hondo antes de decir:

—Serena, tenemos que hablar.

Ambos se sentaron en el sofá y Jake trató de explicarle a detalle lo ocurrido en la noche anterior.

—Déjame ver si lo entiendo. Escuchaste parte de mi conversación con Turner y ¿luego te escapaste con Silvia para beber en un bar?

—Básicamente.

—¿Y qué pasó luego?

—No lo sé.

—¿Cómo que no sabes?

—No lo recuerdo, creo que estaba muy ebrio.

—Anoche… ¿dónde dormiste? —preguntó directamente Serena al darse cuenta de lo que él insinuaba.

—Desperté en la cama de Silvia. —respondió Jake sin preámbulos.

—¿Te acostaste con ella? —espetó indignada levantándose del sofá. Jake no quería hacerle más daño, pero era mejor confesar toda la verdad. Así que se alzó para dar la cara.

—Si lo hice, no lo recuerdo, pero Silvia me aseguró que sí.

—¿Y tú le crees? —preguntó desconfiada.

—Sí. —La expresión en el rostro de Serena le decía que su respuesta la había herido.

—Jake, sé que aún no tenemos una relación, pero mi estoicismo tiene límites. —le advirtió.

—Lo sé, sé que esto está muy mal, pero juro que no sé cómo sucedió. Yo no recuerdo nada.

—Supongo que ella se aprovechó de la situación. Siempre me dio la impresión de que estaba desesperada por obtener tus atenciones.

—¿Crees que ella sería capaz de algo así? —dijo Jake muy incrédulo.

—Jake, sé que ustedes son amigos, pero a veces me da la impresión de que tú no la conoces.

—Ella siempre fue una muy buena amiga y siempre tuvimos una relación muy profesional.

—Para ella es más que una relación profesional.

—Ya le he dejado claro que no me interesa como mujer. Y quiero que tú también lo entiendas, ella no significa nada para mí. Juro que nunca tuve la intención de acostarme con ella.

Serena lo miró intensamente, trataba de decidir qué hacer. Este incidente con Silvia, le dolía profundamente, pero no era como si ya estuviese en una relación con Jake. Además, ya no era una joven ingenua y poco realista que se dejaba cegar por las emociones. No deseaba pasar otros 4 años sufriendo debido a un malentendido. A su vez, debía recordar, que ahora, Daniel estaba de por medio, por lo que, convenía resolver esta cuestión, lo antes posible.

—Jake, tranquilo, confío en ti. Sé que me dices la verdad, por eso lo dejaré pasar, esta vez… —le aseguró— Sin embargo, tienes que prometer que jamás volverás a beber hasta perder la conciencia, y no lo digo solo por mí, sino por Daniel. Recuerda que ahora eres como un padre para él. Y si te pasara algo…

—Lo sé, y estoy de acuerdo, fue muy estúpido de mi parte, pero yo…

—Tú, ¿qué? —expresó Serena, amenazante.

—Cuando te escuché con Turner, creí que tú…

—Yo ¿qué? ¿Le diría que sí?

—Admito que por un momento creí que lo harías —admitió con sinceridad.

—¡Ni que estuviera loca! —respondió Serena incrédula.

—Entonces, ¿por qué diablos no lo mandaste al infierno desde un principio?

—Aunque suene raro, no todos los días un hombre me hace la corte, así que tenía mucha curiosidad —admitió.

—Bueno, pues sacia tu curiosidad conmigo, no con otro hombre. —los celos de Jake eran muy palpables.

—De acuerdo… Como tú lo digas, señor Castle —espetó con una sonrisa maquiavélica.

Jake la observó intentando descifrar sus pensamientos, luego dio un paso en su dirección ansiando tocarla. Deseaba desesperadamente besarla, hacerla suya, pero luego recordó que acababa de salir de la cama de otra mujer, entonces se apresuró a cambiar de tema.

—Tomaré una ducha —espetó rápidamente.

—Buena idea, yo haré el desayuno. Daniel no tarda en levantarse. —respondió Serena muy incómoda.

Más tarde, en el museo, ni bien Serena llegó a la oficina, una Silvia muy alegre se acercó a hablarle.

—Al fin llegas, Sanders —al ver el rostro de la curadora, Serena sintió que tenía ganas de vomitar. En el fondo, se moría de celos, y no soportaba la idea de que ella hubiera dormido con Jake.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita Santoro? —preguntó casualmente.

—Necesito que te ocupes de la restructuración de la sección grecorromana.

—Pero, ese es tu trabajo.

—Querida, debes aprender a obedecer sin protestar.

—Tú no eres mi jefa —le recordó, perdiendo la paciencia.

—Pero pronto lo seré, así que obedece.

—¿A qué te refieres? —preguntó Serena intrigada.

—Nada, olvídalo, ocúpate cuanto antes del asunto.

—Está bien —contestó resignada, al fin de cuentas, era una buena oportunidad para ella.

La semana de Serena pasó volando. Casi no tuvo tiempo de charlar con Jake debido a su apretada agenda. Con sus nuevas responsabilidades en Castle Enterprise, prácticamente nunca se encontraba en el museo o en la mansión. Sin embargo, cuando llegó el sábado, ambos finalmente se encontraron para acompañar a Daniel. Sería la primera vez que saldrían como una familia. A ella le emocionaba la idea de compartir un momento tan significativo para el pequeño. Y aunque aún le costaba aceptar la muerte de Anne, debía admitir que, su reciente rol de madre sustituta, le gustaba mucho.

—¿Ya están listos? —preguntó la maestra de Daniel.

—¡Sí! —respondieron todos los niños.

—Ya es hora —le indicó Serena a su sobrino para que se acomodara en la fila. Él la miró indeciso. Al comprender su nerviosismo, ella agregó— No te preocupes, tu tío y yo estaremos observándote desde aquí.

—Gracias, tía. —respondió el pequeño con una cálida sonrisa.

Mientras hacían la presentación de su obra, Jake se acercó a Serena discretamente. Al ver que le caían lágrimas en el rostro, él le sujetó de la mano.

—Gracias —dijo ella dedicándole una breve mirada, luego siguió observando a Daniel que se encontraba en el escenario.

—Creo que podría acostumbrarme a esto —comentó Jake emocionado.

—Bueno, no tienes otra opción, ahora somos una familia. —respondió Serena sonriendo alegremente. En ese instante, Jake supo que la felicidad finalmente había tocado su puerta.

Daniel bajó corriendo del escenario y se arrojó a los brazos de su tío. Serena no podía estar más contenta, después de mucho tiempo el pequeño volvía a sonreír. Desde la muerte de sus padres, estuvo deprimido y reacio a nuevas experiencias. Felizmente, con la terapia había logrado salir de su caparazón.

—¡Estuviste genial! —afirmó Serena.

—Sí, es verdad —confirmó Jake.

—Ahora les toca a ustedes —dijo Daniel.

—¿Qué? —ambos respondieron al unísono.

—¡Atención, padres de familia! Los invito a subir al escenario.

—¿Daniel…? —preguntó Serena tratando de encontrar una respuesta, pero el niño solo sonrió con picardía y encogió los hombros.

—¡Vamos! —espetó Jake y tomó su mano para arrastrarla.

Cuando todos los padres subieron al escenario. La maestra les indicó que deberían bailar una canción en pareja. Los niños del orfanato se encargarían de votar para decidir quiénes eran los mejores bailarines.

Mientras sus tíos intentaban coordinar sus pasos, Daniel los alentaba desde el auditorio. Particularmente, Serena creía que ambos hacían el ridículo, pero no se desalentó; al contrario, al ver el alegre rostro de su sobrino, se sintió bendecida.

Todos aplaudieron al final de la presentación. Como era de esperarse, no ganaron la competencia, pero Jake admitió que se había divertido.

—Creo que nunca había sido humillada públicamente. —expresó Serena entre risas.

—¡Vamos! ¡No seas una mala perdedora! Además, debes admitir que nosotros somos pésimos.

—Es verdad —dijo Daniel, que ansiaba dar su opinión. Serena, lo miró muy sorprendida.

—Al menos nos divertimos —agregó Jake para apoyar a su sobrino.

—¡Atención, padres de familia! Hemos sido invitados a un almuerzo, que será ofrecido por el orfanato en agradecimiento a nuestra visita. —informó la profesora interrumpiendo oportunamente la conversación.

—¡Genial! Muero de hambre —dijo el pequeño tomando la mano de su tía para arrastrarla.

Más tarde, cuando terminaron de comer. Jake se puso de pie y solicitó hablar con la directora del orfanato.

—Me alegra que nos haya honrado con su visita, señor Castle.

—No faltaría a un evento tan importante. Además, acompaño a mi sobrino, que me ha hablado mucho del trabajo que hacen en este lugar.

—Hacemos lo que podemos, con nuestros escasos recursos. —admitió la mujer.

—Respecto a eso, como sabe, dirijo una fundación. Me gustaría agregar el orfanato a nuestra lista de beneficiarios.

—¿De verdad?

—Sí. Además, he traído algunos obsequios para los niños.

—En verdad agradezco mucho su ayuda, señor Castle.

—No tiene nada que agradecer, es lo mínimo que puedo hacer por estos niños.

Serena, que se encontraba a medio camino, no pudo evitar escuchar la conversación. Así que cuando la directora se marchó, se acercó para hablar con Jake.

—No sabía que habías preparado algo para los niños.

—Bueno, no podía venir con las manos vacías.

—Debo admitir, que el nuevo tú me sigue sorprendiendo.

—Y eso que aún no ha visto nada, señorita Sanders.

De camino a casa, Jake recibió una llamada del detective Walker. Así que, lo citó a la mansión para que le diera las novedades del caso. Ahora que Serena estaba al tanto, no había razón para reunirse en secreto.

—¡Vaya!, la mansión se ve mejor de lo que recordaba —expresó Walker en el vestíbulo.

—Hace mucho que no vienes, ¿eh? —contestó Jake.

—Bueno, después del arresto de tu madre no hubo razón para ello.

—Es verdad. Acompáñame hasta la biblioteca. Serena nos espera allí.

—De acuerdo.

Serena, que ya se encontraba en la biblioteca, caminaba de un lado a otro. Desde que se enteró de que habían asesinado a su hermana, no paraba de pensar que tal vez Daniel, también podría estar en peligro.

—Serena, te presento al detective Walker.

—Mucho gusto.

—Usted es la viva imagen de su hermana —expresó el hombre muy sorprendido.

—Lo sé, ya me lo han dicho muchas veces.

—Y ¿bien? ¿Qué es lo que querías decirme? —preguntó Jake al ver que Walker no podía desprender la mirada de Serena.

—Ah, sí. El hombre que buscábamos, ya lo encontré.

—¿Y quién es?

—Es un sicario.

—¿Qué? —expresó Serena muy asustada.

—Así que, eso confirma nuestras sospechas —comentó Jake muy pensativo. Walker asintió con la cabeza y luego lo dijo con todas las letras.

—Sí, en definitiva, fue un asesinato.



Capítulo 42
«Nuestra primera cita»

Serena intentó controlar sus emociones, pues, debía mantener la compostura. No era el mejor momento para llorar. Desdichadamente, su cuerpo no estaba de acuerdo, y sin emitir un solo sonido, las lágrimas corrieron por su rostro. Ella las secó rápidamente para disimular su estado mental, pero Jake ya lo había notado.

—Serena, si crees que es demasiado para ti…

—¡No! Quiero saber la verdad, por más terrible que sea.

—Bien, entonces será mejor que nos sentemos —expresó Jake y luego se acomodó a su lado para sostenerle la mano.

—Capturamos al impostor. A principio no quiso hablar, pero, como bien sabes, tengo mis métodos. Al final, confesó que lo habían contratado para sabotear el jet de tu hermano.

—¿Qué más dijo? —preguntó Jake, muy ansioso.

—Como les expliqué, es un sicario. Así que, investigué su perfil y descubrí que una de sus especialidades es utilizar explosivos de bajo impacto.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó Serena, que no estaba familiarizada con el término.

—Son explosivos que arrancan con un pequeño impulso de calor o chispa, propagándose sin producir explosiones de gran impacto. Su objetivo era causar un corto circuito para deshabilitar una de las turbinas.

—¿Por qué dañarían solo una de las turbinas? ¿Por qué no hizo explotar todo el avión, si su intención era matarlos? —preguntó Jake.

—Para no levantar sospechas. La idea era que todos pensaran que fue un trágico accidente y no un asesinato. Así, el departamento de homicidios no intervendría en el caso.

—Y nadie abriría una investigación, porque no asumirían que fueron asesinados —comentó Jake reflexivo.

—Exacto. Querían que se concluyera que fue una falla mecánica, para que el caso no pasase a la jurisdicción de homicidios. Por eso era muy importante que el dispositivo se activara en un horario y día específicos.

—¿Quieres decir que conocían el plan de vuelo del jet? —preguntó Jake.

—Así es. El sicario tenía que cerciorarse de que su dispositivo se activara cuando el avión sobrevolase una zona muy remota en el océano. —continuó Walker.

—Querían asegurarse de que el avión no pudiera hacer un aterrizaje de emergencia —argumentó Jake reflexivo.

—Exacto, y al caer en el medio del océano, las probabilidades de un rescate prácticamente eran nulas.

—¿Qué pasará con el sicario? Sé que él dañó el jet, pero estoy seguro de que no es el verdadero villano en esta historia.

—Lo sé, por eso lo entregué a unos amigos del servicio secreto. Lo mantendremos oculto hasta que tengamos pruebas suficientes para mandarlo a la cárcel. Por ahora, no podemos hacer nada más.

—Entiendo —expresó Jake impotente—, pero ¿quién le pagó para matar a mi hermano? —quiso saber inmediatamente.

—El pago se hizo en efectivo, a través de un intermediario. Así que, él no lo sabe, pero me dio el nombre del sujeto que realizó la transacción cara a cara. Infelizmente, aún lo sigo rastreando. Con suerte, cuando lo encuentre, sabremos quién le dio la orden.

—Mantenme informado —solicitó Jake, muy serio.

—En cuanto sepa quién es el verdadero cerebro tras este terrible crimen, te lo haré saber.

—Bien, por ahora sigue manteniéndolo en secreto, no sé si podemos confiar en la policía.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Walker.

—Cerraron el caso muy rápido, y siempre me pareció que debieron esforzarse más para encontrar los restos del avión. Tal vez no lo hicieron, porque temían encontrar pruebas del asesinato.

—¿Crees que están implicados?

—No todos, pero tal vez algunos, sí lo estén.

—Entiendo. Ya llevo un tiempo fuera de la fuerza, pero sigo teniendo contactos. Así que investigaré.

—Gracias, Walker —expresó Serena, más tranquila.

—Es un placer ayudarlos, señorita Sanders. Desdichadamente, por ahora, es todo lo que tengo.

—Bien, cualquier cosa, avísame —insistió Jake.

—Así lo haré —espetó el detective mientras se dirigía a la puerta. Cuando quedaron solos, Serena dijo.

—Jake.

—¿Sí?

—Cueste lo que cueste, debemos atrapar a este maldito.

Al día siguiente, Jake se despertó temprano para organizar una excursión. Después de resolver gran parte de las pendencias de Castle Enterprise, finalmente tendría tiempo para su primera cita con Serena. Cuando Daniel bajó para desayunar, encontró a su tío empacando una canasta de pícnic.

—Tío, ¿qué estás haciendo?

—Estoy preparando una sorpresa para tu tía.

—¿Una sorpresa? —preguntó el niño emocionado.

—Sí, y necesitaré de tu ayuda.

Media hora más tarde, iban de camino a una casa de campo. Daniel sonreía alegremente mientras dibujaba animales en la ventana del auto. Por otro lado, Serena se encontraba muy ansiosa, así que preguntó.

—Y bien, ¿a dónde vamos?

—Es una sorpresa, tía —respondió Daniel sonriendo.

—No me gustan las sorpresas —afirmó Serena, temerosa, dedicándole una mirada

asesina a Jake, por lo que este se vio en la necesidad de aclarar.

—No te preocupes, esta sorpresa no incluye estar cerca del agua.

—Me alegra escuchar eso. Sin embargo, aún quiero saber de qué va todo esto.

—¡Paciencia, ya lo verás!

Llegaron a una hermosa casa cerca de las montañas. A Daniel le emocionaba ver el bosque y los pequeños animales salvajes que se escondían entre la maleza. Jake le había prometido hacer un recorrido en cuanto llegasen.

—¡Qué maravilloso lugar! —expresó Serena al bajar del auto.

—¿Te parece?

—Sí, ¿dónde estamos?

—Es mi casa.

—¿Qué? —espetó muy sorprendida.

—Es la casa que me dejó mi padre.

—¿De verdad? Me sorprende que te haya dejado una casa de campo.

—Al parecer me conocía más de lo que creía —comentó nostálgico. Serena notó su cambio de humor, así que cambió de tema para animarlo.

—Bien, ¿esta es la sorpresa?

—No, no lo es.

—¡Ah!… ok… Ahora sí, muero de curiosidad —dijo Serena animada.

—¡Excelente!, pero primero ingresemos a la casa. Quiero mostrarte algo.

—De acuerdo.

Jake tomó la canasta que había preparado y fue a abrir la puerta. Serena bajó a Daniel del automóvil, el niño se encontraba muy emocionado con la excursión. Ambos ingresaron rápidamente a la casa debido a la curiosidad del pequeño. Cuando pasaron a la sala, Serena quedó sin palabras.

En la pared, sobre la chimenea, se encontraba una fotografía suya, con Jake y Daniel. Era la que se habían tomado en el orfanato, en el día anterior.

—¿Cómo?

—La mandé imprimir e instalar ayer. ¿Te gusta?

—¡Por supuesto! Es hermosa —respondió Serena conteniendo a duras penas la emoción.

—Creí que sería apropiado, considerando lo que tengo que decir.

Mientras Serena intentaba descifrar el significado de sus palabras, Daniel aprovechó la oportunidad para tomar la mano de su tía, a fin de unirla a la de Jake. Luego dijo:

—Tío, ahora te toca a ti.

—Daniel, ¿puedes dejarnos solos por un momento?

—Sí, iré a la cocina a buscar unos platos. —expresó alegremente.

—¡Excelente idea! —espetó Jake. Cuando el niño se marchó a toda prisa, él continuó diciendo— Ahora que estamos solos, hablemos de algo importante.

—Está bien, ¿de qué quieres hablar? —respondió ella con mucha curiosidad. Jake tomó sus manos y con toda la seriedad posible, espetó.

—Serena, sé que prometimos tomar esto con calma, pero después de lo que pasó con Turner, quiero que lo nuestro sea oficial.

—¿Qué quieres decir? —preguntó muy confusa.

—Quiero decir que ya no deseo seguir ocultando mis sentimientos por ti, y quiero que seamos novios. —Serena quedó impactada con su repentina propuesta. No sabía qué decir. Jake agregó entonces— Sé que tienes miedo, igual yo. Es la primera vez que le propongo una relación

seria a una mujer. Y créeme, estoy aterrado.

Su sinceridad conmovió a Serena, y conociendo su pasado, sabía que él hablaba en serio. Por supuesto, ella tenía miedo, pero no era de aceptar su propuesta, sino de volver a herirlo.

En el pasado, lo había prejuzgado y a consecuencia de eso, ambos sufrieron por años. En definitiva, no deseaba cometer ese mismo error, pero quien no arriesga, no gana. Ahora, tenían una segunda oportunidad y no la perdería simplemente por ser una cobarde, concluyó firmemente. Serena miró a Jake y con una sonrisa cálida le respondió.

—Sí, hagámoslo. Seamos novios.

Al escuchar su respuesta, Jake, levantó la mano derecha para tocar su rostro, entonces comentó reflexivo.

—Pensé que este día nunca llegaría.

—Bueno, más vale tarde que nunca, ¿no? —expresó Serena con una brillante sonrisa, y fue la única señal que él necesitaba para dar el siguiente paso.

Jake se aproximó con lentitud y mirándola directamente a los ojos, la besó. Fue un roce suave y tierno, uno que había anhelado por mucho tiempo. Cuando las cosas estuvieron a punto de calentarse, Daniel los interrumpió gritando desde la cocina.

—¿Ya le preguntaste? —Ambos sonrieron, y Jake recobró la compostura antes de decir:

—Sí, ya puedes venir.

—¡Al fin! —respondió el pequeño y corrió para abrazar a sus tíos, que lo recibieron de brazos abiertos. Luego comentó con mucha solemnidad— Ahora sí, somos una verdadera familia.

El corazón de Serena se oprimió inmediatamente al escuchar las palabras de su pequeño sobrino. Simplemente, no lo había esperado, pero el niño tenía razón. Además, le emocionaba mucho ver, que poco a poco, Daniel se recuperaba de la terrible pérdida de sus padres.

—¡Bien! Ahora es hora de comer. —expresó Serena muy contenta.

—Vayamos al jardín. Mandé construir una terraza, te encantará. —argumentó Jake para llevarlos.

Cuando terminaron de comer, como prometido, llevaron a Daniel para hacer una pequeña excursión en los alrededores de la casa. Serena, que no se sentía cómoda al estar al aire libre, se sujetó de la mano de Jake, quien, con mucho gusto, hacía de guardaespaldas. Mientras el pequeño se distraía examinando un grupo de flores, él le preguntó.

—¿Todo bien? —Serena lo miró con ternura antes de decir.

—Sí, es solo que, estar a merced del bosque, me inquieta, un poco.

—¿Viejos recuerdos?

—Sí.

—Trizz me contó lo que pasó.

—¿Te habló de mi accidente?

—Sí, pero siempre me dio la impresión de que no era toda la historia.

—La verdad es que no lo es. Nunca les conté por qué me escapé de la casa ese día.

—¿Por qué lo hiciste?

—Escuché a mi madre al teléfono. Hablaba con mi padre. Ella lo llamó para pedirle dinero. En esa época vivíamos en una situación muy difícil. Yo tomé el teléfono que teníamos en la cocina y oí la conversación. Mi padre dijo que no tenía por qué sustentarnos. Que, desde la separación de ambos, dejamos de ser sus hijas.

—¿Por eso fuiste al bosque cerca del lago?

—Sí. Yo estaba muy triste. Al rato una niña se me acercó y me preguntó si quería jugar

con ellos. Yo lo acepté.

—Y luego caíste al lago.

—Sí. Jugábamos a las escondidas. Fue un accidente. Sin embargo, siempre he culpado a mi padre por eso.

—Lamento que tu padre las haya abandonado.

—Pues yo no. Ahora sé que no era un buen hombre. En ese entonces, deseaba con todas mis fuerzas que él volviera a casa, pero la verdad era que, al dejarnos, nos hizo un favor.

—Es una pena que ninguno de los dos tuviera un padre decente.

—¿A qué te refieres? —expresó Serena curiosa, pues Silvia le había dicho que Jake era un bastardo, pero jamás le reveló la identidad de su verdadero padre. Él la observó muy seriamente antes de contestar.

—Hay algo que debes saber sobre mí.

—¿De qué se trata?

—Daniel Castle, no era mi padre biológico.

—Entonces tú… —espetó Serena, aguardando a que él completara la frase.

—Sí… —respondió Jake con tristeza, y agregó—. Yo soy un bastardo.

La confusión en el rostro de Serena le indicaba claramente a Jake, que su cuñada, Anne, nunca le reveló toda la verdad a su hermana menor.

—No lo entiendo —expresó ella finalmente.

—Como todos saben, yo no soy hijo de Marianne Castle, sino de Margareth Myers. Sin embargo, esa no es toda la historia.

—Si Daniel Castle no era tu padre. Entonces, ¿quién lo es? —quiso saber Serena.

—Un hombre llamado Rick Campbell.

—¿Y sigue vivo?

—Infelizmente, sí. —respondió Jake con evidente aversión.

—Por tu cara, supongo que no es la persona más agradable del mundo.

—Definitivamente, no es alguien con quien desearías cruzarte.

—Lamento escuchar eso, pero… ¿Por qué nunca me lo has dicho?

—Sé que debí decírtelo antes, pero me daba mucha vergüenza reconocer que era hijo de ese maldito. Además, le prometí a Marcus que guardaría este secreto para no traer más problemas y vergüenza a la familia Castle. Ya era suficiente con el escándalo de Margareth.

A Serena no le tomó mucho tiempo procesar la novedad. Ella entendía su miedo, comprendía el impacto que la verdad traería a sus vidas. Así que, comentó aprensiva.

—Entiendo, entonces, ¿Marcus no es tu hermano?

—No, somos primos. Aunque nunca lo vio de esa manera, para él yo seguía siendo su hermano.

—Daniel Castle, ¿lo sabía? —preguntó por curiosidad.

—Sí, aunque, al parecer, jamás le importó.

—Lo siento mucho, Jake. ¿Alguien más lo sabe? —inquirió curiosa, puesto que, quería saber si él le había dicho la verdad a Silvia.

—Nadie fuera de la familia lo sabe —Afirmó. *«Entonces, ¿cómo diablos ella se enteró?»*, se preguntó Serena— Y debe seguir así, por el bien de Daniel. Si se descubre que no soy un Castle podría perder su custodia.

—¿A qué te refieres?

—Si mi abuela se entera, podría pedir la custodia del niño.

—Incluso con el testamento de Marcus, ¿crees que ella podría pedir la custodia de

Daniel?

—No confío en ella. Siempre ha sido una mujer frívola que le daba mucha importancia a la sangre. Podría apelar a la ley de parentesco de consanguinidad, y solicitar la custodia, al ser el familiar sanguíneo vivo más cercano.

—Pero, estoy yo, y mi madre podría apelar a lo mismo.

—Ella es una Castle, tiene mucho poder. La ley favorece a los ricos. Y realmente no quiero arriesgarme revelando la verdad, no podría soportar perder a Daniel, es lo último que me queda de Marcus. —expresó a duras penas Jake.

—¡Eso no pasará, jamás permitiré que nos separen! —prometió Serena muy conmovida.

—Quisiera tener tu optimismo, pero infelizmente siempre he sido del tipo pesimista, por lo que preferiría llevar este secreto a la tumba, si no te importa —expresó tristemente Jake.

—De acuerdo, por mí nadie lo sabrá, y Dios quiera que esta verdad, nunca salga a la luz. —expresó Serena e internamente juró que, haría todo lo posible para evitar que Silvia revelase el secreto de Jake.

Ya al final de la tarde volvieron a casa. Daniel estaba muy cansado, así que se duchó y fue directo a la cama. Serena aprovechó la oportunidad para tener un momento de privacidad con Jake. Ambos fueron a la biblioteca para seguir hablando.

—Entonces, ¿conoces a tu padre? Me refiero a tu padre biológico.

—Infelizmente, sí. Desde hace muchos años.

—¿Él sabe que eres su hijo?

—Sí, aunque hasta ahora no lo ha admitido ante mí.

—¿No te da miedo que revele la verdad? —preguntó Serena, preocupada.

—Si hubiera querido hacerlo, ya lo habría hecho. Supongo que en algún momento intentará chantajearme al respecto como lo hizo con mi madre biológica. Por fortuna, hace algunos años, me crucé con una mujer que conoce sus secretos, así que, si intenta chantajearme, haré lo mismo con él.

—Me alivia escuchar eso. Aunque no me gustaría que tuvieras que enfrentarte a él, podría perjudicarnos.

—No te preocupes, Serena. Si intenta hacernos daño, haré lo que sea necesario para proteger a esta familia. —*«Y yo también»*, pensó ella al recordar las recientes amenazas de Silvia.



Capítulo 43

«Lo bueno, dura poco»

En la mañana, Serena fue a la oficina como de costumbre. Milton, que no era ningún tonto, se moría de la curiosidad. Puesto que ella había llegado al museo en el auto de su jefe. Y al despedirse, ambos se veían muy amistosos.

—Señorita Sanders, ¿hay algo que yo deba saber?

—No —expresó ella apenas conteniendo la risa.

—¡Vamos! No soy ciego, así que cuénteme.

—De acuerdo, el señor Castle y yo estamos en una relación.

—¿Amorosa? —preguntó solo para estar seguro.

—Sí.

—¡Al fin! Creí que el pobre hombre nunca lo lograría.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Serena muy curiosa.

—Bueno, ha estado enamorado de usted por mucho tiempo. Así que, me alegra escuchar que al fin están juntos.

—Ya veo, entonces, ¿no le parece inapropiado?

—¿Inapropiado? ¿Por qué sería inapropiado?

—Bueno, él es mi jefe.

—Eso es temporal. Además, estos días ¿a quién le importan esos detalles?

—Aunque no lo creas, a mucha gente —expresó Serena preocupada.

—Bueno, ya vives con él, opino que nada puede ser más escandaloso que eso —expresó lo último entre risas.

—¡Dios mío! No lo había visto de esa manera.

—Ves, todo resuelto. No debe preocuparse, ambos son solteros y adultos.

—Es verdad, pero la gente chismosa, seguramente le encontrará un problema.

—La gente envidiosa siempre encuentra defectos en todo. Eso no debería preocuparle. Además, recuerde que tiene mi total apoyo.

— Gracias. Me alegra saber que alguien está de mi parte.

Más tarde, Milton pasó a recoger una canasta de flores que habían enviado a la recepción. Al verlo, Silvia se acercó para averiguar de qué se trataba el asunto.

—Milton, me alegra encontrarme contigo.

—Señorita Santoro, ¿en qué puedo ayudarla?

—Me preguntaba para quién serían esas flores.

—Ah, son para la señorita Sanders.

—¿Se las envió Turner? ¡Qué descarado! —expresó con cierta envidia.

—No, son del señor Castle.

—¿Qué? Jake le mandó flores a su aprendiz?

—Sí —respondió Milton con una gran sonrisa.

—Déjame ver la tarjeta —espetó Silvia sin esperar una respuesta. Cuando vio el mensaje, su rostro se volvió rojo como un tomate. Apenas podía contener la ira — ¿Son novios? — preguntó finalmente.

—Así es, y si me disculpa, debo entregarle las flores a su destinatario.

—Puedes marcharte —expresó muy irritada.

«¡Maldita zorra!», pensó. Así que la aprendiz se había salido con la suya, pero no será por mucho tiempo, se recordó. Pues en unos días más se encargaría de separarlos. *«Y esta vez para siempre»*, juró.

Una semana después, Jake pasó al final de la tarde por el museo para firmar unos documentos pendientes. Serena ya se había marchado y solo Milton quedó en la oficina aguardando a que su jefe le entregara la documentación.

—Bien, ¿esto era todo? —preguntó Jake impaciente. No veía la hora de volver a casa para ver a su "familia".

—Sí, eso era todo. Ah, la otra semana tiene una reunión con el albacea para discutir sobre algunos detalles de la herencia del señorito Daniel. Vendrá hasta el museo para verlo.

—Bien, solo encárgate de agregarlo a mi agenda. Ya puedes retirarte.

—De acuerdo, lo veo mañana.

Ni bien Milton se retiró, Silvia ingresó sin previo aviso a la oficina de Jake. Él llevaba días evitándola, puesto que ella no paraba de enviarle mensajes para que se reunieran con el objetivo de hablar sobre lo que pasó entre ellos.

—Jake, al fin te encuentro.

—Silvia… ahora estoy ocupado, ¿podríamos hablar en otro momento?

—No, este tema es urgente.

—Silvia, no quiero herir tus sentimientos, pero creo que ya te dejé claro que, lo que ocurrió entre nosotros fue un error.

—Podrá ser un error, pero ha tenido consecuencias.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Estoy embarazada, Jake.

—¿Qué? —*«Solo puede ser una broma»,* pensó Jake exasperado. Sin embargo, al ver la expresión pétrea de Silvia, agregó muy serio— ¿Estás segura?

—Sí, aquí está la prueba —afirmó arrojando sobre su escritorio el resultado de un análisis de sangre. Jake la tomó para leer el examen médico.

—¿Cómo pasó esto? Yo nunca tengo relaciones sin protección.

—Estábamos embriagados, ¿lo recuerdas? —le aclaró Silvia. Al ver la cara de Jake, se dio cuenta de que el hombre seguía muy sorprendido, así que agregó— Sé que piensas que lo nuestro fue un error, pero yo quiero tener al niño. No sería capaz de librarme de él —argumentó dramáticamente.

«¡Maldición!», pensó Jake al darse cuenta de que había cometido un terrible error. *«Y ahora, ¿qué haría?»* No era capaz de pedirle que se deshiciera del niño, a pesar de todo seguía siendo su hijo.

—Me haré cargo —aseveró. Pues de ninguna manera dejaría que un hijo suyo fuera un

bastardo. No después de lo que había vivido a causa de su madre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Silvia, expectante.

—Si el niño es mío, me casaré contigo. —afirmó Jake a duras penas.

El rostro de Silvia se iluminó, su plan había funcionado. Jake cayó como un tonto en su trampa. Ahora solo debía encontrar una manera de embarazarse de él antes de que se diera cuenta de su mentira.

—No tienes que hacerlo solo por el niño —afirmó poco convincente.

—No permitiré que ningún hijo mío sea un bastardo— y mentalmente agregó *«Incluso si eso significa que debo casarme contigo»*.

—Pues entonces, no nos queda otra opción. Tendremos que casarnos.

Jake volvió a casa deshecho. Siempre había sido muy cuidadoso de no engendrar a ningún niño durante sus aventuras. *«¿Cómo habría podido olvidarse de usar protección?» «Solo si estuviese totalmente fuera de sí»*, pensó con tristeza.

Serena, ajena a sus emociones desgarradoras, lo recibió con una radiante sonrisa, pero le bastó con ver su expresión desolada para percibir su angustia, así que le preguntó.

—¿Qué sucede?

—Tenemos que hablar.

—¿De qué? —preguntó muy intrigada, pues fuera lo que fuere, sabía que no eran buenas noticias.

—Vamos a la biblioteca. —Ni bien cruzaron por la puerta, ella insistió.

—¿Qué sucede?

—No sé cómo decirte esto.

—Encuentra una manera de hacerlo, pues ya he perdido la paciencia —argumentó.

—Serena, quiero que sepas que nunca ha sido mi intención herirte.

—Jake, ¿qué sucede? —preguntó, ahora muy preocupada. Él respiró hondo antes de decir:

—Debemos terminar nuestra relación —Serena quedó pasmada, no podía emitir una sola palabra, mucho menos pensar. Jake siguió hablando mientras le quedaba valor, pues sabía que, si lo retrasaba, jamás sería capaz de romper con ella— Ya no puedo estar en una relación contigo, en verdad, lo siento —agregó y miró al piso, pues no era capaz de encarar su rostro. Él no la merecía.

—¿Qué? —expresó Serena a duras penas, pues seguía muy impactada. *«¿Acaso estaba en una pesadilla?»*, se preguntó, pues no podía creer en sus palabras.

—Lo siento, todo esto es culpa mía, sé que fue mi error y que me arrepentiré de ello el resto de mi vida, pero el niño no tiene la culpa. —exclamó Jake desolado.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Serena finalmente cuando recobró el raciocinio.

—Silvia está embarazada, y acordé casarme con ella para proteger al niño.

—¿Es una broma? —espetó exasperada. *«¿Acaso era el día de la mentira?»*, se preguntó.

—No. No es una broma. Silvia está embarazada —afirmó.

—¿Estás seguro?

—Sí. Me mostró una prueba de sangre.

—Incluso si está embarazada, ¿estás seguro de que el niño es tuyo? Yo creo que todo esto es un plan para engatusarte.

—Si no es verdad, tarde o temprano lo averiguaría, así que no tiene caso mentir al respecto. Ella no es una tonta. Sabe que le pediré una prueba de paternidad en cuanto sea posible.

—Entiendo, pero ¿por qué debes casarte con ella?

—No puedo permitir que el niño sea un bastardo. Yo sé cómo se siente no tener padres, Serena. Jamás podría hacerle eso a mi propio hijo.

Serena lo observó con mucha tristeza, ella comprendía su dilema. Si estuviese en su lugar, probablemente haría lo mismo. Al concluir que él hacía lo correcto, expresó con lágrimas en los ojos.

—Entonces, ¿lo nuestro realmente se acabó?

—Hasta que confirme que el niño "no" es mío, no podemos estar juntos. Lo último que deseo es darte esperanzas sobre una relación sin futuro. No quiero lastimarte, Serena.

—Creo que ya es tarde para preocuparte por eso. —respondió ella antes de marcharse, dejándolo solo con su tormento.

Al día siguiente, Silvia aguardaba muy ansiosa para difundir la novedad. Ni bien se cruzó con Serena, le preguntó.

—¿Ya te enteraste de las últimas noticias?

—¿Qué noticias? —preguntó fingiendo total ignorancia, pues deseaba saber qué historia le inventaría.

—¡Jake y yo vamos a tener un bebé! —expresó emocionada.

—¿Qué? —dijo muy sorprendida.

—Eso no es todo, querida. Hemos decidido casarnos.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí. Me propuso matrimonio en cuanto se enteró de que tendríamos un hijo juntos. ¡Fue tan romántico…! —mintió.

—¿En serio? Creí que lo hizo únicamente para cumplir con su deber de padre. Claro, eso si es que Jake, es realmente el padre del niño.

—¿Qué quieres decir? —espetó Silvia muy molesta.

—Que tarde o temprano, sabremos la verdad. —le advirtió.

—Pequeña zorra, ¡ya ríndete!, perdiste la batalla, Jake se casará conmigo y juntos criaremos a nuestro hijo. —Serena solo le dedicó una sonrisa irónica antes de decir.

—Bueno, puede que hayas ganado esta batalla, pero aún no has ganado la guerra. —amenazó antes de seguir su camino.

La noche anterior, tras su dramática charla en la biblioteca, Serena repasó todos los hechos. Desde un principio le pareció sospechoso que Jake no recordase que se había acostado con Silvia. Y ahora la mujer decía estar embarazada.

«¿Y si todo no pasase de una vil mentira para engatusar a Jake?», se preguntó Serena, ya que, no sería la primera vez que la señorita Santoro mentía sobre algo serio. Una vez, ya la acusó de robar una reliquia, a sabiendas de que, arruinaría su carrera profesional.

Silvia no era de fiar y Serena no era tonta. Antes de perder las esperanzas, averiguaría la verdad por su cuenta.



Capítulo 44
«Cláusulas»

La semana de Jake fue ajetreada. Sus compromisos con Castle Enterprise lo mantenían muy ocupado, hecho que aprovechó para sortear intencionalmente a Serena. Aún le costaba aceptar el nuevo rumbo que tomó repentinamente su vida. Deseaba volver en el tiempo para deshacer su terrible desliz con Silvia. Infelizmente, no tenía superpoderes y no podría escapar de lo que le había reservado el destino.

—Señor, el albacea está aquí. —expresó Milton ingresando a su oficina.

—Que pase, por favor.

Un hombre de mediana edad entró a la oficina con un maletín muy clásico en manos.

—Señor Castle.

—Jefferson, siéntese por favor.

—Me alegra que finalmente haya liberado su agenda para verme.

—Disculpe, han sido tiempos difíciles. Con la muerte de mi hermano, también tuve que encargarme de Castle Enterprise.

—Entiendo.

—Bien, ¿de qué quería hablarme?

—Quería hablarle de las condiciones del testamento de su hermano. Supuse que esto podría esperar, teniendo en cuenta la trágica pérdida sufrida por la familia.

—Sí, aún lo estamos superando.

—Por supuesto, por ello no insistí en reunirme con usted en ese momento, pero creo que ya es hora de que conozca a detalle la voluntad de su hermano.

—Entiendo, puede proceder.

—Bien, primero que nada, debe saber que, además de ser el encargado de administrar todos los bienes del heredero universal de Marcus, usted tiene acceso a los fondos de Castle Enterprise, así como a los dividendos anuales correspondientes derivadas de las acciones que heredó el niño, al menos hasta que él cumpla la mayoría de edad.

—No sabía ese detalle.

—Su hermano, dejó claro que usted no puede vender las acciones, pero sí puede disponer a su criterio del dinero que derive de las mismas. Ya sea para asuntos relacionados con la fundación o el museo, así como para la educación del niño.

—Si yo hubiera renunciado a su custodia, ¿qué hubiera pasado con Daniel?

—En ese caso, la señorita Sanders hubiera recibido una cuota de manutención muy

jugosa para criar al niño hasta que alcanzase la mayoría de edad. Mientras que usted administraría sus bienes como lo hace ahora. Sin embargo, el señor Castle se sentía muy confiado de que aceptaría esta labor.

—Marcus siempre fue muy confiado.

—Como usted, también es propietario de gran parte de las acciones de Castle Enterprise. El señor Castle esperaba que tomara las riendas de la empresa y así se encargara de administrar las acciones de su sobrino. Supongo que su voto de fe fue más que justificado.

—¿A qué se refiere?

—Los he estado observando, y hasta ahora, han cumplido a cabal con sus responsabilidades como tutores del niño.

—Nos estamos esforzando. Por cierto, tengo una pregunta.

—Dígame.

—¿Qué pasaría con la custodia de Daniel, si yo me caso?

—Imagino que se refiere a una mujer que no sea la señorita Sanders.

—Precisamente.

—En el testamento se aclara, que, si uno de los tutores se casa con “terceros”, el niño puede decidir con quién desea vivir, aunque, se mantendría un régimen obligatorio de visitas. Puesto que tienen la custodia compartida.

—¿Daniel tendría que decidir con quién desea vivir?

—Así es.

—Entiendo —expresó Jake reflexivo y con cierta tristeza, pues estaba más que seguro de que el pequeño querría vivir con Serena— ¿Qué hay de la mansión?

—Usted heredó la casa familiar.

—Pero debería ser de Daniel.

—Usted es el segundo heredero de la casa familiar, y como sería tutor del niño, el señor Castle creyó que era más que apropiado otorgarle la mansión.

—Entiendo, ¿algo más?

—Bueno, sí hay un punto adicional que debemos tratar.

—De acuerdo.

—Antes de que hable sobre el asunto, me gustaría que la señorita Sanders estuviera presente.

—Está bien, la llamaré —espetó Jake y luego tomó el interfono para hablar con Serena— Pasa, por favor —le indicó, ella ingresó instantes después.

—¿Sí?

—Siéntate, el albacea necesita hablar con ambos.

—De acuerdo —contestó Serena muy intrigada.

—Ya estamos todos —comentó Jake.

—Bien, procederé. Sé que es un poco sombrío hablar de estos temas con la reciente pérdida sufrida por la familia, pero estoy obligado a revelar que pasaría con el niño en caso de que uno o ambos de los tutores legales perdiera la vida.

Los aludidos se miraron muy consternados. Ninguno de los dos jamás pensó en ese detalle.

—De acuerdo, hable. —respondió finalmente Jake.

—En caso de que el señor Castle falleciera repentinamente, la administración de Castle Enterprise sería discutida por los accionistas, quienes decidirían sobre el futuro de la empresa. Por supuesto, el accionista mayoritario sería el señorito Daniel, pero debido a su edad, no podría

ejercer el cargo de CEO, así que hasta que alcanzase la edad requerida, sus acciones y dividendos irían a un fideicomiso. La señorita Sanders, por otro lado, recibiría una cuota de manutención durante este periodo, para la crianza y educación del niño.

—¿Y qué pasaría si yo fallezco? —preguntó Serena muy intrigada.

—En ese caso, el señor Castle tendría la custodia total del niño, y todo lo demás seguiría igual.

—Entiendo… —respondió ella reflexiva.

—¿Y en caso de que ambos fallecieran? —quiso saber Jake.

—En ese caso, el pequeño iría con el familiar sanguíneo más cercano. Que sería la abuela materna. Por lo demás, se ejecutaría el mismo procedimiento que aplica a la pérdida de su padrino, el señor Castle.

—Me alegra saber que no iría a un orfanato —expresó Serena muy aliviada.

—Hay otros detalles que se deben analizar, pero creo que sería mejor que se tomaran el tiempo para leerlos con detenimiento. Si tienen alguna duda, siempre pueden contactarme —expresó el albacea entregándole una carpeta a Jake.

Cuando el hombre se marchó, Serena se levantó de la silla y empezó a caminar de un lado a otro.

—¿Qué sucede? —le preguntó Jake.

—Estoy preocupada.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Esta última parte del testamento me recordó que la muerte de Marcus y Anne no fue un accidente. ¿Y si nosotros también estamos en peligro? Aún no sabemos quién los mandó matar.

—Sí, también he pensado en eso.

—Entonces, ¿cómo puedes estar tan tranquilo? —preguntó exasperada—. Si nos pasase algo, Daniel estaría totalmente solo.

—Aún le quedaría tu madre y Trizz —argumentó Jake tratando de tranquilizarla.

—Sí, pero él ya ha perdido a mucha gente. Además, ellos viven en el campo, supondría un cambio enorme para él.

—Serena, tranquilízate, nada va a pasarnos.

—Ya nos están pasando cosas, Jake. ¿Se te olvidó que Silvia está presuntamente embarazada?

—Prometí que, inherentemente a nuestra relación, Daniel siempre sería una prioridad para mí. Y pretendo cumplir esa promesa —espetó molesto.

—Lo siento. Estoy muy alterada. Han pasado muchas cosas en el último mes.

—Lo sé, y te entiendo, pero hay que mantenernos firmes. Daniel no puede sufrir a causa de esto.

—¿Y qué pasará con él cuando te cases con Silvia?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué pasará con Daniel, y… conmigo?

—Ya he hablado con el albacea sobre este tema, y según el testamento, Daniel debe elegir con quién desea vivir.

—¿Tendremos que separarnos?

—Sí. —afirmó tristemente.

—Sé que es egoísta, pedirte esto, pero deja que yo lo cuide.

—No te preocupes, ya lo he pensado y llegado el caso. Si esa es la única opción, entonces, seré yo quien se vaya. —prometió Jake.

Cuando su aprendiz se marchó a casa, Jake se sentó en el escritorio intentando procesar las últimas novedades. Serena estaba en lo cierto. Si asesinaron a Marcus, debieron tener una fuerte motivación, y cuanto antes supiera cuál era la razón, más seguros estarían todos. Así que, llamó al detective Walker.

—Castle, estaba a punto de llamarte.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Tienes novedades?

—Sí, ya he encontrado al sujeto que hizo la transacción.

—¿Y bien?

—Infelizmente, no conseguí mucha información. El dinero para el pago lo obtuvo a través de una transferencia bancaria, la cuenta es anónima y proviene de las islas Caimán. Por lo que, concluyo que, estamos tratando con un profesional, es decir, con alguien que ya ha hecho esto muchas veces.

—Entonces volvimos a un punto muerto.

—Sí, y no. Investigaré el número de cuenta, y veré si consigo un nombre.

—¿Crees que podrás obtener algo? ¿No acabas de afirmar que la cuenta es anónima? El banco jamás te dará el nombre de su cliente sin una orden judicial.

—En el pasado, yo no te habría dado muchas esperanzas. Puesto que, al ser un oficial de policía, solo podía trabajar por medios legales. Sin embargo, actualmente, soy un detective privado, y no estoy obligado a apegarme rigurosamente a lo que dice la ley. Así que, ahora, puedo hacer uso de ciertos recursos que, digamos, no son estrictamente legales.

—Entiendo… —contestó Jake reflexivo.

—Es todo lo que puedo decirte, por cuestiones de negación plausible.

—De acuerdo. Sinceramente, ahora mismo me preocupa muy poco lo legal, solo quiero proteger a mi familia.

—¿Ha pasado algo?

—No, pero sigo teniendo esta terrible sensación de que el asesino aún no ha terminado.

—Entiendo. Si necesitas protección, te puedo recomendar algunas personas.

—Estoy bien, no quiero despertar sospechas, nadie sabe que estoy investigando.

—Es verdad, no hay que llamar la atención. Si el asesino descubre que ya sabemos cómo pasó el accidente, podría actuar precipitadamente.

—Exacto, si surge algo, te avisaré.

—De acuerdo. Seguiremos en contacto.

Al día siguiente, cuando Jake llegó a las oficinas de Castle Enterprise, ni bien se sentó, Frank le entregó un sobre con una misiva. Al ver que era de un juzgado, él enarcó una ceja.

—¿Sabes de qué se trata? —le preguntó al antiguo chofer de Marcus.

—No, pero lo entregaron hace dos días. Les prometí que se lo daría en cuanto lo viera, pero debido a nuestra apretada agenda, no hubo tiempo, ni privacidad, como para entregárselo con discreción.

—Entiendo. Déjame ver de qué se trata. —espetó Jake y abrió el sobre. Cuando lo leyó, dijo en voz alta:— Pero ¿qué diablos es esto?

—¿Qué sucede?

—Me han citado para asistir a una audiencia.

—¿Una audiencia? ¿De qué tipo? —inquirió Frank intrigado.

—Dice que es una audiencia de reconocimiento voluntario de paternidad.

—¿A quién intentan reconocer? —preguntó Frank muy curioso.

—Al parecer, a mí.



Capítulo 45
«Quiero ser tu padre»

Por un momento, Jake quedó absorto en sus pensamientos, le costaba procesar la información que acababa de leer. No podía creer que Rick Campbell estuviese solicitando una audiencia para reconocerlo como su hijo legítimo. *«¿En qué diablo estaría pensando? ¿Por qué de pronto querría ser su padre?»*, se preguntó.

—¿Es el señor Campbell él que quiere reconocerlo? —preguntó Frank.

—¿Tú ya sabías que él era mi padre?

—El señor Castle no tenía secretos conmigo.

—Ya veo.

—¿Qué hará? —preguntó Frank genuinamente preocupado.

—No lo sé, supongo que debo asistir. Después de todo es un citatorio.

Milton trabajaba en unos documentos del museo, cuando llegó su jefe muy alterado.

—Señor, creí que vendría en la tarde, ¿ha pasado algo?

—Sí, llama a mi abogado, necesito hablar con él ahora mismo.

—¿A cuál de ellos, señor?

—Es un asunto personal. Llama a Douglas.

—De acuerdo.

Milton se apresuró a contactar a Nathaniel Douglas, el abogado personal de Jake. El hombre era de su absoluta confianza, puesto que, más de una vez, ya lo había sacado de un apuro.

—Creí que ya habías madurado, Jake —expresó el abogado por la línea telefónica.

—No te he llamado a causa de una indiscreción —respondió Jake.

—Ah, ¿no?

—No.

—Bueno, eso sí que es un milagro. Entonces, ¿por qué me llamaste? Milton dijo que era urgente.

—Hoy recibí un citatorio del juzgado. Rick Campbell quiere reconocerme como su hijo biológico.

—¡Uh! ¡Qué lío! —espetó el abogado muy sorprendido.

—Sí.

—¿Puedes enviarme una foto del documento? Así indagaré sobre el asunto. En cuanto

tenga más detalles pasaré por tu oficina.

—De acuerdo. Te envío ahora mismo.

Mientras tanto, al otro lado del museo, Serena intentaba mantener la compostura. Silvia, que ahora decía estar embarazada de Jake, creía que eso le daba el derecho a esclavizarla.

—Señorita Sanders, ¿cuánto le falta para terminar?

—Aún debo clasificar un par de piezas.

—Tu negligencia está retrasando la apertura de esta ala.

—Lo lamento, pero además de ayudarla, debo ocuparme de mis responsabilidades como asistente del director.

—No me des escusas baratas y termina con esto. Una mujer en mi estado no debería alterarse a causa de tu negligencia —expresó Silvia para provocarla.

—Trataré de apresurarme —respondió con una sonrisa forzada.

—De acuerdo, cuando termines con esto, ocúpate de inspeccionar las piezas que acabaron de llegar.

—Pero creí que usted lo haría.

—No puedo, tengo una reunión con mi futuro esposo. Luego saldremos a almorzar, es probable que no volvamos hasta la tarde. Así que encárgate tú.

—Ya veo, entonces supongo que tendré que hacerlo —contestó Serena, poco entusiasmada

—¡Anímese, señorita Sanders!, si sigue así, le prometo que cuando termine la pasantía tendrá excelentes referencias.

—Por supuesto, me ocuparé de todo, señorita Santoro. —espetó de mala gana.

El último comentario de Silvia le devolvió a la realidad. Le quedaba solo un mes para concluir su periodo como aprendiz. Si aguantaba lo suficiente podría terminar la carrera y seguir su camino. *«Lejos de Silvia»*, se recordó. Ahora que su futuro al lado de Jake era incierto, más que nunca debía enfocarse en su carrera profesional. Después de todo, aún le quedaba el pequeño Daniel, y ella debía ser una madre para él.

Jake se encontraba muy inquieto. Últimamente, la vida no paraba de darle sorpresas. Y hasta ahora muy pocas fueron buenas. Se sentía exhausto, no veía la hora de resolver los problemas que venían arrastrando, para finalmente tener un momento de paz, “con su familia”.

Bueno, eso sí, lograba resolver las cosas con Silvia. Aún no se casaban, y ya se había arrepentido de su decisión. Sin embargo, no podía parar de pensar en ese niño, y en el futuro que tendría, si él fuese un cretino y decidiera negarse a reconocerlo como su hijo.

Jake conocía de primera mano las consecuencias de tener padres irresponsables. Pues él seguía sufriendo a causa de las decisiones de su madre.

Si Margareth no hubiera mentido sobre su paternidad, tal vez las cosas habrían resultado de otra manera, pero su madre era una persona egoísta. Se aferró a una vida que no le pertenecía e incluso intentó arruinar a sus propios hijos para conservar el poder y la riqueza que había conseguido a raíz de una terrible mentira.

Lo peor era que Margareth aún seguía afectando su vida, pues si se conocía la verdad sobre su relación con Rick Campbell, Jake probablemente se vería forzado a perder a Daniel.

Sus problemas no terminaban allí. Aún no sabía por qué habían matado a su hermano, ni quién era la mente maestra tras el asesinato. Además, seguía teniendo la sensación de que aún no estaban del todo a salvo, y eso lo inquietaba constantemente.

Y si Silvia realmente estaba embarazada de él, como aseguraba, las cosas solo se complicarían aún más. Pues tendría que preocuparse de cuidar a otro Castle. Sin embargo,

esperaba que no lo fuera así.

Ya que Serena no era la única que dudaba de Silvia. Tras analizar cuidadosamente los hechos, se dio cuenta de que las circunstancias en las que concibieron al niño eran definitivamente sospechosas. Asimismo, seguía sin recordar absolutamente nada sobre esa noche. Y la única vez que sucedió algo similar había sido debido a la ingestión de una droga, por lo que la teoría de su aprendiz no era del todo loca.

Felizmente, con una prueba de ADN, podría confirmar si Silvia decía la verdad. Y como no era un estúpido, esperaría hasta tener dicha confirmación, antes de casarse con ella.

Por ahora, su prioridad era proteger a Daniel. Lo que significaba que tendría que hacer todo lo posible para evitar que, Rick Campbell, se saliera con la suya.

Silvia ingresó a la oficina como una diosa. Se había arreglado especialmente con el propósito de llamar la atención de Jake. Después de todo, él seguía siendo un hombre, uno que tenía debilidad por las mujeres hermosas.

—Querido, ¿ya estás listo?

—¿Podrías dejar de llamarme así?

—¿Cómo se supone que debo llamar a mi futuro esposo?

—Silvia, ya lo hablamos, hasta que pruebes que ese niño es mío. Seguiremos como siempre.

—Yo sé que el niño es tuyo, es injusto que me trates así, después de todo sigo estando embarazada de ti.

—Bien, trataré de ser comprensivo, pero tú, también trata de no presionarme demasiado.

—Está bien. Vayamos a almorzar. He reservado una mesa en el mejor restaurante de la ciudad.

—De acuerdo.

Nathaniel hizo lo suyo, y pronto obtuvo la información que estaba buscando. Infelizmente, no tenía buenas noticias para Jake. Al final de la tarde, llegó al museo con una copia de los documentos que fueron presentados por Rick.

—Dime que tienes buenas noticias —exigió Jake, ni bien vio a Nathaniel.

—Pues no. Al parecer, Rick Campbell presentó al tribunal una prueba de ADN que corrobora que eres su hijo biológico. A la luz de este hecho le han concedido una audiencia única para que presente su caso ante un juez.

—¿Cómo diablos consiguió una muestra de mi ADN?

—Bueno, recoger muestras de ADN, no es tan complicado como suena. Lo podrían haber hecho de múltiples maneras.

—Creí que necesitaban de mi consentimiento para que fuese legal.

—Aunque no lo hayan solicitado por medio del juzgado, y se tomara la muestra de ADN por otros medios, con una causa probable, el análisis de ADN es admisible.

—¡Maldición! —dijo muy exasperado.

—Rick solo necesitaba probar que tuvo una relación sentimental con tu madre antes de la fecha de tu nacimiento. Ya con eso habría tenido una causa probable. Forzarte a hacer el análisis de ADN era solo una cuestión de tiempo.

—No lo había pensado, ¿crees que él tiene posibilidades?

—He analizado los documentos, y no pinta muy bien para ti. A la luz del escándalo de tu madre biológica, quedaste muy vulnerable.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que legalmente Rick tiene derechos, y hay muchas circunstancias

atenuantes en este caso. Tu madre biológica nunca se casó con Daniel Castle, ya que ella era en realidad Margareth y no Marianne, y te registró usando el nombre de su hermana muerta, por lo que tu filiación con los Castle podría ser declarada sin efecto.

—¿Por qué esto no sucedió antes?

—Bueno, la ley creía que eras el hijo biológico de Daniel Castle, a pesar de que no eras hijo de Marianne. Debido a que al menos uno de tus padres te había registrado de buena fe, tu acta de nacimiento seguía siendo válida. Sin embargo, ahora que se descubrió que él no es tu padre, podrían anular tu registro de nacimiento.

—¿Y qué puedo hacer? Si pierdo el apellido Castle, podría perder a Daniel.

—La audiencia es mañana, aún tengo tiempo de ver una forma de desestimar este caso. Aunque, no quisiera darte muchas esperanzas, Rick tiene todas las ventajas.

—Haz lo que puedas. No tengo idea del porqué Rick quiere esto, pero no dejaré que ese cretino se salga con la suya.

Serena se encontraba en la sala, cuando Jake llegó a la mansión. Había tenido un día terrible, lo único que deseaba era acurrucarse en los brazos de Serena.

—No te ves muy bien —espetó ella al ver su cara.

—¿Es tan obvio?

—Sí.

—Este día ha sido de mierda. No he tenido ni una sola buena noticia.

—Bueno, mi día no estuvo mejor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó curioso.

—Silvia.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Me ha esclavizado.

—¿Qué? —dijo extrañado.

—Con lo de su embarazo, cree que ahora ya no puede mover un solo dedo para nada.

—Entiendo, hablaré con ella.

—No, olvídalo. Lo mejor será hacer lo que quiere hasta que logre terminar la pasantía.

—En verdad eres una santa.

—Trato de no complicar más las cosas, pero ¿qué ha pasado contigo?

—¿Recuerdas que te hablé de Rick Campbell?

—Sí, por supuesto.

—Pues él ha decidido que quiere ser mi padre.



Capítulo 46
«La audiencia»

El miedo se reflejaba en los ojos de Serena, y con mucha razón. Ambos sabían lo que implicaba esta nueva situación. No solo se trataba de Jake, si Rick lograba su cometido, estarían arriesgando la custodia de Daniel.

—¿Qué? ¿Qué dijiste? —preguntó Serena para asegurarse de que había escuchado correctamente.

—Hoy recibí una notificación para comparecer a una audiencia en la que Rick Campbell solicitará ser reconocido legalmente como mi padre.

—¿Por qué? —expresó Serena, muy confundida.

—No lo sé. Si lo que buscaba era chantajearme, esta estrategia no es la más conveniente, ya que los registros son públicos.

—¿Qué querrá entonces?

—No tengo idea y eso es lo que me preocupa.

—¿Cuándo es la audiencia?

—Mañana.

—¿Ya hablaste con un abogado?

—Sí. Nathaniel Douglas me ayudará.

—¿El famoso Nathaniel Douglas?

—No sabía que era famoso.

—Bueno, te has perdido mucho en los últimos años. Es un abogado muy famoso en la ciudad.

—No tenía idea. Es un amigo, lo conocía desde el colegio.

—¿Y qué te dijo él?

—Que es un caso muy difícil de ganar. Ya conoces la historia de mi madre. Y cuando se enteren de que no soy un Castle incluso podrían anular mi acta de nacimiento.

—No comprendo.

—Es complicado, pero todo es culpa de Margareth.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó muy angustiada. Jake la tomó de la mano y la miró directamente a los ojos.

—No te preocupes Serena. No dejaré que ese hombre arruine nuestras vidas.

Al día siguiente, Nathaniel pasó por el museo para recoger a Jake. Debían asistir a la audiencia juntos, pero antes debía prepararlo para hacer su declaración.

—¿Estás listo? —le preguntó ingresando a su oficina.

—No, pero no me queda de otra.

—Haré todo lo que esté en mis manos para que conserves el apellido de tu familia. Solo confía en mí.

—Por el bien de Daniel, espero que lo logres.

Cuando llegaron al juzgado, vieron que Rick ya se encontraba allí con su abogado. Jake quiso acercarse para hablarle; sin embargo, Nathaniel lo detuvo. Debía mantener la compostura, si deseaba salir indemne de la audiencia.

—Su señoría, el señor Castle ya se encuentra presente en la sala para dar su testimonio cuando usted lo solicite. —expresó Nathaniel.

—Muy bien. Abogado del demandante, inicie con su alegato —expresó el juez para darle la palabra al representante de Rick.

—Su señoría, mi cliente, el señor Campbell, solicita amablemente a la corte que se le permita reconocer a Jacob Alexander Castle como su hijo legítimo. El señor Campbell no tiene herederos, por lo que al enterarse de que, el señor Jacob era su hijo biológico, se sintió muy bendecido. Con esta petición no deseamos perjudicar al señor Castle, sino adjudicar lo que, por sangre, le pertenece.

—Entiendo su situación, señor Campbell —expresó seriamente el juez—. Sin embargo, también debo considerar la opinión del señor Castle, ya que es la persona más afectada en este caso. Así que tomaré una decisión, después de escuchar lo que tiene que decir. Señor Castle, por favor, le concedo la palabra.

—Muchas gracias, su señoría, prometo que seré breve. Como todos ya saben, mi madre, es una criminal y por ello, he vivido toda mi vida bajo una mentira. Sin embargo, dentro de toda esa ficción siempre hubo una verdad absoluta. Y esa verdad es que, Daniel Castle era mi padre. Fue él quien me enseñó a pescar, a andar en la bicicleta, el que me ayudó cuando di mis primeros pasos. Él siempre estuvo allí para mí, incluso cuando supo que no era su hijo, pues sí, él lo sabía, y a pesar de ello, me amó. Su señoría, el señor Campbell, desea reconocerme como su hijo. Sin embargo, a mi edad, creo que ya no lo necesito. Como bien ha dicho, soy la persona más afectada en este caso. Ya he sufrido mucho con la pérdida de un padre, una madre, y recientemente de un hermano. Y si hoy la ley dicta que no merezco ser un Castle, simplemente porque no llevo la sangre de uno, pues, entonces, también perderé mi identidad. Puesto que, durante 30 años, he vivido como hijo de Daniel Castle. Quien, como todos saben, fue un gran hombre, y si la ley me lo permite, quisiera seguir viviendo como hijo suyo, hasta el día de mi muerte, para así, honrar su memoria, pues, este es mi deber como el último hijo vivo que le queda.

—Gracias por sus palabras, señor Castle, puede sentarse. Abogado, ¿hay algo más que desee agregar a su petición antes de que dé mi veredicto? —preguntó el juez al representante de Rick.

—Su señoría, comprendemos que nuestra petición podría afectar negativamente la vida del señor Jacob, así como la reputación de su familia. Por ese motivo, mi cliente no desea alterar su condición como miembro de la familia Castle. Además, si usted falla a su favor, se compromete a no divulgar cualquier información relacionada con el caso. Su señoría, le ruego que considere nuestra petición teniendo en cuenta las circunstancias del señor Campbell. A quien desde un principio se le ha negado la posibilidad de reconocer a su único hijo —apeló emotivamente el abogado de Rick.

—Señor Douglas, tiene alguna acotación que desee realizar en nombre de su cliente —

expresó el juez dirigiéndose nuevamente a Nathaniel.

—Su señoría, mi cliente desea aclarar que su único propósito al presentarse en esta audiencia es conservar el apellido de la familia que lo acogió como a un verdadero hijo. No está interesado en ser reconocido como hijo del señor Campbell y mucho menos en heredar sus bienes.

—De acuerdo. Muy bien, ahora que todos han presentado su postura, tendremos un receso de 45 minutos. Al volver, les daré a conocer mi fallo. Insto a las partes interesadas a que permanezcan en la sala.

Cuando el juez se retiró del lugar, Jake le preguntó a Nathaniel.

—¿Cómo me fue?

—Si te soy sincero, casi lloré —respondió su abogado.

—No bromees.

—En serio, cuando te pedí que lo escribieras, no creí que sería tan emotivo.

—¿Crees que funcionará? ¡No puedo perder el apellido Castle!

—Pienso que conmoviste al juez, esperemos que tome la decisión correcta.

—¡Rick no puede salirse con la suya!

—He presentado pruebas que apoyarán tu petición de conservar el apellido Castle. Además, Rick no solicitó que cambiaras de apellido, solo que pudiera reconocerte legalmente como su hijo.

El juez volvió a la sala de audiencia, todos se pusieron de pie para recibirlo, y tras un breve anuncio dio su dictamen.

—Esta audiencia única fue convocada para decidir si compete otorgar un derecho de reconocimiento de paternidad, y confieso que, al principio, creí que sería un caso bastante simple. Sin embargo, ahora, me veo forzado a admitir que, durante toda mi carrera como juez, nunca he tenido un caso tan complejo como este. He analizado los documentos y pruebas presentadas por ambas partes. El señor Campbell, quien solicita el derecho de reconocer a su hijo biológico, ha presentado pruebas que validan y justifican su solicitud. La ley sin duda lo respalda, ya que un padre tiene derecho a reconocer a su hijo. Sin embargo, debido a las circunstancias atenuantes, debo tener en cuenta la situación del señor Jacob Alexander Castle. Quien, a fin de cuentas, es la persona más afectada en este caso. También estoy consciente de las condiciones en las que fue registrado su acta de nacimiento. No obstante, hay que recordar que, el señor Castle es una víctima en esta historia, y no sería justo anular su identidad como persona, solo para cumplir con un requerimiento de la ley, que, en un principio, fue creada para protegerlo. Además, debemos tener en cuenta, que, la ley, es un instrumento para emplear la justicia, y no al contrario. Por lo tanto, este es mi veredicto. El señor Campbell, siendo el padre biológico de Jacob Alexander Castle, tendrá el derecho a ser reconocido como tal ante la ley, permitiéndole, así, designarlo legalmente como su legítimo heredero. Sin embargo, esto no le dará el derecho de cambiar o impugnar el acta de nacimiento existente de su hijo Jacob, quien, conservará el apellido Castle y todos los derechos que este conlleva. Cabe destacar que, la decisión de este tribunal es irrevocable, por lo que, el señor Campbell no tendrá derecho a una apelación. Dicho esto, doy por terminada esta sesión.

Al escuchar el fallo del juez, Jake respiró aliviado. Aunque no estaba del todo feliz con los resultados, al menos ahora Daniel estaría protegido.

—De cierta forma, hemos ganado —expresó Nathaniel muy contento con los resultados.

—¿Cómo qué ganamos? Ese miserable se salió con la suya, después de todo.

—El juez no tenía razones válidas para anular su derecho como padre, créeme que pudo

ser peor. Que hayas conservado el apellido Castle es una gran victoria para nosotros.

—Ya sé. No puedo creer que, al negarme toda su vida, obtuvo la excusa perfecta para pedir una audiencia de reconocimiento.

—Debo admitir que fue una jugada maestra, aunque realmente no comprendo sus intenciones.

—Tampoco yo, y eso es lo que me preocupa —admitió Jake.

De vuelta al museo, Serena aguardaba muy impaciente por escuchar noticias. Ni bien Jake llegó, se acercó a él para obtener novedades.

—¿Y bien?

—Técnicamente, no perdimos, pero tampoco ganamos.

—¿Qué quieres decir?

—Campbell obtuvo lo que quería, pero sigo siendo un Castle.

—Esas son buenas noticias.

—Supongo que sí, si no te molesta tener que aceptar a un padre como Rick Campbell.

—Lo siento, no quería minimizar la situación. —expresó Serena apenada.

—Lo sé, es que, todo esto me ha descolocado.

—¿Y ahora qué?

—No tengo idea. Según su abogado, él necesita de un heredero.

—¿Qué? —expresó Serena, sorprendida.

—Sí, tampoco me lo creí. Él no es ese tipo de hombre. Por lo que, ahora, debo indagar cuáles son sus verdaderas intenciones.

—¿Crees que tiene algún plan maquiavélico?

—No me extrañaría. Desde ahora debemos caminar con pies de plomo.

—¡Dios mío! Cuando pienso que ya nos libramos de un problema, nos metemos en otro peor.

—¡Tranquila! No hay que estresarnos por cosas que aún no han pasado.

—Ojalá fuese tan simple.

Esa misma tarde Silvia llegó a su departamento, muy entusiasmada. Había sobornado al laboratorio para que falsificase los resultados de su prueba de embarazo. La próxima semana iría con Jake para hacerse el análisis de ADN, que por supuesto, saldría positivo, puesto que ya se encargó de pagarle una buena suma de dinero a la persona que llevaría a cabo el análisis.

Cuando estuvo a punto de cerrar la puerta, alguien interpuso el pie para impedírselo. Ella abrió la puerta para ver quién era. Al ver la cara de su inesperado invitado dio un paso atrás.

—¿Qué haces aquí?

—No respondías a mis llamadas.

—Estuve con Jake todo el día, era muy arriesgado contestar tus llamadas. —mintió.

—Ah ¿sí?

—Sí, teníamos muchas pendencias.

—Ya veo. ¿Tienes novedades para mí?

—No, las cosas han estado muy tranquilas —mintió.

—¿Estás segura de que no sospecha nada?

—No, últimamente se ha enfocado en resolver los problemas de Castle Enterprise. Estos días ya ni siquiera aparece por la oficina del museo.

—De acuerdo. Mantenlo vigilado, si sospecha de algo, estarás en problemas.

—No te preocupes, ya llevo mucho tiempo haciendo esto, y jamás lo ha notado.

—Deberé confiar en tu palabra, ya que no puedo corroborarlo por mi cuenta. Si me

acerco a un kilómetro de distancia de Jake lo notará, y no me arriesgaré a que descubra mis planes. Por lo que, tendrás que seguir informándome de todo como de costumbre.

—Claro, sin problemas. —El hombre se acercó para acariciarle el rostro. El cuerpo de Silvia inmediatamente se tensó. Sin embargo, no dijo nada.

—Por cierto, un pajarito me contó que tú y Jake intimaron.

—Bueno, pasó una sola vez, y no fue importante —respondió rápidamente.

—¿No fue importante, para ti o para Jake?

—Para ambos. —afirmó. El hombre la observó fijamente por un instante, como intentando descifrar si decía la verdad, unos instantes después se apartó y dijo.

—De acuerdo, pero debes informarme inmediatamente si tiene algún interés amoroso serio. No podemos permitir que tenga un heredero.

—Por supuesto, pero de momento, no hay nadie importante en su vida —espetó mintiendo descaradamente.

—Escuché algunos rumores de que le gusta su aprendiz ¿La conoces?

—Sí, es mi subordinada.

—¿Es un riesgo para nuestros planes?

A Silvia le habría gustado señalar a la aprendiz de Jake, así se libraría de ella inmediatamente, pero por más que le gustase la idea de hacer desaparecer para siempre a Serena Sanders, ella no era una asesina. Jamás sería capaz de eliminar a nadie. Ella no era como él.

—No, solo es una chica tonta. Además, pronto se marchará del museo, cuando termine su pasantía.

—¡Bien!, pero si me necesitas, solo debes llamar —espetó para recordarle el destino que tendría cualquier mujer que se metiera con Jake.

—Por supuesto, sé que cuento contigo —expresó finalmente con una sonrisa forzada.

—¿Sabes? Cada día te ves más bonita, es una pena que deba ocuparte para controlar a mi bastardo —Al escuchar sus palabras se estremeció, pero controló sus emociones rápidamente para decir:

—No te preocupes Rick, haría lo que fuera por ti.

Cuando su benefactor se marchó, Silvia cerró la puerta y se echó a llorar. Llevaba años trabajando para Rick Campbell. A principio no le molestaba ser usada por él, puesto que, se había encargado de pagarle los estudios, y le dejó vivir una vida digna. Sin embargo, cuando le pidió que vigilara a Jake, las cosas cambiaron.

Ella no había esperado enamorarse de su presa. Su plan siempre fue acercarse a él y hacerse su amiga para mantener informado a su benefactor. Por desgracia, nadie jamás pudo resistirse a Jake Castle, y al final, ella terminó enamorándose de él como una tonta. Ahora que tenía sus propios planes, necesitaba de un ardid para librarse de Rick, pero hasta entonces, debía mantener su interés personal en secreto.



Capítulo 47

«Rastreo»

Walker se encontraba a punto de perder la paciencia. Llevaba más de una hora aguardando a que, un hacker obtuviera el nombre del dueño de la cuenta bancaria anónima de las Islas Caimán.

—Kate, creí que eras la mejor.

—Y lo soy, pero llevo un tiempo intentando apartarme de las cosas ilegales.

—¿Es broma? ¿En verdad no piensas ayudarme?

—Walker, estoy tratando de redimirme de mis pecados.

—De acuerdo, lo entiendo, pero esto es importante. Si averiguas quién efectuó el pago, descubriremos quién es el verdadero asesino.

Kate tenía un gran dilema. Había prometido que no volvería a cometer delitos. Sin embargo, si lo ayudaba, resolvería un crimen, y eso debería contar como redención. *«¿Verdad?»,* se excusó.

—Está bien, dame un minuto —expresó la joven y empezó a teclear de forma frenética en la computadora. Unos minutos después, dijo:— Listo. Ahí lo tienes.

Walker se acercó para leer el nombre que aparecía en una de las pantallas de Kate.

—¿Frédéric Moreau? ¿Quién es este tipo? —espetó Walker intrigado.

—Estoy en ello —respondió Kate, que indagaba sobre el hombre en otra pantalla conectada a su computadora—. Parece que es el dueño de una pequeña empresa de insumos de papel llamada Fremor S.R.L. Su sede está en Francia.

—Eso es muy extraño. ¿Por qué una pequeña empresa extranjera estaría interesada en eliminar a Marcus?

—No tengo idea.

—¿Puedes investigar si alguna empresa de nuestro país está asociada con ellos?

—De acuerdo —respondió Kate y comenzó a indagar, solo le tomó unos instantes, entonces dijo—. Encontré algo.

—¿Qué encontraste?

—Hay una empresa en nuestro país que le compra insumos.

—¿Por qué una empresa nacional compraría papeles del extranjero, cuando existen muchos proveedores en el país?

—Lo sé, es bastante raro.

—¿Cómo se llama la empresa?

—Campbell Importaciones.

—¿Campbell Importaciones? Me suena familiar, creo que ya lo había visto en alguna parte. —comentó Walker, reflexivo.

—Es probable, puesto que es una empresa rival de Castle Enterprise —respondió Kate, que acababa de descubrirlo.

—Ya veo, pero ¿por qué asesinarían a Marcus?

—Tal vez querían debilitar a su principal competidor.

—Comprendo que esto de la rivalidad es algo muy serio en el mundo de los negocios, pero ¿asesinar? Suena demasiado extremo para mí.

—La muerte de Marcus impactó negativamente en las acciones de Castle Enterprise, haciendo que Campbell Importaciones mejorara su posicionamiento en el mercado —argumentó Kate. Walker reflexionó seriamente sobre sus palabras, entonces preguntó.

—De acuerdo. ¿Quién es el dueño de esa empresa?

—Rick Campbell.

—Intenta averiguar todo lo que puedas sobre este tal Rick Campbell. Si tenía algo en contra de Marcus Castle, lo vamos a descubrir.

—De acuerdo, también seguiré hurgando en la cuenta bancaria de Moreau, tal vez encuentre algo más que pueda ayudarnos.

Esa misma noche en la mansión. Jake se encontraba bebiendo un whiskey cuando Serena ingresó a hablarle.

—¿Estás bien?

—La verdad es que no.

—Entiendo, ha sido un día muy difícil.

—Si Marcus estuviese aquí, todo sería más simple.

—También los extraño.

—No sé qué hacer, Serena. —ella se acercó y lo tomó de la mano.

—Todo estará bien, te lo prometo.

En su estado y la cercanía de Serena, Jake no pudo controlarse. Él la besó cariñosamente, intentando borrar todos los problemas de sus pensamientos. Ella no se resistió y le correspondió el beso.

—Lo siento —expresó Jake al darse cuenta de lo que acababa de hacer—, no deberíamos.

—Jake, está bien, creo que ya hemos pasado de la etapa en que debemos disculparnos por lo que sentimos.

—Serena, yo no quiero lastimarte.

—Sé que no, y soy consciente de nuestra situación, pero eso no cambia mis sentimientos por ti.

—¿Qué quieres decir?

—He llegado a la conclusión de que, pase lo que pase, yo estaré ahí, para apoyarte.

—No sabes lo que esto significa para mí.

—Créeme que lo sé. Por eso digo que debemos seguir unidos. Al menos hasta que las cosas se aclaren.

—Pero no sería justo para ti, si yo tuviera que casarme con Silvia, tú…

—Yo estaré bien y te apoyaré, porque harías lo correcto. Y si no lo hicieras, no serías el hombre del que me enamoré.

—Serena, no sé qué hice en esta vida para merecerte. —ella sonrió y dijo:

—¿Sabes? Creo que la afortunada he sido yo.

Al día siguiente, Walker llegó muy temprano a Castle Enterprise. Jake que se encontraba resolviendo algunos asuntos allí, lo aguardaba para escuchar las novedades.

—¿Averiguaste algo nuevo? —preguntó Jake, ni bien el detective cruzó por la puerta.

—Sí. Tengo el nombre que aparece en la cuenta bancaria.

—¿Y bien?

—Es un tal Frédéric Moreau. ¿Lo conoces?

—No, nunca he escuchado de él.

—Es dueño de una pequeña empresa de insumos de papel llamada Fremor S.R.L.

—¿Crees que es nuestro asesino?

—No. Creo que es solo un chivo expiatorio.

—¿Entonces?

—Seguimos indagando y descubrimos que nuestro amigo le envía insumos a una empresa nacional llamada Campbell Importaciones.

—¿Qué? —espetó Jake muy sorprendido.

—Según mis fuentes, es una empresa rival de Castle Enterprise, por lo que tendría mucho sentido querer debilitar a la competencia. Sin embargo, me cuesta creer que un grupo de empresarios accediera a un asesinato para lograr este cometido —expresó Walker, reflexivo.

—No, si el dueño de la empresa es Rick Campbell.

—¿Lo conoces?

—Infelizmente sí.

—¿Ese hombre tendría algún motivo para eliminar a Marcus?

—Hay muchas razones por las que ese hombre podría despreciar a un Castle, pero no sé cuál sería la razón por la que decidiría matar a mi hermano.

—Le pedí a Kate que siguiera investigando. Estoy seguro de que hallará algo interesante.

—¿Kate?

—Sí, es una amiga hacker.

—Ya veo. ¿Crees que ella pueda obtener algo que nos ayude?

—Su especialidad es descubrir los sucios secretos de la gente. Pronto sabremos incluso que marca de pasta de dientes usa Rick Campbell.

—Lo que me interesa, es saber si tuvo algo que ver en el asesinato de mi hermano. —expresó Jake con un rostro sombrío.

—No será tan simple. El pago se realizó a través de una empresa que no está asociada directamente con él. Incluso si hubiera dado la orden, será muy difícil probarlo, necesitaríamos otro tipo de conexión.

—Entiendo. ¿Por eso le pediste a Kate que siguiera investigando?

—Precisamente. Aunque mi instinto me dice que ese hombre no es de fiar.

—Tu instinto no se equivoca. Rick es un miserable cretino. —expresó Jake con repulsión.

—Aparentemente, lo conoces muy bien. ¿Algo más que puedas decirme sobre él?

—Sí, resulta ser que Rick Campbell, es mi padre biológico.

En el museo, Serena seguía trabajando de forma mecánica. Se dio cuenta de que, al estar cerca de Silvia, podía vigilarla, y así de alguna manera obtener información que la ayudase a descubrir la verdad. Sin embargo, hasta ahora no había encontrado nada, pero su suerte estaba a punto de cambiar.

Mientras Silvia realizaba una inspección, recibió una llamada de Rick. Hizo una mueca, pues no podía seguir evadiéndolo. Así que se apartó unos metros y contestó la llamada.

—¿Sí?

—Debemos vernos, te espero en el motel de siempre.

—De acuerdo, ahora voy.

Silvia colgó la llamada y luego le dijo a Serena.

—Señorita Sanders…

—¿Sí?

—Olvidé que tenía una reunión de negocios, así que te encargo la última parte de la inspección.

—De acuerdo, me ocuparé de todo.

Silvia tomó el ascensor hasta el estacionamiento. Subió a su auto para dirigirse al hotel. Cuando llegó, encontró a Rick sentado en una esquina de la habitación que usaban para reunirse.

—¿Cuál es la urgencia? —preguntó ella sin más preámbulos.

—Bueno, después de nuestra última reunión, hablé con una de mis fuentes, y ¿sabes qué? Me enteré de algo muy interesante.

—¿De qué se trata? —preguntó intrigada.

—Aparentemente, estuviste extrayendo mucho dinero de tu cuenta. Entonces me pregunté, ¿para qué necesitarías 20.000 dólares? Así que seguí hurgando y descubrí que te habías hecho una prueba de sangre muy específica.

—Rick, yo…

—¿Creíste que no me enteraría de tu secreto?

—Iba a contarte, no era mi intención ocultarte lo del embarazo.

—Un embarazo no está en mis planes Silvia. Lo sabes mejor que nadie.

—Fue un accidente, yo no quería que sucediera esto.

—Ah ¿no?

—¡No! Te lo juro. —se justificó Silvia muy preocupada. Ella conocía a Rick, sabía que nunca dejaría que nadie interfiriese en sus planes.

—Tienes que librarte del niño.

—¡No puedo! —replicó, a pesar del terror que sentía por dentro, al tener que desafiarlo, pero no podía decirle la verdad. Pues entonces tendría que confesarle que estaba enamorada de Jake, y tan pronto descubriera este hecho, Rick la apartaría de él.

—¿Por qué no?

—Porque Jake ya lo sabe.

—¿Le dijiste? —expresó Rick furioso.

—No tuve otra opción. —se justificó.

—Silvia… ¿Qué es lo que me estás ocultando?

—¡Nada, te lo juro! Yo no quería esto. Solo sucedió.

—Está bien —expresó acercándose de manera muy intimidante, luego le acarició el rostro antes de decir— Ya veré cómo solucionarlo.

Dos días después, Walker llegaba al museo Daniel Castle para reportar los últimos avances de su investigación. Kate había hecho un informe detallado sobre el pasado de Rick, además de obtener datos muy interesantes sobre la cuenta bancaria ubicada en las Islas Caimán.

—Señor Walker, es bueno verlo —expresó Milton. Serena también se levantó para saludarlo.

—Señorita Sanders, cada día se ve más hermosa.

—Qué amable. Pase, Jake lo está esperando.

—Debería unírsenos, lo que tengo que decir es algo que ambos necesitan escuchar.

—De acuerdo —aseveró Serena antes de abrirle la puerta.

—Walker, ya estás aquí. —expresó Jake al verlo.

—Al parecer todos ya me esperaban.

—Han sido días difíciles —afirmó Jake.

—Bueno, tengo novedades sobre nuestra última conversación.

—Aún no tuve la oportunidad de comentarle a Serena sobre los avances —afirmó Jake.

—¿Qué avances? —preguntó ella, muy confundida.

—Ya descubrimos al dueño de la cuenta de las islas Caimán. —comentó Walker.

—¿A quién le pertenece?

—A un hombre llamado Frédéric Moreau.

—¿Es un criminal? —quiso saber.

—No. Es un pequeño empresario, un don nadie.

—Entonces, ¿por qué querría matar a Marcus? —preguntó confundida.

—Él no es nuestro asesino— afirmó Jake.

—Entonces, ¿quién es? —inquirió Serena.

—La empresa de Moreau está asociada a Campbell Importaciones —respondió Walker, esta vez, ya que, Jake parecía querer evitar el asunto. Al escuchar el nombre de la empresa, Serena cambió de expresión como si la hubieran golpeado en el estómago repentinamente.

—¿Es de Rick Campbell? —preguntó dudosa.

—Sí —afirmó Jake muy apenado.

—¿Ya lo sabías y no me lo dijiste? —preguntó Serena indignada.

—Sé lo que piensas, pero no tenemos ninguna prueba de que él lo hizo, por eso Walker nos reunió hoy aquí —agregó tratando de tranquilizarla.

—Está bien, escuchemos lo que tiene que decir.

—Bien, después de comprender tu conexión con Rick Campbell, averigüé sobre su pasado. Resulta que tuvo muchas empresas fallidas, pero hace como unos 15 años empezó con Campbell Importaciones, y todo indicaba que finalmente la suerte le sonreiría. Sin embargo, no fue así.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jake.

—A pesar de que Campbell Importaciones es bastante reconocida, sus rendimientos en los últimos años han sido muy bajos. Por lo que Rick lleva tiempo intentando asociarse a Castle Enterprise. Infelizmente, para él, debido a su relación con tu madre, Margareth. Daniel Castle, vetó cualquier posibilidad de que él pudiera de alguna manera adquirir acciones de la empresa de tu familia. Sin embargo, cerca de 5 años atrás tuvo una oportunidad. Marcus quería adquirir la empresa Campbell Importaciones para expandirse en el mercado.

—Sí, lo recuerdo, pero esa transacción nunca se llevó a cabo. —afirmó Jake.

—Así es, Marcus no llegó a concretar la transacción, por lo que Rick no obtuvo las acciones de Castle Enterprise.

—Sí, nos salvamos por muy poco. Él quería apoderarse de Castle Enterprise. —afirmó Jake.

—Tal vez, aún lo quiera —espetó Walker, reflexivo.

—La última vez le dejé claro que nunca lo lograría. Al menos no, mientras Marcus estuviese… vivo —espetó Jake como cayendo en cuenta—. Fue él —afirmó segundos después.

—¿Estás seguro? —preguntó Serena. Después de todo, el hombre seguía siendo el padre de Jake y no quería que fuese responsable de un acto tan terrible.

—Todo apunta a él. ¿Quién más querría matar a Marcus? Mi hermano no tenía enemigos.

—Es verdad, él era el hijo bueno —expresó Serena, concluyente.

—La única conexión que tenemos es la cuenta bancaria de transferencia. Sin embargo, no prueba que él ordenó el asesinato —afirmó Walker.

—Debemos hallar una manera de conectarlo a este crimen. —sugirió Jake.

—Lo sé, por eso Kate siguió investigando. Ella descubrió que, tras su último fracaso, Rick estuvo fuera del país. Aparentemente, administraba sus negocios desde Europa. —explicó Walker.

—Entonces, ¿no hay nada que lo conecte a ningún asunto turbio? —preguntó Serena.

—Campbell Importaciones está limpio. Sin embargo, mi amiga hacker, encontró algo inusual en la cuenta de Moreau.

—¿De qué se trata? —preguntó Jake intrigado.

—Si lo que pensamos es cierto, y Rick está detrás de todo esto, entonces, debemos asumir que él estuvo vendiendo varias reliquias y piezas de arte a través del mercado negro.

—¿Estás seguro? —preguntó Serena, muy interesada.

—En teoría sí, pues la cuenta bancaria que se usó para pagar al sicario recibió un par de transferencias de una cuenta anónima, cuyo dueño firmó con el nombre de Zeus. Fue así como Kate descubrió la conexión.

—¿Zeus? —dijo Jake, reconociendo el seudónimo.

—¿Lo conoces? —inquirió Walker.

—Sí. Es como un fantasma. Todos han escuchado hablar de él, pero nadie conoce su identidad. Es un famoso revendedor del mercado negro.

—Kate cree que Rick oferta las piezas en el mercado negro para vendérselas al mejor postor, y es así como consigue el dinero para cubrir los costos de sus actividades ilícitas.

—Como la de pagar los servicios de un sicario, ¿por ejemplo? —espetó Serena indignada.

—Le pedí a Kate que rastreara la cuenta anónima para descubrir la identidad de esta persona. Si de verdad le compró las obras de arte a Rick, entonces, tiene las pruebas que necesitamos.

—Interesante —comentó Jake.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Serena, que conocía esa expresión suya.

—En que tal vez, podamos usar a Zeus para atrapar a Rick.

Esa misma tarde, Silvia se encontraba muy contenta en su oficina. Hoy realizaría la prueba de ADN que certificaría la paternidad de su hijo, y finalmente, Jake se vería forzado a casarse con ella. Esta vez, no tendría ninguna excusa para rechazarla, y una vez que estuvieran casados, ya no importaría si tenía o no un niño en su vientre.

Como Jake se hallaba firmando documentos en Castle Enterprise, decidieron encontrarse directamente en el hospital. Así que, ella se fue sola en su vehículo. A medio camino, intentó detenerse en el semáforo, pero de pronto, los frenos fallaron y pasó la franja peatonal en luz roja.

Una camioneta que venía en otra dirección chocó con su automóvil, haciéndola girar tres vueltas en sentido reloj, antes de detenerse en medio del cruce. Las personas que presenciaron el accidente llamaron inmediatamente a emergencias.

Minutos después, ella fue socorrida por una ambulancia y un grupo de bomberos que la sacaron del vehículo. La llevaron rápidamente al centro de urgencias del hospital Saint Joseph.

Jake seguía en Castle Enterprise, cuando recibió una llamada del hospital en su celular.

—¿Hola?

—¿Es el señor Castle?

—Sí.

—Lo llamamos del hospital Saint Joseph, su novia acaba de sufrir un accidente.

—¿Qué? —expresó Jake levantándose de la silla.

Por un momento, pensó que podría tratarse de Serena, pero luego recordó que ellos se habían separado temporalmente, entonces preguntó.

—¿Se trata de Silvia Santoro?

—Así es.

—¿Qué ha pasado?

—Su novia tuvo un accidente automovilístico, encontramos este número en su contacto para emergencias.

—Entiendo, ¿ella está bien? —expresó Jake, muy preocupado por el bebé.

—Infelizmente, no tengo esa información. Usted deberá venir al hospital para obtener más detalles.

—Está bien, ya voy en camino.



Capítulo 48

«No hay mal que por bien no venga»

Jake tomó sus llaves y se dirigió al estacionamiento. No llamó a nadie para avisar sobre la situación. Le interesaba conocer el estado de Silvia, temía que, debido al accidente, algo le hubiera sucedido al niño que ella llevaba en su vientre. Ni bien ingresó al pasillo de urgencias, preguntó por ella en la recepción.

—Señorita, ¿tiene noticias sobre Silvia Santoro? Soy su novio.

—¿Señor Castle?

—Sí.

—La hemos transferido a una sala de descanso. Aguarde un instante, llamaré a su médico para que le dé más información.

La recepcionista marcó un número en el interfono e instantes después apareció el doctor.

—¿Señor Castle?

—Sí, soy yo. ¿Cómo está Silvia?

—La señorita Santoro ha sufrido varias contusiones. Afortunadamente, fueron leves, así que, pronto, se recuperará.

—¿Qué hay del bebé? ¿Ha sufrido algún daño?

—¿Bebé?

—Sí, ¿el bebé está bien? —insistió.

El doctor revisó la planilla médica que tenía en manos, y luego respondió.

—Lo siento, señor Castle, debe haber alguna confusión. No aparece ningún embarazo en el registro médico de la señorita Santoro.

La noticia tomó desprevenido a Jake, cuando comprendió lo que eso significaba, preguntó.

—¿Está seguro?

—Sí, por supuesto. Trajeron a la señorita Santoro a este hospital, debido a su seguro médico. Si estuviese embarazada estaría en el registro. Además, acabamos de hacerle una ecografía, y no vimos ningún embrión.

—¿Podrían hacerle alguna prueba adicional, solo para estar seguros? Lo del embarazo es algo reciente. Tal vez por eso no está en el registro.

—Por supuesto, le pediré a una enfermera que se encargue de hacerle una prueba de sangre, ahora mismo.

—Muchas gracias. ¿Ya puedo pasar a verla?

—Sí, pero de momento está dormida, tuvimos que sedarla porque se encontraba muy alterada.

—No hay problema, me quedaré con ella hasta que despierte.

—De acuerdo. Hoy me toca hacer las rondas, así que, en cuanto tenga alguna novedad, se lo haré saber.

—Muchas gracias, doctor.

Cuando el médico se marchó, Jake se sentó en una silla del pasillo. Si lo que acababan de revelarle era cierto, significaba que, sin lugar a duda, Silvia le había mentido. A principio, saber que fue engañado de esta manera tan cruel, no lo molestó, más bien lo que sintió fue alivio. Pues, si ella no estaba embarazada, él era un hombre libre.

Sin embargo, cuando ingresó a la habitación y la observó de cerca, la realidad lo abatió e inesperadamente, sintió dolor. A pesar de que, a estas alturas, Jake era plenamente consciente de que era 99 % probable de que, el niño jamás había existido. Por alguna razón, experimentó un sentimiento de pérdida. Como si, de pronto, le hubieran arrebatado un sueño. Fue entonces, cuando comprendió que la idea de ser padre, de cierta forma, lo había ilusionado.

—¿Por qué lo hiciste Silvia? —preguntó en voz alta, a sabiendas de que ella no podría responderle.

Jake salió de la habitación para llamar a Serena. Debía avisarle que estaba en el hospital. Aunque por el momento, no le revelaría más detalles.

—Hola, Jake ¿cómo ha ido todo?

—No hemos hecho la prueba de ADN.

—¿Por qué no?

—Silvia ha tenido un accidente automovilístico.

—¿Qué?

—Estoy con ella en el hospital Saint Joseph.

—¿Ha sido muy grave?

—No, tuvo suerte y el airbag se abrió a tiempo.

—Entiendo…—Serena quería preguntarle sobre el estado del bebé, pero pensó que no era el mejor momento para presionarlo— Espero que se recupere pronto —agregó entonces.

—El médico ha dicho que está fuera de peligro.

—¡Qué alivio!

—Me quedaré con ella en el hospital hasta que despierte.

— De acuerdo, llámame si necesitas algo.

—Está bien.

Jake volvió a la habitación para quedarse con Silvia. No se movería de allí hasta que obtuviera los resultados de su prueba de embarazo, y al fin tuviese la oportunidad de refregarle en cara todas sus mentiras.

Cerca de las 10 de la noche, Silvia despertó. Cuando abrió los ojos, entró en pánico. Recordó el momento exacto en que los frenos dejaron de funcionar. Y lo que vino a seguir. Milagrosamente, no estaba muerta, *«aún»* pensó aterrorizada. Pues estaba segura de que todo fue parte del plan de Rick para deshacerse del niño, como le había prometido.

Debía escapar del hospital, cuanto antes. Si la examinaban a fondo, de seguro descubrirían que no estaba embarazada.

Silvia se levantó de la cama a duras penas, para buscar algo que vestir. Abrió un armario, pero no encontró nada. Se acercó hasta la puerta para ver si alguien se encontraba alrededor, pero no vio a nadie.

Cuando estuvo a punto de escapar, escuchó una voz que venía del pasillo.

—Creo que ya es muy tarde para tratar de escapar.

—¿Jake? —espetó dudosa, *«¿qué estaría haciendo él allí?, ¿cómo se habría enterado de su accidente?»,* se preguntó Silvia, mientras veía que el hombre se le acercaba.

—Ven, debes descansar —espetó él arrastrándola hasta la cama.

—¿Cómo es que …?

—¿Me enteré de tu accidente?

—Sí.

—Me llamaron del hospital, me tenías en tus contactos como "novio"

—Lo había olvidado —espetó más para sí misma que para Jake.

—Debes descansar, ya mañana hablaremos.

—¿No te quedarás?

—No, el médico ha recomendado que descanses —respondió Jake a duras penas. Pues, unos minutos atrás, le habían dado los resultados de la prueba de embarazo, y aún le costaba procesar la verdad — Vendré a verte en la mañana, cuando estés mejor. —prometió.

—De acuerdo —expresó Silvia intentando descifrar su expresión facial. *«Parece que no se ha enterado de nada»,* pensó. Y siempre podría decir que había perdido al niño en el accidente. Así Rick la dejaría en paz, concluyó aliviada antes de agregar— Gracias por haber venido.

—Por supuesto, descansa.

Ni bien dijo adiós, Jake se dirigió a la mansión. Aún no podía creer en lo que había hecho Silvia. Siempre le tuvo mucha confianza, *«¿cómo fue capaz de engañarme de esta manera tan vil?»,* se preguntó mientras conducía.

A pesar de que, Silvia siempre le dejó claro que tenía sentimientos que iban más allá de una simple amistad. Jake nunca pensó que llegaría al extremo de usar un ardid para forzarlo a entablar una relación con ella.

En parte, la culpa era suya, por permitir que una mujer se acercara tanto. Esa libertad le dio a Silvia la falsa impresión de que podía meterse en su vida personal. Debió ser objetivo y mantener las distancias con ella. Sin embargo, ahora ya era tarde.

Necesitaba hablar con Serena, por lo que, esperaba que aún estuviese despierta a estas horas. Cuando llegó, fue a la sala, pero ella no se encontraba allí. Entonces, escuchó ruidos que provenían de la cocina, así que, fue a ver quién era.

—Sigues despierta. —espetó muy aliviado.

—No podía dormir, así que, he bajado por un té de manzanilla.

—Me alegra que lo hayas hecho, pues necesito hablar contigo.

El estómago de Serena se contrajo por un momento. La expresión de Jake era de tristeza, por lo que inmediatamente asumió que eran malas noticias.

—¿Qué ha pasado con Silvia?

—Nada grave, ella se recuperará.

—¿Y el niño? —finalmente se atrevió a preguntar.

—El niño, ya no existe.

—¿Lo perdió? —expresó Serena cubriendo la boca con la mano izquierda.

—No, el niño nunca ha existido. Silvia nunca estuvo embarazada.

—¡Vaya! Yo lo sospechaba, pero escuchar que es una realidad, es otra cosa. —expresó escandalizada.

—Lo sé. Sigo pasmado. No puedo creer que me mintiera de esta forma tan cruel.

—Lo siento mucho Jake. Esto es realmente horrible —expresó tristemente, y luego de respirar hondo, agregó— Creo que necesitaré de una bebida más fuerte para procesar todo esto.

—Que sean dos.

Ambos fueron a la biblioteca para beber un vaso de coñac. Cuando se sentaron, Serena le preguntó.

—¿Qué harás con Silvia?

—Mañana hablaré con ella. Hoy simplemente no pude hacerlo. En verdad creí que me decía la verdad.

—Lo siento, Jake. Sé que en el fondo querías a ese niño.

—Ella abusó cruelmente de mi confianza, pero eso se acabó. Mañana le dejaré claro que ya no creo en sus mentiras.

—Si Silvia no está embarazada, ¿eso significa que ya no tenemos que estar separados? —preguntó Serena con una leve sonrisa tratando de consolarlo.

Jake sonrió al ver que Serena le estaba buscando el lado positivo a la situación. Entonces, se dio cuenta de que ella tenía razón.

—Así es, desde ahora podemos volver a estar juntos.

En la mañana, Jake fue al hospital para visitar a Silvia, le urgía aclarar las cosas cuanto antes. Ya no se dejaría engañar ni por un segundo más, pensó antes de ingresar a verla. Ella tomaba el desayuno muy despreocupadamente cuando él entró a su habitación.

—Jake, me alegra que hayas vuelto —espetó ilusionada al verlo.

—Silvia, tenemos que hablar.

Al escuchar esas palabras, inmediatamente tuvo un mal presentimiento. Sin embargo, aguardó a que Jake le diera indicios del tema de conversación, antes de hacerse la víctima y tratar de salir indemne de la situación.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó inquisitiva.

—Del supuesto niño que llevas en tu vientre.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué hablas así del bebé? —espetó supuestamente muy indignada.

—Porque ya no existe.

Silvia llevó ambas manos al rostro cubriendo los labios, ella quería dar la falsa impresión de que se había pasmado con la noticia. Con el objetivo de rematar su actuación, agregó con voz temblorosa y lágrimas fingidas.

—¿He perdido al niño?

—Silvia, no necesitas hacer este teatro. Mientras estuviste dormida te hicieron una prueba de embarazo.

—¿Qué? —espetó sorprendida. Puesto que no había esperado que le realizaran la prueba mientras dormía— ¿Hicieron la prueba sin mi consentimiento?

—No lo requerían. Tuviste un accidente automovilístico, y para ofrecerte el tratamiento adecuado, necesitaban saber si realmente estabas embarazada o no. Fue por tu propio bien.

—Jake, yo…

—Cualquier pretexto que planeabas darme, no justificará lo que hiciste, Silvia. Yo confiaba en ti. —espetó sinceramente decepcionado.

—Solo quería que me dieras una oportunidad. —expresó ella entre lágrimas.

—Silvia, intentaste engatusarme con un niño que ni siquiera existe. ¿Sabes lo que sentí

cuando creí que tendría un hijo?

—Lo siento, Jake. Pensé que era la única manera de llamar tu atención, me arrepentí casi inmediatamente. Iba a decirte la verdad en cualquier momento, te lo juro. —mintió para protegerse.

Jake la observó por un momento, al ver su desesperación, por un breve instante, tuvo compasión de ella. Sin embargo, no sería tan ingenuo de volver a caer en sus mentiras. Así que le dijo:

—Lo siento, pero ya no puedo creerte.

—Jake, me conoces, he estado a tu lado desde hace mucho tiempo, sabes que no soy mala persona. Yo solo quería que te enamoraras de mí —argumentó.

Esas palabras retumbaron en la mente de Jake. Le hizo recordar el pasado y uno de los momentos más dolorosos de su vida. Cuando para alejarse de Margareth, se marchó y decidió empezar de nuevo.

No tenía a absolutamente a nadie, entonces, de la nada, apareció Silvia y se convirtió en su escudo. Ella lo apoyó, siempre estuvo a su lado, fue una buena amiga para él. Incluso lo ayudó a desarrollar sus proyectos personales. Por lo que, a pesar de lo que había hecho, Jake jamás podría odiarla.

—Lo que hiciste no tiene justificación. —expresó seriamente, pero luego agregó—. Sin embargo, por respeto a nuestros años de amistad, y al tiempo que le dedicaste al museo, no voy a despedirte.

—Gracias, Jake. Sé que cometí un terrible error, te agradezco que me des una segunda oportunidad.

—Esta vez, lo dejaré pasar, pero si vuelves a mentirme, sobre cualquier tema, no importa que tan insignificante sea, ya no tendré compasión de ti —prometió.

—Sé que lo que hice no tiene perdón, pero juro que jamás volveré a mentirte. —expresó intentando sostener su mano, pero Jake, no lo permitió.

—Silvia…, puede que no te haya despedido, pero eso no significa que las cosas volverán a ser como antes —le aclaró.

—¿Qué quieres decir?

—Que, a partir de ahora, solo serás una subordinada para mí.

—Pero siempre hemos sido amigos, Jake. —expresó tristemente.

—Eso ya se acabó. En parte es mi culpa que te hayas hecho ilusiones, por eso quiero dejarte claro que, a partir de ahora, nuestra relación será estrictamente profesional.

Silvia se encontraba realmente desesperada. Bajo otra circunstancia, no habría aceptado semejante trato. Sin embargo, no podía permitir que la apartaran del museo, y le quedaba claro que, si no aceptaba sus términos, Jake la despediría.

Si perdía el trabajo, Rick podría prescindir de sus servicios. Y entonces, solo Dios sabe lo que el hombre haría con ella para mantener sus planes en secreto. *«Es mejor seguir viva, que morir solo por querer mantener la dignidad»,* concluyó Silvia antes de respirar hondo y responder.

—De acuerdo, como usted diga, jefe.

Esa mañana, cuando Serena llegó a trabajar, tenía otro ánimo. A pesar de que, la muerte de su querida hermana y cuñado aún seguían siendo un misterio. Al menos, ahora, tendría un futuro con Jake. Uno en el cual estarían juntos como pareja.

—Milton, he terminado con estos documentos. Cuando llegue el señor Castle, ¿podrías

entregárselos?

—Por supuesto. Imagino que se ocupará del trabajo de la señorita Santoro.

—Sí, estará ausente por unos días.

—Sin duda, es lamentable su accidente. Sin embargo, debo admitir, que me alegra saber que ciertas verdades han salido a la luz.

—¿Ya te enteraste?

—He hablado con el señor Castle, esta mañana.

—Supongo entonces que, ya estás al tanto de las mentiras de Silvia.

—Debo admitir, que me ha sorprendido mucho escuchar que la señorita Santoro tuvo este tipo de comportamiento. Ella y el señor Castle siempre han sido muy amigos. Él le tenía mucha confianza.

—Pues a mí no me ha sorprendido para nada. Ella nunca ha sido una persona de fiar. Desde el día en que llegué a este museo, Silvia buscó la manera de arruinarme.

—¿A qué se refiere?

—A la desaparición de la joya, a que me arrojó a una fuente por pura diversión.

—Siempre hubo una enemistad entre ustedes, pero no creí que fuese tan extrema.

—Pues ahora ya lo sabes, debes tener mucho cuidado con ella.

—Lo tendré en cuenta.

Tras su visita al hospital, Jake fue a Castle Enterprise para hablar con Frank. Si alguien sabía algún secreto guardado de Marcus, esa persona con certeza sería su fiel amigo y chofer.

—Señor Castle, no creí que vendría hoy. —expresó Frank al verlo llegar en la empresa.

—Vine por un asunto personal. Necesito hablar contigo sobre Marcus.

—Vayamos a su oficina. —sugirió.

—De acuerdo.

Cuando ingresaron a la antigua oficina de Marcus. Jake se sentó antes de decirle sin preámbulos.

—Creo firmemente que Rick Campbell mandó matar a mi hermano.

A Jake le quedó claro que Frank no se esperaba semejante noticia. El hombre apenas podía mantenerse en pie.

—Siéntate —le indicó Jake, y eso hizo Frank.

—Lo siento, esto no era lo que esperaba oír.

—No tienes que disculparte, yo también me sorprendí cuando lo descubrí.

—¿Hace mucho tiempo que lo sabes?

Jake no le había hablado de su investigación, por razones personales. Sin embargo, ya era hora de discutir con un aliado sobre el tema.

—A principio eran solo sospechas, sin embargo, luego de investigar descubrí que el accidente fue ocasionado.

—Ya veo… Cuéntame todo, desde un principio.

Jake le contó a detalle cómo habían llevado a cabo la investigación y todos sus avances.

—Entonces, la empresa que pagó al mercenario le pertenece a Rick.

—Así es. Por eso necesitaba hablar contigo. Sé que tú conoces muchos secretos que Marcus me ocultaba por motivos personales.

—No sé si deba decirle esto, pero supongo que a estas alturas ya no tiene caso ocultárselo.

—Dime.

—Marcus vigilaba a Rick. Lo empezó a hacer después de descubrir que era tu padre. Por un tiempo, no pasó nada, pero un año después del encarcelamiento de Margareth, él empezó a visitarla.

—¿Por qué visitaría a mi madre?

—Marcus sospechaba que era para obtener alguna información secreta sobre la familia Castle.

—¿Cuántas veces la visitó?

—Creo que al menos unas seis veces.

—Si la visitó tantas veces, debió tener una razón muy poderosa.

—¿Crees que tu madre tiene más secretos sobre la familia Castle?

—No lo sé, toda su vida ha vivido como Marianne Castle, no sé cómo es en realidad esa mujer. Tal vez siga empleando sus artimañas desde el hospital psiquiátrico.

—Sería difícil, pero no imposible.

—¿Por qué Marcus nunca me habló de esto?

—Él no quería que usted se involucrara. Después de todo, ese hombre seguía siendo su padre biológico.

—¿De qué habrá hablado Rick con mi madre?

—No lo sé, me temo que, si quiere saberlo, tendrá que ir a visitarla usted mismo.



Capítulo 49
«Quid pro quo»

Jake no espero un solo minuto. Se dirigió al centro psiquiátrico de la correccional de mujeres. Su madre llevaba allí un poco más de 5 años. Sin embargo, él nunca la visitó. Le avergonzaba ser su hijo y no quería tener ninguna relación con la mujer que casi mató a Marcus.

—Hola, madre —espetó al ingresar a la sala de visitas. Margareth se encontraba en una habitación especial, con las paredes recubiertas de almohadillas.

—Jake, te ves… Diferente.

—Han pasado 5 años. He envejecido.

—No me refería a eso.

—No he venido a hablar de mí, Margareth —al escuchar cómo la llamaba, ella se molestó.

—Entonces, ¿a qué has venido? —expresó con indiferencia.

—Supe que tuviste muchas visitas de Rick Campbell.

—Ah ¿sí? ¿Quién te lo dijo?

—Eso no importa. Dime por qué vino a verte.

—Sabes Jake, llevo un buen tiempo encerrada, y si hay algo que he aprendido dentro de la cárcel es que, no debo dar información gratuitamente.

—¿Quieres algo a cambio? —expresó muy indignado.

—Por supuesto. —respondió Margareth con mucho descaro.

—¡No te daré absolutamente nada!

—Entonces jamás sabrás por qué Rick vino a verme.

Al ver que su madre no había cambiado nada, Jake se sintió decepcionado. Sin embargo, sus sentimientos por Margareth no importaban, precisaba de información y haría lo necesario para obtenerla.

—¿Qué quieres? —preguntó de mala gana.

—Sé que no puedo salir de aquí. Sin embargo, con cierta recomendación de mi psiquiatra, podrían darme más horas de sol.

—Ya veo, veré lo que puedo hacer, pero primero vas a responder a todas mis preguntas.

—¿Tengo tu palabra de que no cambiarás de opinión una vez que obtengas lo que quieres?

—Sí. Sea lo que sea, que tengas que decir, abogaré por ti con el psiquiátrico.

—Bien, entonces te diré todo lo que quieres saber.

—¿Por qué vino a verte Rick Campbell?

—Ah… bueno, ya sabes, necesitaba tener acceso a mis contactos.

—¿Qué quieres decir?

—En el pasado, como bien sabes, tenía mucho poder, y con el poder obtienes muchos aliados, contactos y lo más importante, tienes espías por todos lados.

—¿Qué fue lo que te pidió?

—Necesitaba un par de cosas, pero lo que más deseaba era obtener el nombre de mi contacto en el despacho de abogados de la familia Castle.

—¿Por qué querría eso?

—Supongo que, para obtener información confidencial, igual que lo hice yo —Jake la observó confundido— ¿Cómo crees que obtuve todos los datos del testamento de tu padre, incluso antes de la lectura?

—Entiendo, ¿cómo se llama tu espía? —Margareth se hizo de la desentendida, pero luego de que Jake le brindara una mirada asesina, respondió.

—Presumo que ya no la necesito, es Brittany.

—¿La asistente? —espetó Jake muy sorprendido.

—Sí, los de bajo perfil siempre pasan desapercibidos y cobran menos —expresó con una sonrisa maquiavélica.

—Ya veo, ¿qué otra cosa te pidió Rick?

—Quería que le transfiriera mis membresías.

—¿Qué membresías? —preguntó intrigado.

—De ciertos negocios turbios que mantenía en el país y en el territorio europeo.

—¿Negocios turbios?

—¿Cómo creíste que obtenía los documentos y todos los accesos para usurpar el lugar de Marianne Castle? —Jake parecía impactado con la novedad, así que Margareth agregó— Negocios ilícitos, querido.

—La policía nunca nos habló de esto —expresó indignado.

—Creían que estaba loca. Jamás se les ocurrió cavar más hondo para encontrar todo lo demás.

—¿Le diste todo lo que él quería? —inquirió muy preocupado.

—A principio me negué, por supuesto, pero como sabes, soy una mujer de negocios y en mi situación no hay mucho que se pueda hacer desde aquí, me tienen totalmente aislada.

—Así que, al final, accediste a cambio de algo —concluyó Jake decepcionado.

—Así es.

—¿Qué fue lo que te prometió Rick? —quiso saber Jake muy curioso.

—Lo único que podría tentarme. —respondió con una radiante sonrisa.

—¿Y qué sería eso?

—Venganza —expresó con una mirada fría.

Le tomó a Jake un par de segundos procesar el significado de sus palabras. Cuando lo hizo, preguntó inquisitivo.

—¿Qué hiciste Margareth? —inquirió desesperado por una réplica, pero en el fondo, ya sabía la respuesta.

—Yo nada. Rick, por otro lado, como sabes, es muy… travieso —expresó irónicamente.

—¡Fuiste tú! ¡Fue tu idea!

—No sé de qué hablas.

—Tú le pediste que matara a Marcus.

—Hasta dónde sé, fue un trágico accidente —espetó dramáticamente.

—En verdad estás loca. ¿Cómo puedes seguir siendo tan cruel y despiadada? ¿Acaso no tienes conciencia? —respondió Jake muy alterado.

—Jake, siempre fuiste un ingenuo. ¿En verdad creíste que le perdonaría a Marcus todo lo que me hizo?

—¿Lo que te hizo? ¡Él jamás te hizo daño!

—Me dejó en la calle, y me arrebató todo el poder que tenía en la familia Castle. Él me arruinó la vida.

—¡Tú misma te arruinaste en el momento en que decidiste ocupar el lugar de tu hermana muerta! —respondió Jake casi gritando.

—Si hubiera sabido que terminarías siendo un moralista, jamás te habría traído a este mundo.

A pesar de haber perdido todo el afecto que tenía por su madre. Las palabras de Margareth afectaron profundamente a Jake. Sin embargo, no dejaría que esa mujer viera su dolor, así que, respiró hondo antes de decir.

—Hablaré con tu psiquiatra, y después de eso, olvidaré que existes.

Tras llegar a su oficina en Castle Enterprise, Jake llamó a Frank para contarle sobre su encuentro con Margareth. Seguía muy afectado con las novedades. No podía creer que después de tantos años, ella seguía haciéndoles daño, incluso desde la cárcel.

—¿Cómo te fue? —preguntó Frank.

—Obtuve la información que quería.

—Entonces, ¿por qué te ves tan abatido?

—Es peor de lo que pensé.

—¿Qué quería Rick con Margareth?

—Margareth tiene un espía en el despacho de abogados de la familia Castle. Rick quería el nombre de su contacto.

—Ya veo. ¿Sabes de quién se trata?

—Sí. Es Brittany.

—¿La asistente?

—Así es.

—Siempre me pareció muy simpática, ¿quién diría que trabajaba para Margareth?

—Supongo que nunca estuvo bajo sospecha, justamente debido a su amabilidad.

—¿Qué haremos ahora?

—La vamos a emboscar.

—¿Y luego?

—Haremos que nos diga todo lo que sabe.

Al final de la tarde, Brittany Finn salía de la oficina para dirigirse a su automóvil. De pronto alguien le cubrió la boca con un paño mojado, y lo último que sintió fue que una bolsa negra le cubría la cabeza y era arrastrada por el estacionamiento.

Más tarde, despertó en un depósito oscuro y sucio. Sus pies y manos se encontraban atados a una silla. Estaba aterrorizada, era evidente que la habían secuestrado.

—Ya despertó —escuchó decir a una voz masculina desconocida.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —preguntó Brittany con temor.

—¿Recuerdas a Rick? —espetó el hombre muy amenazante.

—¿Qué quiere? ¡Juro que no abrí la boca!

—Ah, ¿no?, pues no es eso lo que nos dijeron.

—¡Lo juro! Yo nunca le dije nada a los de la firma, ni a los familiares de Marcus Castle. Ni siquiera cuando la policía nos entrevistó. —Una luz radiante opacó la visión de Brittany, luego el hombre se le acercó.

—¿Así que no le dijiste a nadie que le diste información a Rick?

—¡No! Jamás le diría a nadie, perdería mi trabajo inmediatamente si descubren que filtré información confidencial sobre los testamentos.

Jake que se encontraba oculto tras una pared, escuchó cada palabra. Walker siguió utilizando sus técnicas de interrogación para obtener cualquier dato adicional que pudiera dar luz al misterio que tenían entre manos.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no se lo dijiste a Jake Castle?

—Si le hubiera dicho lo que hizo Rick, ya habría llamado a la policía.

—¿Qué quieres decir?

—Es más que obvio que Rick eliminó a Marcus, y Jake es quien sigue en su lista.

No podían arriesgarse a ser descubiertos. Así que Walker terminó con el interrogatorio antes de que la chica notara que no trabajaban para Rick.

—Bien, si le sigues siendo fiel al jefe, seguirás con vida, pero si abres la boca…

—¡Ya sé! Juro que jamás diré nada. —prometió Brittany desesperada.

—Buena chica.

Más tarde, Jake marcó una reunión en la mansión. Todos los interesados aparecieron por las veintiuna horas. Serena se encargó de acostar a Daniel para que tuvieran su reunión sin ningún testigo.

—Ya estamos todos —expresó Jake al ver que Milton, Frank, Walker y Serena se encontraban en la biblioteca.

—¿Cuál es la novedad? —preguntó Serena muy ansiosa.

—Hablé esta mañana con Frank, y a luz de ciertas revelaciones, fui a visitar a Margareth en la correccional, allí obtuve novedades muy interesantes.

—¿De qué se trata? —inquirió esta vez Milton.

—Aparentemente, Rick Campbell obtuvo información confidencial respecto a los testamentos de los herederos de la familia Castle.

—¿Dijiste testamentos? —preguntó Serena, confundida.

—Así es. —respondió Jake y agregó—. Hemos indagado con Walker y resulta que Brittany, la asistente del bufete, era una espía de Margareth.

—¿Para qué querría Rick información sobre los testamentos? —inquirió Serena.

—Hasta hace poco, no sabría responder a esa pregunta. Sin embargo, luego de la solicitud de reconocimiento de paternidad de Rick, sospechamos que tiene algo que ver con las acciones de Castle Enterprise. —explicó Jake.

—No comprendo —expresó Serena.

—Veamos, ahora todos conocemos el contenido del testamento de Marcus. Sin embargo, anteriormente, nadie sabía lo que él tenía planeado. Incluso su propio hermano, se llevó una tremenda sorpresa tras su muerte. —argumentó Walker.

—Así es —agregó Jake—. Para que se entienda mejor, les diré qué decía en mi testamento —él respiró hondo y luego continuó—. Como era un testamento preventivo, y seguía siendo soltero, denominé heredero universal a Marcus.

—Sigo sin entender qué tiene que ver con la solicitud de reconocimiento de paternidad de Rick. —espetó Serena.

—Creo que yo puedo explicar esa parte —expresó Milton, muy contento de que

finalmente pudiera emplear sus conocimientos legales para algo útil—. Verá, señorita Sanders. Según la ley de herencia, si fallece el beneficiario de un testamento, y no se tiene otro beneficiario secundario, ya denominado en el mismo. Por ley, la herencia pasa al familiar sanguíneo más cercano. Lo usual sería una esposa, un hijo, los padres biológicos, o en ausencia de estos un hermano. Como el señor Castle no tiene hijos, esposa o hermano vivo.

—¿Qué hay de Margareth? —preguntó Jake.

—¿Crees que ella podría solicitar reconocerte? —preguntó Serena, preocupada.

—Es una convicta. Al ser una criminal peligrosa, ningún juez en su sano juicio le otorgaría siquiera la oportunidad de reclamar sus derechos como madre biológica. Además, ella nunca te reconoció bajo su nombre, ante la ley sigues siendo el hijo de Marianne Castle —argumentó Milton.

—Entonces solo quedaría Rick —concluyó Serena anonadada.

—Precisamente. Tras obligar a la ley a reconocerlo como padre de Jake, legalmente podría ser su heredero. —continuó Milton.

—Ahora entiendo por qué Rick no quiso alterar mi condición como un miembro de la familia Castle. Si perdía el apellido, perdía mis acciones. —aseveró Jake.

—Al ser tu único heredero, sería el accionista mayoritario y, por ende, el nuevo CEO de Castle Enterprise. Ya que Daniel no podría asumir dicho cargo hasta que cumpliera la mayoría de edad —agregó Serena, reflexiva.

—Su plan es muy elaborado. Sin embargo, no funcionaría si usted denomina a otro beneficiario en su testamento. —afirmó Milton.

—Cualquier persona que ponga en un testamento estará en peligro de muerte. —afirmó Jake sombríamente.

—Así es, pero al menos tenemos la ventaja de que él no está enterado de que ya lo descubrimos —afirmó Walker. Tras procesar brevemente la novedad, Serena preguntó directamente.

—¿Crees que mató a Marcus para ser tu único heredero?

—Es una de las razones. —contestó Jake.

—¿Y cuál es la otra? —quiso saber ella.

—Margareth se lo exigió como moneda de intercambio.



Capítulo 50
«Un hombre sin corazón»

Serena contuvo las emociones. Sin embargo, sus manos empezaron a temblar. Al notar su estado emocional, Jake se dio cuenta de que debió ser más sensible respecto al tema, pero ahora ya era tarde.

—¿Estás diciendo que ella ordenó la muerte de mi hermana? —preguntó Serena con el corazón en la mano.

—Estoy seguro de que Rick no los mató solo por eso —respondió Walker—. Según mi investigación, Marcus era un problema serio para Rick. Que Margareth le pidiera esto, no tuvo mucho que ver en su decisión de eliminarlos.

—¿Estás diciendo que él los mataría de todas formas? —inquirió Serena.

—Sí, necesitaba librarse de Marcus, para así tener acceso a la herencia de Jake. Además, Marcus nunca le permitiría ser parte de Castle Enterprise mientras siguiera vivo. Así que, mi conclusión es que él los mató para su propio beneficio.

—¿Se supone que eso debería consolarme? —espetó Serena dolida.

—Lo siento, Serena —expresó Jake tratando de abrazarla, pero ella se apartó.

—Necesito un segundo —respondió y empezó a respirar bocanadas de aire, unos instantes después dijo—. Ok, sigamos.

—Si lo que pensamos es cierto —prosiguió Walker—, significa que su próximo objetivo será Jake.

—¿Intentará matar a su propio hijo? —preguntó Serena, indignada.

—Tal vez ya eliminó a su siguiente objetivo —comentó Milton, reflexivo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jake.

—¿Recuerda que la señorita Santoro tuvo un accidente de camino a la consulta para hacerse el examen de ADN?

—Sí, por supuesto.

—Hablé con la policía para reclamar lo del seguro, ya que el vehículo le pertenece al museo. Me dijeron que no fue un accidente. Si no que le cortaron los frenos.

—¿Y si Rick se enteró de que ella estaba embarazada? —dijo Serena asombrada.

—Sin duda sería otro obstáculo para reclamar la herencia —afirmó Walker.

—Claro, porque yo tendría un hijo, que podría heredar mis acciones de Castle Enterprise. —agregó Jake.

—Precisamente. —comentó Milton.

—¿Crees que atentó en contra de la vida de Silvia para matar al niño? ¿A su propio nieto? —preguntó Serena, totalmente horrorizada.

Jake se quedó en silencio por unos instantes. Si lo que pensaban era cierto, entonces, todos a su alrededor se encontraban en un inminente peligro. Sin embargo, no se dejaría afectar por ese cretino, si quería guerra. Eso era exactamente lo que tendría.

Serena seguía observándolo, como esperando una respuesta. Entonces le dijo con una voz fría y sin emoción.

—No creo que le importe mucho lo de la sangre, al fin de cuentas tiene que matarme para heredar las acciones de Castle Enterprise.

Su respuesta la inmovilizó. No podía ni siquiera imaginarse vivir sin Jake. Su corazón se rompería en mil pedazos. Ya había perdido a Anne debido al maldito de Rick, de ninguna manera permitiría que alguien lo matase, pensó antes de decir.

—En ese caso, también necesitaremos de un plan, y debe ser uno muy bueno.

Acordaron hablar con Kate para que obtuviese más detalles sobre el negocio de contrabando de arte en el que estaba metido Rick. Si lograban dar con Zeus, tendrían pruebas de sus actividades ilícitas y tal vez de alguna forma lograrían conectarlo con el asesinato de los padres de Daniel.

Al día siguiente, Silvia volvió al trabajo. Se suponía que estaría una semana de reposo médico. Sin embargo, no podía ausentarse por mucho tiempo. Rick solo mantenía vivos a los aliados que servían a su propósito; si le fallaba, la eliminaría como a los demás.

—Señorita Santoro, no esperábamos que volviera hoy —espetó Milton, muy sorprendido de verla en el museo.

—No les podía dejar toda la carga. Estamos en un mes muy complicado.

—Sin embargo, el médico le indicó que reposara.

—Trataré de no esforzarme demasiado. —expresó para justificarse.

—Si necesita de ayuda, solo debe pedirlo —dijo Milton intentando sonar amable—. Ah, por cierto, el señor Castle desea hablarle sobre un tema importante.

—Gracias, Milton. ¿Está en su oficina?

—Sí, ha llegado temprano.

—Pasaré a verlo.

—De acuerdo.

Silvia ingresó a la oficina de Jake. Como de costumbre lo hizo sin anunciarse. Al verla, Jake se molestó.

—Creí que habíamos acordado tener una relación únicamente profesional.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué ingresaste a mi oficina sin tocar la puerta?

—Ah, debió ser por la costumbre —dijo ella intentando excusarse.

—Que no vuelva a repetirse.

—Por supuesto, lo lamento.

—¿Qué te trae por aquí? Creí que seguías de reposo médico —expresó Jake con indiferencia.

—Ya no soportaba estar en casa sin hacer nada.

—Ya veo.

—Jake… —Él levantó la cabeza de los papeles para dedicarle una mirada fría—. Quiero decir, señor Castle.

—¿Sí?

—Milton ha dicho que querías hablar conmigo sobre un asunto importante.

—Ah, sí, sobre el accidente. —Silvia inmediatamente se tensó.

—¿Qué hay del accidente? —preguntó cautelosa.

—Bueno, en realidad no fue un accidente. Alguien cortó tus frenos. Por lo que, pronto te contactará la policía para hacerte unas preguntas.

—Así que, no fue un accidente —espetó sin poder contenerse al confirmar sus sospechas.

—Silvia, ¿hay algo que quieras decirme?

Ella lo miró intensamente, y por un instante quiso confesarle toda la verdad, pero si lo hacía, perdería cualquier oportunidad de conquistar a Jake.

—No, lo siento, aún estoy algo desorientada debido al accidente.

—Si sigues en shock, deberías estar en casa.

—No te preocupes, estaré bien.

—De acuerdo, si me disculpas, debo seguir con estos documentos.

—Por supuesto, me retiro, señor Castle —expresó muy respetuosamente y salió de su oficina. Enseguida ingresó Milton.

—¿Qué le dijo sobre el accidente?

—No parecía muy sorprendida cuando le dije que le cortaron los frenos.

—¡Qué extraño!

—Sí, dile al detective Walker que la investigue. Tengo la impresión de que me oculta algo.

—De acuerdo.

Serena seguía muy afectada con las últimas noticias. Toda la mañana se pasó llevando a cabo sus actividades de manera mecánica. Seguía en un estado catatónico por así decirlo. Tanto es así, que, ni siquiera, notó cuando Vincent Turner se le acercó de manera sigilosa por detrás, mientras ella inspeccionaba la nueva exposición de arte bizantina.

—*¡Hey!*

—¡Santo cielo! Casi me matas de susto.

—Perdón, no quería asustarla.

—¿Qué hace aquí?

—Vine a verla.

—¿Para qué?

—Tengo una oferta para ti.

—Creí que le había dejado claro que no me interesa tener una relación amorosa con usted.

—Bien, porque no es una relación amorosa.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De una relación laboral.

—Pero yo ya tengo trabajo.

—Un pajarito me contó que pronto terminas la pasantía.

—Así es.

—Entonces necesitarías de un empleo.

—Bueno, la verdad es que…

—No debes preocuparte de nada. Ni bien termines tu pasantía, te vienes a trabajar conmigo.

—¿Y qué se supone que haría con usted?

—Necesito a un curador de confianza para un proyecto personal.

—¿Hablas en serio? —espetó Serena sorprendida.

—Sí, por supuesto. A su vez, esta persona se encargará de administrar las piezas de arte y reliquias de mi familia. —agregó para convencerla.

—¡Es una oferta maravillosa! —respondió emocionada, pues por lo poco que había visto de la colección de los Turner, sabía que era un trabajo de ensueño. Sin embargo, no había estudiado museología y curaduría para trabajar con un coleccionista.

—El trabajo es tuyo, si lo quieres.

—Señor Turner, usted en verdad me halaga. Sin embargo, tendré que rechazar su oferta.

—¿Por qué?

—Mi sueño siempre fue trabajar en un museo, y si trabajo con usted, no podré cumplir ese sueño.

—Entiendo, pero la oferta sigue en pie. Aún tiene tiempo, piénselo.

—De acuerdo, muchas gracias.

En cuanto Walker recibió el mensaje de Jake empezó a investigar a Silvia. Le hizo una rápida visita a Kate para encargarle el trabajo. Mientras tanto, él seguiría a la curadora, pues si ocultaba algún secreto, era la forma más rápida de descubrirlo.

—Hola, Kate.

—Hola, ¿qué me trajiste?

—Unos churros.

—Tú sí que conoces mis gustos.

—¿Qué tienes para mí?

—Sobre nuestro amigo Zeus, es un escurridizo, pero hasta hoy día no he conocido a nadie que pueda superarme, así que pronto lo atraparé.

—Bien, porque es el único rastro que tenemos de las transacciones ilícitas de Rick.

—Sí, lo sé, me esforzaré en conseguir un nombre real, te lo prometo.

—Bien, ¿qué hay de Silvia?

—Bueno, al principio tiré el nombre en el sistema y no apareció nada interesante. Silvia Santoro está limpia, así que, hurgué un poco más y descubrí que cuando era menor de edad se metió en algunos líos.

—¿Fue arrestada?

—Sí, pero como era menor de edad, sellaron su registro y eliminaron sus antecedentes penales.

—Ya veo.

—Lo extraño es que después de salir del reformatorio, milagrosamente se convirtió en una chica buena.

—¿Y eso te parece raro? Los psicólogos lo llaman resiliencia.

—Yo también sería resiliente si me pagaran la carrera universitaria y mis posgrados.

—¿Quién lo hizo?

—Un benefactor anónimo, pero ya estoy trabajando en eso.

—¿Qué más tienes?

—Por ahora, nada. Su registro parecía bastante extenso, pero prácticamente todo se ha eliminado. Sin embargo, tal vez pueda conseguir algo sobre su pasado con un amigo de la agencia.

—No sabía que eras una chica tan popular.

—Tengo mis recursos.

—¿Quién es tu amigo?

—Se llama Carlson.

—¿Lo conoces bien? ¿Es de fiar?

—Sí. Me ayudó con algunos asuntos en el pasado.

—De acuerdo. Resumiendo. Nuestra chica salió del reformatorio, totalmente transformada y ahora es una curadora renombrada.

—Eso parece, pero seguiré hurgando.

—Está bien, mantenme informado.

—De acuerdo, jefe.

—Sabes que no trabajas para mí, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé, nunca trabajaría para un agente de la ley. Como comprenderás, no les tengo mucha simpatía.

—Exagente.

—De acuerdo, como digas, jefe.

En la noche, Jake aguardaba para reunirse con Walker y Serena a fin de platicar sobre las últimas novedades. Querían resolver la situación lo antes posible, pues desde el momento en el que confirmaron la participación de Rick en el asesinato de Marcus y Anne, ambos tenían los nervios de punta.

A principio solo temían por la vida de Daniel, pero ahora, resultaba que el número uno en la lista negra de Rick, era Jake y eso solo había empeorado la ansiedad de Serena. Así que, ni bien entró en la biblioteca, preguntó.

—¿Alguna novedad?

—Sigo aguardando a que llegue Walker, pero tal vez tenga algo nuevo, no lo sé.

—Dime.

—Hoy, cuando le dije a Silvia que intentaron matarla, no parecía muy sorprendida.

—Porque no me extraña. Esa mujer siempre me dio mala espina.

—Tuve esa misma impresión hoy, Walker la está investigando.

—Creí que la conocías.

—La conocí cuando fui a estudiar en Francia, nunca me pareció sospechosa, hasta ahora.

—La verdad es que uno nunca sabe, la gente siempre oculta muchos secretos.

—Eso lo sé bien por experiencia. En fin, pronto sabremos si se trae algo entre manos.



Capítulo 51

«Nunca dudes del talento de una chica»

Walker llegó a la mansión cerca de las diez de la noche. El día había sido bastante productivo, puesto que, además de obtener datos interesantes sobre Silvia, Kate había encontrado un indicio sobre Zeus.

—Buenas noches —expresó ingresando en la biblioteca.

—Al fin llegas. —comentó Jake.

—Tuve un contratiempo, pero tengo noticias —afirmó.

—Ya veo. ¿De qué se trata? —inquirió Jake.

—Kate investigó a Silvia. Al parecer no está del todo limpia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jake intrigado.

—Tiene un expediente sellado.

—¿Qué significa eso? —fue Serena quien preguntó esta vez.

—Significa que tiene antecedentes criminales.

—¿De qué tipo de crimen hablamos? —preguntó Jake.

—Aún no lo sé, el expediente está sellado, así que no está disponible al público. Kate intentará conseguirlo por otros medios.

—De acuerdo —espetó Jake.

—Hay algo más. La seguí hoy, y después de almorzar en un restaurante, fue a encontrarse con alguien en un motel de 3 estrellas a las afueras de la ciudad.

—¿A quién vio?

—A Rick Campbell.

—¿Esos dos están confabulados? —espetó Jake incrédulo, *«¿Quién diablos es esta mujer?»*, se preguntó. Pues de pronto, Silvia parecía una total desconocida.

—No pude escuchar la conversación que tuvieron. Así que cuando ambos se marcharon fui a la recepción para pedir esa misma habitación, por si pudiera encontrar algún indicio. Sin embargo, no estaba disponible, al parecer, Silvia lo ha estado rentando a tiempo completo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace meses. Por lo que, deduje que es un punto de encuentro entre ambos.

—Así que no es la primera vez que se ven. —afirmó Serena.

—Eso parece. —contestó Walker

—Lo que no entiendo es por qué una mujer como ella se asociaría con Rick —espetó Serena incrédula, pero luego recordó que Silvia ya conocía el secreto de Jake.

—Tal vez tenga algo que ver con su expediente sellado. —sugirió Jake reflexivo.

—Si realmente son aliados, ¿por qué habría intentado matarla? —preguntó Serena.

—Tal vez Rick no sabía la verdad sobre el bebé —argumentó Jake.

—Puede ser. Espera, es Kate, debe tener novedades. —espetó Walker al ver que recibía una llamada en su celular.

—Atiende, creo que todos queremos escuchar lo que tiene que decir —recomendó Jake, entonces Walker contestó la llamada.

—Hola, Kate, espero que no te importe, pero te puse en alta voz.

—Está bien, hola a quien sea que esté ahí.

—Hola, Kate —saludó Jake— es un gusto conocerte —agregó Serena.

—También es un gusto finalmente conocerlos, aunque, a decir verdad, siento que ya los conozco, pues me he leído sus expedientes. —Jake y Serena se miraron por un instante, antes de sonreír. Walker agitó la cabeza, muy avergonzado, luego dijo:

—Kate, ya tendrás oportunidad de presentarte, ahora dime lo que tienes.

—¡Qué aguafiestas! De acuerdo… Tengo una buena y una mala noticia. ¿Cuál quieren escuchar primero?

—La buena noticia. —espetó Serena.

—Bien. Conseguí el expediente sellado de Silvia.

—¿Qué decía? —inquirió Walker.

—Es huérfana, estuvo en varios hogares adoptivos hasta los 14 años, luego se escapó para vivir en las calles y se metió con la gente equivocada. Terminó trabajando como prostituta y distribuidora de estupefacientes en un burdel. Tras una redada sorpresa de la policía, la atraparon. Como era menor de edad, la llevaron a un reformatorio. La condenaron por prostitución y tráfico de drogas. Unos meses más tarde, milagrosamente, apareció un excelente abogado que la sacó del reformatorio y logró que sellaran su expediente. Después de eso se reformó y se convirtió en la mujer que conocemos.

Serena y Jake se encontraban muy sorprendidos con la novedad. Ni en cien mil años se habrían imaginado que Silvia tuviese un pasado tan oscuro.

—¿Ya sabes quién es su generoso benefactor? —preguntó Walker.

—Gracias a que se consiguió ese abogado muy costoso, pude hacer la conexión, y descubrí quién es el misterioso hombre que ha pagado todas sus facturas.

—¿Rick Campbell? —espetó Walker.

—Así es, ¿cómo lo descubriste?

—Lo acabo de ver con Silvia en una reunión muy secreta.

—Bien, entonces ya está super confirmado, que ella es una de las villanas. —afirmó Kate.

—Estoy seguro de que Rick la está chantajeando. No sería la primera vez que usa el pasado de una mujer para obligarla a hacer su trabajo sucio —comentó Jake esperanzado, recordando la situación de Brianna Murphy.

—¿Crees que la está obligando? —preguntó atónita Serena, quien no tenía una muy buena opinión de ella.

—Es posible, en el pasado usó una estrategia similar con la intención de arruinar a Marcus —argumentó Jake.

—Por ahora lo más prudente es asumir que está cooperando con Rick voluntariamente —espetó Walker— Después de todo, él ha sido su benefactor por muchos años. Además, no sabemos con qué intención se acercó a Jake. Debemos descubrir que tan implicada está en este

asunto.

—Investigaré sus transacciones bancarias para ver si tienen alguna conexión con las de Rick. —comentó Kate que seguía en el teléfono.

—¿Qué haremos mientras tanto? —preguntó Serena muy preocupada.

—Por ahora deben actuar como si no supieran nada. Si descubre que la desenmascararon, nos delatará con Rick y jamás sabremos cuáles eran sus planes. —explicó Walker.

—Está bien, pero para que conste creo que es una pésima idea mantenerla cerca de nosotros —argumentó Serena.

—No te preocupes. La mantendremos vigilada. —prometió Jake que seguía pasmado ante las novedades.

—¿Cuál es la mala noticia? —prosiguió Walker, preguntándole a Kate.

—Ah, bueno, sobre nuestro amigo Zeus, les puedo asegurar que no es un amateur. Tuve que pasar el día entero jugando al pimpón para conseguir este dato. —comentó Kate muy admirada.

—¿Qué quiso decir? —le preguntó Jake a Walker, pues estaba muy confundido.

—Deja las metáforas de lado y ya dime lo que sabes —exigió Walker.

—De acuerdo, me explicaré mejor. —contestó Kate y agregó—. Como nuestra única pista era un número de cuenta bancaria anónima que, amablemente, nuestro amigo Zeus había firmado con su seudónimo, la rastreé. Tuve que hackear a un banco suizo solo para descubrir que era un mero señuelo. La cuenta estaba a nombre de una anciana que acababa de jubilarse. Como ella obviamente no era nuestro contrabandista, seguí indagando en su cuenta. Pronto noté que se le había depositado el monto del pago solo unos minutos antes de la transferencia a la cuenta de Moreau. Seguí hurgando y me metí en la cuenta que le hizo el depósito a la anciana y esta me derivó a otra cuenta anónima, que me derivó a otra cuenta, y así por delante. Salté como en 40 cuentas bancarias antes de que un firewall me bloqueara.

—¿Entonces? —inquirió Walker.

—Terminé bloqueada por un banco de Singapur. Tienen un sistema de seguridad de redes muy bueno. No pude ingresar para ver quién hizo el pago original. Esa es la mala noticia.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Jake.

—Sigo intentando atravesar el firewall, lamentablemente es muy sofisticado. Sé que puedo lograrlo, pero podría llevar algo de tiempo.

—Tiempo es algo que no tenemos, Kate. —argumentó Jake.

—Es cierto, Rick podría decidir asesinarte en cualquier momento. —agregó Serena.

—Si tan solo tuviera una computadora que posee el mismo firewall que el banco de Singapur, podría instalar un malware y así tener acceso al código del programa. Una vez que lo haga, ya no tendré problemas para atravesarlo y obtendríamos la identidad de Zeus.

—No estás pensando en ir a una empresa personalmente solo para hackearla, ¿verdad? —preguntó Walker, muy preocupado.

—No —afirmó Kate.

—Eso sería muy arriesgado —argumentó Jake.

—Lo sé, por eso mismo, necesitamos de un caballo de Troya. —indicó Kate.

—Explícate —exigió Walker.

—Tengo un listado de empresas que usan el mismo firewall y se encuentran en este país. Solo necesitamos a alguien que trabaje en una de estas empresas. Esta persona deberá encargarse de instalar el malware en una de las computadoras que tienen acceso al sistema de seguridad de redes, y entonces ¡Bingo!

—¿La lista de empresas es larga? —preguntó Walker.

—No. Es un sistema muy costoso, así que la lista es muy corta.

—Eso reduce mucho nuestras posibilidades —comentó Walker muy decepcionado.

—¿Qué empresas están en la lista?? —preguntó Jake, pensando que tal vez pudiera encontrar a un amigo que lo ayudara.

—Tenemos a GZX International, JKT Financials, Turner Enterprise y Fixmel Logistics.

—Espera, ¿dijiste Turner Enterprise? —preguntó Serena, muy interesada.

—Sí. Es una de las empresas que ha comprado el software, según mi investigación.

—Esa es una buena noticia —expresó muy contenta.

—¿Acaso estás loca? ¿Cómo eso puede ser una buena noticia? La empresa le pertenece a Vincent Turner, mi enemigo declarado. Él jamás accederá a ayudarnos.

—Él no tiene que hacerlo, solo necesitamos a alguien que trabaje para él. —comentó Serena.

—No conozco a nadie que pudiera ayudarnos —aclaró Jake.

—En realidad, sí, conoces a alguien.

—¿De quién hablas?

—Hablo de mí.

Serena le comentó a Jake sobre la propuesta de Vincent, él ni siquiera le dejó que se lo explicara apropiadamente. Se negó rotundamente a que aceptara la oferta de trabajo.

—¡No! ¡No lo harás!

—Es nuestra única oportunidad de atrapar a Rick. —argumentó Serena— Si trabajo para Vincent, tendría libre acceso al sistema.

—Es muy peligroso, si te atrapan, podrías ir a la cárcel, ¿ya lo has pensado?

—Jake, comprendo tu preocupación, pero no tenemos otra opción.

—Buscaremos otra solución.

—No tenemos tiempo. Necesitamos descubrir quién es Zeus, antes de que Rick intente matarte.

—Serena tiene razón. Es nuestra mejor apuesta. Y técnicamente ni siquiera estaría cometiendo un delito. Al ser empleada de la empresa tiene derecho a acceder al sistema, ella solo llevaría el malware a la computadora, lo que suceda después no será su responsabilidad —argumentó Walker.

—Es verdad, sería yo la que cometería el delito al hacer uso del malware, y hasta hoy día no me han atrapado, así que la tasa de riesgo para Serena es muy baja —comentó Kate para apoyarla.

—Ves, puedo hacerlo. —afirmó la aludida.

—No me gusta este plan —siguió objetando Jake.

—No te preocupes. La instruiremos, lo hará bien —dijo Walker para tranquilizarlo.

—Y yo la vigilaré en todo momento. Ella jamás estará sola —prometió Kate.

—De acuerdo, pero si vamos a hacer esto, necesitaremos despistar a Silvia. Le parecerá muy raro que Serena abandone bruscamente su trabajo en el museo.

—En realidad no —dijo ella—. Mi pasantía terminará en tres días, y la oferta de Turner es inédita. Cualquier neófito de la curaduría se moriría por este puesto. Sería una gran oportunidad para mí, ella no sospechará.

—¿Creen que se tragará el cuento? —preguntó Walker, que no entendía absolutamente nada sobre el mundo del arte.

—Por supuesto, el museo Daniel Castle ya tiene una curadora. De todas formas, tendría

que marcharme al final de mi pasantía. —siguió argumentando Serena.

—Tiene razón, me había olvidado de que ella era una pasante —expresó Jake reflexivo. Como, al parecer, ya todo estaba resuelto, Serena agregó con mucha determinación.

—Bien, entonces ya está decidido.

Al día siguiente, Jake fue a trabajar como si nada hubiera sucedido, pues no quería levantar sospechas. Debían mantener las apariencias para no alertar a Silvia, ya que, en teoría, era una aliada de Rick y probablemente estaría vigilándolos todo el tiempo.

Interiormente, deseaba que estuviese siendo manipulada. Al descubrir su pasado, comprendió por qué razón se había aferrado a él tan desesperadamente. Ambos eran almas corrompidas que buscaban redención.

Cerca de las siete de la mañana, Serena le envió un mensaje a Vincent diciendo que aceptaba su oferta de trabajo, luego llamó a Milton para que estuviera al tanto de las novedades y de la estratagema que usarían para distraer a la curadora.

El plan era que todo sucediera con naturalidad. Y aunque, no le agradaba mucho la idea de marcharse del museo a sabiendas de que Silvia era una espía. De momento, no les quedaba otra opción.

Cuando Serena llegó a la oficina, fue con Milton a la cafetería para esparcir los rumores de su partida.

—Es su última semana en el museo, ¿verdad? —preguntó casualmente Milton, mientras se servía el café.

—Así es. —afirmó Serena.

—La extrañaré cuando se vaya.

—No te preocupes, sin duda vendré por aquí de vez en cuando. Al fin de cuentas, trabajaré para Vincent Turner.

Los empleados que se encontraban a su alrededor se sorprendieron con la noticia. Pronto, empezaron a chismorrear al respecto. Silvia, que acababa de llegar al área de refrigerio, percibió que algo ocurría. Entonces, se acercó a una de las chicas para preguntar.

—¿Qué sucede?

—La señorita Sanders trabajará para Vincent Turner.

—¿Qué?

—Al parecer es su última semana en el museo.

—Ah, ¿sí? —expresó con una media sonrisa.

Más tarde, Silvia se tropezó con Serena en el corredor. Como deseaba confirmar los hechos, no pudo evitar preguntarle.

—Escuché que te vas del museo para trabajar con Vincent Turner.

—Así es, mi pasantía ya se ha acabado y un museo no puede tener 2 curadoras.

—Cierto, pero no pensé que te marcharías dejándome el camino libre.

—No te confundas, no me voy del museo para dejarte el camino libre. Si no, porque este trabajo es una gran oportunidad para mi carrera —espetó Serena justificándose y para poner más leña al fuego, agregó—. Y aunque tú trabajes con él, la que duerme cada noche bajo su techo, sigo siendo yo.



Capítulo 52
«Caballo de Troya»

Sus últimos días como una aprendiz fueron muy ajetreados. Además del trabajo en el museo, Serena tenía reuniones secretas con Walker para diseñar un plan de infiltración. A veces creía que no podría lograrlo, puesto que, mentir, nunca se le había dado muy bien. Sin embargo, era por un bien mayor y estaba dispuesta a arriesgarse.

Cuando llegó el viernes, todos la despidieron y agradecieron por su labor en el museo. Jake le compró flores y ofreció un *happy hour* para celebrar su exitoso periodo como aprendiz.

—Atención, por favor, el señor Castle quiere decir unas palabras —expresó Milton para captar la atención de la audiencia.

—Gracias, Milton. Como todos saben, la señorita Sanders ha estado trabajando en el museo como aprendiz para cumplir con un requisito de sus estudios profesionales. Sin embargo, en este corto periodo, ella ha logrado dejar una huella irremplazable. En nombre de todos los que tuvimos el honor de trabajar con usted, solo quiero decir, gracias y desearte mucho éxito en tu próximo trabajo —Jake levantó la copa y agregó— ¡Por la señorita Sanders!

De camino a casa, Serena no podía disimular su buen humor. Le pareció extremadamente graciosa la escena dramática que Jake había empleado para notificarle a todos que ella se iba del museo. Ambos se encontraban sentados en los asientos de atrás del vehículo, mientras que Milton conducía el auto. Ella miraba por la ventana y cubría la boca tratando de contener la risa.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Jake.

—De nada —argumentó Serena.

—Ya dime.

—Es que tu actuación fue tan convincente, que hasta yo me lo creí.

—No dije nada que no fuera cierto —respondió muy indignado.

—Ah, creí que lo habías dicho solo para hacerme quedar bien.

—¡Claro que no! Hiciste un buen trabajo como aprendiz.

—Es bueno saberlo. ¿Qué haremos ahora?

—Por hoy, solo descansar. Ya mañana empezaremos a planear a detalle tu infiltración.

—De acuerdo.

Al día siguiente, todos se reunieron en la mansión. Pues, sería el último ensayo de Serena antes de que empezara a trabajar para Turner.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —insistió Jake.

—Sí.

—Kate te mandó este dispositivo —expresó Walker entregándole un pendrive— Contiene el malware.

—De acuerdo.

—Solo debes abrir el instalador en la computadora y yo me encargaré del resto —espetó Kate, que se encontraba en la reunión a través de una llamada telefónica— Cuando lo actives, yo entraré en acción.

—De acuerdo.

—¡Ah! Serena, no lo olvides. Una vez que hayas instalado el malware debes recuperar el pendrive. No podemos dejar pruebas.

—Sí, lo entiendo.

—Creo que estás lista —espetó Walker.

—Esperemos que sí —agregó Jake, muy preocupado.

El lunes a primera hora, Serena se presentó a su nuevo trabajo. La recepcionista le entregó su credencial y un manual del empleado, para que leyera y se memorizara las reglas y políticas de la empresa. Cuando terminó de escuchar las indicaciones de la mujer, subió al ascensor para dirigirse a su oficina.

—¡Wow! —espetó al ver dónde trabajaría. La oficina era grande y con vistas a la ciudad.

—¿Te gusta? —preguntó Vincent que acababa de llegar.

—Sí, ¡claro que sí!

—Me alegra escuchar eso. Ven te mostraré mi nueva adquisición —comentó casualmente. Serena lo siguió e ingresaron a su oficina. Ella vio una caja muy antigua, hecha de oro macizo.

—¿Es egipcia? —preguntó emocionada.

—Sí. Se la compré a un coleccionador privado.

—Es impresionante —expresó mientras observaba la caja de cerca.

—Esto es solo una muestra de lo que tú administrarás en la colección de los Turner.

—¿Cuándo empezaré a trabajar? —comentó emocionada.

—Lo harás una vez que te instales. Primero debes ir con recursos humanos para firmar el contrato de trabajo y otros documentos relacionados con la confidencialidad. Protocolos de la empresa —agregó sin darle mucha importancia.

—De acuerdo. —expresó Serena con una leve sonrisa, intentando disimular su nerviosismo.

—Cuando vuelvas, hablaremos de los detalles del trabajo.

—Está bien.

Ya cerca de las nueve de la mañana, Serena volvió a su oficina. No deseaba perder más tiempo, ni bien encendió la computadora, verificó si ella tenía el firewall instalado. Para su sorpresa, el sistema de seguridad de redes instalado era uno distinto, *«pero qué diablos»* pensó, pues al parecer los funcionarios de la empresa no tenían acceso al software que necesitaba. No sabía qué hacer, así que llamó a Kate.

—Hola, ¿qué sucede? —respondió ella, muy preocupada.

—No tengo acceso al software. —le explicó Serena.

—¿Qué? —espetó sorprendida.

—El firewall instalado en mi computadora es distinto al que me mostró Walker.

—¡Diablos! A ver, estoy segura de que alguien de la empresa lo tiene, y si tuviera que adivinar, apostaría que lo instalaron especialmente para el departamento de investigación y desarrollo.

—No tengo acceso a esas áreas de la empresa —comentó Serena— Yo soy curadora. Estoy en otra división.

—De acuerdo. Otra persona que podría tener acceso al software es el CEO.

—La oficina de Turner está en mi sector. Creo que puedo ingresar a ella con mi tarjeta de acceso.

—Bien. Entonces no tienes otra opción más que hackear la computadora de tu jefe.

«¡Maldición!», pensó Serena, puesto que la oficina de Turner sin duda estaría monitoreada por cámaras. *«¿Cómo diablos haría para hackearla?»*

—Está bien. Intentaré infiltrarme de alguna manera. Solo hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—La oficina del jefe tiene cámaras.

—No te preocupes. Llámame antes de ingresar y la desactivaré inmediatamente.

—De acuerdo.

Al mediodía, Serena se dirigió a la oficina de Turner. Su asistente personal seguía allí. Así que, se acercó a ella para averiguar si su jefe se encontraba en la oficina.

—Hola, Sandy.

—Hola, Serena, ¿cómo va tu primer día?

—Bien, me estoy adaptando.

—Me alegro por ti. Te habría invitado a comer hoy, pero tengo una cita para el almuerzo, y ya estoy algo atrasada. Así que me voy antes de que piense que lo he dejado plantado.

—Entiendo. ¿El jefe está en su oficina?

—No. Ya ha salido para almorzar, regresará en una hora.

—¿Necesitabas algo?

—No, solo he venido a dejarle unos documentos. ¿Te importa si paso unos instantes a su oficina?

—Claro que no, pasa. Nos vemos más tarde —espetó Sandy tomando su bolso antes de irse.

Ni bien la asistente se marchó, Serena llamó a Kate para que supiera que estaba en posición. Luego ingresó a la oficina de Turner. Se acercó al escritorio y dejó una carpeta en la mesa, antes de encender la laptop.

—La notebook tiene contraseña —le indicó a Kate, a quien le hablaba mediante un auricular inalámbrico.

—No te preocupes. Ingresa al modo seguro de la computadora, inserta el pendrive y haz lo que te enseñé.

—Creo que no será necesario —espetó Serena.

—¿Por qué? —preguntó Kate, intrigada.

—Por puro instinto, probé una clave, y resulta que su contraseña es Zeus.

—¿Cómo lo supiste?

—Vincent es un narcisista.

—¿Ya ingresaste?

—Sí. Ya inserté el pendrive.

—Bien. Aguarda hasta que termine de instalar el malware.

—De acuerdo.

Unos segundos después, Kate le indicó.

—Listo, retira el pendrive.

—¿Funcionó? ¿Pudiste entrar?

—Sí. Ya he ingresado a la notebook. Y estábamos en lo correcto. Tiene el firewall, ahora estoy analizando el código. Solo me llevará unos instantes descifrarlo.

—De acuerdo.

Serena se encontraba muy ansiosa, así que, mientras que Kate hackeaba la computadora. Ella observó una pintura renacentista que se encontraba en la pared. Unos minutos después, escuchó.

—Funcionó. Ingresaré al banco de Singapur para rastrear la cuenta original.

—¿Ya puedo irme?

—Sí, ya terminaste con tu parte.

—De acuerdo, me marcharé entonces. —avisó Serena.

—Espera un segundo.

—¿Qué ocurre?

—¡Maldición! —expresó muy sorprendida.

—Kate, ¿qué sucede?

—Ya descubrí la identidad de Zeus.

—¿Quién es? —preguntó ansiosa.

—Al parecer, es Vincent Turner.

«¡Debe ser una broma!» «¿No puede ser posible que Turner sea Zeus?» «Sin duda, no es un santo, pero hay una gran diferencia entre ser un libertino y un criminal», pensó Serena, muy sorprendida.

—¿Estás segura? —inquirió.

—Sí. El pago original proviene de una cuenta personal anónima de Vincent Turner. —afirmó Kate.

—¡Maldición!

—Serena, ¡vete ahora mismo! ¡No puedes permitir que te descubran!

—Me temo que ya es tarde para eso —expresó Serena, al ver que Vincent abría la puerta —. Te llamaré después.

—Serena, espera… —espetó Kate, pero ella ya había cortado la llamada.

—Señorita Sanders, ¿qué hace en mi oficina?



Capítulo 53
«Una subasta clandestina»

El rostro de Serena se volvió muy pálido. No sabía qué excusa darle. Sin embargo, era más que evidente que no le podía decir la verdad.

—Nada —contestó unos segundos después—. Solo he venido a traerte unos documentos que requieren de tu firma.

—¡Ah!, ¿sí? —espetó incrédulo.

—Así es.

—Entonces, ¿qué hacías en mi notebook?

—Yo…

—No intentes negarlo, sé que ingresaste en la computadora. Recibí una alerta.

—Vincent, yo…

—Habla —expresó tajante. Era la primera vez que Serena lo veía tan serio, eso la atemorizó.

«¡Maldición!, ¿qué debo hacer?», pensó. Serena no quería confesarle la verdad, pues si Vincent era Zeus, no era un hombre bueno. Sin embargo, su instinto le decía que debería confiar en él, *«y ¿qué más podía hacer?» «La vida de Jake dependía de ello»*, se recordó.

—Puedo explicarlo —dijo finalmente.

—Eso espero.

—Husmeaba en tu notebook, porque necesitaba de información.

—¿Para qué?

—Para atrapar a un criminal.

La expresión de Turner le decía que lo había pasmado con su declaración.

—Serena, ¿estás metida en algún lío? Si es así, solo debes decirlo, y veré la manera de ayudarte.

—La ayuda que requiero no es la tuya.

—Ya veo…

—A quien necesito, es a Zeus. —le aclaró.

—¿Qué sabes de Zeus? —inquirió Vincent sorprendido.

—Sé que tú eres Zeus. —afirmó muy determinada.

Vincent estaba realmente atónito, pues era la primera vez que alguien descubría su identidad secreta.

—¿Alguien más lo sabe? —inquirió preocupado.

—Por ahora solo una amiga, y yo, por supuesto.

—Serena, las cosas no son lo que parecen. —Intentó justificarse.

—Tu vida criminal realmente no me importa. Lo único que me interesa es obtener tu ayuda.

—De acuerdo, puedo hacerlo. Sin embargo, a cambio deberás mantener mi identidad en secreto. —exigió Vincent.

—Me parece un trato justo.

—Me pregunto qué tipo de situación llevaría a Serena Sanders a negociar con un criminal. —dijo extrañado.

—Una situación de vida o muerte —confesó tristemente.

—¿Alguien intenta matarte? —expresó con genuina preocupación.

—No, yo no soy la que corre peligro.

—Entonces, ¿quién?

Serena dudó en decirle más detalles. Temía que si le confesaba de quién se trataba, él anularía el trato.

—No tienes que saberlo —contestó con la esperanza de que él accediera. Sin embargo, Vincent insistió.

—Si voy a ayudarte, necesito saber de quién se trata.

—Está bien, a quien intentan matar, es a Jake.

Serena lo observó muy atenta, por un instante creyó que él se negaría a ayudarla. Sin embargo, Turner la sorprendió diciendo:

—De acuerdo, pero antes de seguir hablando sobre este tema, debes ir a un lugar conmigo.

—¿A dónde vamos?

—Necesito de una acompañante para ir a una subasta.

—Entiendo, pero no estoy vestida para ir a un evento formal.

—No te preocupes. Yo me encargaré de eso —expresó con una sonrisa maquiavélica.

Por un momento, ella sintió temor. Ahora que sabía sobre su identidad secreta, *«Tal vez él planee eliminarme»,* pensó muy inquieta.

—Esta supuesta subasta no es un plan para librarte de mí, ¿verdad? —preguntó para sondearlo.

—Serena, sé que no confías en mí, pero te prometo que no soy un asesino. Te explicaré todo a su debido tiempo. Por ahora, te pido que confíes en mí.

—Está bien, pero antes de irnos debo hacer una llamada.

—De acuerdo, te esperaré en el estacionamiento.

—Bueno, iré enseguida.

Cuando Vincent se marchó, Serena llamó a Kate.

—¡Gracias a Dios! Creí que te asesinaría.

—Por un momento, yo también lo creí.

—Cuando cortaste la llamada, te estuve monitoreando a través de la cámara de vigilancia. Si intentaba hacerte daño, todo quedaría registrado.

—¿Escuchaste nuestra conversación?

—Sí.

—Entonces ya sabes del trato, por ahora no podemos revelar su identidad.

—No me gusta este trato. Walker me matará cuando descubra que le oculté algo.

—Mantendremos su identidad en secreto por ahora, debo confiar en que cumplirá su

parte del acuerdo.

—Está bien, por ahora le diré a Walker que logramos hackear una de las computadoras, y que estoy trabajando para descifrar el código. Eso lo tranquilizará y te dará algo de tiempo para negociar con Turner.

—De acuerdo. Debo irme. Te avisaré en cuanto tenga novedades.

—Está bien, y no debes preocuparte, te mantendré vigilada, rastreando tu celular.

—De acuerdo. Gracias, Kate.

Serena colgó la llamada y se dirigió al estacionamiento. Vincent la aguardaba al lado de su lujoso vehículo.

—Porque no me sorprende —expresó ella al ver que tenía otro Lamborghini.

—Ser un Turner, tiene sus ventajas.

Una hora más tarde, llegaron a la mansión familiar de los Turner. Serena aprovechó la ocasión para husmear sin pudor. La última vez que estuvo allí, no tuvo la oportunidad de ver más allá del salón de recepciones. Al entrar en la sala, quedó estupefacta. Sabía que su nuevo jefe poseía una casa de lo más lujosa. Lo que no sabía era que tenía su propio museo.

—¡Santo cielo! —espetó al ver las pinturas de la sala.

—¿Te gustan? —preguntó al verla hipnotizada.

—Por supuesto, no sabía que teníamos un original de van Gogh en el país.

—Lo compré hace poco, además, es parte de mi colección privada. Así que, eres una de las pocas personas que lo ha visto.

—Entiendo —dijo intentando procesar la novedad y se preguntó que otros tesoros estarían escondidos en su casa—. Y bien, ¿qué hacemos aquí?

—Como dije, debemos ir a una subasta, y para ello hay que prepararnos adecuadamente.

—De acuerdo —espetó extrañada.

—Ven, te mostraré la habitación que usarás para arreglarte.

Vincent subió por las escaleras hasta el segundo piso. Allí se encaminó por un pasillo que tenía 2 puertas y una pequeña sala en el medio.

—Esta será tu habitación, aquí puedes asearte y cambiarte —le indicó, luego agregó—. Tienes un lavabo particular, pero si quieres usar la sauna deberás ir al primer piso.

—Con una ducha ya estaré bien —le aseguró.

—De acuerdo, si quieres refréscate primero, tienes suficiente tiempo para arreglarte, salimos en 3 horas.

—Está bien. Espera…

—¿Sí?

—¿Qué voy a vestir?

—Encontrarás todo lo que necesites en la habitación.

—De acuerdo —espetó muy intrigada.

Cuando Serena terminó de alistarse, Vincent se encontraba en la cocina preparando un refrigerio. Él vestía un traje azul cobalto muy elegante. De pronto ella creyó que su vestido negro, corte A, no era muy adecuado para la ocasión.

—¿Ya estás lista? —expresó muy sorprendido.

—Sí, pero creo que este vestido no servirá.

—A mí me parece que te ves perfecta —aseguró con una sonrisa amable.

—Es que tú…

—Yo, ¿qué?

—Te ves como un modelo de perfume europeo y yo… —Vincent se rio sin más remedio.

Esa era la primera vez que Serena hablaba abiertamente sobre su apariencia. Y lo había hecho de una manera muy propia de ella.

—¿En verdad opinas que me veo como un modelo? —preguntó para incitarla.

—Yo me refería a la ropa —respondió ella para desanimarlo.

—Ah, por un momento, pensé que insinuabas que era atractivo —ella aspiró fuerte el aire por la nariz, dándole a entender que tenía suficiente con los juegos.

—Creo que ya vamos atrasados. —dijo ella entonces.

—No, estamos bastante bien con el tiempo, la subasta no inicia antes de las 18 horas.

—Pero creí que era para las 16 horas.

—No, solo dije las 16 horas para que estuvieras lista a tiempo. Nunca pensé que cumplirías con el horario al pie de la letra. Ninguna mujer lo hace —aseguró.

—Ya veo —dijo al comprender su raciocinio.

—Ven, siéntate, debes comer algo.

—¿No sirven bocadillos durante la subasta?

—Sí, pero yo no te recomendaría ingerir ningún alimento del lugar en donde vamos.

—¿Por qué no?

—Porque podría estar envenenado.

Después de escuchar semejante declaración, Serena comió sin ningún remordimiento los sándwiches que le ofreció Vincent.

—¿Hay algo más que debería saber?

—No, pero tal vez quieras enviarle un mensaje a Jake, avisándole de que llegarás a casa un poco tarde, pero no le des detalles. No queremos que aparezca repentinamente como de costumbre.

—Está bien —respondió ella de mala gana.

—¿Cuándo me dirás quién te ayudó a hackear mi computadora? —preguntó Vincent repentinamente. Serena casi se atragantó con el sándwich.

—Ah, eso. Fue una amiga. —expresó con toda la ambigüedad posible.

—Ya veo. Es muy buena, algún día me gustaría conocerla. Tal vez pueda contratarla. —comentó él para sondearla.

Como Serena no debía revelar absolutamente nada sobre Kate. Pues ella deseaba permanecer invisible, cambió de tema rápidamente.

—Entonces, ¿a qué clase de subasta iremos?

—Imagino que ya habrás escuchado sobre las subastas clandestinas.

—Sí, pero nunca he ido a una —aseguró.

—Me lo suponía. Bueno, en estos lugares venden las reliquias que van a parar en el mercado negro.

—Y tú compras esas reliquias robadas —afirmó muy decepcionada.

—A veces lo hago, pero solo para recuperar los objetos y devolvérselos a sus legítimos dueños —aseguró. Serena lo miró escéptica, entonces dijo:

—Con relación a tu colección particular. ¿Cómo obtuviste las piezas? —inquirió desconfiada.

—No te preocupes, todo lo que tengo es legal —le prometió.

—Entonces, ¿solo vas a estos lugares para recuperar objetos robados? —espetó incrédula.

—No necesariamente —Vincent no deseaba contarle toda la historia, al menos, no ahora. Así que, simplemente contestó—. A veces voy porque, al igual que tú, necesito obtener información.

—¿Sobre lo que hay en el mercado negro?

—Algo así.

—¿Por qué tengo la impresión de que esa no es toda la verdad?

—Porque no lo es. Hay más cosas, pero no te las diré ahora.

—De acuerdo. —expresó molesta.

—Hay que irnos. —le avisó.

—Está bien.

—Ah, Serena, cuando estés allí, nunca digas mi nombre.

Una hora después, se encontraban en el jardín de un castillo. Cuando estacionaron, Vincent la condujo al patio de atrás, en donde ya aguardaban una fila de personas. Antes de que se acercaran a los demás, él le entregó una máscara.

—Ten, ponte esto, y recuerda: allí dentro no debes pronunciar mi nombre, al igual que yo no pronunciaré el tuyo.

—¿Y cómo te diré si necesito hablarte?

—Puedes llamarme "querido" —espetó. Serena puso una cara de pocos amigos— Es solo para proteger nuestras identidades, en este lugar podemos encontrar a cualquier tipo de persona, por eso, hay que ir de incógnito.

—Si hubiera sabido que esta noche íbamos a actuar de espías, hubiera traído un zapato más cómodo —argumentó Serena irónicamente. Vincent se rio.

—Será para una próxima vez, porque ya es hora de entrar, super agente.

Al ingresar por la puerta que daba al subsuelo, Serena pudo percibir un aroma distinto. Era pesado como de incienso. Sujetó a Vincent del brazo mientras bajaban por las escaleras hasta lo que parecía ser, un sótano bastante amplio. Allí estaban dispuestas las sillas para los invitados y, al fondo, una mesa repleta de bocadillos y bebidas que ella no pudo identificar.

Vincent la condujo hasta los asientos para ubicarlos en medio de la gente. Era evidente que él quería pasar desapercibido, pero con su estatura y físico era imposible. Todas las mujeres lo comían con los ojos. Serena intentó mantener la concentración, cada vez que una misteriosa dama pasaba en frente de ellos, pidiendo disculpas por rozar la pierna de su jefe.

«¡Maldición!», pensó, puesto que muchas de las damiselas le habían pisado el pie, creyendo que ella era el interés amoroso del hombre. Vincent, por otro lado, actuaba como si no hubiera notado los pequeños movimientos de irritación de Serena. De una manera retorcida, le divertía molestar a su nueva curadora.

—Querida —dijo él para llamar su atención.

—Sí, querido —respondió ella irónicamente. Vincent sujetó su mano repentinamente, eso la sobresaltó—. ¿Qué crees que estás…? —él no le dejó terminar la frase.

—Trata de actuar como si estuvieras tranquila —dijo él acercándose a su oreja izquierda. Serena respiró hondo antes de responder.

—Está bien, querido. Haré lo que dices, pero —y antes de seguir hablando, giró la cabeza para expresar en voz baja. Fue cuando ambos quedaron frente a frente con los labios a unos centímetros de distancia. Ella raspó la garganta antes de decir—. Al menos podrías decirme cuál es la pieza que piensas "recuperar".

—Es una espada que estaba al cuidado del museo metropolitano.

—¿Qué? —dijo ella sorprendida.

—Es una…

—Reliquia de Alejandro Magno —afirmó ella.

—La noticia del robo nunca fue divulgada —dijo Vincent, extrañado—. Se encubrió el

crimen para proteger la reputación del museo. Entonces, ¿cómo es que tú lo sabes?

Vincent la observó detenidamente. Pues a pesar de que Serena llevaba puesta una máscara, podía vislumbrar que su rostro se volvió pálido.

—Lo sé, porque esa noche yo estuve allí.

—¿Qué? ¿Tú estabas en el museo? —le preguntó incrédulo.

—Sí. Mi tutor es muy amigo del curador del museo, por eso nos pidió que lo ayudáramos a restaurar ciertas reliquias. Esa noche quedé hasta muy tarde trabajando en la sala de restauraciones. —explicó y, tras recordar aquel momento, su respiración se volvió pesada. Serena sintió que se encontraba al borde de un ataque de pánico.

—¿Te sientes bien? —preguntó Vincent, preocupado al notar su estado.

—Sí, estoy bien, solo apresurémonos a terminar con esto, los criminales me ponen nerviosa.

—Está bien, ya es casi la hora de pujar, deberías ir a cerciorarte de que la pieza sea auténtica antes de que inicien con la subasta.

—De acuerdo —dijo ella antes de pararse a duras penas y caminar hacia la habitación de seguridad para hacer su trabajo.

Antes de ingresar en la sala de inspección, la revisaron de pies a cabeza. Aunque no le pidieron retirar su máscara, se aseguraron de que no llevara ningún artículo entre la ropa. Cuando atravesó la puerta, quedó boquiabierta al ver que venderían más de 20 piezas esa noche. Todas las reliquias se encontraban en cristales blindados con censores especiales, no podría tocar la espada, pero al menos podría verla de cerca para certificarse de que era auténtica.

Más tarde, se ofertaron las piezas y cada vez que mostraban algo nuevo, Serena quería levantar la mano para pujar, pero Vincent la detuvo durante todo el evento. Ella se encontraba furiosa y no porque Vincent la hubiera sujetado de la mano, sino porque las reliquias que vendían en la subasta pertenecían a un museo y no a la colección particular de un millonario narcisista, pensó.

Cuando finalmente mostraron la pieza que fue robada del museo metropolitano. Serena fue quien presionó la mano de Vincent como si apenas pudiera mantenerse erguida. Ella empezó a temblar levemente y su respiración era agitada como si estuviese reviviendo un trauma.

Vincent quería sacarla inmediatamente de allí, pero no podía hacerlo antes de recuperar la espada de Alejandro Magno. Así que con la mano derecha la mantuvo firme en la silla y con la otra mano levantaba la paleta de puja. Necesitaban asegurarse de que la pieza que ofertaban era la misma que había sido robada del museo, así que, miró a Serena y le preguntó discretamente.

—¿Estás segura de que la reliquia es la original?

—Estoy 100 % segura —dijo a duras penas, como si estuviese conteniendo sus emociones—, ya la observé de cerca. Además, cuando estuvo en restauración, yo ayudé a inspeccionar la pieza y estoy segura de que es la original —agregó para convencerlo.

—De acuerdo, comprémosla.

Vincent pagó una fortuna para conseguir la espada. Sin embargo, no la compraba simplemente porque quería recuperar el objeto, sino que, para rastrear al ladrón. Tenía sus sospechas respecto a quién podría haberse llevado una pieza tan valiosa, pero debía cerciorarse de que estaba en lo correcto. Al cerrar la compra, un hombre levantó la copa para saludarlo.

«Debe ser el vendedor», pensó, observándolo detenidamente, pero se encontraba en la penumbra y era difícil distinguir a alguien con las máscaras puestas. En realidad, eso no importaba, cuando hiciera la transferencia bancaria podría rastrear el dinero hasta la cuenta del ladrón y eso era más que suficiente para identificarlo.

No se arriesgaría a tener contacto directo con él, podrían reconocerlo en cualquier instante.

Ni bien hizo la transferencia bancaria para efectuar el pago, le dieron la espada. Vincent retornó al salón en busca de Serena. Ella seguía inmóvil en el asiento, como si le hubieran echado un ancla. Él la tomó de la mano y la llevó hasta la salida, pues debían irse de allí inmediatamente. Cuando estuvieron a punto de subir por las escaleras, un hombre se interpuso en el camino.

—Finalmente, puedo conocer al misterioso Zeus.

Vincent tragó saliva, no esperaba que Rick quisiese tener una charla con el comprador. Él no pudo decir una sola palabra. Al ver que su jefe quedó mudo, Serena decidió intervenir respondiendo rápidamente.

—Lo siento, nos encantaría quedarnos a charlar, pero tenemos otro compromiso.

—Será en una próxima vez, entonces —aseguró Rick muy interesado, pues por un segundo tuvo la impresión de que conocía al comprador de algún lado.

—Sin duda alguna —respondió Serena y arrastró a Vincent por las escaleras.

Cuando llegaron hasta el auto unos minutos después, ella le preguntó.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo él a duras penas.

—¿Conocías a ese hombre? —ella insistió curiosa, pues nunca había visto a Vincent de esta manera.

—Así es.

—¿Quién era él? —Vincent finalmente la miró y respondió sin pensar.

—Ese hombre era mi padre.



Capítulo 54

«Los secretos de Vincent Turner»

Cinco meses atrás.

Serena se encontraba trabajando muy concentrada en la sala de restauraciones del museo metropolitano, ya que, debía terminar de limpiar un par de herramientas antes de ir a casa. De pronto escuchó pasos que venían del corredor. *«Quién estaría rondando por el museo a estas horas»*, se preguntó. Pues eran las dos de la mañana y el guardia de seguridad casi nunca ingresaba a la zona restringida.

Dejó los pinceles en la mesa y fue a ver quién era. Cuando se acercó a la ventanilla de la puerta, vio a 2 hombres con unas linternas, armas de fuego, y una bolsa en manos. Como usaban máscaras, no pudo observar sus rostros, pero notó que tenían tatuajes peculiares en el brazo. *«¿Acaso eran parte de una banda de mafiosos?*», se preguntó.

—¿Estás seguro de que el guardia está inconsciente? —dijo uno de ellos. Eso la sacó de su ensoñación y rápidamente se movió apoyándose en la pared para ocultarse.

—Sí, lo noqueé, estará durmiendo por un par de horas.

—Bien, hay que ir por la reliquia.

—¿Estás seguro de que la pieza está aquí?

—Sí, la espada fue enviada a esta sección para una restauración.

«¡Santo cielo!», pensó Serena, eran ladrones que venían por la pieza más preciada del museo.

—Las luces de esa sala están encendidas —dijo uno de los maleantes.

—Iré a checarlo.

«¡Maldición!», *«¿qué hago ahora?»*, se preguntó Serena, y miró a su alrededor. No tenía dónde esconderse *«a no ser que…»*. Dio dos pasos largos y se metió a toda prisa en el pequeño armario de limpieza que se encontraba incrustada en la pared.

Recordó que estaba vacía. Pues, por seguridad, habían retirado de la sala, cualquier compuesto químico que por accidente pudiera dañar las reliquias con las que trabajaban allí.

El espacio era pequeño, pero ella se acomodaría en el armario sin problemas si se sentaba. Segundos después de ocultarse escuchó que la puerta se abría. Su corazón comenzó a latir rápidamente. Rogó a Dios para que, a ninguno de los ladrones, se le ocurriera checar el mueble, de lo contrario terminaría muerta, pensó.

Uno de los sujetos ingresó en la sala, recorrió cada esquina registrando el lugar para asegurarse de que no había nadie que pudiera ser testigo del robo. Al escuchar unos pasos tan

cerca del armario, Serena entró en pánico. Creyó firmemente que sería su fin, pero luego de unos instantes el hombre dijo:

—No hay nadie aquí.

—Bien, ¡ya vámonos! —gritó el otro maleante desde la puerta y luego se retiraron.

Serena sabía que los ladrones ya se habían marchado a otra sala, pues la reliquia que buscaban era la espada de Alejandro Magno. Cuya restauración había terminado el día de ayer y por eso se encontraba al fondo del pasillo, en la habitación de máxima seguridad.

Quería llamar a la policía, *«debo detenerlos»*, pensó, pero eso implicaría salir del armario para agarrar el celular que había dejado en la mesa en el apuro, y de momento, no podía siquiera sentir las piernas.

El terror se había apoderado de ella y no era capaz de moverse un solo centímetro. Para empeorar su situación el lugar era demasiado pequeño y oscuro. Sentía que en cualquier momento dejaría de respirar. Por un instante, creyó que volvía a estar en el fondo de aquel lago y de pronto una nube oscura le opacó la vista y sin poder remediarlo, perdió la consciencia.

En la mañana, cuando Rinaldi llegó para reubicar la reliquia de Alejandro Magno, no lo encontró. Entonces, fue a buscarla en la sala de restauraciones. Como no vio a Serena en su lugar habitual, la llamó al celular. El dispositivo electrónico empezó a sonar a todo volumen en la habitación.

Al escuchar el timbre de su teléfono, Serena despertó sobresaltada, abriendo la puerta del armario de manera repentina. Al verla allí, Rinaldi preguntó.

—Serena, ¿qué diablos hacías en el armario? —ella lo miró con los ojos desorbitados antes de contestar.

—¡Profesor, hay que llamar a la policía!

Actualidad

Tras la sorprendente declaración de su jefe, Serena quedó muy confundida. Puesto que, estaba segura de que su padre había muerto recientemente. Como Vincent seguía en silencio, preguntó.

—¿Quién dices que es?

—Mi padre —repitió sin ninguna emoción.

—Pero…—Vincent la interrumpió.

—Te explicaré cuando lleguemos a la casa, hay que salir de aquí de inmediato.

—Está bien —dijo ella mirándolo incrédula.

De camino a la mansión, Vincent no dijo otra palabra. Serena se preguntaba si lo que él acababa de confesarle era uno de esos misteriosos secretos familiares de los que nadie hablaba. No quería presionarlo, pero se moría de la curiosidad.

—Llegamos —dijo él interrumpiendo sus pensamientos.

—Al fin, ¿por qué hemos dado tantas vueltas para llegar?

—Tenía que asegurarme de que nadie nos siguiera.

—Entiendo…—dijo pensativa— pero ¿por qué volvimos a la mansión?

—No podía llevarte directamente a tu casa, alguien podría descubrir tu identidad.

—Ya veo. Esto de ser criminal es muy difícil.

—Ya te acostumbrarás —contestó bromeando.

Cuando ingresaron a la casa, él le dijo. Si tienes hambre, puedo pedir que hagan algo para

ti.

—No tengo hambre —declaró.

—Está bien, quieres una bebida, ¿entonces? —preguntó mientras caminaba hasta el aparador para servirse una copa de whiskey.

—No, gracias, no me gusta beber —*«con extraños»*, completó la frase mentalmente.

—De acuerdo.

—¿Y bien? ¿Me dirás de qué va todo esto?

—No sé por dónde empezar —expresó abrumado, pues era la primera vez que veía a su padre biológico cara a cara.

—Podrías empezar, por ejemplo, contándome por qué dijiste que aquel hombre era tu padre. Creí que tu padre había muerto.

—Porque es la verdad.

—No entiendo —dijo ella muy confundida.

—El viejo Turner no era mi verdadero padre —respondió avergonzado, como si lo que acabara de confesar fuese un pecado mortal.

—¿Qué? —dijo ella al comprender lo que eso significaba. Al ver su expresión, supo que Serena había entendido, entonces agregó.

—Sí, es exactamente lo que estás pensando, pero créeme que aún no te he dicho lo peor.

—Tu madre, ella… —Vincent la interrumpió.

—Tuvo un amorío con un hombre más joven. Me confesó la verdad, antes de morir de cáncer.

Serena se quedó en silencio, pues comprendía perfectamente su dolor. Ya que su padre fue un hombre sin escrúpulos, que había dejado a su madre por otra mujer.

—Los hijos no tienen culpa de los pecados de sus padres —expresó Serena firmemente. Vincent la observó y en sus ojos no vio ningún prejuicio o desdén. Sin embargo, no quería que ella le tuviera pena, así que contestó.

—Gracias, pero no necesito su compasión, señorita Sanders.

—Bueno, ahora que ya me has contado sobre tu oscuro secreto familiar —dijo irónicamente—, ¿podrías explicarme por qué tu verdadero padre estaba en una subasta clandestina? ¿Acaso él también colecciona reliquias? —Lo interpeló curiosa, pues todo era muy extraño y no creía en las coincidencias.

—No, él no es un coleccionista —aseguró Vincent, y luego agregó con una frialdad mortífera—. Mi verdadero padre no es más que un vil criminal.

Serena lo observó anonadada. Cuando pensó que nada más podría sorprenderle, Vincent le salía con una nueva historia de lo más increíble.

—¿Criminal? —preguntó incrédula.

—Sí, Rick Campbell está involucrado en muchas actividades ilegales, y últimamente se ha metido en el negocio del tráfico de arte.

—¿Dijiste, Rick Campbell? —preguntó incrédula—. ¿Tu padre biológico se llama Rick Campbell?

—Sí, ¿acaso lo conoces? —dijo Vincent con una voz preocupada. Pues no quería que Serena tuviera ningún contacto con él.

—No, yo no lo conozco —se apresuró a responder al ver su expresión—, pero ya había escuchado hablar de él —agregó con una voz muy fría.

—¿Dónde? —preguntó Vincent, curioso.

—Él es el miserable que intenta matar a Jake.

El rostro de Vincent se volvió pálido. *«¿Por qué Rick intentaría matar a su propio hijo?»*, se preguntó. Sin embargo, no dudaba de que fuera capaz de hacer semejante atrocidad.

—¿Qué tanto sabe Jake sobre Rick Campbell? —preguntó inquisitivo.

Serena no quería revelar el parentesco de Jake, pero no le quedaba otra opción. Además, *«tal vez Vincent le tendría más simpatía, si supiera que es su medio hermano»*, pensó.

—Sabe que es un criminal. Además, estamos seguros de que mandó matar a Marcus.

—No sabía que la muerte de Marcus fue provocada. —expresó sorprendido.

—Jake hizo una investigación tras el accidente. Descubrimos que fue una orden de Rick.

—¿Por qué querría matar a Marcus?

Serena se tomó un segundo para contestar a esa pregunta, pues era el momento de revelarle toda la verdad.

—Porque Marcus era el heredero universal de Jake. Lo que suponía un obstáculo para los planes de Rick, que pretendía heredar las acciones que poseía su hijo en Castle Enterprise —expresó Serena a duras penas. Al comprender lo que ella insinuaba, Vincent preguntó sin más preámbulos.

—¿Cuándo se enteró Jake de que Rick era su padre?

Al darse cuenta de que él no parecía nada sorprendido con la noticia, Serena espetó impactada.

—¿Tú ya lo sabías? ¿Sabías que Jake era tu medio hermano?

—Sí —declaró Vincent tranquilamente, luego agregó— Cuando murió mi madre. Además de confesarme que había tenido una aventura con Rick, me habló de Jake, para que supiera que tenía un hermano. Por eso me acerqué a él en la universidad.

—Jake se enteró después del escándalo de Margareth, y recientemente Rick solicitó que la ley lo reconociera como padre de Jake.

—Si hubiera sospechado que soy su hijo, probablemente habría hecho lo mismo conmigo. Es una suerte que mi madre nunca se lo dijera.

—Espera, si tu madre te confesó todo esto en su lecho de muerte, entonces, ¿ella conocía el secreto de Margareth? —preguntó muy sorprendida.

—Eran amigas, y al parecer en una borrachera Margareth, en ese entonces Marianne, le confesó que había tenido una aventura con Rick y que se había embarazado. Por supuesto, ella no sabía que mi madre también se acostaba con él.

—¡Vaya lío! Entonces, ¿te acercaste a Jake para conocerlo?

—Sí, en ese entonces no sabía que terminaríamos arruinando nuestra relación a causa de una mujer.

—Sí, me dijo que te había robado una prometida.

—No me la robó, ella se fue porque creía que un Castle era mejor partido que un Turner.

—Si siempre lo supiste, ¿por qué sigues acosando a Jake?

—Porque fue la única manera que encontré de seguir teniendo una relación con él.

—Podrías simplemente haberle dicho la verdad.

—Tú no lo entiendes, si alguien se entera de que no soy un Turner, sería el escándalo del siglo. El apellido de mi familia se arruinaría.

—¿Sabes? Ya me tienen hasta el cuello con esto de querer proteger el honor de la familia. ¡Es tu hermano! Deberías decírselo. No tienes idea de cómo ha sufrido después de perder a Marcus. —expresó Serena muy enojada.

—He intentado acercarme a él, muchas veces. Incluso me asocié al museo Daniel Castle.

—Él cree que lo odias y que te acercas a él con la única intención de perjudicarlo.

—No lo odio. Solo no sé cómo volver a empezar una relación con él, dejando nuestro pasado tormentoso en el olvido.

—Tengo una idea para solucionar ese pequeño problema.

—¿Cuál es tu plan? —inquirió muy interesado.

—Mi plan es que tú le salves la vida.



Capítulo 55
«Anzuelo»

Vincent no vio defectos en su plan, pues, si en verdad deseaba recuperar la relación que tenía con su hermano, necesitaría de un gran gesto.

—Tu plan me agrada, pero para que funcione, necesito que me cuentes a detalle toda la historia. Empieza por el robo en el museo y no escatimes en detalles —le advirtió.

—Bueno, yo estaba terminando de limpiar unas herramientas cuando escuché que alguien andaba por el pasillo. Quería saber quién estaría paseándose a las 2 de la mañana por el lugar. En especial, en un área restricta, pocas personas tenían acceso a esta zona.

—¿Y luego qué pasó?

—Me acerqué a la puerta para ver quién era —la cara de Vincent decía *«vaya idea tan estúpida*», pero Serena siguió contando la historia—. Cuando lo hice, empezaron a hablar. Uno de los hombres preguntó si estaban seguros de que la espada se encontraba allí.

—Entonces, ¿no los viste? —preguntó de cierta forma, aliviado.

—Sí, lo hice —afirmó ella con orgullo. La expresión de Vincent pasó de alivio a de puro pánico— pero no les pude ver la cara, llevaban máscaras, aunque sí les vi los tatuajes.

—¿Ellos te vieron? —preguntó preocupado.

—Cuando me di cuenta de que eran ladrones, me aparté rápidamente y me apoyé contra la pared. Así que no se dieron cuenta de que yo los había escuchado.

—¿Qué pasó después?

—Entraron a la sala de restauraciones —Vincent creía que acabaría muerto de un ataque del corazón, antes de que Serena, terminara de contar la historia.

—¡Dijiste que no te vieron!

—Y no lo hicieron, pues me escondí en el armario de limpieza.

—¡Pudiste haberlo mencionado antes! —dijo él un poco irritado.

—¡Dijiste que no me saltara ningún detalle y esa parte ya es casi el final de la historia! —respondió ella más irritada que él.

—De acuerdo, continúa —dijo Vincent, señalando con la mano, para dar énfasis.

—El hombre entró a la sala y empezó a buscar por todos lados si había alguien allí. Gracias a Dios no revisaron el armario, supongo que no lo hicieron porque era muy pequeño. Me quedé allí hasta la mañana siguiente.

—¿Te quedaste toda la noche encerrada en un pequeño armario?

—No estaba encerrada, yo… —Serena respiró hondo, intentando encontrar una manera

simple de explicar lo que había sentido en ese momento.

—¿Tú…?

—Me congelé —confesó—, no pude moverme, simplemente no pude moverme —repitió indignada.

Vincent se sorprendió al notar su vulnerabilidad, jamás la había visto intimidada, y siempre que se encontraban, ella demostraba tener una habilidad impresionante para mantenerse fuerte.

—Está bien, si te cuesta mucho recordar, no tienes que hacerlo en este momento.

—Yo quise llamar a la policía, pero ni siquiera podía respirar —confesó.

—¿Qué pasó después?

—Creo que el pánico se apoderó de mí y me desmayé, porque no recuerdo nada, después de ese momento. En la mañana, Rinaldi, mi tutor, llegó a la oficina y fue a buscarme. Le dije lo que pasó y corrimos a ver al guardia de seguridad que estaba encerrado en una habitación. Cuando vi el estado en el que lo dejaron, comprendí que había tenido mucha suerte al no ser encontrada por los delincuentes. Sé que lo ocurrido fue comunicado al director del museo, pero después de eso ya no supe nada del asunto. Además, me pidieron que no comentase nada sobre el robo. Era una aprendiz, así que me callé.

—Entiendo —dijo reflexivo. Luego la sujetó por los hombros para que lo mirara a la cara — Escúchame, Serena, no puedes decirle a nadie lo que pasó, mucho menos que tú viste a los delincuentes.

—¿Por qué no?

—Porque nadie debe saber que tú fuiste una testigo.

—Pero si le doy la información a Walker, puede rastrearlos. Si los encuentra, tal vez haya pistas sobre Rick.

—Un grupo de maleantes no meterá a la cárcel a Rick. Esa es la razón por la que, creé la identidad de Zeus. Para conseguir pruebas reales de su conexión con la red de tráfico de arte.

—Entiendo, pero no tenemos tiempo. La vida de Jake corre peligro.

—Lo sé, por eso uniremos fuerzas. Ahora dime todo lo que saben sobre Rick.

Serena narró a detalle todo lo que habían descubierto hasta ahora sobre Rick. Vincent, que ya conocía su pasado, no se sorprendió con la lista de delitos que se acumulaban en la cuenta de su padre. Sin embargo, sus recientes atrocidades lo preocupaban. En especial, la situación de Jake que, al parecer, se encontraba en peligro de muerte.

—Ya es tarde, deberías ir a casa —le indicó. Serena revisó el celular y vio que eran casi las 11 de la noche.

—¡Dios mío! Es muy tarde.

—Te llevaré —se ofreció Vincent.

—No es buena idea. Si Jake te ve, armará un escándalo. Pediré un taxi para ir a casa.

—Está bien.

—Ah, Serena. No puedes decirle toda la verdad a Jake.

—¿Por qué no?

—Quiero ser yo, el que se lo diga.

—De acuerdo, pero ya sabe que logramos infiltrar el firewall de tu banco en Singapur. Mi amiga no podrá ocultar tu identidad por mucho tiempo —le avisó.

—¿Para eso hackeaste mi computadora?

—Sí, necesitábamos acceder al programa. Resulta que el banco y tú usan el mismo sistema de seguridad de redes.

—¡Qué irónico! Me atraparon porque usé un firewall que se supone que debía protegerme.

—Así es. Imagina mi sorpresa cuando descubrí que tú y Zeus eran la misma persona.

—¿Aceptaste el trabajo solo para acceder a mi firewall? —preguntó indignado.

—Sí —confesó Serena muy avergonzada.

—Ya me parecía raro que cambiaras de opinión tan repentinamente.

—Lo siento, pero no tenía otra opción —argumentó ella en su defensa.

—No te estoy juzgando. En realidad, me has sorprendido, jamás creí que Serena Sanders sería capaz de dejar de lado sus escrúpulos.

—Pues ante circunstancias desesperadas, medidas desesperadas —se excusó.

—Dejemos eso en el pasado. Hay que enfocarnos en lo que nos apremia. Debemos atrapar a Rick. Y para eso, debo reunirme con Jake.

—No aceptará reunirse contigo.

—Sé que jamás se reuniría de buena voluntad con Vincent Turner, pero sin duda aceptará reunirse con Zeus.

—Sí, es verdad. Entonces, ¿qué le diré a Jake?

—Por ahora que siga pensando que tu hacker intenta rastrearme. Dile a tu amiga que esté atenta, enviaré un mensaje a través de ella para marcar un encuentro con Jake. Así, él pensará que se está reuniendo con Zeus y no podrá rechazarme.

—Ese plan realmente podría funcionar. —espetó Serena reflexiva.

—Genial, todo resuelto.

—De acuerdo. Entonces, nos vemos mañana, jefe.

Cuando Serena se marchó a casa, Vincent ingresó a su escritorio. El día había sido muy impactante. Su secreto finalmente sería revelado. De cierta forma le alegraba saber que alguien más estaría de su lado en esta lucha. Sin embargo, temía que su medio hermano no le creyera.

Él mismo, dudaría si alguien le hubiera dicho 5 años atrás, que, tras asistir accidentalmente en una subasta clandestina y comprar una reliquia rarísima. Abriría una caja de pandora, revelando así el esquema para la promoción del tráfico de arte.

Por supuesto, no lo hizo de manera intencional. Simplemente como todo buen ciudadano, al descubrir que había comprado un objeto robado, comunicó a las autoridades pertinentes, y así terminó involucrándose en una investigación policial.

Después de ese incidente, ayudó a los agentes de la ley a capturar a unos cuantos contrabandistas, pero no paró por ahí. Siguió actuando de señuelo para cazar a más integrantes de la red de tráfico, hasta que un día descubrió, que Rick Campbell, también estaba involucrado en este mundo.

Un hombre a quien jamás conoció, pero a quien aprendió a odiar desde el día en que vislumbró que era un criminal. Su madre no le había ocultado la verdad por vergüenza, lo hizo para protegerlo de este delincuente.

Y ahora, tras comprender el gran daño que le provocó a la familia Castle, y lo que tenía planeado para Jake, sabía que no le quedaba otra opción más que detenerlo.

No cabía duda de que debían meterlo a la cárcel cuanto antes, solo necesitaban de pruebas irrefutables que lo conectaran directamente a la red de tráfico, y entonces, *«nos libraremos de él para siempre»*, concluyó Vincent muy esperanzado.

De camino a casa, Serena se comunicó con Kate. Debía informarle de los avances, puesto que, probablemente, estaría aguardando muy ansiosa por conocer las novedades.

Cuando finalmente llegó a la mansión de la familia Castle, ya se encontraba exhausta. Su

día fue de lo más intenso. Eso de ser espía sin duda no era para ella. Mentir le estresaba terriblemente, y para colmo, aún no había terminado. Puesto que, todavía necesitaba hablar con Jake y debía ocultarle su gran descubrimiento.

—Serena, ¿estás bien?, estaba a punto de llamar a Walker. —dijo Jake acercándose a ella.

—Sí, estoy bien.

—¿Dónde estabas? —exigió.

—Trabajando. Te envié un mensaje, diciendo que llegaría tarde.

—Sí, pero no respondías a mis llamadas.

—Jake, ya sabes cómo son las subastas, tenía el celular en silencio.

—Es que, cuando vi que no llegabas, me preocupé. —comentó muy abatido.

—Lo entiendo, y lo siento, no quería preocuparte. Pero me encontraba en el trabajo y debía actuar de manera profesional.

—Lo sé. Lo siento, no quiero ser dramático, pero Vincent no es de fiar. *«Si tan solo supieras lo equivocado que estás»,* pensó Serena, en cambio, dijo:

—Al menos ha valido la pena. Hoy logré hackear una computadora de Turner Enterprise. —expresó con una sonrisa.

—Sí, Walker me avisó en la tarde. Kate sigue intentando descifrar el código del firewall para acceder al banco de Singapur.

—¿Dónde está Daniel? —espetó cambiando de tema rápidamente.

—Ya lo puse a dormir.

—¡Gracias a Dios!, porque estoy exhausta.

—Me lo imagino. Tuviste un día muy largo.

—¿Te parece si seguimos hablando en la mañana? Realmente necesito descansar.

—De acuerdo. Vete a dormir —espetó dándole un beso en la frente— Te veo en la mañana.

Ya era pasada la medianoche. Sin embargo, Kate seguía trabajando en uno de sus proyectos personales en la computadora. Como de costumbre, comía unos bocadillos salados mientras creaba el código para su nuevo software. De pronto, apareció en su pantalla un mensaje enviado desde la *dark web.*

Se habría preocupado, pero Serena le advirtió que Zeus le enviaría un recado destinado a Jake. Sin embargo, ella no tuvo mucha fe de que el hombre lograse rastrearla. Así que, cuando vio el mensaje *pop-up* en su pantalla, se sorprendió.

—¡Maldición! ¡No puedo creerlo! —expresó en voz alta y luego tomó el celular para llamar al detective.

—Walker, ¡debes venir ahora mismo!

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —inquirió el detective muy curioso.

—Es mejor que lo veas con tus propios ojos.



Capítulo 56
«La reunión secreta»

Walker se apresuró a vestir decentemente antes de tomar sus llaves y conducir hasta el departamento de Kate. Cuál fuera la novedad, debía ser algo muy importante, para llamarlo a mitad de la noche, pensó.

—¿Qué ha pasado? —inquirió el detective, ni bien cruzó por la puerta.

—Ven, te mostraré. —dijo Kate llevándolo hasta su oficina de trabajo.

—¿Cómo…?

—Yo también estoy sorprendida, jamás pensé que alguien pudiera rastrearme.

—Esto no le gustará nada a Jake.

—¿Crees que aceptará encontrarse con él?

—No tiene otra opción. Si este tal Zeus realmente puede ayudarnos, el riesgo valdrá la pena. ¿Puedes imprimirlo?

—Ya lo hice. Ten —expresó Kate entregándole una hoja de papel.

—Gracias.

—¿Cuándo le llevarás el mensaje?

—En la mañana, a primera hora. Jake no puede perderse esta reunión, si no va, quién sabe si tengamos otra oportunidad de contactar a Zeus.

Eran las 6 de la mañana cuando Walker tocó el timbre de la mansión. Serena, que preparaba el desayuno, fue a recibirlo.

—Hola, detective, ¿qué lo trae por aquí tan temprano?

—Necesito hablar con Jake.

—Pasa a la biblioteca, enseguida le avisaré. —le indicó Serena.

Jake bajó a toda prisa para hablar con Walker. Si venía tan temprano, lo más probable era que tuviera la identidad de Zeus, pensó.

—Walker.

—Jake.

—Dime que ya sabes quién es Zeus. —inquirió. Serena respiró hondo intentando calmar su ansiedad.

—No, pero tengo algo mejor.

—¿Qué es?

—Te mandó un mensaje a través de Kate. —expresó Walker y le entregó una hoja impresa. Jake la leyó.

"Jake

Si lo que quieres es información sobre las transacciones de Rick, encuéntrame hoy en el viejo molino de la ruta 23 a las 9 horas.

Atentamente.

Zeus."

—¿Quiere verme?

—También me pareció extraño, pero es nuestra única oportunidad de hablar con él. Si conoce el esquema de contrabando de Rick, podríamos atraparlo en el acto.

—¿Por qué de pronto decidiría ayudarnos?

—No lo sé, pero estoy seguro de que querrá algo a cambio —afirmó Walker.

—Si lo que quiere es dinero, eso no será un problema.

—Lo más probable es que te pida un favor.

—En ese caso dependerá de qué tipo de favor necesita. ¿Me acompañarás?

—Por supuesto, no confío en nadie que use un seudónimo en la red.

Serena fue a trabajar como de costumbre. Vincent le había llamado cerca de las 8 de la mañana para decirle que no necesitaba acompañarlo a la reunión que tendría con Jake. Según él,

era mejor que no se involucrara en este asunto.

Vincent quería resolver su conflicto con Jake, de manera pacífica, y si Serena se encontraba allí, eso sería imposible. Teniendo en cuenta de que la última vez, él intentó seducirla bajo sus narices.

Cerca de las 9 de la mañana, Walker estacionó en el punto de encuentro. Jake ingresó al viejo molino bastante inquieto. El sitio era espeluznante, lleno de telarañas y sin energía eléctrica. La poca luz que llegaba a su interior se debía a unas pequeñas ventanas de cristal ubicadas en la parte superior del edificio. Sin duda, el hogar perfecto para un villano pensó.

Al ver que Zeus aún no se encontraba allí, el detective dijo:

—Tú esperas aquí, yo revisaré el segundo piso. —explicó Walker y subió por una antigua escalera de madera que llegaba a la segunda planta.

—Está bien —contestó Jake un poco nervioso de quedarse solo.

A principio, hubo un silencio sepulcral, pero unos instantes después, escucharon una voz que venía de la puerta que daba al subsuelo.

—Jake, no esperaba que fueras tan temeroso como para traer a un guardaespaldas.

—¿Vincent? —preguntó Jake reconociendo la voz. El hombre dio un paso hacia él y dejó caer la capucha para que le viera la cara.

—En carne y hueso.

—¿Tú eres Zeus? —preguntó Jake totalmente incrédulo. Walker descendió rápidamente al escuchar la conversación.

—Detective —dijo Vincent saludando—. Veo que ambos están muy sorprendidos —agregó, puesto que solo lo miraron sin decir una sola palabra.

—¿Nos conocemos? —inquirió Walker.

—Aún no tuve ese placer —expresó Vincent y le extendió la mano. Al no saber qué hacer, Walker respondió al gesto.

—¡Déjanos solos! —exigió Jake muy serio.

—¿Estás seguro? —preguntó Walker.

—Sí, este sujeto es inofensivo.

—De acuerdo.

Cuando Walker salió del molino, Vincent se acercó y le dijo.

—Antes de que hagas cualquier suposición, debes saber algo.

—¿Qué? —espetó malhumorado.

—Rick Campbell también es mi padre.

La declaración de Vincent descolocó totalmente a Jake. Puesto que, jamás se habría esperado que su archienemigo, fuese su medio hermano.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquirió Jake muy serio.

—Desde la muerte de mi madre.

—Entonces, cuando éramos compañeros de clase. ¿Tú ya sabías que éramos hermanos?

—Sí. Yo tomé los optativos relacionados con arte, solo por ti. Quería conocerte.

—¿Por qué nunca me dijiste la verdad?

—No tuve el valor. Jake Castle era tu héroe, el padre perfecto. ¿Cómo podría arrebatártelo? —expresó Vincent con tristeza.

Al escuchar sus palabras, Jake recordó el pasado. El modo en que él lo apoyó tras la muerte de Daniel Castle, cómo sustituyó a Marcus, cuando este decidió dejar la vida libertina. De pronto, sintió un dolor en el pecho, pues comprendió que Vincent lo había tratado y protegido como a un hermano.

A la luz de esta nueva verdad, Jake creyó que era momento de que hablaran del pasado.

—Vincent, sé que no me creerás, pero te aseguro que yo no intenté robarte a tu prometida. Cuando me di cuenta de que tenían una relación, ya era demasiado tarde.

—Ya lo sé, pero en ese momento, yo no lo sabía. Me enteré unos años después, cuando me encontré con Renata en un desfile de modas. Pero para ese entonces, ya me habías declarado la guerra y mi única opción era seguir peleando contigo.

—¿Qué te parece si pausamos nuestra riña? Creo que tenemos cosas más importantes que tratar —sugirió Jake.

—Estoy de acuerdo. Hablemos sobre Rick.

Jake llamó a Walker para que participara de la conversación, a fin de cuentas, él era una parte crucial del equipo.

—Me alegra que se nos una, detective —declaró Vincent.

—Por un momento creí que no me invitarían a la fiesta —expresó sarcásticamente Walker.

—No pensaba dejarte de lado. —le aclaró Jake.

—¿Empezamos? —propuso Vincent.

—Espera, primero debes decirnos cómo terminaste siendo un contrabandista de arte bajo el seudónimo de Zeus. —exigió Jake, que, no le veía el sentido a la historia de que Vincent fuera un criminal. Pues, un hombre como él, no necesitaba revender arte en el mercado negro para obtener riquezas.

—Es una larga historia, pero, les prometo, que no es lo que parece.

—¿Podrías ser más específico? —solicitó Walker, que ahora tenía mucha curiosidad sobre el asunto.

—Haré un muy breve resumen, para que podamos ir al grano. Zeus es un personaje que creé para ayudar a la agencia a desmantelar la red de tráfico de arte dentro y fuera del país.

—Creí que Zeus compraba para revender. ¿Cómo se supone que eso ayuda a detener el tráfico de arte? —expresó Jake poco satisfecho con su esclarecimiento.

—La reventa de reliquias es solo un rumor que esparcí para construir la reputación de Zeus. La verdad es mucho más complicada.

—Explícate. —exigió Jake.

—Compro las piezas que se ofertan en el mercado negro a fin de rescatarlas. Muchas de ellas pertenecían a museos, otras a coleccionistas antes de que las robaran.

—Escuchamos que le compraste algunas piezas de arte a Rick. —comentó Walker.

—Sí. Estoy trabajando con la agencia para armar un caso en su contra. Le compré algunas obras de arte para establecer una conexión con él y proporcionar las pruebas que lo involucran con la venta ilegal de arte. Sin embargo, hasta ahora, ha sido muy listo y nunca ha dejado un rastro que lo incrimine directamente.

—Por eso encriptaste tu firma en la cuenta anónima de las islas Caimán, ¿verdad? —espetó Jake reflexivo.

—Necesitaba dejar una pista que de alguna manera asociara el dinero con el contrabando de arte. A simple vista, nadie vería ese detalle, pero si un hacker o un programador indagara más a fondo en la cuenta que recibió la transferencia, encontrarían la firma de Zeus en los pagos.

—Lo hiciste a propósito para proporcionarle rastros a la policía sin que Rick se diera cuenta —afirmó Walker.

—Así es. Me he esforzado mucho para crear cierta reputación en el mercado negro, a fin de llamar su atención. Rick no debe sospechar que lo estoy implicando mientras hacemos negocios. Hasta donde sabe, solo soy un cliente que lo hace ganar mucho dinero.

—Intentas ganar su confianza… —especuló Walker.

—Así es. Una vez que crea que soy un contrabandista legítimo, podré hacer mi siguiente movimiento.

—Y… ¿Cuál es tu plan? —preguntó Jake.

—Mi plan es ganar su confianza para que me consiga una obra de arte en particular.

—Le pedirás que robe para ti. —concluyó Walker muy admirado, pues reconocía su ardid. Era una de las estrategias que usaban en el departamento de narcóticos para atrapar a los distribuidores de drogas.

—Precisamente. Cuando acceda a mi solicitud. Robará una pieza que, rastrearemos hasta su base de operaciones. Allí obtendremos las pruebas que lo incriminan y con suerte incluso podríamos atraparlo en el acto.

—¿Ya le tiraste el anzuelo? —preguntó Walker.

—Aún no. Era importante establecer una “buena reputación” en el mercado negro antes de hacerle un encargo. Por eso compraba aquí y allí, para evitar sospechas y así construir un personaje creíble.

—¿Alguna vez pensaste en ser policía? —inquirió Walker muy animado.

—No, pero admito que me emociona mucho, esto de atrapar criminales.

—Algún día podrías terminar muerto —le advirtió Jake muy serio.

—El anonimato reduce mucho los riesgos. Además, la mayoría de las transacciones las hago por internet. El caso de Rick es una excepción. Si no estuvieses en peligro de muerte, jamás habría accedido a revelar mi identidad. —argumentó Vincent. Jake se sintió incómodo con su repentino sentimentalismo, así que, cambió de tema rápidamente.

—Espera, ¿cómo te has enterado de que estoy en peligro de muerte?

—Tengo mis fuentes —espetó, omitiendo intencionalmente a Serena.

—¿Hay algo más que debemos saber? —preguntó Walker.

—Sí. Silvia Santoro es su cómplice.

—Eso ya lo sabemos —comentó Jake con condescendencia.

—Lo que no saben, es que, ella le proporciona a Rick los detalles de seguridad, ubicación y datos de accesos de las piezas que planea robar.

—¿Qué? —expresó Jake muy sorprendido, pues no se había imaginado que ella pudiera

llegar tan lejos, solo para ayudar a Rick— ¿Estás seguro? —agregó con una indignación más que patente.

—Sí. Estuvo facilitándole información confidencial. Incluso le consigue los códigos de acceso a las bóvedas de seguridad.

—¿Cómo ella tiene acceso a esos datos? —preguntó Walker.

—Como curadora de un museo tiene acceso a información privilegiada. Además, siempre puede usar su influencia para obtener datos confidenciales sin levantar sospechas de nadie. —le explicó Vincent.

—Por eso aceptó mi oferta de trabajo en cuanto se la hice. —afirmó Jake— Ya me parecía raro que decidiera abandonar un empleo de ensueño para seguirme y empezar desde cero.

—Ella es una de las principales aliadas de Rick en el negocio del contrabando, pero sospecho que decidió trabajar para ti, por otra razón.

—Te escucho.

—Bueno. Además, de necesitar de un empleo que funcionase de cuartada para tener acceso a los datos de las obras que ingresaban al país. Al ser una aliada de Rick, asumo que aceptó el trabajo para ayudarlo a mantenerte vigilado —argumentó Vincent.

—Tiene sentido —expresó Walker.

—Todo este tiempo se mantuvo a mi lado solo para usarme de fachada para los negocios turbios de Rick —concluyó Jake destrozado. Pues finalmente comprendía la naturaleza sórdida de Silvia.

—Tal vez ahora pueda devolverte el favor —comentó Walker.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jake.

—Si conoce los detalles de los robos, podría ayudarnos a atrapar a Rick —propuso Walker.

—Eso mismo pensé —comentó Vicent y agregó—. Por eso planeaba aproximarme de ella. Para mi sorpresa, fue la misma Silvia quien, se acercó a mí para pedirme un favor.

—¿Qué tipo de favor? —quiso saber Jake.

—¿Recuerdas que doné una de mis pinturas para la subasta de beneficencia en el museo?

—Sí. —afirmó Jake.

—Le di la pintura a cambio de que me dejara estar cerca de tu aprendiz. —El rostro de Jake se volvió escarlata, era obvio que apenas podía contener su furia— Por supuesto, mi intención únicamente era usar a Serena como excusa para aproximarme de Silvia. Que eso

terminara fastidiándote, solo fue un beneficio adicional. —aclaró muy divertido.

—¿Y qué fue lo que descubriste? —preguntó Walker interesado.

—No le hice muchas preguntas, porque no quería que descubriese mis verdaderas intenciones, pero me dio la impresión de que estaba dispuesta a cualquier cosa para seducir a Jake. La pobre está muy enamorada de ti. —expresó irónicamente mirando a su medio hermano.

—¿Y eso de qué nos sirve? —espetó Jake muy molesto.

—Si está tan enamorada de ti, no le alegrará mucho saber que Rick piensa matarte. Tal vez puedas convencerla de ayudarnos.

—No querrá incriminarse —especuló Walker— Además, si sabe que la descubrimos, podría alertar a Rick. —les advirtió.

—Lo dudo, hace poco él intentó matarla. Estoy seguro de que lo traicionará si le ofrecemos protección. —afirmó Jake fríamente.

—Bueno, si el amor no funciona, siempre podemos probar con el chantaje. Lo importante es que hable. —apuntó Vincent.

—Podemos ofrecerle un trato —sugirió Walker.

—¿Qué tipo de trato? —quiso saber Jake, que de momento no le tenía mucha estima a Silvia.

—Si nos ayuda a atrapar a Rick, podemos negociar con la fiscalía para que la utilicen en el juicio. Estoy seguro de que le ofrecerán un buen trato a cambio de su testimonio. Incluso podría librarse de la cárcel.

—Es una buena idea. De todas formas, no tiene otra opción, la policía ya tiene pruebas de que ha filtrado información confidencial a Rick, solo están esperando el momento adecuado para encarcelarla —comentó Vincent.

—Hablaré con ella. —dijo Jake.

—Una vez que Silvia esté de nuestra parte, debemos reunirnos para planear los detalles del ardid. —apuntó Walker.

—Serena ha accedido a actuar de intermediaria mientras tanto. Así no quedará ningún registro digital o analógico que, me conecte con las actividades que llevaremos a cabo para atrapar a Rick. Nadie debe sospechar de mí, y mi identidad como Zeus debe mantenerse en secreto.

—Me parece bien —comentó Walker.

—¿Serena ya sabe que eres Zeus? —espetó Jake muy sorprendido.

—Por supuesto, ella fue una de las primeras personas que lo descubrió.



Capítulo 57
«Los pecados de tu padre»

Vincent sonrió alegremente tras hacerle semejante declaración. Jake que no deseaba darle la satisfacción de verlo afectado, raspó la garganta para ocultar su malhumor. Luego preguntó secamente.

—¿Cuándo lo descubrió?

—Ayer, después de hackear mi computadora. —afirmó Vincent.

—Entonces, ¿Kate también lo sabe? —preguntó Walker.

—Así que, Kate es el nombre de la hacker… —comentó Vincent muy interesado.

—No entiendo por qué no me lo dijo… —expresó Jake muy confundido, al darse cuenta de que, Serena le había mentido descaradamente la noche anterior.

—Le pedí a Serena que mantuviera el secreto hasta que pudiera hablar personalmente contigo. Ambos sabemos que, si hubieras sabido de antemano, quién era Zeus. Jamás habrías aceptado verme y escuchar mi versión de los hechos.

—Es cierto —comentó Jake reflexivo. Pues, por más que quisiera negarlo, sabía que Vincent tenía la razón.

—Entonces, cuando Kate dijo que seguía trabajando para decodificar el firewall, ¿mintió? —comentó Walker, sorprendido.

—¡Eso ya no importa! A fin de cuentas, ya se han enterado —comentó Vincent intentando librar a Kate del sermón.

—Es verdad —concluyó Walker más tranquilo.

—¡Avísenme si tienen novedades! Estaré al pendiente para poder lanzar el anzuelo. —comentó Vincent antes de colocarse la capucha y unos lentes de sol.

—De acuerdo, te contactaré una vez que hable con Silvia —respondió Jake.

—Está bien. Nos vemos en cualquier momento, hermanito —expresó Vincent irónicamente antes de salir por la vieja puerta. Cuando se marchó, Walker preguntó.

—¿Hermanito?

—Te explicaré en el camino.

Serena trabajaba en una pintura del siglo XV cuando Vincent ingresó a la sala de restauración.

—¿Cómo te fue? —preguntó al verlo.

—Creo que bien, al menos accedió a escucharme.

—Es un gran progreso. —comentó animada.

—Lo sé, supongo que llevará tiempo recobrar nuestra vieja amistad.

—Conozco a Jake, tiene un buen corazón, ya te perdonará —comentó Serena muy tranquila.

—Hablando de perdón. Tal vez Jake te dé un sermón cuando vuelvas a casa.

—Ya me lo esperaba, pero no te preocupes, yo sé cómo ablandar a Jake —agregó lo último con una sonrisa.

Al otro lado de la ciudad. Milton se encontraba muy concentrado, organizando diligentemente unos papeles relacionados con la adquisición de una obra. De pronto, su jefe ingresó a su sala y le dijo sin preámbulos.

—Milton, pasa a mi oficina.

Su asistente lo siguió y, tras cerrar la puerta, inquirió muy preocupado.

—¿Qué ha pasado, señor?

—Siéntate, tenemos mucho de qué hablar.

Jake le narró con lujos de detalles los temas que había tratado en su reunión misteriosa. Milton se sorprendió bastante al descubrir que, Vincent Turner era el medio hermano de Jake, pero aún más, al enterarse de que, el excéntrico empresario era el famoso Zeus.

Una hora después, Jake finalmente terminó de actualizarlo, y para ese entonces, Milton ya se encontraba atónito.

—¡Vaya! —expresó el asistente.

—Al parecer, con Rick, las sorpresas nunca terminan. —comentó Jake irónicamente.

—¿Qué hará con la señorita Santoro? —preguntó, pues ahora sabían con certeza de que era una espía.

—Le ofreceré una alianza para que traicione a Rick.

—¿Cree que lo aceptará? Después de todo, es una cómplice y ella le debe mucho a Rick.

—Lo hará si no desea pasar sus próximos años de vida en la cárcel.

Después de almorzar, Silvia se dirigió a la oficina de Jake, puesto que tendrían una reunión de última hora para hablar sobre una pieza que deseaban adquirir para el museo.

—Ya estoy aquí, jefe —espetó ella muy formal.

—Bien, siéntate.

—Milton dijo que deseabas adquirir una pieza nueva.

—Sobre eso. Te mintió. Solo necesitaba de una excusa válida para reunirme contigo sin levantar sospechas.

—¿Qué sucede? —preguntó ella alarmada.

—Necesitamos hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre Rick.

Al escuchar el nombre, Silvia quedó inmovilizada. Analizó rápidamente la expresión de Jake. Deseaba determinar si habían descubierto su gran secreto, pero él no le dio ningún indicio, entonces, respondió.

—¿Rick?

—Ya sabes, el hombre con quien te has confabulado para asesinarme —contestó Jake irónicamente.

Su comentario hizo que Silvia cambiara de actitud. Si Jake sabía que Rick planeaba matarlo, y que ella era una cómplice. Entonces, ya conocía toda la verdad o al menos parte de ella. No había razón para seguir pretendiendo, era mejor enfrentar la realidad y encontrar una manera de librarse del problema.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó fríamente.

—¡Vaya! Creí que, al menos, intentarías negarlo.

—¿Cuál es el punto?

—Ya veo, bien. Saltemos la parte en que finges ser inocente y vayamos al grano. Sé que eres su cómplice.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Tu ayuda.

—No entiendo. —expresó algo confundida.

—Quiero que traiciones a Rick y me ayudes a enviarlo a la cárcel.

—¿Y por qué diablos crees que haría eso? —espetó incrédula.

—Porque la policía ya tiene pruebas que te involucran con sus actividades ilícitas. Sabemos que le proporcionaste información a Rick. Tarde o temprano te enviarán a la cárcel, pero si me ayudas, te conseguiremos un trato.

—¿Qué tipo de trato? —inquirió muy interesada.

—Uno que podría librarte de la cárcel.

Silvia consideró rápidamente sus opciones. Rick ya había intentado matarla una vez, *«¿qué lo impediría de hacerlo de nuevo?»*. En especial ahora que, ya había decidido eliminar a Jake.

Ir a la cárcel no estaba en sus planes, así que, hacer un trato podría ser su única opción para salvarse. Además, no deseaba que Jake pensase que era un monstruo. Debía saber que ella no había elegido ser una criminal por voluntad propia.

—Escucharé tu propuesta, pero antes quiero contarte cómo sucedieron las cosas. —solicitó Silvia.

Jake seguía muy consternado con los crímenes de Silvia, aún le costaba creer que ella era una delincuente. Sin embargo, debía tratar de mantenerse objetivo en esta negociación, así que le dijo:

—Silvia, ya conozco tu pasado, leímos tu expediente. —comentó Jake sin ninguna emoción visible.

—Hay cosas que no están en ese expediente. Al menos deberías conocer mi historia, antes de juzgarme. —argumentó Silvia apelando a su humanidad.

—De acuerdo, pero ni por un segundo creas que me sentiré conmovido.

—No espero que te sientas conmovido, lo que quiero que veas, es que no tuve elección.

—Está bien, cuéntame…

—Conocí a Rick después de salir de un reformatorio. Al principio, creí que era un buen hombre. Alguien que se había apiadado de mí y me había sacado de la cárcel por misericordia. Sin embargo, no fue así.

—Sabemos que te pagó un abogado muy costoso. ¿Qué te pidió a cambio?

—Nada. Un día el hombre llegó y me sacó del reformatorio, me puso en un departamento y me dio dinero para comprar lo que necesitara. Dijo que era de parte de mi benefactor. Lo único que sabía era que, debía comportarme y hacer algo con mi vida.

—Y luego, ¿qué pasó?

—Después de terminar el colegio, el abogado vino a verme. Me entregó unos documentos del banco y dinero para inscribirme en una universidad. Dijo que, mi benefactor pagaría todos los gastos de mis estudios, y que, a cambio, solo me pedía que eligiera una carrera relacionada con el arte. Como te podrás imaginar, acepté inmediatamente.

—¿Ni siquiera le preguntaste por qué quería que estudiaras arte?

—No. Habría estudiado lo que fuera, con tal de tener una carrera y no volver al mundo de la prostitución. Era mi única oportunidad de ser alguien, así que, la aproveché.

—Ya veo.

—Después de esa visita, jamás volví a escuchar de mi benefactor, pero cada mes recibía dinero en mi cuenta y alguien pagaba mis gastos de la universidad. Creí que nunca lo conocería, hasta que un día apareció en mi puerta.

—¿Cuándo fue eso?

—Después de graduarme. A principio, fue amable conmigo, dijo que, quería felicitarme por mi esfuerzo, ya que, había sido la mejor de mi promoción. Yo le creí y seguí en contacto con él. De vez en cuando venía a visitarme, tomábamos un café y lo actualizaba sobre mi vida, pero 4 años atrás todo cambió.

—¿Qué pasó?

—Un día vino y me contó una historia, sobre ti. Me dijo que tu madre le había negado su derecho de reconocerte. Y que, por ello, él nunca pudo tener una relación contigo. Me rogó que lo ayudara y yo accedí. Fue entonces, cuando decidí acercarme a ti.

—Por eso apareciste de la nada.

—Sí. Mientras estudiabas el posgrado, debía acercarme y tratar de obtener información sobre tu vida. Como yo ya estudiaba en Francia, fue muy fácil cruzarme en tu camino.

—¿Qué es lo que quería saber de mí?

—Cosas que a un padre le interesaría, quería saber sobre tu vida personal, si tenías novia, nada fuera de lo común.

—¿Y nunca sospechaste que él podría ser un criminal?

—Tienes que entenderlo, en ese entonces, Rick era como un padre para mí. No tenía idea de su vida criminal o de las cosas que había hecho.

—¿Y en qué momento te enteraste de la verdad?

—Cuando me dieron el cargo de curadora en un museo de París. Un mes después, Rick se acercó a mí diciendo que, ya era hora de pagar mi deuda con él.

—¿Qué es lo que quería?

—Quería que le diera acceso a la información confidencial del museo. Cuando me negué a hacerlo, me amenazó. Dijo que, si no lo ayudaba, expondría mi pasado a la prensa. El muy maldito me convirtió en alguien, solo para ser capaz de arruinarme si no le obedecía.

—Es muy típico de él. ¿Y luego qué pasó?

—Se enteró de que tenías planes de abrir un museo y me obligó a abandonar el trabajo de mis sueños para seguirte.

—Y así, mantenerme vigilado hasta que él decidiera que era la hora de matarme, ¿no?

—Jake, juro que no sabía que Rick tenía planeado matarte. Cuando me enteré, ya era demasiado tarde.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque yo no soy una asesina, Jake. Solo hice lo que debía para sobrevivir. Si hubieras estado en mi lugar, habrías hecho exactamente lo mismo.

—¿Crees que tener un pasado miserable te da derecho a justificar lo que hiciste?

—¿Cómo te atreves a juzgarme? Tú no sabes cómo es el mundo real, naciste y te criaste en una familia rica. No sabes todas las cosas que la gente debe hacer para sobrevivir. —expresó alterada.

—No te engañes, Silvia. Tú ya no eres una víctima. Desde el momento en que decidiste ayudar a Rick, te convertiste en su cómplice.

—Tienes razón, me equivoqué, cometí muchos errores, y confié en la persona equivocada, pero eso no significa que te quiera ver muerto. Sabes lo que siento por ti. —afirmó muy convincente.

—Si es verdad lo que dices, pruébalo. Ayúdame a atrapar a Rick.

Silvia respiró hondo, no había manera de convencer a Jake de que, ella jamás fue una verdadera aliada de Rick. No le quedaba de otra más que arriesgarse a ir a la cárcel. A fin de cuentas, qué más podía perder, ya había perdido al hombre que amaba.

—De acuerdo, acepto tu trato. Dime, ¿qué es lo que debo hacer?



Capítulo 58
«La llamada»

Al final de la tarde, una visita inesperada llegó al museo. Jake seguía trabajando en unos documentos cuando Joanne Castle ingresó a su oficina.

—Hola, Jake.

—¿Abuela? ¿Qué haces aquí? Creí que estabas de viaje por Europa.

—Así era, hasta hace unos días.

—Ya veo, ¿y qué te trae por aquí? —preguntó Jake muy curioso.

Joanne respiró hondo, intentando buscar las palabras correctas. Rara vez un Castle se disculpaba, por lo que, nunca se le había dado bien pedir perdón.

—He venido a disculparme.

—¡Ah!, ¿sí? —espetó Jake espantosamente extrañado.

—Sé que me comporté como una víbora tras la muerte de Marcus.

—¡Vaya! Esto no me lo esperaba —dijo Jake aún sorprendido.

—Debí quedarme y apoyarte, pero nunca he sido una buena abuela para ti. —confesó.

—No te preocupes, Joanne. Ya estoy acostumbrado a que finjas que no existo.

—Jake, ya sé que Rick Campbell solicitó reconocerte como su hijo.

—¿Cómo te enteraste? —dijo sorprendido—. Creí que habían sellado el expediente.

—Conozco a todos los jueces de la ciudad. Cada vez que aparece el apellido Castle en un expediente, ellos me envían un mensaje.

—Ya veo. —expresó reflexivo, pero al notar que se veía muy tranquila, agregó—. ¿Por qué no estás sorprendida con la noticia de que soy un bastardo? —Cuando Joanne no respondió a su pregunta, vislumbró la verdad—. ¡Tú ya lo sabías!

—Sí. Esa fue una de las razones por las que me peleé con tu padre.

—Por supuesto. Por eso nunca quisiste verme. No podías aceptar a un bastardo, ¿verdad? —expresó muy afectado.

—Jake, no vine a pelear. Y sé, que es muy tarde para pedir perdón, pero en verdad deseo hacer las paces contigo.

—Que hayas cambiado de opinión tan repentinamente me parece sospechoso. —argumentó dolido.

—Sé que merezco tu desconfianza, pero te aseguro que te hablo con sinceridad.

Jake observó a su abuela detenidamente. La mujer se veía diferente. En su última visita, seguía teniendo ese porte de dama de la alta sociedad. Ahora, lucía ligeramente más delgada y se veía pálida, incluso débil.

—Abuela, ¿hay algo que quieras decirme? —inquirió preocupado.

Joanne apartó la mirada por unos segundos, luego respondió con tristeza.

—Me estoy muriendo, Jake.

La noticia lo sorprendió, a tal punto, de dejarlo sin palabras. Nunca habían sido cercanos, pero a Jake le habría gustado tener una abuela, por lo que, siempre anheló tener su afecto y su aprobación.

—Lo siento mucho —expresó, finalmente, muy afectado.

—Yo no te pido que olvides el pasado, solo quiero que me des una oportunidad de redimirme contigo.

—Si en verdad es eso lo que deseas, entonces, eres bienvenida en nuestra familia.

Joanne se acercó para tomarlo de la mano y, por primera vez, Jake sintió el cálido toque de una abuela.

—Muchas gracias, Jake —expresó la mujer entre lágrimas—. Prometo que me esforzaré para cumplir con tus expectativas. Sé que tengo mucho que compensar.

—Con que aceptes mis decisiones, ya estará bien para mí.

—¿Te refieres a lo de buscarte una esposa?

—Precisamente.

—Bueno, al menos deberías tener una novia para poder tranquilizarme —exigió.

—Ya tengo una.

—¿Te refieres a la señorita Sanders?

—¿Cómo lo supiste?

—Seré vieja, pero no estoy ciega. Si en verdad amas a esa muchacha, deberías casarte con ella.

—Lo haré, a su debido tiempo.

—No esperes demasiado. Uno nunca sabe lo que le puede deparar el destino.

—Lo sé, pero ahora no es el mejor momento —argumentó.

—Está bien, pero ¿qué haré mientras tanto para ocupar mi tiempo?

—Podrías cuidar a tu biznieto —sugirió Jake con una leve sonrisa y agregó—. A Daniel le encantará tener a otro familiar para que lo mime. —A Joanne le emocionó saber que al fin podría cuidar al niño.

—Bueno, en ese caso, debería apresurarme a visitarlo.

Jake se despidió de su abuela para ir a una cena de negocios de Castle Enterprise. Milton lo acompañó para reemplazar a Frank, que seguía atascado en la oficina. Puesto que desde la muerte de Marcus hacía de asistente personal del CEO.

Al ver que las cosas volvían a ser como antes, Jake sintió mucha nostalgia. Ahora que, Serena ya no trabajaba en el museo, la extrañaba terriblemente.

—¿Está bien, señor? —preguntó su asistente.

—Sí, solo recordaba el pasado —espetó reflexivo.

—Ah, este es el restaurante al que vinimos con la señorita Sanders.

—Y en el que casi mueres —comentó irónicamente.

—Es cierto. Mire, el señor Davies ya está aquí.

—Bien, que sea una reunión breve, no veo la hora de volver a casa.

Milton, que había aprendido su lección, optó por un menú que ya conocía. Jake seguía hablando con su invitado, cuando sonó su celular. Al no reconocer el número, se lo dio a Milton. Este se apartó de la mesa unos metros, antes de contestar.

—¿Diga?

—Milton, ¿eres tú? —*«debo estar alucinando»,* pensó el asistente, pues, por un momento, creyó que escuchaba una voz conocida—. Milton, ¿sigues ahí?

—¿Señor Castle? —espetó como si apenas pudiese creerlo.

—Sí, soy yo.

—Está vivo…—afirmó emocionado.

—Sí, y es una larga historia. ¿Jake está contigo?

—Sí. Le pasaré la llamada, aguarde, un instante —respondió automáticamente, puesto que seguía en shock. Luego volvió a la mesa para hablarle a su jefe.— Señor, tiene una llamada muy importante.

—¿Quién es? —preguntó Jake que no deseaba interrumpir su reunión sin una razón imperiosa.

Como Milton, no quería revelar la verdad frente a todos. Puesto que, se armaría una gran conmoción, respondió.

—Es Daniel.

Al pensar que había sucedido algo con su sobrino, Jake saltó de la silla para apartarse de la mesa y tomar el celular.

—Daniel, ¿qué ha pasado? —preguntó muy preocupado. Al oír que su hermano menor contestaba, Marcus respondió muy aliviado.

—Jake, soy yo.

Sus manos temblaron al escuchar la voz. Con los ojos desorbitados miró a su asistente buscando desesperadamente una respuesta. Milton agitó la cabeza levemente, afirmando sus sospechas.

—Aguarda un instante, me encuentro en una reunión —respondió finalmente. Luego se acercó a la mesa para disculparse con su invitado.— Señor Davies, siento interrumpir nuestra reunión, pero tengo una emergencia familiar.

—Lo entiendo. No se preocupe.

—Mi asistente le explicará los últimos detalles del contrato, y si está de acuerdo con los términos, marcaremos otra reunión para la firma.

—Por supuesto.

Jake se marchó rápidamente, dirigiéndose al estacionamiento del restaurante. Subió a su

auto para tener algo de privacidad. Trató de calmarse antes de volver a tomar el celular para contestarle a su hermano, pero fue inútil. Las palabras se le atascaron en la garganta. Cuando finalmente pudo decir algo, respondió con una voz temblorosa.

—Marcus, ¿creí que estabas muerto?

En la mansión de la familia Castle, ajena a las últimas novedades, Serena se encontraba muy tranquila en la cocina. Su nuevo trabajo era, sin duda, muy emocionante, pero a su vez, muy agotador. Después de dormir a Daniel, decidió que era buena idea tomar un té, mientras leía una novela. Jake le había avisado que tenía una cena de negocios, así que, no llegaría temprano a casa.

Ella se encontraba en la biblioteca seleccionando un libro para leer, cuando, de pronto, ingresó Jake muy agitado. Se veía pálido, como si acabara de ver a un fantasma.

—Jake, ¿estás bien?

Él se acercó a ella para tomarla de los hombros, luego habló muy emocionado.

—Serena, hay algo que debo decirte.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás así? —inquirió muy preocupada.

—Marcus y Anne… —Jake hizo una breve pausa antes de terminar la frase—, están vivos.

Serena dejó caer un libro que tenía en manos, se sentía aturdida, como si, de pronto, su alma hubiera abandonado su cuerpo. Jake la sostuvo en sus brazos, ella apenas podía mantenerse en pie.

—Ven, siéntate —le dijo Jake y la condujo hasta el diván.

Le tomó un par de minutos para procesar la noticia. Jake la sostenía de la mano, pues comprendía perfectamente su estado emocional.

—¿Estás seguro? —preguntó finalmente.

—Sí. Hablé con Marcus.

—¿Cómo es posible? —espetó incrédula.

—No lo sé, no hablamos mucho. Me llamó de un teléfono prestado. Solo me dio su ubicación y prometió que me contaría todo cuando fuéramos a buscarlos.

—Anne…

—Ella está bien, pero están sin recursos porque Marcus no quiso revelar su identidad. Así que, necesitan de nuestra ayuda cuanto antes.

—Hay que ir con ellos inmediatamente. —afirmó Serena.

—Infelizmente, no podemos.

—¿Por qué no? —quiso saber indignada.

—Si usamos uno de los aviones de Castle Enterprise, estaremos obligados a declarar sobre nuestro destino, el propósito del viaje y los pasajeros que embarcaron. Rick nos está vigilando, si nos rastrea, podría descubrir que están vivos, y por ahora, lo más prudente es mantenerlo en secreto.

—Entiendo… ¿Y si tomamos vuelos comerciales? —sugirió.

—Eso sería aún más sospechoso. La gente me reconocería y los medios empezarían a especular.

—Cierto, olvidé que eras un hombre muy famoso. Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Necesitamos a alguien que nos ayude a conseguir un avión que no esté en el radar de Rick. Infelizmente, ahora mismo no confío en ninguno de mis amigos. —Espetó recordando la traición de Silvia.

—Tal vez no necesitemos de un amigo. Si no de un enemigo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Jake muy confundido.

—Que conocemos a una persona que podría ayudarnos.

—¿De quién hablas?

—Hablo de Zeus.

En la mañana, Serena fue a trabajar como si nada hubiera sucedido, pues debía mantener las apariencias. Y aunque, interiormente, se sentía ansiosa y desesperada por ayuda. No lo demostró y actuó como de costumbre, ocupándose de sus quehaceres hasta que Vicent llegó a su oficina.

—Buenos días, ¿ya ha llegado el jefe? —le preguntó a Sandy cerca de las 8 de la mañana.

—Sí, acaba de llegar.

—Pasaré a verlo.

—De acuerdo.

Serena ingresó a su oficina y cerró la puerta con llave. Al ver lo que su curadora acababa de hacer, Vicent se preocupó.

—¿Pasa algo? —espetó alarmado.

—Necesitamos hablar.

—Bien, ¿de qué se trata?

—Es confidencial.

—Ya veo, entonces sígueme. —respondió levantándose para acercarse a un librero. Luego tocó uno de los libros para abrir un pasadizo secreto.

—¡Wow! —dijo Serena muy sorprendida.

—¡Vamos! —espetó Vincent e ingresó a la habitación secreta.

Serena lo siguió y descubrió que era una sala de operaciones.

—Aquí nadie puede escucharnos —explicó Vincent.

—¿Qué es este lugar? —preguntó muy curiosa, al ver la cantidad de pantallas de vigilancia.

—Anteriormente, era la habitación amorosa de mi padre. Ahora, es mi sala de control.

—Ya veo.

—Y ¿bien?, ¿qué es lo que querías decirme?

—Marcus y Anne están vivos —espetó Serena sin preámbulos.

—¿Qué? —expresó realmente sorprendido.

—Lo acabamos de descubrir.

—¿Dónde han estado todo este tiempo? —inquirió muy curioso.

—En una pequeña isla del océano índico.

—¡Vaya!

—Debemos llegar a la isla, pero no podemos usar uno de los aviones de Castle Enterprise. Necesitamos uno que sea invisible al radar de Rick.

—Ya veo, por eso necesitas de mi ayuda.

—Más bien la de Zeus, supuse que él conocería a alguien que pudiera llevarnos allí. Sin dejar rastros —aclaró.

—Pues estás en lo cierto. Conozco a alguien de confianza que podría ayudarnos.

—¡Qué buena noticia! —expresó Serena muy aliviada.

—Hablaré con mi amigo. Estoy seguro de que, tendrá todo listo para hoy, así que, prepárense. Te avisaré cuando tenga el horario y la ubicación.

—Gracias, Vicent. De verdad, no tienes idea de lo mucho que tu ayuda significa para nosotros.

—No tienes que agradecerme, esto es lo mínimo que puedo hacer para ayudarlos. Si necesitan algo más, solo debes decírmelo.

—Bueno, tendré que ausentarme del trabajo por unos días.

—No te preocupes, le diré a todos que tienes una gripe terrible —espetó entre risas.

Dos horas después, Vicent le pasó la información con los detalles del vuelo. Serena llamó inmediatamente a Jake, para darle la buena noticia.

—Jake, está todo listo. Salimos en 3 horas.

—De acuerdo.

—¿Todo bien, señor? —preguntó Milton, que se encontraba en su oficina.

—Sí. Hemos conseguido el avión.

—Me alegra escuchar eso. Me ocuparé de todo mientras no esté. Nadie sospechará de nada.

—Gracias, Milton.

Serena llegó a la mansión media hora más tarde. Daniel ya había vuelto de la escuela y se preparaba para almorzar. Al verla, se sorprendió.

—Tía, ¿por qué no estás en el trabajo?

—Me siento un poco enferma —se excusó.

—¡Ah…! ¿Te irás al médico?

—Sí, la gripe que tengo es muy contagiosa, por eso tu tío decidió que debíamos ver a un especialista —argumentó.

—¡No me gustan los hospitales! —dijo el niño.

—No te preocupes, solo iremos tu tío y yo. Tú te quedarás con tu bisabuela.

Capítulo 59
«Fantasmas»

Vincent aguardaba muy ansioso en el aeropuerto. Al descubrir que Marcus seguía con vida, se alegró sinceramente, pero a su vez, sintió algo de celos. Pues, más una vez, Jake corría en busca de su hermano predilecto. De cierta forma, envidiaba la unión que existía entre ambos, por lo que, siempre quiso pertenecer a su grupo familiar.

—¡Bienvenidos! —expresó al ver que Serena llegaba con su hermano— ¿El niño no irá con ustedes? —preguntó Vicent.

—No queríamos levantar sospechas de nadie. Además, al pequeño Daniel le es imposible guardar cualquier secreto. —se justificó Serena.

—Entiendo. ¿Quieren que me ocupe de él?

—No será necesario. Mi abuela se ofreció a cuidarlo por unos días. —respondió Jake, muy sorprendido con su amabilidad.

—Joanne ¿ya lo sabe?

—No. Le hemos dicho que teníamos un viaje de negocios. —explicó Serena.

—De acuerdo. De todas formas, lo mantendré vigilado. No se preocupen —prometió.

—Gracias, Vicent —contestó Serena muy conmovida. Al ver que ella le sonreía a su medio hermano, Jake dijo:

—Creo que ya es hora de irnos, Serena.

—Sí, por supuesto. —afirmó ella.

—¡Vengan! Les presentaré al piloto —indicó Vicent y ambos lo siguieron.

Un hombre de mediana edad se les acercó para saludarlos.

—Buenas tardes.

—Raúl, te presento a mis amigos, Jake y Serena.

—Es un placer conocerlos.

—El placer es nuestro —comentó Serena.

—Bien, si no les molesta, aún debo resolver algunas cosas antes de marcharnos. Pueden subir sus maletas mientras tanto —les indicó.

Tras ese breve comentario, Raúl los dejó solos. Ellos se acercaron a una pequeña avioneta. Serena, que detestaba los espacios pequeños, lo observó por un instante, muy preocupada, antes de decir.

—¿Estás seguro de que esta cosa puede llevarnos?

—Sí, Raúl lleva cargas todo el tiempo. Puede descender en aeropuertos pequeños sin la necesidad de pasar por los registros habituales. —comentó casualmente Vincent.

—¿Qué tipo de cargas transporta Raúl? —preguntó Jake inquisitivo.

—Realmente no estoy autorizado a hablar de ese tema. Lo importante aquí es que él puede llevarlos sin ser detectados.

—De acuerdo —respondió Jake reflexivo, pues, de momento, no le importaba mucho en qué tipo de actividades se encontraba metido Raúl.

—¿Ya sabes cuál es el plan de Marcus? —preguntó inquisitivo.

—No. Solo hablamos de lo esencial.

—Sé que no me corresponde a mí decidirlo, pero lo más conveniente sería que Marcus siguiera muerto.

—Lo sé. También lo he pensado.

—Si Rick se entera de que sigue vivo. Todo nuestro plan podría arruinarse.

—Tendré que revelarle los planes de Zeus. Es la única manera de mantenerlo al margen.

—Está bien, puedes contarle la verdad. Ah, si en algún momento deben identificarse, usen estos pasaportes. También he agregado 2 extras para Marcus y Anne —expresó Vicent entregándole los documentos. Jake los verificó antes de decir.

—Parecen muy reales. ¿Cómo hiciste para conseguirlos? —preguntó Jake.

—Le pedí un favor a mi amigo de la agencia. Ya les informé de la situación. En cuanto confirmen la ubicación de Marcus, avísenle a Raúl. Él le informará a la base de operaciones de la

agencia y ellos se encargarán de hacer la extracción.

—Entonces, ¿Raúl no es un contrabandista? —preguntó Serena, muy sorprendida.

—No. Raúl trabaja para la agencia, estarán seguros con él. Cuando hables con Marcus, infórmale que serán rescatados por agentes especiales. Los llevarán a una casa de seguridad hasta que decidamos qué hacer con esta novedad.

—De acuerdo —respondió Jake.

El trayecto fue relativamente largo, puesto que Raúl debía realizar su ruta habitual para no levantar sospechas de las autoridades. Cerca de las diez de la noche, llegaron a su destino final. Serena ya se encontraba exhausta; sin embargo, no podía esperar otro segundo para ver a su hermana.

—Tomaremos un taxi hasta la dirección. —le indicó Jake a Serena—. Muchas gracias, Raúl. Estaremos de vuelta, mañana temprano.

—De acuerdo. Tendré todo listo, no se preocupen.

Cuando llegaron a la pequeña residencia que le había indicado Marcus, ambos respiraron hondo antes de golpear la puerta. Anne la abrió con una gran sonrisa.

—Serena…

—Anne —expresó su hermana menor y se adelantó para abrazarla. —Unos instantes después, Anne dijo secando sus lágrimas.

—Pasen, por favor, Marcus ya los espera.

Ingresaron a la residencia. Era una de esas casas modestas, pero muy bien cuidadas. Jake cargó las maletas que habían traído hasta la pequeña sala, luego preguntó.

—¿Dónde está Marcus?

—Está en la habitación descansando —contestó Anne.

—¿Qué hago con las maletas?

—Déjalas ahí, las desempacaré mañana. Creo que puedo sobrevivir otra noche sin los lujos de la familia Castle —expresó sarcásticamente, luego agregó—. Vengan, los llevaré hasta Marcus.

Jake respiró aliviado al ver que su hermano se encontraba vivo, y relativamente bien.

—Hola, hermanito. —dijo Marcus ni bien él cruzó por la puerta.

—No sabes cuánto me alegra escucharte decir eso —expresó Jake con una sonrisa.

—Sí. Imagino que las cosas no han sido fáciles en los últimos dos meses —comentó Marcus.

—No tienes idea. Creímos que habían muerto —respondió Serena, acongojada.

—Lo sé, he visto las noticias —explicó Marcus— Sé que nos declararon muertos después del accidente.

—No fue un accidente, fue Rick —comunicó Jake sin preámbulos. Marcus no pareció sorprendido con la noticia.

—Ya lo sospechábamos, pero no estaba seguro de que fuera él.

—¿Qué fue lo que pasó? Por qué desaparecieron por tanto tiempo —preguntó Serena muy intrigada.

—Después de perder uno de los motores del avión, nos comunicamos con la ATC inmediatamente, pero antes de finalizar nuestro reporte de la situación, la radio dejó de funcionar. Afortunadamente, el piloto era experimentado y ya había hecho ese itinerario muchas veces. Por lo que, pudo determinar rápidamente nuestra ubicación para trazar una ruta de aterrizaje de emergencia en la superficie más cercana, antes de que el panel de navegación dejara de funcionar. Fue así como terminamos en una isla del Pacífico.

—¡Santo Dios! —expresó Serena cubriendo la boca con ambas manos.

—Nosotros sobrevivimos, pero nuestro piloto perdió la vida en el aterrizaje. El copiloto sufrió una herida de gravedad, infelizmente, falleció dos días después. Yo me lastimé la pierna durante el aterrizaje, por lo que quedé inservible. No teníamos ninguna forma de comunicarnos con el mundo exterior. No había señal de celular, la radio del avión estaba averiada. Anne era la única que podía moverse, así que, empezó a explorar el lugar, y unos 3 días después, encontró un asentamiento de personas al otro lado de la isla. —continúo Marcus.

—Si fueron rescatados unos días después, ¿por qué no informaron que seguían vivos? —inquirió Serena.

—Porque la población que encontramos era del tipo ermitaña. Se consideraban autosuficientes y amigables con la naturaleza. Por lo que no contaban con tecnologías de comunicación que pudieran intervenir en su estilo de vida. Ni siquiera tenían barcos motorizados para abandonar la isla.

—Entonces, ¿cómo hicieron para salir de allí? —inquirió Jake.

—Cada tres meses los pobladores recibían la visita de un médico para hacerles un chequeo de salud, así que tuvimos que esperar casi 2 meses para salir de la isla. Al llegar aquí, fuimos al hospital para hacernos varios exámenes. Luego me actualicé usando Internet. Quería saber en qué situación nos encontrábamos, fue cuando descubrí que legalmente estábamos muertos.

—Entiendo, —comentó Jake reflexivo—, pero ¿cómo supiste que lo del avión fue intencional y no un accidente?

—El copiloto dijo que era muy improbable que el sistema eléctrico fallara sin razón. En especial, después de pasar por una inspección tan rigurosa. Por eso empezamos a sospechar que no fue un accidente, sino que un intento de asesinato.

—¿Quedó algo del avión?

—No mucho, pero pudimos rescatar la caja negra.

—¿Y qué hicieron con los cadáveres?

—A falta de opciones, tuvimos que enterrarlos en la isla. Espero poder recuperar los cuerpos para entregárselos a sus familiares.

—No estaríamos vivos si no fuera por ellos, lo mínimo que se merecen es un entierro digno. —agregó Anne.

—Nos ocuparemos de ello, en cuanto sea posible. Primero debemos asegurarnos de que estén a salvo y fuera del alcance de Rick —sugirió Jake y agregó—. ¿Alguien más sabe que están vivos?

—No. Quise hablar con Frank, pero no quería arriesgar su vida —informó Marcus.

—Hiciste bien, Rick tiene espías por todos lados, no sabemos si lo mantienen vigilado.

—¿Cómo descubriste que Rick estaba detrás del atentado?

—Contraté a Walker para que investigara tu caso. Hay mucho que no sabes —le advirtió.

—Ya veo. Entonces…empieza a hablar.

Jake le resumió los acontecimientos de los últimos meses, mientras Serena y su hermana iban a la cocina para preparar algo de comer. Anne aprovechó la ocasión para preguntar por su hijo.

—¿Cómo está Daniel?

—A principio fue muy difícil para él, pero ya lo está superando. —comentó Serena intentando consolar a su hermana mayor.

—No hay un solo día en el que no piense en mi pequeño y en lo mucho que lo extraño. Solo quiero abrazar a mi hijo, Serena.

—Lo sé, él también los extraña mucho. —respondió conmovida.

En la habitación, Jake terminaba su relato muy apenado.

—Lo siento, Marcus. Jamás pensé que al elegirte como mi heredero, estaría marcando un objetivo en tu espalda. —expresó Jake sintiéndose responsable.

—No es culpa tuya. Siempre he sido un problema para Rick. Tarde o temprano hallaría otra excusa para matarme.

—No dudo de ello —expresó Jake.

—Así que, ¿Turner es tu medio hermano? —comentó Marcus cambiando de tema.

—Sí.

—Que además es el famoso Zeus… —agregó Marcus incrédulo.

—Yo estoy igual de sorprendido, ¡créeme!

—¿Confías en él? —inquirió Marcus con seriedad.

—Sé que Turner y yo tenemos nuestras diferencias, pero confío en él. Sé que nos ayudará.

—Entonces, ¿cuál es su brillante plan para atrapar a Rick?

—Lanzará un anzuelo para atraerlo a una trampa. Ya ha ganado su confianza, ahora solo necesita que robe para él.

—Y cuando lo haga, Rick se incriminará a sí mismo. —concluyó Marcus.

—Precisamente.

—Su plan es muy elaborado, depende de muchos factores externos, podría fallar.

—Turner ha invertido mucho tiempo en esto, confío en que funcionará. Sin embargo, por precaución, ha sugerido que permanecieras muerto. De esta manera, Rick creerá que sus planes siguen intactos.

—Estoy de acuerdo en seguir muerto, pero no estoy dispuesto a esperar otro segundo para ver a mi hijo. —le advirtió muy tajante.

—Lo entiendo. Aunque primero deben ir a un lugar seguro.

—Lo sé, ya he pensado en ello, pero en cuanto utilice mis recursos, Rick podría descubrir la verdad.

—Los agentes especiales que trabajan con Turner se ofrecieron a sacarlos de la ciudad. Daniel tendrá vacaciones en unos días. Una vez que terminen sus clases, puedo enviarlo a tu ubicación sin levantar las sospechas de nadie.

—¿Y cómo piensas hacer eso? Según dices, Rick vigila todos tus movimientos.

—No te preocupes, Turner también me ayudará con eso.

—Y pensar que una vez dijiste que Turner era un cretino egoísta —expresó Marcus muy sorprendido.

—Pues me equivoqué. Al final resultó que era una persona muy servicial. —se corrigió Jake, y agregó reflexivo—. Y esto te podría sonar raro, pero, cuando creí que estabas muerto, me alegró mucho descubrir que tenía un medio hermano.

—No es raro, y lo entiendo, creíste que había muerto y que estabas solo —expresó Marcus comprensivo, antes de agregar con mucha emoción—. Jake, sé que no te lo dije, pero, cuando estuve en esa isla, lo único que me daba consuelo era saber que tú te habías encargado de mi hijo. Saber que Daniel se encontraba a salvo, me dio la fuerza necesaria para resistir todos estos meses. Por eso siempre estaré en deuda contigo, hermano.

—No estaba solo, Serena permaneció a mi lado todo este tiempo. No sé lo que habría hecho sin ella. Y sé que te lo debo a ti.

—Solo hice lo que cualquier hermano habría hecho. Además, fue idea de Anne darles la custodia compartida.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí. Y, ¿entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Funcionó? —preguntó Marcus muy curioso.

—Ah. Bueno… Digamos que aún está en proceso. Resulta que estar de luto y cazar asesinos no propician muchas ocasiones para el romanticismo —expresó Jake como excusa.

—Ya veo —respondió pensativo—. Bien, ya habrá tiempo para ello. Ahora, ayúdame a ir a la cocina, es probable que la cena ya esté lista.

—¿Aún sientes mucho dolor? —preguntó Jake al ver que necesitaba ayuda.

—No mucho. Las medicinas hacen lo suyo. Sin embargo, aún necesito de una muleta para caminar. Debo seguir en reposo hasta que mi cuerpo se recupere del impacto. Resulta que esta pierna quedó muy sensible después de mi accidente automovilístico.

—Entiendo. —respondió Jake reflexivo. Hasta que, de pronto, recordó algo sobre el pequeño Daniel— ¡Maldición!

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcus alarmado.

—Ven. —respondió apoyándolo en su hombro—. Hay que darnos prisa, antes de que sea muy tarde.

—Tarde, ¿para qué?

—Para evitar que Serena meta a Daniel en problemas.



Capítulo 60

«¿Puedes guardar un secreto?»

En la metrópoli, mientras la ciudad dormía, Vicent vagaba por los suburbios como un verdadero rufián. Ya muchas veces se había infiltrado en el submundo para hacerse pasar por un contrabandista. Esta noche su objetivo era lanzar rumores sobre una reliquia que Zeus estaba determinado a conseguir sin importar el precio.

La idea era captar el interés de uno de los camaradas de Rick, que se encargaría de llevarle la noticia de la apertura de una oferta de trabajo. Esta noche, Walker lo acompañaba discretamente desde lejos. Su misión era obtener registros audiovisuales de las conexiones criminales de Rick.

Vicent ingresó a un bar muy popular entre los maleantes. Se acercó a la barra y pidió una botella de whiskey. Unas dos horas después, fingió estar pasado de copas y empezó a hablar demás.

—¿Escucharon que Zeus está buscando una reliquia egipcia? Dicen que le perteneció a la mismísima Nefertari.

—¿Qué es? —preguntó un hombre de mediana edad que se encontraba a su lado.

—Una gargantilla de oro macizo, con piedras preciosas incrustadas. Una verdadera joya de Egipto. —respondió Vicent.

—¿Quién la tiene? —preguntó una mujer pelirroja que se encontraba bebiendo en la barra.

—Di Sante.

—¡Zeus debe estar loco! Nadie tomará este encargo. —expresó el *bartender* que escuchaba la conversación.

—Es verdad. ¿Quién se atrevería a robarle a Di Sante? Todos saben que está asociada con la mafia. Si te descubren, eres sin duda hombre muerto —comentó un joven rubio que se acercó a la barra.

—Cierto. Es un pedido demasiado audaz —comentó Vicent reflexivo.

—Más bien imposible —remató el hombre de mediana edad.

—Si tienes los recursos adecuados, nada es imposible —expresó sin mucho interés la pelirroja.

—No lo sé, me parece demasiado arriesgado. —continuó el joven rubio.

Walker, que también se encontraba en la barra a unos metros de distancia, grababa la conversación. Más tarde, analizarían el video para identificar al socio de Rick. Vicent estaba seguro de que era uno de ellos, por lo que quería cerciorarse de que todos recibieran el mensaje apropiadamente. Debido a esto, agregó casualmente después de beber otro trago.

—Es verdad, pero dicen que está ofreciendo 200 millones. Debo admitir que me sentí… tentado.

—¡Vaya! Es mucho dinero. —respondió el hombre de mediana edad, verdaderamente impresionado.

—Quien no arriesga, no gana. —comentó la pelirroja y bebió la última gota de su trago antes de marcharse.

Durante la cena, Jake le explicó a Marcus los detalles de la operación que Zeus llevaría a cabo con la policía. Serena continuó hablando de las anécdotas de Daniel. Felizmente, obvió la parte en que casi fue expulsado de la escuela.

—Nos marchamos, mañana temprano. No quiero levantar las sospechas de Rick. —comentó Jake.

—Entiendo. —respondió Marcus—. ¿Cómo nos comunicaremos una vez que esté en la casa de seguridad?

—No te preocupes. Kate encontrará una manera segura de comunicarnos.

—Parece muy capaz —comentó Anne.

—Sí que lo es —agregó Serena con una sonrisa.

En la metrópoli Walker llegaba a la guarida de Zeus. Era hora de detallar el plan que llevarían a cabo para atrapar a Rick.

—¡Vaya! ¿Todo esto es tuyo? —preguntó al ingresar a la sala de operaciones.

—Sí, resulta que ser rico tiene sus ventajas.

—Ya veo.

—Dame la memoria de la cámara, bajaré el video en la computadora para que puedas enviárselo a Kate.

—Genial. Ella ya lo está esperando, nos ayudará a identificar al socio de Rick usando un programa de reconocimiento facial. —explicó Walker entregándole la memoria.

—Me agrada esa chica. —comentó Vicent con una sonrisa, antes de copiar el archivo de video en su computadora, luego agregó para irritar a Walker—. Tal vez debería pedirle que trabaje para mí.

—Kate no trabaja para nadie, ella es una chica independiente. —expresó actuando como un padre muy protector.

—Ya veo. Bien, veamos a quién tenemos en la grabación. —expresó abriendo el video en un reproductor. Luego lo pasó en la gigantesca pantalla plana que se encontraba en el centro de la sala.

—¿Quién crees que es el socio de Rick?

—Yo creo que es la pelirroja —comentó Vincent.

—No lo sé, no parecía muy interesada.

—¿Quieres apostar? —expresó Vincent con una sonrisa juguetona.

—No me gustan las apuestas —indicó Walker muy serio.

—¡Vamos! No seas aguafiestas.

—Está bien, ¿qué quieres apostar?

—Si gano, me das el contacto de Kate. —Walker le brindó una mirada asesina, así que Vincent agregó—. Mi interés es profesional, te lo prometo —le aseguró.

—¿Y si gano? —inquirió Walker.

—Puedes pedirme lo que quieras.

—De acuerdo —accedió Walker extendiéndole la mano.

—Es un trato —contestó Vincent dándole un apretón muy fuerte.

Vincent le envió el archivo de video a Kate, que llamó treinta minutos después para darles una respuesta.

—Hola, Kate, ¿ya tienes algo? —contestó Walker colocando el celular en alta voz.

—Sí. Ya examiné el archivo. Usé mi programa de reconocimiento para analizar los perfiles de las personas que aparecían en el video. La única que tenía una conexión directa con

Rick era la pelirroja.

—¿Qué tienes sobre ella? —preguntó Walker mirando seriamente a Vincent.

—La llaman Charity. Es una famosa contrabandista. Ha trabajado para muchos, pero actualmente es uno de los proveedores de Rick.

—¿Qué hay de los otros? —insistió Walker esperanzado.

—También son contrabandistas, pero no trabajan con Rick.

—Son buenas noticias —comentó Vincent, tomando desprevenida a Kate.

—¿Y ese quién es? —preguntó ella al no reconocer la voz.

—Es Zeus.

—¡Oh! —espetó sorprendida, luego agregó muy incómoda—. Mucho gusto, señor Zeus.

—El placer es todo mío, Kate —respondió Vincent con una voz muy seductora que la intimidó.

—Bien, eso era todo. Si tengo algo más, les avisaré, ¿ok? —espetó rápidamente y cortó la llamada.

—Creo que he ganado la apuesta. —comentó Vincent sonriendo muy satisfecho.

—Eso parece. —respondió Walker de mala gana e intentó intimidarlo con una mirada aterradora. Cuando no funcionó, agregó— Bien, tú ganas.

Al día siguiente, como era habitual, Milton llegó temprano para ocuparse de los asuntos del museo. Sin embargo, cuando ingresó a su oficina, encontró a Silvia esperándolo.

—Señorita Santoro ¿qué hace aquí tan temprano?

—¿Dónde está Jake?

—En un viaje de negocios.

—En su agenda no encontré ningún viaje programado —espetó inquisitiva.

—Ah, es porque el viaje es debido a los negocios de Castle Enterprise.

—Ya veo, y ¿cuándo vuelve?

—Mañana, tengo entendido.

—Está bien. Gracias, Milton —expresó con una sonrisa que le dio escalofríos.

Ni bien la mujer se marchó, el asistente de Jake quiso llamarlo para avisarle de que Silvia anduvo merodeando. Sin embargo, no podría, ya que recordó que su jefe se había ido sin llevar el celular o cualquier objeto rastreable.

—¡Tendré que esperar! —espetó y empezó a ocuparse de sus propios asuntos.

En Turner Enterprise, nadie sospechó de la ausencia de Serena. Vincent se encargó de avisar al departamento de recursos humanos que la curadora había adquirido una extraña gripe que no le permitiría asistir al trabajo por un par de días.

—Señor Turner, ¿sabe dónde vive la señorita Sanders? Quisiera visitarla, sé que sigue de reposo —espetó Sandy muy preocupada.

—Lo siento, pero, según me dijo, tiene prohibido recibir visitas. Al parecer su gripe es muy contagiosa. —comentó muy preocupado.

—¡Ah, qué pena! Espero que se mejore pronto.

—Estoy seguro de que lo hará —respondió Vincent para librarse de su asistente.

Ingresó a su oficina y cerró rápidamente la puerta con llave. Necesitaba hablar con los agentes especiales para obtener noticias del viaje de Jake y actualizarlos sobre los últimos movimientos de Zeus.

Vincent abrió la puerta secreta y pasó a su sala de comando para contactar a sus amigos agentes.

—Soy yo.

—¿Novedades? —preguntó el agente.

—Ya tiré el anzuelo. Ahora debo esperar a que me contacte.

—De acuerdo.

—¿Tienes noticias de Jake?

—Sí. La operación fue un éxito, ya están en camino.

—¿Qué hay de Marcus?

—Su traslado ya fue arreglado. Llegará al país en un par de días.

—Bien.

—¿Algo más? —inquirió el agente antes de despedirse.

—No.

—Mantenme informado.

—De acuerdo. —espetó Vincent antes de colgar la llamada.

El avión aterrizó al final de la tarde. Serena se encontraba deseosa de ver al pequeño Daniel. Aún no le revelarían la verdad, pero le había prometido a Anne que lo abrazaría en su lugar, y se sentía ansiosa por hacerlo.

Jake, por otro lado, quería ver a Vincent. Necesitaba asegurarse de que el rescate de Marcus se realizaría como acordado. No veía la hora de reunir a su hermano con su pequeño hijo. Ya habían sufrido demasiado, y hacerlos esperar más no era una opción para ninguno de ellos.

Cuando Serena llegó a la mansión, corrió para abrazar a Daniel. Joanne sonrió al ver que su nieto volvía a casa.

—Me alegra que hayan vuelto, el pequeño no paraba de preguntar a qué hora llegarían. —comentó Joanne con una sonrisa.

—¿Te portaste bien con tu bisabuela? —le preguntó Serena a Daniel.

—Sí. La bisabuela es muy divertida —comentó con una sonrisa.

—¡Ah!, ¿sí? —preguntó Jake muy sorprendido.

—Sí, pero los extrañé mucho —agregó el niño.

—Yo también te extrañé, pequeñín —respondió Serena, llenándolo de besos.

—Han llegado justo a tiempo para la cena —comentó Joanne.

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó Jake.

—La bisabuela cocinó pasta y yo la ayudé —explicó orgullosamente Daniel.

—Mi favorito —comentó Jake.

—Ya me muero por probarlo —agregó Serena mientras era arrastrada por Daniel.

Después de cenar, Jake le pidió a su abuela que lo siguiera a la biblioteca mientras Serena acostaba al niño.

—Bien, ¿de qué querías hablarme? —preguntó Joanne.

—Hay algo que debes saber.

—¿De qué se trata? —expresó ella preocupada.

—Marcus sigue con vida.

Jake le explicó a su abuela a grandes rasgos toda la historia. Solo omitió la parte relacionada con Zeus, puesto que le había prometido a Vincent que no revelaría su identidad.

—Entonces, ¿ambos están vivos?

—Sí.

—¡Santo Dios! Es como un verdadero milagro.

—Sí, se siente como si hubieran resucitado de la muerte. —explicó Jake.

—¿Cuándo volverán?

—En unos días.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarlos? —se ofreció Joanne.

—Por ahora nada, pero llegado su momento, quiero que te encargues de llevar a Daniel con sus padres. Estaré más tranquilo si tú lo acompañas. Rick me mantiene vigilado, y si Serena desaparece, será muy sospechoso.

—Lo entiendo, por supuesto, haré lo que necesiten.

—Lo más importante ahora es mantener esto en secreto, nadie puede enterarse de la verdad.

—No te preocupes, Jake, nadie jamás se enterará por mí.



Capítulo 61
«El plan de salvación»

A las afueras de la ciudad, Silvia se encontraba sentada en un sofá maloliente. Rick la había convocado para una reunión informativa. Esperaba ser capaz de simular su nerviosismo. No podía permitir que él sospechase de que algo andaba mal. Pues, si descubría que Jake conocía sus planes, la eliminaría de inmediato.

—¿Qué era tan urgente? —preguntó al verlo entrar por la puerta.

—¡Vaya modales! ¿No estás de humor?

—¡Ya! ¿En serio fingirás que no intentaste matarme?

—Mi intención nunca fue matarte, solo quería librarme del niño.

—¿Y no pudiste hallar una forma más civilizada para hacerlo?

—Parecías muy apegada al bebé, creí que sería más fácil para ti de esta manera.

—¡Qué considerado! —expresó Silvia irónicamente—. ¿Qué es lo que quieres, Rick?

—Tengo un posible encargo, necesito información.

—¿Sobre quién?

—Di Sante.

—¿Caroline Di Sante? ¿Acaso estás loco? —espetó sorprendida.

Rick se aproximó de ella, arrinconándola en una esquina antes de responder.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

—Nada. Lo que quería explicar es que no sé si sea posible obtener los datos de su bóveda. Di Sante es muy desconfiada, no permite que nadie se aproxime a sus reliquias sin

supervisión. Además, está relacionada con la mafia. Si me atrapan robando información confidencial, me matarán.

—Silvia, ¿acaso debo recordarte qué pasará contigo si no cumples mis órdenes?

—¡No! Lo tengo muy claro —respondió ella rápidamente, sintiéndose amenazada.

—¡Bien! Me alegra escuchar eso. Ahora, ¡ponte a trabajar!

—Si quieres los códigos de acceso a la bóveda, necesitaré de la fecha y horario del atraco —espetó de mala gana.

—¿Por qué necesitarías esa información? —preguntó Rick desconfiado.

—Porque la bóveda de seguridad de Di Sante cambia los códigos de acceso cada 24 horas. Si no sé qué día y horario es el atraco, no podré conseguir los códigos asignados para esa fecha.

—Ya veo —respondió reflexivo. Luego la observó por unos instantes antes de agregar— De acuerdo. Será el sábado por la noche.

—Bien, entonces tendrás tus códigos de acceso en tres días. —prometió con una voz temblorosa.

Al día siguiente, cerca de las 8 de la mañana, Jake citó a Frank en un restaurante para una reunión de emergencia. Creía que al estar fuera de Castle Enterprise, habría menos posibilidades de que alguien escuchara su conversación.

—Buenos días —expresó Frank sentándose en su mesa.

—Buen día, Frank.

—¿Por qué nos vemos aquí?

—Creí que sería más seguro, dado el tema, que deseo tratar contigo.

—De acuerdo, ¿qué sucede?

—Marcus y Anne siguen vivos.

El rostro de Frank se volvió pálido. Por un instante pensó que el amigo de Marcus iba a llorar.

—¿Está seguro? —preguntó para cerciorarse.

—Sí, los vi ayer. —afirmó Jake.

—¡Dios mío! ¿Cuándo…?

—¿Lo supe?

—Sí.

—Hace un par de días. Me llamó durante la reunión a la que no pudiste acudir.

—¿Por qué no me ha llamado?

—Quería protegerte, habían intentado matarlo, y no sabía si era seguro hablar con su mejor amigo.

—Entiendo… —respondió Frank, reflexivo.

—Te contaré toda la historia, pero antes vamos a pedir el desayuno —comunicó Jake con una gran sonrisa.

Serena se encontraba en su oficina, cuando llegó Vincent muy alegre para saludarla.

—Señorita Sanders, veo que ya se ha recuperado de esa terrible gripe —espetó irónicamente.

—¡Ah…! Sí, felizmente ya me siento mejor.

—¿Le importaría seguirme hasta mi oficina? Debo hablarle de un asunto importante.

—Está bien. —contestó y lo siguió hasta la sala secreta.

Cuando llegaron, Vincent se sirvió una taza de café negro antes de preguntarle sobre el viaje.

—¿Todo ha ido bien?

—Sí, vimos a mi cuñado y a mi hermana.

—¿Cómo están de salud? Raúl me dijo que Marcus se lastimó durante el aterrizaje.

—Se encontraban relativamente bien, considerando que casi murieron.

—Entiendo. Necesito reunirme con Jake.

—Él también quería hablar contigo. Quería saber si el plan ya se puso en marcha como habían acordado.

—Sí, Walker me ayudó. Estoy seguro de que a estas alturas Rick ya ha escuchado sobre mi oferta.

—Genial, le enviaré un mensaje a Jake para que esté enterado —comentó Serena

mientras escribía el texto “El juego está en marcha”. Luego agregó:— ¿Cuándo quieres reunirte?

—Esta misma noche, a las 10, en el viejo molino. Que venga todo el grupo. Debemos ponernos al día.

—De acuerdo, les avisaré.

En el museo, Milton aguardaba muy ansioso para escuchar las novedades. Ni bien Jake llegó a su oficina, ingresó tras él para interrogarlo.

—Buenos días, señor. ¿Cómo fue su viaje?

—Estuvo bien, he podido reunirme con los clientes.

—Me alegra escuchar eso. —contestó Milton con una sonrisa genuina. Luego agregó:— La señorita Santoro preguntó por usted.

—¿Qué quería?

—Nada, solo deseaba saber dónde estaba.

—¿Y qué le dijiste?

—Lo que acordamos.

—Perfecto. Pídele que pase a verme, recibí un mensaje de Serena. Es posible que tengamos novedades.

—De acuerdo.

Treinta minutos después, Silvia fue a la oficina de Jake. Ella no tenía un muy buen aspecto, parecía que no había dormido en días.

—Buenos días, jefe.

—Te ves terrible, ¿estás enferma?

—¿Acaso te preocupa?

—La verdad es que no.

—¡Vaya! No conocía este lado tuyo —contestó Silvia dolida.

—¿A qué lado te refieres?

—El lado playboy.

—¿Debería sentirme insultado?

—No era mi intención insultarte, solo señalaba un punto.

—Ya veo, en fin. ¿Tienes alguna novedad sobre Rick? —Silvia respiró hondo antes de contestar.

—Sí, me ha pedido información para un atraco.

—¿A quién planea robar? Y lo más importante, ¿cuándo planea hacerlo?

—Caroline Di Sante, el sábado por la noche.

—¡Vaya! Rick, sí que tiene confianza. —expresó Jake irónicamente.

—¡Está loco! Jamás podré obtener la información que necesita. Los códigos de acceso a la bóveda de seguridad de Di Sante cambian cada 24 horas. Además, esa mujer tiene cámaras y guardias por todos lados. Ni siquiera su propio curador está libre de la vigilancia.

—Ya veo. No te preocupes. Yo me ocuparé de obtener los códigos de acceso.

—¿Cómo conseguirás la información? —preguntó muy curiosa.

—No tienes por qué saberlo. Tú solo ocúpate de distraer a Rick hasta el sábado.

—Como quieras, jefe. —respondió de mala gana.

—Silvia. —expresó su nombre a modo de advertencia, y agregó—. Recuerda que al ayudarme estás salvando tu propio trasero. Así que, concéntrate y actúa como de costumbre. No querrás que Rick sospeche de ti. Ya sabes que no perdona a los traidores.

Jake tenía razón, no era momento para hacerse de la orgullosa. Necesitaba de ayuda para librarse de Rick, incluso si eso significaba ir por un tiempo a la cárcel. Después de todo, era mejor seguir viva, que libre.

—Tienes razón. Lo siento, pero por un momento olvidé que tenías mi vida en tus manos.

Cerca de las diez de la noche, Serena y Jake llegaron juntos al molino. Walker y Vincent ya se encontraban allí aguardándolos.

—¿Por qué debemos reunirnos aquí? Este lugar es tenebroso —reclamó Serena ni bien llegó.

—Porque aquí es la guarida de Zeus. —confesó Vincent.

—¿Qué? —espetó Jake—. ¿Aquí? ¿En este molino que se está cayendo en pedazos?

—Las apariencias engañan, amigos —comentó Vincent y agregó—. ¡Síganme!

Todos fueron tras él hasta el sótano, que era aún más terrorífico que la primera planta.

Vincent movió un mueble que dejó al descubierto una puerta de metal maciza. Ingresó una contraseña en el panel digital que estaba a la vista y la puerta se movió revelando su sala de operaciones.

—¡WOW! —espetó Serena muy sorprendida.

—¡Bienvenidos a mi humilde hogar! —expresó Vincent extendiendo ambos brazos.

—Yo no lo llamaría precisamente humilde —comentó Jake muy impresionado.

—Bueno, ya sabes que tengo gustos muy caros —respondió para justificarse.

—Lo recuerdo —comentó Jake.

—Bien, pongámonos al día —intervino Walker.

—Sí, tengo mucha curiosidad —agregó Serena.

—De acuerdo, yo puedo empezar —dijo Vincent.

—Por mí está bien —contestó Jake.

—Ya le hemos tirado el anzuelo a Rick. Esparcimos el rumor de que Zeus está interesado en una reliquia egipcia que le pertenece a Caroline Di Sante.

—¿Qué tipo de reliquia? —quiso saber Serena.

—Es una gargantilla de oro macizo. Tiene más de 30 piedras de lapislázuli incrustadas.

—Debe costar una fortuna —comentó ella.

—Así es. Por eso Zeus ofreció 200 millones por el encargo.

—¡Vaya! —espetó Serena muy sorprendida—. ¿Crees que aceptará tu oferta? —agregó inquisitiva.

—Ya lo hizo —respondió Jake.

—¿Cómo estás seguro? —preguntó Walker.

—Silvia me ha confirmado que el atraco será este sábado por la noche. Rick ya le pidió que consiguiera los accesos al edificio y a la bóveda de seguridad.

—Lo que significa que ha aceptado mi encargo. —agregó Vincent.

—Probablemente, te contactará una vez que obtenga la joya —comentó Walker.

—Le dije a Silvia que yo le conseguiría los accesos. Al parecer, Di Sante está relacionada con la mafia. Además de ser una friki, cuando se trata de la seguridad de sus reliquias. —afirmó

Jake.

—Ya lo sé. Por eso mismo la elegí. Sabía que solo un hombre poco juicioso como Rick aceptaría un encargo tan arriesgado. —explicó Vincent.

—¿Cómo harás para obtener la información? —quiso saber Jake.

—Ya me ocupé de eso —espetó Walker—. Kate conseguirá los códigos de acceso.

—¡Ella es tan *cool*! —mencionó Serena, y agregó—. Solo tengo una duda.

—¿Cuál? —preguntó Vincent.

—Una vez que la joya sea robada, ¿cómo harás para rastrearla?

—Ah, gracias por mencionarlo, Serena. Ese es un detalle que aún no les he contado. Verán, tiempo atrás, Vincent Turner, le sugirió "casualmente" a Caroline Di Sante que, si estaba preocupada por la ola de robos, debía utilizar un nuevo sistema de seguridad muy innovador, que tenía rastreo en tiempo real, así podría mantener protegida a sus reliquias. Ella, como toda friki, lo investigó y decidió implementarlo. Hace un mes, reemplazó secretamente una de las piedras de la gargantilla por un rastreador, que en teoría avisaría a la policía si la joya es robada. Sin embargo, Kate se encargará de redireccionar la señal del rastreador para que nuestros amigos de la agencia sean alertados una vez que el objeto esté en movimiento. Dándonos acceso a la ubicación de la joya en tiempo real. Y lo más simpático es que, Di Sante, no notará que la gargantilla fue robada. Al menos no, hasta mucho después.

—¡Vaya! Sí que planeaste cada detalle de esta trampa —comentó Serena impresionada.

—Ya les he dicho. Llevo tiempo intentando atrapar a Rick.

—Bien, ¿cuándo crees que Kate pueda enviarme los códigos de acceso? —quiso saber Jake.

—Ella se encargará de enviarle la información directamente a Silvia, una vez que los códigos estén actualizados. Así no tendrás que involucrarte en el asunto. —le informó Walker.

—Me parece bien. —confirmó Jake.

—Una vez que Rick obtenga los códigos. El plan para atraparlo se pondrá en marcha —explicó Vincent.

—De cualquier manera, a partir de ahora lo mantendremos vigilado. Ya conocemos a uno de sus socios, estoy seguro de que tarde o temprano nos guiará hasta él —aclaró Walker.

—De acuerdo, mientras tanto, ¿qué pasará con Marcus? —preguntó Jake.

—Su rescate ya fue programado. Cuando llegue al país, te lo haré saber para coordinar el traslado de su hijo —contestó Vincent.

—Joanne se encargará de llevarlo. Es la única manera de despistar a Rick.

—Me parece buena idea. Rick no tiene ningún interés en ella, por lo que, dudo que la tenga vigilada.

—La idea es que Daniel vaya de vacaciones con su bisabuela, así no llamaremos la atención de nadie.

—Bien. Cuando estén listos, puedo organizar el traslado.

—Gracias, Vincent. Estoy segura de que Marcus te agradecerá eternamente, por este favor —respondió Serena. Vincent se sorprendió ante su declaración y con una sonrisa maquiavélica comentó.

—Que Marcus Castle me deba un favor de por vida, suena muy interesante.

Más tarde en la mansión de los Castle. Jake decidió que había llegado el momento de hablar con Serena. Llevaba tiempo intentando acercarse a ella para elevar su relación a otro nivel. Sin embargo, debido a todos los problemas, siempre estaban demasiado ocupados, incluso para tener una segunda cita. Marcus tenía razón, no debía retrasar su vida por más tiempo, ya era hora de seguir adelante.

—Bien, ¿de qué quieres hablarme?

—Quiero hablar de nosotros.

—De acuerdo…—expresó Serena y se sentó en el sofá. Jake hizo lo mismo antes de proseguir con su argumento.

—Serena, creo que ya es hora de seguir adelante con nuestras vidas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confundida.

—Ambos hemos vacilado en tomar esta relación en serio, primero debido al luto, luego a Daniel, y recientemente a causa de Silvia y Rick. Sin embargo, luego de recuperar a mi hermano de la muerte, me di cuenta de que estamos perdiendo un tiempo valioso juntos, y que ya es hora de avanzar. Así que, te pregunto. ¿Crees que tú ya estás lista para amarme?

Serena se acercó a él y lo tomó del rostro con mucha ternura antes de decir:

—Sé que dejamos que el luto y los deberes se interpusieran en nuestra relación, pero debes saber algo, Jake. Yo siempre te he amado —confesó ella con mucha convicción y lágrimas en los ojos. Jake acercó su rostro y con una leve sonrisa contestó.

—Pues ¿sabes qué? Yo también siempre te he amado.



Capítulo 62
«Familia»

Serena observó al hombre que amaba con tanta ternura, que derritió el corazón de Jake. Él siempre había tenido mujeres que lo deseaban, pero nunca una que lo amara. Al darse cuenta de lo maravillosa que era, cayó en cuenta de que, a pesar de lo mucho que ansiara su cuerpo, lo que realmente anhelaba era que le entregara todo su ser. Quería quemar todas las etapas de una relación con ella, quería darle flores, quería, amarla.

—Si me sigues mirando así, no podré resistirme —le advirtió.

—Así, ¿cómo? —preguntó ella inocentemente.

—Con amor.

—Ah, no puedo evitarlo —respondió con una sonrisa pícara y luego le dio un beso muy fugaz.

—Serena, en verdad no tienes idea de lo atractiva que eres, ¿verdad?

—¿Crees que soy atractiva? —preguntó colgándose de su cuello.

—Por supuesto que sí. Apenas puedo controlarme cuando estás cerca, ¿nunca te diste cuenta?

—Humm, eres muy bueno coqueteando, así que no sé si ibas en serio o solo jugabas conmigo.

—¿Quieres ver lo serio que voy contigo?

—De acuerdo —respondió Serena imprudentemente.

Jake tomó su mano derecha y la puso en su entrepierna para que sintiera su inminente erección. Serena saltó del sofá rápidamente.

—Ya veo.

—¿Te asusté? —preguntó para asegurarse.

—No, pero tu abuela podría bajar a la sala en cualquier instante —dijo a modo de excusa para no confesarle la verdad.

—Ella ya sabe que estoy enamorado de ti. Incluso sugirió que debíamos casarnos. —Serena abrió los ojos de par en par, entonces Jake agregó— Por supuesto, le aclaré que aún no estábamos listos para dar ese paso. —comentó levantándose del sofá para acercarse a ella y sostenerla del hombro.

—Menos mal, porque ni siquiera hemos tenido una segunda cita. —respondió Serena irónicamente.

—De eso hablaba. Deberíamos salir y disfrutar de nuestra relación y no escondernos como criminales.

—Lo sé, pero Rick es muy peligroso. Preferiría esperar a que se resuelva esta situación.

—Con suerte en unos días nos libraremos de él. —expresó Jake esperanzado.

—Esperemos que sí. —comentó ella desanimada.

—Mientras tanto, podríamos tener citas en secreto —propuso con una sonrisa.

—Está bien, pero nada extravagante. —le advirtió.

—De acuerdo, —prometió Jake antes de darle un beso muy tierno en los labios y agregó — pero no sé por cuanto tiempo más podré resistirme.

En la mañana, mientras Jake revisaba unos documentos en su oficina, Milton ingresó a verlo para darle buenas noticias.

—Señor, ya he reservado el lugar.

—Gracias, Milton. Lo habría hecho yo mismo, pero no quiero alertar a Rick. Si descubre que estoy en una relación con Serena, podría hacerle daño.

—Entiendo, no se preocupe, hice la reservación a nombre de un tal señor Fairchild.

—Bien, espero que a Serena le guste la sorpresa.

—Estoy seguro de que le encantará.

Esa misma mañana, Silvia recibió un mensaje de Rick. Él la convocó en el lugar de siempre. A principio no quiso ir, pero si no aparecía, él sospecharía de ella. Por lo que, se armó de valor y acudió al motel.

—¿Qué sucede?

—¿Ya tienes mis códigos?

—Por supuesto que no, te dije que los tendría recién para el sábado por la mañana.

—Solo me preguntaba cómo los obtendrías. Ya que, después de nuestra última reunión, me puse a indagar, y descubrí que el sistema de seguridad de Di Santo es uno de los mejores del país.

—Seduciré a uno de los guardias de seguridad de la bóveda y obtendré sus accesos al edificio —expresó mintiendo.

—¡Vaya! Ya veo, en ese caso. Deberías cuidar más de tu apariencia, querida, pues te ves terrible —expresó Rick al notar que estaba muy pálida.

—Estuve en mis días —mintió para disimular su nerviosismo.

—Ya veo. Me alegra saber que, esta vez, estás siguiendo las reglas —comentó irónicamente refiriéndose a su falso embarazo.

—Por supuesto. Ya aprendí mi lección. Jake ya no me interesa para nada.

—Bien, porque pronto tendrás que deshacerte de él.

—¿Qué? —expresó muy sorprendida.

—Necesito que se vea accidental, por lo que tendrás que ayudarme.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó interesada.

—Nada muy complicado. Lo vas a drogar y ponerlo en un vehículo. Para ti será fácil, ya que trabajas con él.

—¿Y luego qué? —quiso saber.

—El destino se encargará del resto.

—¿Cuándo piensas librarte de él? —inquirió preocupada.

—Pronto. No podía matarlo inmediatamente después de lograr que me reconocieran como su padre, eso habría sido muy sospechoso. Además, sigo ajustando el papeleo para que no haya ningún inconveniente, cuando llegue el momento de librarme de él.

—Entiendo. —respondió Silvia intentando sonar tranquila.

—No te preocupes, querida. Cuando esté muerto, te daré el museo. Si eso es lo que quieres.

—¡Lo que quiero es mi libertad! —argumentó.

—Nunca te librarás de mí, creí que ya lo sabías.

Cerca de las 10 de la mañana, Sandy recibió un ramo de flores destinado a Serena. Ella se dirigió rápidamente hasta el salón de restauración para entregarle el obsequio, puesto que se moría de la curiosidad.

—Señorita Sanders, no sabía que tenía un admirador —expresó depositando las flores en una mesa.

—¿Admirador? —preguntó, muy sorprendida.

—Sí, mire, le ha enviado flores. —le indicó entregándole un sobre sellado.

—Déjame ver eso —respondió Serena tomando el sobre para leer la tarjeta.

“Nos vemos al final de la tarde. Un auto pasará a buscarte.

Con amor…

Tu eterno libertino”

«Jake» pensó al leer la última parte. Entonces sonrió, pues, al parecer, hoy tendría una cita.

—¿Quién es? —preguntó Sandy muy ansiosa.

—No tengo idea. —respondió, aparentemente sorprendida. — No ha firmado la tarjeta —mintió.

—¡Qué extraño! Creí que podía ser un admirador. ¿Qué dice la tarjeta? —Serena no quería revelar que tendría una cita, así que inventó.

—Le deseo pronta recuperación.

—¡Ah! Ha de ser alguien de la empresa. Todos estuvimos muy preocupados por usted cuando enfermó.

—Entiendo. ¡Qué atentos! —espetó conmovida.

—Bueno, son flores muy bonitas, deberías colocarlas en un jarrón.

—Eso haré, gracias, Sandy.

En el museo, Silvia apenas podía concentrarse en sus labores debido a la ansiedad. Pues nunca dejó un encargo en manos de otra persona, y aunque Jake le prometió que obtendría los códigos de acceso. Hasta ahora, no le había dado noticias. Por lo que, se estaba volviendo loca.

Le quedaba solo otro día para conseguir la información que Rick deseaba, y sabía

perfectamente lo que le pasaría a ella o a Jake, si osaba fallarle a ese cretino. Así que, en un momento de desesperación, ingresó a la oficina del jefe para presionarlo.

—Señorita Santoro, ¿necesita algo? —espetó Milton al verla.

—Está tu jefe, necesito hablar con él.

—Sí, pero no puede atenderla, está en una… videoconferencia. —terminó de decir Milton, pero Silvia ya había invadido la oficina de su jefe.

—¿Qué es esto? —preguntó Jake al ver que ella ingresaba sin anunciarse.

—Lo siento, pero debemos hablar.

—Estoy en una videoconferencia muy importante —le indicó.

—Jake, necesitamos hablar —insistió.

—De acuerdo… Disculpen, caballeros, los volveré a llamar en unos minutos —prometió y se desconectó de la videollamada. — ¿Estás loca? —espetó muy enojado.

—No, solo desesperada. Me quedé toda la mañana aguardando a que tuvieras tiempo de verme.

—Silvia, soy un hombre ocupado. ¿Qué es lo que quieres?

—Me reuní con Rick esta mañana.

—¿Y?

—Ya tiene un plan para librarse de ti y quiere que lo ayude.

—¡Vaya! ¿Cómo quiere hacerlo? —preguntó poco sorprendido.

—Con un accidente vehicular. Quiere que te drogue y te ponga en un automóvil.

—Como siempre, no quiere ensuciarse las manos. ¿Cuándo piensa hacerlo?

—Pronto, pero no inmediatamente. Ya que, según él, sería muy sospechoso.

—Por supuesto. No quiere que nadie lo investigue tras mi muerte. Después de todo, tiene que heredar mi fortuna.

—¡Tienes que librarte de él! ¡Te matará en cuanto le convenga!

—¿Ahora te preocupas por mí?

—Jake, yo nunca estuve de acuerdo con matarte. —expresó ofendida.

—Está bien, te creo, ahora vete. —contestó indiferente.

—Rick me está presionando, quiere sus benditos códigos.

—Sé que es un idiota, no obstante, hasta él debe saber que no puedo obtenerlos hasta el sábado por la mañana.

—Ya lo sé, pero no me confirmaste nada.

—Silvia, ¡tranquilízate! Si actúas como si estuvieses a punto de morir, Rick sospechará de ti.

—Para ti es fácil decirlo, no eres tú el que lo tiene que ver casi todos los días a sabiendas de que puede matarte en cualquier momento.

—También estoy en su lista negra. Nadie, más que yo, desea meterlo a la cárcel —le aclaró, poco paciente.

—Lo siento, es que tengo los nervios de punta.

—Mira, solo debes aguantar un poco más, esto pronto acabará.

—Hablas como si yo aún te importara.

—No soy un monstruo, Silvia. No te deseo la muerte.

—Lo siento, Jake, ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias.

Al final de la tarde. Serena aguardaba en la recepción a que pasaran a buscarla. Le entusiasmaba mucho la idea de tener una cita con Jake. Sin embargo, aún no había tenido la oportunidad de contarle sobre su pasado amoroso, por lo que se sentía algo ansiosa.

—Señorita Sanders.

—Milton, ¿qué hace aquí?

—El señor Castle me envió a buscarla.

—Ah. Está bien.

Serena lo siguió hasta el estacionamiento, luego subió al coche al lado del conductor.

—¿Por qué él mismo no vino a buscarme?

—No quería que nadie se enterara de que tendría una cita con usted. Como salimos separados, creyó que nadie me seguiría.

—Entiendo, ¿a dónde iremos? —preguntó curiosa.

—Es una sorpresa. —comentó con una gran sonrisa.

Casi una hora más tarde, llegaron a un antiguo castillo. Tan solo el gigantesco jardín ya dejó a Serena boquiabierta.

—¡Dios mío! Este lugar es fantástico. —comentó mientras estacionaban el vehículo.

Serena se bajó del auto para caminar hasta la entrada. Jake la esperaba al pie de una escalera con otro ramo de flores.

—¡Bienvenida, *Mademoselle*! —saludó.

—¿Por qué hablas en francés?

—Porque el castillo es técnicamente francés, lo trajeron, piedra por piedra, desde Francia.

—¡Ah…! ¡Qué interesante! —respondió dándole la mano para subir los escalones.

—¿Te gusta?

—¡Oh…! ¡Sí! ¡Me encanta! —respondió entusiasmada.

—Esto es solo el comienzo. Te esperan muchas sorpresas esta noche, señorita Sanders —prometió e ingresaron al vestíbulo.

Jake la llevó hasta el comedor, donde ya tenía preparada una cena a luz de velas. La mesa era redonda, con dos lugares, y fue dispuesta con mucha sofisticación. Los utensilios eran de plata y los platos de porcelana fina.

—*Mademoiselle* —pronunció estirándole una silla. Serena se sentó antes de decir.

—Creí que habíamos acordado evitar las extravagancias.

—¡Esto no es para nada extravagante! —expresó Jake con una sonrisa pícara antes de sentarse, y agregó—. Es lo indispensable para una cena romántica.

—Ya veo. —respondió Serena, poco crédula—. ¿Qué vamos a cenar? —preguntó cambiando de tema.

—Bueno, no pude decidirme, así que tenemos 3 opciones de entrada, 2 platos principales, 4 tipos de ensalada y 3 variaciones de postre. —explicó mientras ingresaba un mesero para servir el vino. Cuando este se marchó, Serena dijo:

—Jake… ¿No crees que estás exagerando un poco con esta cita?

—¿Tú crees?

—Sí. Me hubiera gustado que fuese más simple —expresó Serena apenada.

—Pero ni siquiera has visto lo que tengo preparado para después —comentó decepcionado.

—Jake… —expresó a modo de advertencia.

—Lo siento, es la primera vez que debo organizar una cena romántica. Solo quería asegurarme de cumplir con tus expectativas.

—Jake… sé que quieres que todo sea perfecto, pero lo único que deseo es estar contigo. No necesito de castillos o utensilios de plata —expresó levantando un tenedor.

—Está bien, entonces, ¿qué hacemos?

—Dispensa al personal, nosotros nos ocuparemos de servir la cena y todo lo demás.

—De acuerdo, como usted diga, *mademoiselle.* —respondió Jake antes de salir del comedor.

Media hora más tarde, se encontraban sentados en el piso de la terraza. Habían preparado un pícnic a la luz de las estrellas. Serena no paraba de sonreír. Lo que derritió el corazón de Jake inmediatamente.

—¿Ahora estás feliz? —le preguntó.

—Sí, ¿no crees que esto es divertido? —contestó Serena, muy animada.

—Bueno, no tenía pensado cenar aquí, pero supongo que mientras esté contigo, el lugar es irrelevante.

—¿Y cuál era tu plan para este sitio? Porque está muy bien arreglado. —espetó Serena refiriéndose a las velas, almohadas y flores.

—Champán, frutillas y chocolates. —respondió Jake reflexivo.

—¡Vaya! Eres todo un don Juan.

—No puedes culparme, ya conocías mi pasado cuando te enamoraste de mí —Serena se echó a reír antes de responder.

—Es verdad, y no te estoy juzgando, pero a veces se me olvida lo diferentes que somos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jake preocupado.

—Bueno… —expresó Serena antes de respirar hondo y continuar diciendo—. Todas las veces que intenté tener una cita, no resultó muy bien, que digamos.

—¿Qué pasó?

—Siempre que un hombre se me acercaba, me ponía nerviosa, o descubría que era un

mentiroso patológico. Un tiempo después, simplemente dejé de intentarlo.

—Sé que no tienes mucha experiencia como yo, pero…

—A decir verdad, no tengo ninguna. —confesó finalmente.

—Pero esa vez en la biblioteca, parecías saber lo que estabas haciendo. Yo creí que al menos habías tenido un novio —expresó extrañado.

—Estaba muy ebria y fuera de control, no tenía idea de lo que estaba haciendo —admitió sinceramente.

—Entonces, tú nunca…

—No. Después de lo que pasó con mi padre, simplemente no podía confiar lo suficiente en un hombre para pasar a ese nivel.

—Entiendo… —expresó Jake anonadado—. Lo siento si me sobrepasé contigo esa vez. Juro que, no tenía idea.

—No tienes que disculparte. Esa noche ambos perdimos el control. Culpémosle a la bebida. —expresó avergonzada.

—Serena… —dijo Jake tomando su mano—. Sabes que te amo, y nunca te presionaría a hacer algo para lo que no estás lista.

—Lo sé, solo te cuento esto porque creí que debías saberlo. No porque tuviera miedo de ti. Confío en ti, Jake.

Sus palabras calaron hondo en su ser, y por primera vez en la vida, Jake Castle, el libertino más famoso de la ciudad. Dejó de pensar que el sexo era un requisito básico para las relaciones.

Al día siguiente, Serena fue a trabajar más temprano. Puesto que había quedado de encontrarse con Vincent en una cafetería.

—Jefe, ¿qué hacemos aquí? —expresó Serena, sorprendida.

—Creí que sería mejor vernos fuera de la oficina, dicen que el café de este lugar es muy bueno.

—Sí, es verdad.

—Tengo noticias sobre Marcus y tu hermana.

—¿Ya llegaron?

—Sí. Están en una casa de seguridad. Serán acompañados por dos agentes las 24 horas.

—Bien, ¿cuándo crees que podemos llevar a Daniel?

—El traslado se puede hacer inmediatamente. Los agentes interceptarán a Joanne en el kilómetro 16 de la ruta 32. Debe detenerse en la estación de gasolina del cruce. Allí harán el traslado de Daniel y nadie jamás sabrá que no llegó hasta la casa vacacional en la playa. Joanne puede acompañarlo hasta que vea a sus padres.

—Perfecto, hoy es el último día de clases de Daniel. Pueden irse esta misma noche.

—Avisaré a mi amigo de la agencia para que esperen en el punto de encuentro.

—Gracias, Vincent. No sé cómo agradecerte por la ayuda que nos has brindado.

—Humm, no lo sé. ¿Qué tal si me compras un capuchino?

—De acuerdo, me agrada tu idea.

Jake estaba en la sala de reuniones de Castle Enterprise, cuando recibió un mensaje de Serena que decía “Vacaciones”. Respiró muy aliviado al descubrir que Marcus finalmente se encontraba en el país, y lo más importante, a salvo de las garras de Rick Campbell.

—Frank, cancela cualquier reunión que tenga para el final de la tarde, debo volver a casa más temprano.

—¿Sucede algo, señor?

—No. Solo quiero despedirme de Daniel, hoy irá de vacaciones con su bisabuela.

—Entiendo, me ocuparé de ello, no se preocupe.

En la mansión de la familia Castle, Joanne se encontraba muy entretenida empacando la maleta de Daniel.

—¿Quieres llevar esta camiseta? —le preguntó al niño.

—Sí.

—Bien, la empacamos entonces.

—Bisabuela…

—Dime pequeño.

—¿Crees que la tía Serena puede venir con nosotros?

—Infelizmente, tu tía aún no tiene vacaciones, pero en cuanto pueda vendrá a visitarnos.

—¡Ah! —expresó triste—. Es que me gustaría construir castillos de arena con ella.

—Entiendo, pero no te preocupes, yo te ayudaré, y prometo que vamos a divertirnos mucho.

Cerca de las 5 de la tarde, Serena llegó a casa. Daniel, como era habitual, ya la esperaba en la puerta para saludarla.

—Hola, pequeño. —expresó y se agachó para darle un abrazo.

—Tía, ya preparé mi maleta.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, la bisabuela me ayudó.

—¡Qué bien! Así tenemos más tiempo para jugar antes de irte.

—¿El tío Jake vendrá para la cena?

—Sí, y ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Hoy cenaremos pizza.

—¡Sí! —gritó el niño de alegría.

Joanne se acercó a ellos para saludar.

—Hola, querida.

—Espero que no te opongas a nuestro menú de hoy —espetó Serena.

—Por supuesto que no, me encanta la pizza.

—¡Genial!, porque nos gusta mucho… —respondió Daniel y salió corriendo hacia la sala.

—¿Siempre es así de enérgico? —preguntó Joanne.

—¡Sí! Más cuando está entusiasmado con algo.

—Ya veo.

—¿Estás lista? Ya me dijeron dónde será el punto de encuentro.

—Me siento algo nerviosa, pero creo que estaré bien.

—No te preocupes, lo harás bien.

Jake llegó minutos después, para adherirse a la fiesta de despedida improvisada que había organizado Daniel. Aparentemente, no quería marcharse sin pasar más tiempo con ellos.

—Bien, ahora jugaremos a las adivinanzas, tú empiezas bisabuela —informó el niño.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó Joanne muy confundida.

—Debes señalar qué película está en tu tarjeta, sin decir una sola palabra. —le explicó Serena.

—Suena difícil.

—Puedes usar señas para expresarte —declaró Jake.

—Ah, ok, lo intentaré —contestó Joanne y movió los brazos como un pájaro.

Daniel empezó a reír frenéticamente, contagiando a todos con su buen humor. Finalmente, cerca de las 8 de la noche, se despidieron para marcharse.

—Bien, es hora de irnos pequeño —le indicó Joanne a su biznieto.

—Está bien… —respondió Daniel de mala gana—. Tía, te encargo mis juguetes, ¡cuídalos bien! —le advirtió.

—¡Por supuesto, capitán! —contestó Serena haciendo un saludo de marinero. Luego agregó:— Pórtate bien con tu bisabuela, haz todo lo que te diga, ¿de acuerdo?

—Está bien…

—Ven, dame un abrazo antes de irte —le indicó arrodillándose.

Daniel se acercó a Serena y la abrazó con mucha fuerza, luego corrió a hacer lo mismo con su tío.

—Los extrañaré mucho —expresó el pequeño entre sollozos.

—No te preocupes, volverás en unos días, diviértete mucho con la bisabuela. —contestó Serena conteniendo las lágrimas, pues sabía que lo que acababa de decir era una vil mentira.



Capítulo 63
«Que comience el juego»

Tras conducir por una hora, Joanne llegó hasta la estación de servicio. Felizmente, Daniel se había quedado dormido minutos después de subir al auto, por lo que la transición al siguiente vehículo se hizo sin ningún problema.

Tres horas más tarde, estacionaron frente a una residencia en un pequeño pueblo. Joanne respiró hondo antes de bajar del auto para ver a su nieto por primera vez en casi 10 años.

—¿Abuela? —dijo él en cuanto la vio.

—Luces terrible, querido —expresó la mujer muy apenada antes de abrazarlo.

Anne, que se encontraba en la puerta de la casa, se acercó a ellos para saludar.

—Abuela, ella es mi esposa, Anne. —la presentó Marcus.

—Por supuesto, eres muy parecida a tu hermana —contestó Joanne.

—Ya me lo han dicho muchas veces. ¿Dónde está Daniel? —preguntó Anne, muy ansiosa.

—Señora, su hijo está durmiendo en el auto, ¿quiere que lo despierte?

—No, solo ayúdenme a cargarlo hasta la casa. —le indicó.

—De acuerdo.

El agente introdujo a Daniel en la casa, depositándolo cuidadosamente en el sofá de la sala. Cuando todos ingresaron, Anne lo observó por un instante antes de decir.

—Has crecido mucho, mi cielo.

En la mañana, Silvia se encontraba en el sofá leyendo un buen libro mientras bebía su café. De pronto, recibió un misterioso mensaje, al cual habían anexado un archivo *txt* que decía

“léeme”. *«¿Serán los códigos?»*, se preguntó y descargó el archivo en su teléfono para abrirlo. Puesto que debía asegurarse de que era la información que Jake le había prometido, antes de reenviárselo a Rick.

«Vaya», pensó al leerlo. Pues, el archivo contenía todos los códigos de acceso al edificio donde se encontraba la colección personal de Caroline Di Sante.

—¿Cómo lo consiguió? —pronunció en voz alta y sin perder más tiempo le envío la información a Rick— Listo, ahora solo debo esperar a que te ates la soga al cuello, ¡maldito! —profirió con una sonrisa maquiavélica.

Rick se encontraba en una reunión de “negocios” cuando recibió el mensaje de Silvia. Sonrió al ver que le mandaba un archivo con datos numéricos.

—Señores, lo lamento, pero debo atender un asunto muy urgente. —expresó para despedir a sus compinches.

Cuando todos se marcharon de la sala. Sacó un celular y llamó a uno de sus colaboradores.

—Charity, te enviaré los datos, prepárense, irán esta noche.

Daniel despertó en una cama desconocida. Inmediatamente, miró a su alrededor para identificar dónde se encontraba, pero no reconoció el lugar. Con recelo, el niño caminó por la casa intentando encontrar desesperadamente a su bisabuela. Fue entonces cuando los vio.

—¿Mamá? ¿Papá? —espetó muy sorprendido.

—Sí, somos nosotros, cariño —expresó Anne y fue hasta él para abrazarlo.

—Creí que estaban en el cielo… —comentó Daniel confundido.

—Sí, es verdad, pero… estamos de vacaciones —explicó Anne, mirando a su esposo.

—Así es —afirmó Marcus.

—¿Significa que estoy de vacaciones en el cielo? —preguntó Daniel emocionado.

En la mansión de la familia Castle, Serena preparaba el desayuno cuando Jake bajó a la cocina.

—Buen día.

—Buen día, ¿dormiste bien?

—No. Estuve despierta casi toda la noche, preguntándome si habían llegado bien.

—Joanne nos avisará en cuanto sea posible —le explicó Jake—. Además, pronto podremos hablar con ellos de manera segura. —le recordó.

—Lo sé, pero me puse ansiosa.

—Te entiendo.

—¿Café?

—Sí, por favor —contestó y Serena le sirvió la bebida en una taza.

—¿A qué hora vendrá Walker?

—A las 9.

—Bien, terminemos de desayunar antes de que llegue.

Walker llegó cinco minutos antes de las 9 de la mañana. Era el día D y quería informar a todos sobre los avances del caso, antes de poner el plan en marcha.

—Buen día, Walker.

—Buen día, señorita Sanders. ¿Dónde vamos a reunirnos?

—En la biblioteca, sígame.

Jake ya se encontraba aguardando en el lugar. Cuando vio a Walker, le preguntó.

—¿Café?

—Estoy bien —contestó el detective.

—De acuerdo.

—Llamaré a Kate para que participe de la reunión —comentó Walker mientras sacaba el celular para marcar el número—. ¡Hey! Ya estamos aquí. —le indicó a la mujer.

—Hola, imagino que están ansiosos, pero tengo buenas noticias.

—Habla —espetó Walker.

—Creé una aplicación de chat para comunicarnos entre nosotros.

—¿Es segura? —preguntó Jake.

—Por supuesto. Les acabo de enviar por mensaje, es un archivo APK. Una vez que lo instalen en su celular, solo deben acceder al aplicativo para hablar con quien deseen. Ya los agregué a un chat grupal para discutir sobre la operación —explicó Kate.

—Genial, ¿qué más tienes? —inquirió el detective.

—El sistema para despistar a los delincuentes ya está en funcionamiento. Conseguí todos los códigos de acceso al edificio y la bóveda de seguridad. Como soy muy eficiente, ya se los envié a Silvia.

—Bien hecho —comentó Jake.

—Ahora solo debemos esperar a que caigan en la trampa. —comentó Serena.

—Así es. Vincent estará conmigo durante la operación. —agregó Walker.

—¿Y nosotros qué haremos mientras tanto? —preguntó Serena.

—Esperar. —contestó Jake.

Cerca de las 10 de la noche, el vehículo de vigilancia estacionó a una cuadra del edificio. Walker, que era un ex policía experimentado, solo se sentó a esperar. Por otro lado, Vincent, que era un novato en el asunto, empezó a ponerse inquieto.

—Turner, tranquilízate. —le sugirió Walker.

—Estoy ansioso.

—Mira, te traje porque eres parte de esta operación, pero si no puedes con la presión, sería mejor que aguardases en la central de operaciones.

—Quiero estar aquí. Quiero ser un testigo de su captura.

—Está bien, pero deberías reducir el consumo de la cafeína, solo empeorarás las cosas.

—De acuerdo. —espetó Vincent dejando su vaso de papel a un lado.

—Ya casi es la hora. Hay que estar atentos. —le advirtió Walker.

—¿Kate está lista?

—Sí. Nos avisará en cuanto note algún cambio en el sistema de seguridad del edificio. Supongo que los ladrones desactivarán las cámaras antes de entrar.

—Entonces, ¿cómo grabará el atraco?

—Kate creó un sistema virtual que simula las habitaciones del edificio. Cuando los ladrones intercepten las cámaras de seguridad para desactivar las grabaciones en tiempo real, hackearán su sistema, creyendo que es el verdadero. Y así nosotros seguiremos vigilándolos desde aquí.

—Es una chica muy lista —comentó Vincent.

—Así es. Mira, ya están aquí. —advirtió Walker.

—Hora del show.

A las 11 de la noche, Charity ingresó en el edificio con su equipo de asalto. Su especialista en tecnología había hackeado las cámaras de seguridad, grabando videos de momentos previos para reproducirlos simultáneamente en bucle durante el atraco. Dejándoles así, el camino totalmente libre para realizar el robo.

El equipo de seguridad de Di Sante se encontraba en una sala al oeste del edificio. Hacían sus rondas cada 60 minutos, por lo que tenían tiempo de sobra para entrar y salir sin ser percibidos.

Esperaban llegar hasta su objetivo en 10 minutos. Luego tendrían que ingresar a la bóveda de seguridad sin dejar ningún rastro. No era el primer robo de alta seguridad de Charity. Sabía perfectamente cómo operar sin ser detectada.

Vincent observaba muy atento desde el vehículo de vigilancia. En cuanto salieran del edificio, iniciaría la segunda etapa del plan de acción.

—Ya están en movimiento —avisó Walker.

—Bien. Los agentes rastrearán la joya. Con suerte darán inmediatamente con la guarida de Rick.

—¿Y si no van a la guarida?

—Rick querrá verificar la autenticidad de la reliquia, así que es probable que vayan a verlo ahora. —comentó Vincent.

—Llamaré a Kate, ella puede darnos la ubicación de la joya.

—Me habría gustado ver la cara que pondrá Rick al ser atrapado infraganti.

—Con suerte, aún podemos verlo —comentó Walker antes de llamar a Kate.

Media hora más tarde, llegaron a una vieja lavandería. El comandante de las fuerzas especiales se encontraba hablando por una radio mientras sus agentes buscaban pruebas.

—Comandante —saludó Vincent.

—Turner. Ya estás aquí.

—¿Tuvimos éxito en la operación? —preguntó muy ansioso.

—Infelizmente, no —le indicó—. Llegamos tarde.

—¿Qué pasó? —inquirió curioso.

—Aparentemente, descubrieron que estaban siendo rastreados —comentó desanimado.

—¿Cómo? —preguntó Walker.

—Debieron detectar el chip de rastreo y se detuvieron aquí para extraerlo. Encontramos el dispositivo dentro de una de las lavadoras.

—¡Mierda! —espetó Walker.

—¿Y dónde están los camaradas de Rick? —preguntó Vincent.

—Se escaparon con la joya, después de extraer el chip de rastreo para despistarnos.

—¡Maldición! —soltó Vincent muy decepcionado.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —quiso saber Walker.

—Lo más probable es que piensen que el chip de rastreo era de Di Sante, así que, seguiremos con el plan B —indicó el comandante.

—¿Y cuál es el plan B? —preguntó Walker, muy confundido. Vincent lo miró seriamente antes de decir.

—Usar a Zeus para atrapar a Rick.



Capítulo 64
«El plan B»

En los suburbios de la metrópoli, recostado en un sillón de cuero, totalmente ajeno a los acontecimientos recientes, Rick Campbell fumaba un cigarro muy costoso. Charity ingresó a su guarida interrumpiendo la tranquilidad de su noche.

—Señor.

—Ya estás aquí.

—¿Por qué estás sentado en la penumbra? —le preguntó.

—Me gusta la oscuridad. —afirmó Rick.

—Ya veo.

—¿Cómo te fue con el atraco?

—Fue un éxito, aunque tuve un pequeño contratiempo.

—¿Qué pasó?

—Di Sante le puso un chip de rastreo a la joya, pero lo detecté a tiempo para librarme de él. —comentó Charity sin darle más detalles.

—Y ¿estás segura de que no te rastrearon hasta aquí?

—Por supuesto. Me detuve en una lavandería para despistarlos.

—Entiendo, ¿trajiste la joya?

—Sí, aquí está. —expresó y depositó una caja en el escritorio. Rick la abrió para observar la reliquia.

—¡Vaya! Es más deslumbrante de lo que esperaba.

—Vale cada centavo, sin duda.

—Doscientos mil para ser precisos —comentó Rick con una sonrisa maquiavélica.

—¿Qué quiere que haga con la joya?

—Habla con Morris. Dile que me organice un encuentro en su local de subastas. Debemos realizar esta transacción en un terreno conocido.

—¿Cómo avisaremos a Zeus de que tenemos la joya?

—Morris hallará la forma de contactarse con él. No te preocupes.

—Está bien, pero ¿no es muy arriesgado hacer un encuentro cara a cara con Zeus?

—Zeus no me preocupa, el tipo está más sucio que yo. Además, ya hemos negociado con él antes. Es un comprador legítimo.

—Si tú lo dices. —expresó algo desconfiada.

—Que concierte el intercambio para esta noche, debemos deshacernos de la joya antes de que Di Sante empiece a indagar.

—De acuerdo, señor.

En la mañana, como era habitual, Serena preparaba el desayuno. La noche anterior, se había quedado despierta hasta tarde esperando noticias del atraco, por lo que se encontraba bastante cansada.

—Buen día —expresó Jake ingresando en la cocina.

—Buen día.

—¿Por qué te despertaste tan temprano?

—Se me olvidó que Daniel está de vacaciones. —expresó a modo de excusa.

—Ya veo. ¿Qué hay para desayunar?

—Huevos, jugo de naranja y panqueques.

—Perfecto —comentó Jake mientras se servía una taza de café—, ¿pudiste dormir?

—No mucho.

—¿Sigues molesta porque no atraparon a Rick?

—Se supone que era un plan infalible. —expresó Serena muy decepcionada.

—Ningún plan es infalible. Además, Vincent siempre ha tenido un plan B. Esta vez lo atraparán, ya verás.

—Eso espero. —contestó desalentada.

—¡Anímate! Hoy puedes hablar con Daniel usando la aplicación de Kate. Ninguno de los sirvientes se encuentra en la mansión, por lo que es seguro comunicarnos con ellos.

—De acuerdo, pero comamos primero.

Cerca de las 9 de la mañana. Serena ingresó a la aplicación que había creado Kate. Inmediatamente, encontró el nombre de Anne agregado en su lista de amigos. Su hermana atendió su llamada unos instantes después.

—¿Serena?

—Sí, soy yo, ¿cómo estás?

—Bien, aquí jugando con Daniel.

—¿Cómo sigue Marcus?

—Se está recuperando.

—¿Leíste los mensajes del grupo?

—Sí, ese maldito volvió a salirse con la suya —comentó Anne, molesta, refiriéndose a Rick.

—No por mucho tiempo. Vincent lo atrapará.

—Eso espero.

—¿Puedo hablar con Daniel?

—Sí, espera un segundo, te pondré en alta voz.

—¿Tía? —contestó el niño.

—¿Cómo estás, pequeño? —espetó Serena emocionada.

—¡Genial! ¡Me encanta estar de vacaciones con mamá y papá!

«¿Vacaciones?», pensó Serena, confusa. Puesto que a estas alturas esperaba que Anne ya le hubiera dicho la verdad.

—¡Qué bueno, cariño! Me dejas hablar con tu madre por un segundo.

—Sí, sí. Iré a ver qué está haciendo papá. —espetó Daniel y salió corriendo. Entonces Anne desactivó la opción de alta voz y respondió.

—Ya se marchó.

—¿Por qué Daniel dijo que está “de vacaciones” con ustedes?

—Aún no pudimos decirle la verdad. No quería que reviviera el trauma. —contestó Anne.

—¿Y no le pareció raro que sus padres reaparecieran de la nada?

—Bueno… Le dimos una explicación plausible.

—¿Qué exactamente le dijeron al niño? —preguntó extrañada.

—Que está de vacaciones en el cielo.

Cerca del mediodía, mientras Vincent revisaba los detalles del plan B en su guarida, recibió un mensaje de Morris. Este se contactó con él mediante una aplicación anónima que usaba Zeus.

“Un proveedor tiene la joya que buscabas, pero no desea realizar la transacción de la manera habitual, sino que en sus propios términos.”

«¡Bingo!», pensó. Pues, aparentemente, Rick ya quería librarse de la joya y había elegido a un revendedor de confianza. *«Uno que ya conocía a Zeus»* concluyó alegremente antes de abrir la aplicación y contestar.

“¿Cuáles son sus términos?”

Media hora después, Morris volvió a contestarle.

“El proveedor desea realizar la transacción de forma directa e inmediatamente, sin la intermediación de una subasta. ¿Estarías dispuesto?”

Vincent sonrió, pues su padre había caído en la trampa.

“Estoy de acuerdo con sus términos. Sin embargo, el trato deberá hacerse sin revelar identidades y el pago lo realizaré en efectivo.”

Otra media hora se pasó antes de que Vincent recibiera la confirmación.

“Trato hecho. Hoy, 11 PM, en el lugar de siempre.”

Al obtener los datos del intercambio, Vincent contactó al comandante de las fuerzas especiales por teléfono.

—Turner, ¿ya tienes noticias?

—Sí. Hoy a las 11 PM, en el viejo castillo de Morris.

—De acuerdo, prepararé el dinero con el rastreador. Incluso si no aparece Rick, encontraremos su guarida a través del dinero.

—¿Qué hay de los agentes?

—Estarán en posición aguardando tu señal.

—De acuerdo. Cerraré el trato y les daré la señal para que ingresen.

—¿Recuerdas cuál es tu palabra clave?

—Sí. Es “jefe”.

—Asegúrate de que toque la joya. Necesitamos sus huellas para incriminarlo.

—Está bien, no te preocupes, no es mi primera negociación —le recordó.

—Lo siento, pero esta es nuestra última oportunidad, debemos cerciorarnos de que esté involucrado.

—Lo sé, haré mi mejor esfuerzo.

Serena se encontraba revisando un álbum de fotos en su habitación cuando Jake ingresó para hablarle.

—Lo extrañas demasiado, ¿verdad?

—Sí —contestó ella nostálgica.

—Pronto volverá a estar con nosotros.

—Sí, pero ya no será lo mismo. Cuando las cosas vuelvan a la normalidad, tendremos que separarnos de él.

—Lo entiendo, pero recuerda que seguiremos siendo sus padrinos.

—Lo sé, pero lo extrañaré como a un verdadero hijo.

Al ver lo mucho que esta situación la afectaba, Jake se acercó a ella sentándose a su lado en la cama.

—Serena, cuando nos libremos de Rick, prometo dedicar mi vida para hacerte feliz y darte todas las cosas que deseas —expresó, y luego de acariciarle el rostro, agregó—. Solo debes darme la oportunidad de hacerlo.

Ella lo miró a los ojos intensamente por un instante, y luego, sin decir una palabra,

empezó a desabotonar su camisa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jake muy sorprendido.

—Dándote la oportunidad —contestó ella con una sonrisa.

—Serena —expresó Jake sujetando sus manos para apartarlas de su cuerpo delicadamente—. No tienes idea de cuánto he esperado a que me desearas como hombre, pero si te vas a entregar a mí, quiero que lo hagas, por las razones correctas, no porque te sientas triste.

—Lo siento, Jake… yo… —expresó confundida, pues no había querido hacerlo simplemente por tristeza. Sin embargo, no hubo tiempo para explicarse, pues sus celulares empezaron a recibir varios mensajes de la aplicación que había inventado Kate—. ¿Qué sucede? —preguntó Serena al ver que Jake leía los mensajes.

—Es Vincent. Rick ya ha marcado un encuentro para vender la joya.

—¿Cuándo será? —preguntó ansiosa.

—Esta noche.

Cerca de las once de la noche, Vincent llegó a la mansión de Morris. El hombre que una vez fue un respetado coleccionista que de pronto se aburrió de llevar una vida monótona y empezó a organizar subastas clandestinas para divertirse.

—Zeus, ya estás aquí. —saludó Morris con una sonrisa desde la entrada del salón de subastas.

—¿Ya ha llegado tu proveedor? —preguntó Vincent, ansioso.

—Aún no. Puedes esperarlo en la sala vip. —comentó y se le acercó una hermosa mujer semidesnuda para hablarle al oído—. Te he preparado un pequeño banquete y algo de entretenimiento. —agregó con una sonrisa maquiavélica.

—No debiste molestarte. No pienso quedarme más de lo necesario.

—Ya me conoces, aprovecho cualquier oportunidad para divertirme. ¿Me acompañas?

—Por supuesto. —comentó Vincent y lo siguió hasta la sala vip.

Mientras bebían un whiskey, Morris lo observó con detenimiento. Su anfitrión no podría distinguir su rostro con claridad debido a la máscara que siempre llevaba puesta. Sin embargo, alguien que conociera a Vincent tal vez encontraría alguna similitud entre ellos, por lo que, le dijo al hombre.

—No me agrada mucho la idea de realizar este intercambio cara a cara. Confío en ti, pero no conozco a tu proveedor.

—Entiendo, pero no te preocupes, ya negociaste con este proveedor, es de fiar.

—De acuerdo.

Enseguida, la mujer que antes se presentó en la entrada, ingresó a la sala para hablarle a su jefe nuevamente.

—Parece que nuestro proveedor ha llegado.

—Bien, porque ya es hora de hacer negocios.

Rick Campbell ingresó a la sala con un maletín en manos. A su lado estaba Charity, su fiel camarada. Al igual que Zeus, llevaban máscaras, pero como Vicent ya los conocía, inmediatamente los reconoció. El cretino le sonrió al notar su presencia.

—Zeus, al fin volvemos a vernos. —Vincent lo observó seriamente, quería borrar esa sonrisa cínica de su rostro; sin embargo, aún no podía hacerlo, así que, solo respondió casualmente.

—Al parecer usted ya me conoce.

—Así es. Su reputación lo precede. —comentó Rick, mientras Charity verificaba el perímetro. Al ver que estaban solos, movió la cabeza ligeramente para informar a su jefe.

—Ya veo. Ahora, hagamos negocios. —afirmó Vincent incómodo tras poner un bolso negro en el sofá.

—Aquí está la joya que querías —expresó Rick y bajó la caja que traía en manos en una mesa. Luego la abrió para que Zeus viera la reliquia.

—¿Podemos inspeccionarla? —preguntó Zeus. Rick asintió con la cabeza y extrajo la joya de la caja, depositándola bajo la luz de una lámpara, sobre un almohadón.

Morris se acercó para verificar la autenticidad de la reliquia. Unos minutos después, afirmó dirigiéndose a Zeus.

—Es auténtica.

—Bien, en ese caso, aquí está el pago, 200.000 en efectivo. —expresó Zeus y depositó el bolso negro en la mesa.

Rick sonrió levemente antes de tomar el bolso y abrirlo. Revisó rápidamente un par de billetes antes de decir.

—Siempre es un placer hacer negocios con usted, señor Zeus —Luego le pasó la mano. Vincent respiró hondo antes de extenderle la mano y responder.

—Créeme que el placer ha sido todo mío, “jefe”.



Capítulo 65
«Atrapado»

A las afueras del castillo, el comandante de las fuerzas especiales aguardaba muy atento a que Vincent diera la señal que confirmara la presencia de Rick en el recinto. Pues necesitaban atraparlo en el acto, si deseaban asegurarle una estadía prolongada en la prisión. En cuanto escuchó la palabra “jefe”, tuvo la certeza de que atraparían a ese vil criminal.

Ya llevaban años tras él, pero nunca pudieron obtener las pruebas necesarias para incriminarlo. Rick siempre había sido muy cuidadoso, y nunca se había presentado a un intercambio, pero al parecer, con los años su confianza aumentó y por primera vez cometía ese descuido. Esta vez no se escaparía impune.

—Ingresen a la mansión —ordenó el comandante, tras recibir la confirmación de Vincent.

Segundos después, una docena de agentes tiraron la puerta e irrumpieron en el salón de subastas. Cuando alcanzaron la habitación en la que se encontraba Rick. Aguardaron a que Zeus se marchara antes de ingresar para hacer el arresto.

Cuando Vincent tomó la caja con la joya para marcharse. Los agentes se ubicaron a un lado de la puerta para dejarlo pasar. Él caminó con naturalidad hasta desaparecer por el pasillo. Fue entonces cuando el grupo de élite invadió el lugar y mandó todo al infierno.

—¡Policía! ¡Manos arriba!

Rick que se despedía de Morris con la intención de marcharse, se asustó al ser descubierto y quiso escaparse, pero terminó tirado en el piso antes de ser esposado por uno de los agentes. Tras remover su máscara y confirmar su identificación, el hombre le dijo:

—Rick Campbell. “Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal…” —continuó diciendo el agente, pero su mente ya había escapado a otro sitio. *«¡Maldición, alguien lo había traicionado!»*

Charity que ya conocía la rutina, puso las manos en la cabeza y permaneció muy quieta,

hasta que uno de los agentes le puso los grilletes. Morris levantó las manos y se arrodilló para rendirse. Cuando Rick pasó cerca de ellos, les dijo:

—No abran la boca.

La policía incautó el dinero, y los dispositivos móviles para evitar que notificaran a sus camaradas. Los separaron en diferentes vehículos para mantenerlos incomunicados durante el trayecto.

Vincent, que se encontraba oculto en su automóvil, vio desde lejos cuando Rick era introducido en uno de los furgones de la policía. Y aunque le hubiera gustado verle la cara de estúpido al maldito, se conformó con presenciar su detención y arresto.

Inmediatamente, buscó un celular que tenía oculto en el automóvil. Ingresó a la aplicación que había creado Kate y envió un mensaje en el grupo.

"Está hecho, atrapamos a Rick".

En la sala de interrogatorio, Rick actuaba como si no hubiera hecho nada. Se negaba a hacer una declaración y había pedido un abogado en cuanto lo llevaron a la agencia.

—Señor Campbell, si no coopera con nosotros, le irá mucho peor. —le explicó uno de los agentes.

—Ya le he dicho que soy un hombre de negocios. No tengo nada que ver con este asunto.

—Entonces, ¿qué hacía en ese lugar?

—Visitaba a un amigo. —se justificó.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y no sabías que tu amigo era un traficante?

—No sabía que Morris traficaba arte. —afirmó.

—Ya deja de mentir. Tenemos la joya robada y estoy seguro de que en cuanto la analicemos encontraremos tus huellas en ella —afirmó el policía.

—No sé de qué joya habla —aseveró despreocupado. Pues creyó que era solo un farol para atraparlo.

—Hablo de la joya de Nefertari. La que robaste de la casa de seguridad de Di Santi. —El rostro de Rick se volvió pálido. *«Eso no es posible, Zeus se llevó la joya»*, pensó tratando de tranquilizarse. Pero de pronto una palabra vino a su mente. *«"Jefe". ¡Maldición!» «Fue él, Zeus lo traicionó»*, concluyó furioso—. Estás acabado, Campbell —agregó el oficial con condescendencia, al notar que el hombre finalmente lo había comprendido.

Tras la detención, el comandante logró que un juez firmara una orden de cateo para ingresar a la guarida de Campbell. Que gracias a Charity pudieron localizar rápidamente. Puesto que ella, tenía instalado en su celular un aplicativo que mostraba videos en tiempo real de las

cámaras de vigilancia de la base de operaciones de Rick. Así como imágenes detalladas de los alrededores.

El allanamiento se produjo unas horas después, logrando incautar suficientes pruebas para respaldar el arresto de todos los involucrados. Además, en el escondite encontraron un disco duro con los contactos de Campbell. Por lo que, prontamente informaron a las autoridades extranjeras para que ayudaran a llevar a cabo un rastreo internacional. Debían arrestar a sus camaradas antes de que escapasen.

Silvia fue detenida en la mañana. Los agentes encontraron muchos datos relacionados con ella, pero como ya había decidido cooperar, pudo negociar con los fiscales para ser uno de los testigos que declararían en contra de Rick. Sin embargo, debido a la gravedad de sus delitos, no podría librarse de pasar unos años en la cárcel.

Dos días después, Serena acudió a la agencia acompañada de Jake. El comandante les informó que habían atrapado a un par de delincuentes con unos tatuajes muy llamativos que, según Vincent, ella había visto durante un robo en el museo metropolitano.

—Serena, ¿por qué nunca me contaste sobre el atraco en el museo?

—A principio lo olvidé, y luego no quise preocuparte.

—Debiste contarme la verdad.

—Lo siento, ya teníamos muchos problemas. No quería agregar otro a la lista.

—Está bien, pero tú no vas a testificar.

—¿Por qué no?

—No quiero que te veas involucrada en este asunto.

—Ya estoy involucrada.

—Solo necesitas identificarlos para agregar otro robo a la lista de Rick, nada más.

—Está bien. —Aceptó de mala gana.

Ingresaron a las oficinas de la agencia. El comandante acompañó a Serena hasta la sala de identificación. Ella estaba muy nerviosa, puesto que los recuerdos de esa noche aún atormentaban su mente.

—No te preocupes, ellos no pueden verte —le aseguró el comandante.

—Está bien.

Unos segundos después, 5 hombres ingresaron en fila en la otra sala. Cuando se pusieron de frente, mirando hacia el vidrio. Serena empezó a temblar levemente. Jake tomó su mano, para tranquilizarla.

—¿Reconoces a alguien? —preguntó el comandante.

—Sí. Los tatuajes son iguales a los que vi en el museo.

—¿Quiénes?

—El número 2 y el 5. —afirmó.

—De acuerdo. Gracias, señorita Sanders. Acabas de confirmar nuestras sospechas.

—Ella no tiene que testificar, ¿verdad?

—No. Solo necesitábamos confirmar si estos hombres pertenecían a la pandilla de Rick. Con una declaración bastará.

—Entiendo —respondió Serena.

—¿Y ahora qué pasará con Rick? —inquirió Jake.

—Será procesado, tendrá un juicio y, con suerte, pasará el resto de su vida en la cárcel.

—Entonces, ¿se acabó? ¿Estamos libres de él? —preguntó Serena ansiosa.

—Así es —afirmó el comandante.

Capítulo 66
«Resurrección»

Marcus aguardaba ansioso para recibir noticias de los agentes de la ley que lo custodiaban. Si todo iba bien, esta misma tarde volvería a casa. Rick ya estaba tras las rejas aguardando a que iniciara su juicio. Y una vez que volviera al mundo de los vivos, lo acusaría de asesinato. Pues jamás dejaría que la muerte de sus pilotos quedara impune.

—Señor Castle, ya tenemos luz verde para marcharnos, salimos en media hora —le comunicó el agente que acababa de ingresar en la sala.

—De acuerdo, gracias, Lionel. —contestó Marcus y luego respiró hondo, pues finalmente era el momento de volver a la realidad.

Cerca de las 5 de la tarde llegaron a la mansión de la familia Castle. Serena ya los esperaba en la entrada para darles la bienvenida.

—¡Tía! —gritó el niño corriendo hasta sus brazos.

—Mi pequeño, te extrañé mucho.

—Yo también. Mira, papá y mamá volvieron del cielo.

—Ya los vi —expresó Serena sonriendo alegremente. Anne se acercó para saludar.

—Hermanita —expresó y la abrazó.

—Debes decirle la verdad en algún momento —comentó Serena en su oído.

—Lo sé, lo haremos antes de que salga en las noticias.

—¿Ya hablaste con mamá?

—Sí. Los agentes se encargaron de contactarnos por una videollamada.

—¿Cómo tomó la noticia?

—No paró de llorar durante toda la conversación.

—No esperaba menos. ¡Marcus!, veo que ya estás mejor. —comentó Serena al ver a su cuñado.

—Me voy recuperando de a poco. —respondió él acercándose a ella—. ¿Dónde está Jake?

—Sigue atascado en el trabajo, dijo que llegaría en cualquier momento.

—Está bien, entremos.

Jake se encontraba en una reunión de emergencia en Castle Enterprise. Debía comunicar a todos los accionistas que su hermano seguía vivo. Por lo que, decidió hacerlo antes de que la verdad saliera a la luz en las noticias.

—¿Estás seguro? —expresó uno de los accionistas muy sorprendido.

—Por supuesto, ya lo he visto con mis propios ojos, pero por motivos de seguridad, lo he mantenido en secreto. Les comunico ahora, puesto que en unos días se sabrá la verdad.

—Entiendo —expresó reflexiva una mujer de mediana edad.

—Se les dará más detalles una vez que la policía lo autorice.

—¿Debemos mantenerlo en secreto? —inquirió otro accionista.

—Marcus aún debe anular su certificado de defunción. Hasta que vuelva a estar oficialmente vivo, debemos mantener esto en secreto para atrasar el escándalo que hará la prensa en cuanto se entere.

—De acuerdo —comentó la mujer y todos asintieron.

Anne preparaba la cena con su hermana, cuando Daniel ingresó a la cocina en busca de un bocadillo.

—Enseguida cenaremos, no exageres con los sándwiches.

—Está bien, mamá… —respondió el pequeño de mala gana.

—Es igual a ti —expresó Anne con una sonrisa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Serena.

—Siempre te metías en la cocina para robar bocadillos antes de la cena.

—Es verdad, lo había olvidado.

—Hasta hoy día lo hace —comentó Jake entrando en la cocina.

—¡Tío! —expresó Daniel y corrió para abrazarlo.

—Diablillo, has crecido mucho.

—¿De verdad? —preguntó Daniel, muy animado con la idea.

—¡Oh sí! Hola, Anne.

—Jake, veo que te has convertido en un verdadero hombre de negocios.

—Hago lo que puedo, aunque, no veo la hora de que Marcus vuelva a su puesto. Por cierto, ¿dónde está?

—Está en la biblioteca hablando con Frank.

—¡Qué oportuno! Justamente necesitaba hablar con ambos.

—No se demoren, la cena estará lista en breve —le advirtió Serena.

Marcus que no había visto a Frank en meses, se alegraba mucho de volver a reunirse con su amigo. Así que aprovechó la oportunidad para contarle toda la historia tras su accidente.

—Jake, finalmente llegaste. —expresó su hermano contento de verlo.

—Sí, me quedé atascado en una reunión con los accionistas.

—¿Ya les informaste?

—Sí. Justamente de eso quería hablarles.

—¿Qué dijeron? —preguntó Frank preocupado.

—Estuvieron de acuerdo en mantenerlo en secreto hasta que un juez anule tu certificado de defunción, y vuelvas, oficialmente, al mundo de los vivos.

—Genial, menos un problema que resolver. Mañana es mi audiencia para anular mi certificado de defunción. Una vez que esté legalmente vivo, tendrán que volver a aceptarme en la dirección de Castle Enterprise.

—¿Qué haremos con la prensa? —preguntó Frank.

—Lo mejor será convocar una reunión con los medios y dar nuestra propia versión de los hechos. —sugirió Jake.

—Sí, o empezarán a especular —comentó Frank.

—Debemos tratar de minimizar el escándalo. No quiero que esto afecte a Daniel. —dijo Marcus.

—Será muy difícil para él cuando vuelva a la escuela. —explicó Jake.

—Así es, por suerte seguirá de vacaciones hasta el próximo mes. —comentó Marcus.

—Reuniré a la prensa para mañana en la tarde —propuso Jake.

—De acuerdo. —asintió Marcus.

—Es hora de la cena —comentó Jake.

—¡Vamos! Daniel ya debe estar hambriento —agregó Marcus con una sonrisa.

Durante la cena, hubo muchas sonrisas y alegría. Hacía mucho tiempo que no se reunían para comer. Y saber que la vida de ninguno corría peligro, agregaba cierta paz al ambiente.

—Entonces… ¿Ya no tenemos que preocuparnos con Rick? —preguntó Anne muy curiosa.

—Según el jefe de la división especial, tienen suficientes pruebas para inculparlo por tráfico de arte. También tiene cargos por tráfico de menores y drogas.

—¿Qué? —expresó Marcus sorprendido— ¿También estaba involucrado en tráfico humano?

—Su nombre apareció en una lista negra que tenía otro criminal que se encuentra en la cárcel. Fue así como pasó a ser una persona de interés para la agencia.

—No tenía idea —expresó Serena, reflexiva.

—Silvia, finalmente abrió la boca y dio detalles de algunos de los negocios que tenía Rick en Europa. —explicó Jake.

—Claro, ella era una prostituta —comentó Serena.

—Al parecer, fue así como Rick se enteró de ella y decidió invertir en su educación para luego usarla a su antojo.

—Le hizo lo mismo a Brianna —comentó Anne.

—Sí, tenía toda una operación de tráfico. —concluyó Jake.

—Para él seguramente era solo otra forma de obtener recursos —agregó Marcus.

—Debido a la magnitud de los crímenes, su caso se hizo muy famoso, así que, decidieron llevar a cabo su juicio cuanto antes. —explicó Jake.

—¿Cuándo empezará su juicio? —preguntó Marcus.

—En dos semanas.

—En fin, lo importante es que estará en la cárcel por mucho tiempo. Ahora cambiemos de tema. —afirmó Anne. Puesto que, Daniel se encontraba en la mesa.

—Si es buena idea —confirmó Serena mirando seriamente a Jake.

—Lo siento. —dijo él y agregó—. ¿Quién quiere helado de postre? —Todos respondieron al unísono.

—Yo.

Más tarde, en el jardín de la mansión de la familia Castle. Mientras Daniel perseguía luciérnagas, sus padres lo seguían muy animados en su excursión. Jake los observó con cierta envidia. Durante toda su vida solo había querido divertirse, jamás deseó tener una familia o hijos, pero en este instante. Al ver la hermosa escena que tenía en frente, se dio cuenta, de que precisaba más.

Ahora que Rick se encontraba tras las rejas, ya no tenía razones para demorar las cosas que quería para sí. Era el momento de encaminar su propia vida, y sabía perfectamente con quién quería hacerlo, concluyó mirando amorosamente a Serena, que se encontraba a cierta distancia

encendiendo unas velas en el jardín. Ella se acercó a él, unos segundos después. Al notarlo tan ensimismado, preguntó.

—¿En qué estás pensando?

—En que somos muy afortunados de que todo haya resultado bien. —contestó mirando a su hermano. Serena hizo lo mismo y agregó.

—Es un verdadero milagro.

—Serena…

—¿Sí?

—Ahora que Rick está en la cárcel, me preguntaba si querrías volver a trabajar en el museo.

—¿Haciendo qué? —preguntó inquisitiva.

—Bueno, ahora que Silvia también está en la cárcel, necesito de una curadora.

—¿Hablas en serio? —espetó sorprendida.

—Así es, ¿qué me dices?

—¡Por supuesto que sí! —respondió animada. Sin embargo, unos segundos después, agregó— pero ¿qué le diré a Vincent?

—La verdad.

—¿Y qué verdad sería esa? —Jake sonrió maquiavélicamente antes de contestar.

—Que tú prefieres trabajar para mí.



Capítulo 67
«Rueda de prensa»

Al día siguiente, Serena volvió a su trabajo en Turner Enterprise. Quería hablar con Vincent antes de solicitar su renuncia. Aunque se sentía muy agradecida por la oportunidad, no podía seguir trabajando para él. Jake la necesitaba, y más que nada, ella deseaba trabajar en un museo. Ese siempre había sido su sueño y ahora finalmente había llegado su momento.

—Señorita Sanders, ¿teníamos una cita? —espetó al verla entrar a su oficina.

—No, pero necesito hablar contigo, es urgente.

—De acuerdo, siéntate. ¿De qué se trata?

—Jake me ha ofrecido el puesto de curadora en el museo.

—Por supuesto. Me preguntaba cuándo iba a hacerlo.

—¿Ya lo sabías?

—No soy tonto. Una vez que Silvia saliera de escena, era más que obvio que él trataría de recuperarte.

—¿No estás molesto?

—¡Por supuesto que no! Me alegra que finalmente tengas el trabajo de tus sueños.

—Nunca pensé que diría esto, pero realmente eres una persona muy amable, Vincent.

—No lo vayas a divulgar, tengo una reputación que cuidar, señorita Sanders —espetó irónicamente.

—Prometo que no lo haré.

—Bien, supongo que tendré que buscar otra curadora.

—Sobre eso. Tal vez pueda ayudarte.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Cómo?

—Tengo una amiga que ya ha terminado su pasantía. Es la mejor de nuestra clase, ahora solo le falta defender la tesis.

—De acuerdo, dile que venga a verme en cuanto se haya graduado.

—Eso haré.

Marcus acudió a la audiencia para anular su certificado de defunción. La policía le había proporcionado toda la documentación necesaria para comprobar que su desaparición, no fue intencional. El juez dictaminó que su identidad fuese restaurada y que se le devolvieran todos sus bienes heredados como primogénito de la familia Castle.

Cerca de las dos de la tarde, se reunieron en la sala de conferencias de Castle Enterprise para hacer una declaración oficial ante la prensa. Anne se presentó al lado de su esposo para

apoyarlo durante la entrevista. Reporteros de distintas cadenas de televisión, radios y diarios se encontraban sentados aguardando la reaparición del heredero. Pues, sin duda, era una de las noticias más impactantes del año.

—Señor Castle, ¿es verdad que fue víctima de intento de asesinato? —preguntó un reportero.

—Así es. Rick Campbell fue la mente maestra tras el accidente del avión.

—Es una acusación muy grave, ¿tiene pruebas?

—Hemos recuperado la caja negra del avión. Se ha comprobado que la falla fue intencional. Además, tenemos un testigo que afirma que la explosión fue causada por un explosivo de bajo impacto que fue implantado en el avión por orden explícita del señor Campbell.

—¿Quién es el testigo?

—No puedo revelar su identidad. —afirmó Marcus.

—¿Está en protección a testigos?

—¿Es un cómplice de Rick Campbell? —preguntó una mujer.

—No tengo esa información. —afirmó.

—¿Dónde estuvo durante todo este tiempo?

—En una isla.

—¿Quién lo rescató?

—No puedo revelar más detalles porque interferiría con la investigación de la policía —expresó, y luego se levantó para marcharse.

El coordinador de Relaciones Públicas tomó el micrófono y dijo:

—Señores, esto será todo por hoy, muchas gracias por su asistencia.

Los reporteros querían más información, así que, corrieron tras Marcus. Sin embargo, no lograron obtener absolutamente nada, puesto que, fueron detenidos por el equipo de seguridad de la empresa.

Esa misma tarde, Marcus volvió a su oficina en Castle Enterprise. Todos los empleados lo recibieron con un aplauso y lo saludaron para darle la bienvenida. Frank, más que nadie, estuvo feliz de recuperar su empleo habitual. Puesto que, hacer de asistente personal no era lo suyo.

—Me alegra mucho que haya vuelto. —expresó al ver a Marcus en su oficina.

—Escuché que hiciste un buen trabajo en mi ausencia.

—¿Qué más podía hacer? Jake necesitaba a una persona de confianza.

—Lo sé. Al menos pudiste hacer uso de tus conocimientos administrativos por un tiempo.

—Si hubiera querido ser un asistente, no me habría postulado para ser tu chofer.

—Es verdad.

Serena volvió a casa al final de la tarde. Se sentía aliviada al saber que volvería a trabajar en el museo. Sin embargo, había otra cuestión que resolver. Ya no podía seguir viviendo en la mansión como una arrimada. Necesitaba mudarse urgentemente para que su hermana volviera a su rutina habitual. Por lo que hoy hablaría con su familia al respecto.

Después de la cena, cuando todos se reunieron en la sala para hablar sobre lo que pasaría ahora. Marcus inició la conversación comentando lo siguiente:

—Los abogados dicen que en unos días estará lista la documentación para recuperar todos mis bienes.

—Por suerte, no me he gastado toda tu fortuna —comentó Jake bromeando.

—Es porque volví justo a tiempo —respondió Marcus.

—Ahora solo debemos aguardar a que inicie el juicio de Rick. —dijo Jake, cambiando de tema.

—Así es. —comentó Anne.

—Hablando de Rick —espetó Serena, y agregó—. Ahora que ya es seguro, creo que ya ha llegado el momento de que volvamos a la normalidad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Anne.

—Quiero mudarme.

—¿Por qué?

—Porque ustedes necesitan recuperar su privacidad, y creo que ya es hora de que yo me ocupe de mí misma.

—Entiendo, pero ¿dónde vivirás? Tengo entendido de que ya no tienes tu departamento. —inquirió su hermana preocupada.

—Ella vivirá conmigo —afirmó Jake, tomando la mano de Serena. Anne los observó muy sorprendida. Marcus solo sonrió.

—¿Estás segura de que quieres esto? —le preguntó a Serena. Ella miró a Jake muy confundida, ya que, en ningún momento, habían hablado de vivir juntos.

—Ah, supongo que no lo sabes, pero Serena y yo estamos saliendo —afirmó Jake con una sonrisa.

—¿Qué? —espetó Anne, esta vez boquiabierta. — ¿Es verdad?

—Sí —afirmó finalmente Serena.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No hubo oportunidad.

—Así que ahora vivirán juntos —expresó Anne irónicamente.

—Hemos vivido juntos por más de 2 meses —comentó Serena al ver su expresión indignada.

—¡No es lo mismo! Antes lo hicieron por una fuerza mayor. —justificó Anne.

—Es verdad, pero las cosas han cambiado. —aseguró Jake.

—Ya veo… —respondió Anne reflexiva, luego agregó—. ¡Bien! Me alegro de que finalmente se hayan decidido.

—¿Qué? —espetó Serena.

—Bueno, llevo años intentando juntarlos y ahora finalmente están en una relación. —declaró su hermana con una sonrisa de satisfacción.

—Ya veo… —comentó Serena, reflexiva. Jake se rio.

—Entonces, ¿cuándo piensas mudarte? —inquirió Anne.

—Podemos hacerlo mañana mismo. —afirmó Jake.

—¿Por qué la prisa? —preguntó Serena.

—Bueno, tú misma lo dijiste, ellos necesitan privacidad. —comentó Jake con una sonrisa maquiavélica.

En la mañana Serena volvió al museo. Ahora era la curadora, y tenía un cargo de rango muy superior a los demás. Todos la observaron y empezaron a murmurar muy sorprendidos cuando la vieron ingresar colgada del brazo de Jake.

—Señor Castle —saludó Milton, que ya los aguardaba en la recepción. — Señorita Sanders, me alegra que haya decidido volver.

—Por supuesto. No iba a dejarte desamparado. Somos un equipo.

—Escuché que su hermano, ya ha vuelto a la mansión.

—Así es. —afirmó Jake—. Acompaña a la señorita Sanders para hacer el anuncio oficial.

—De acuerdo.

Serena fue con Milton hasta el departamento de Recursos Humanos para hacer el papeleo y enviar un memo, comunicando a todos que había un nuevo curador en el museo.

Más tarde, Jake invitó a Serena para almorzar en un lujoso restaurante. Cuando llegaron a su mesa se encontraron casualmente con Vincent.

—¡Vaya, vaya!

—Vincent —espetó Jake poco animado—. ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, vine a comer.

—Claro, ¿y no pudiste elegir otro lugar?

—Parece que tenemos los mismos gustos, hermanito. —expresó acercándose a él para hablar en voz baja—. Señorita Sanders, tiempo sin verla —comentó para saludarla.

—Nos hemos visto ayer. —respondió extrañada.

—Ah, sí, es verdad, lo había olvidado.

—Me gustaría seguir conversando, pero estamos en una cita —le aclaró Jake.

—Así que finalmente están saliendo juntos. —expresó Vincent con ironía.

—Sí, y estamos muy enamorados —afirmó Serena, tratando de amenizar el ambiente.

—Ya veo. Bien por ustedes. Si me disculpan, también tengo una cita. —comentó Vincent antes de caminar hasta otra mesa.

—¡Maldición! ¿Por qué siempre tenemos que encontrarnos con él? —expresó Jake molesto.

—¿Lo sigues odiando? —preguntó Serena muy sorprendida.

—Por supuesto que no, pero eso no significa que Vincent sea actualmente menos irritante.

—Es verdad. ¿Vamos? —preguntó Serena con una sonrisa antes de arrastrarlo hasta la mesa que tenían reservada.

Más tarde, en la mansión de los Castle, Serena terminó de empacar las pocas cosas que tenía. Jake hizo lo mismo, y después de cenar se despidieron para volver al *penthouse.*

—Pequeño, no te pongas triste. Si me extrañas, vendré a visitarte —prometió Serena.

—Pero, ¿por qué no podemos vivir todos juntos? —quiso saber Daniel.

—Porque tu tía necesita tener su propio espacio, mi amor. —le explicó Anne a su hijo.

—Humm, pero la voy a extrañar mucho. —argumentó insistiendo.

—Puedes visitarnos cuando quieras. Yo mismo vendré a buscarte —le aseguró Jake.

—Está bien —expresó Daniel conformándose.

Cerca de las 9 de la noche llegaron al *penthouse*. Seguía siendo el mismo lugar ostentoso que ella recordaba. Jake subió con las maletas y cuando llegaron le indicó que tendría la habitación de huéspedes. Dejándole claro que no tenía ninguna intención de presionarla para dormir con él.

Sin embargo, a estas alturas, Serena estaba más que dispuesta a hacerlo. El único problema era que no sabía cómo decírselo. No tenía mucha experiencia cuando se trataba de seducir a los hombres y mucho menos intentando comunicar sus sentimientos.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó ingresando Jake tras bañarse.

Su cuerpo, que seguía en parte mojado, dejaba en evidencia su gruesa musculatura, tentándola a tocarlo. Serena tragó su saliva y respondió.

—Té verde estaría bien.

—De acuerdo —respondió Jake casualmente y fue hasta la cocina.

Serena, que ya no soportaba quedarse quieta, se levantó para ayudarlo. Mientras Jake hervía el agua, le preguntó.

—¿Cómo fue tu primer día?

—Bien, aunque Milton dijo que ya escuchó rumores sobre nuestra relación. —comentó Serena colocando dos tazas en la mesa.

—¿Qué dijeron?

—Que obtuve el puesto porque me acosté contigo. Ni siquiera les importa lo que hizo Silvia.

—Serena, no te preocupes por los comentarios, pronto dejarán de hablar.

—Es fácil para ti decirlo, tú eres el jefe y nadie jamás juzga al jefe.

—Entonces no me queda otra opción más que cambiar tu situación.

—¿Qué quieres decir?

—Cásate conmigo.



Capítulo 68
«Una oferta honorable»

Serena quedó impactada con las palabras que Jake acababa de pronunciar. Él sonrió, se puso de rodillas, sacó un anillo que tenía en el bolsillo, la miró a los ojos y volvió a decir.

—Serena, ¿te casarías conmigo? —ella cubrió su rostro con ambas manos y entre lágrimas de alegría respondió.

—Sí, ¡claro que sí! —Jake se levantó, luego le puso el anillo en el dedo. Cuando Serena lo observó bien, agregó:— ¡Dios mío!

—¿Te gusta?

—Es antiguo y misterioso, ¡me encanta!

—Creí que te merecías algo especial, le pertenecía a mi abuela.

—¿Era de Joanne?

—Sí, ella me lo dio antes de marcharse con Daniel.

—Es hermoso.

—Le alegrará saber que te gustó.

—Entonces, ¿estuviste guardando el anillo todo este tiempo?

—Sí —admitió con una sonrisa tierna.

—Ni siquiera lo sospeché —expresó aún sorprendida, cubriéndose la boca con la mano derecha mientras miraba el anillo.

—Hace tiempo que quería pedírtelo, pero el momento no parecía adecuado y hasta ayer no estaba seguro de que dirías que sí.

—¿Por qué hasta ayer?

—Porque ayer sugerí que viviéramos juntos y tú no te opusiste.

—Es verdad.

—Supuse que, si ya estabas dispuesta a vivir conmigo, no te opondrías al matrimonio. —Serena no pudo resistirse y lo besó.

El beso fue intenso. Jake la tomó por la cintura para sentarla en la isla de la cocina. Ella se levantó la camiseta quedando solo con su sostén. Al ver lo que ella hacía, él se detuvo para mirarla a los ojos, buscando una confirmación, quería asegurarse de que estaba dispuesta.

—Serena, ¿estás segura de que quieres hacer esto?

—Sí. —confesó, y mirándole a los ojos, agregó a duras penas—. Lo he querido desde hace mucho tiempo.

Jake acarició su rostro con una mano; fue entonces cuando notó el deseo que ardía en sus

ojos. Así que contestó.

—Serena, debo confesar que yo te he deseado desde el día en que te conocí.

Sus palabras calaron hondo en su ser. El anhelo que ya emanaba de su cuerpo se volvió incontrolable. Serena puso las manos en su cuello y lo atrajo a su cuerpo para besarlo. Jake que aún seguía vestido, se apartó para desvestir su camiseta rápidamente.

Ella no aguardó otro instante y empezó a desabrochar su pantalón. Él se deshizo de la pieza y la llevó hasta el sofá. Serena se libró de su short, quedando vestida únicamente con su *lingerie*.

Jake inició una exploración minuciosa por todo su cuerpo. Besando cada segmento de su piel. Pronto ella sintió que unos escalofríos recorrían por su cuerpo, que ya ardía por más, por lo que, desabrochó su sostén dejando al descubierto sus senos.

Al ver cuánto, Serena lo deseaba, la mente de Jake perdió el autocontrol y cualquier rastro de caballerosidad que le quedaba, desvistiéndose completamente para ella.

El cuerpo desnudo del hombre era una visión. Serena no fue capaz de desviar los ojos de su erección. Todo en él era perfecto. Y no podía esperar otro segundo para tocarlo. Así que, sin ningún pudor, tomó en sus manos el prominente miembro con la intención de acariciarlo.

Jake emitió un sonido similar al de un animal herido, al sentir su tacto. Su excitación era tanta, que apenas podía soportar, que ella lo palpara. Quería tomarla inmediatamente, pero sabía que debía ser delicado con ella. Necesitaba darle placer antes de penetrarla. Era la única manera de minimizar el dolor que sentiría en cuanto atravesara la barrera de su virginidad.

Serena lo sujetó de la cabeza cuando él empezó a bajar por su abdomen. Jake removió su ropa interior y empezó a jugar con su clítoris, haciéndola delirar de placer. Al percibir que estaba lista, introdujo lentamente su miembro en su interior.

Ella empezó a moverse queriendo más acción, por lo que Jake tuvo que sujetarla por las caderas para que no se moviera. Luego se recostó sobre ella para besarla, mientras la penetraba, controlando su urgencia.

Cuando estuvo completamente en su interior, empezó a moverse con lentitud, excitándola con cada movimiento. Serena levantó las piernas apresándolo con ellas. Jake lo vio como una señal de placer y aumentó la velocidad de sus embistes para satisfacerla.

Minutos después, las piernas de Serena empezaron a temblar, indicándole que había tenido su primer orgasmo. Jake cambió de posición levantándola para que ella tuviera total dominio sobre él. Al verla a los ojos, una emoción totalmente nueva brotó en su interior. Ella solo sonrió y volvió a besarlo.

Jake la sostuvo por las caderas para acompañar sus movimientos que se volvieron rápidamente frenéticos. Serena arqueó la columna tras recibir un segundo orgasmo que dejó a su cuerpo totalmente lánguido. Jake hizo un último balanceo de caderas, y se apartó solo a tiempo de eyacular sobre su abdomen. Al sentir un líquido viscoso sobre su cuerpo, Serena abrió los ojos y empezó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó Jake, muy confuso.

—Es que nunca pensé que, mi primera vez, sería con un libertino.

Luego de que Serena le explicara más detalles sobre su pasado. Jake comprendió lo difícil que había sido para ella admitir sus sentimientos por él. Ahora entendía por qué se sintió traicionada cuando creyó que él estaba con otra mujer en el hotel.

Después de hacer el amor, decidieron preparar unos bocadillos y continuar la conversación en una cama.

—¿Cuándo quieres casarte? —preguntó Jake muy ansioso.

—No lo sé, tal vez después del juicio de Rick. Quiero asegurarme de que esté tras las rejas antes de seguir con nuestras vidas. —explicó Serena.

—Suena bien, eso nos dará tiempo para organizar la boda.

—¿Qué tipo de boda tienes en mente? —preguntó Serena muy curiosa. Jake la observó por un instante y con una sonrisa maquiavélica respondió.

—Una muy escandalosa.

Dos semanas después, todos se encontraban sentados en una sala de audiencia aguardando a que iniciase el juicio de Rick. Jake quería ver con sus propios ojos cómo el cretino de su padre biológico era condenado por todos sus crímenes.

—Su señoría, creo que, al analizar las pruebas presentadas, queda claro que el señor Campbell es un vil criminal. Cuyas acciones, además de perjudicar severamente a la sociedad, han puesto en peligro la vida de muchas personas, incluyendo la de su propio hijo. —declaró el fiscal.

—¿Qué pruebas tiene de que el señor Campbell intentó matar a su propio hijo? —inquirió el abogado de la defensa.

—Tenemos una grabación, además de un testigo sorpresa. —aclaró el fiscal.

—Traiga a su testigo —solicitó el juez.

En ese momento, Silvia Santoro se puso de pie y caminó hasta el estrado. Al verla, Rick se puso pálido.

—Señorita Santoro, ¿puede aclararnos qué relación tiene con el señor Campbell? —inquirió el fiscal.

—En el pasado era mi proxeneta.

—¿Y actualmente? —inquirió el fiscal.

—Mi jefe.

—¿Haciendo qué?

—He trabajado para él como una espía por más de 4 años.

—¿Espiando a quién?

—A Jake Castle.

—¿Por qué razón?

—Porque el señor Castle era su hijo biológico, y necesitaba estar al tanto de sus movimientos.

—Imagino que, como todo padre, solo quería saber sobre la vida de su hijo, ¿qué tipo de información le interesaba al señor Campbell? —preguntó el fiscal.

—Quería saber sobre las relaciones personales de Jake, si tenía novia, si pensaba casarse, si se había acostado con alguna mujer en particular más de una vez.

—¿Por qué razón al señor Campbell le interesaría la vida sexual de su hijo?

—Porque le preocupaba que tuviera un hijo.

—¡Qué raro! Cualquier hombre estaría feliz de tener un nieto, ¿por qué al señor Campbell le molestaría que Jake tuviese un hijo?

—Porque eso arruinaría todos sus planes.

—¿Qué planes?

—Sus planes para heredar las acciones de Castle Enterprise, una vez que matara a Jake.

—¡Objeción, su señoría! ¡Especulación! —expresó el abogado de Rick.

—No es una especulación, podemos probar que el señor Campbell desde un principio vigiló a Jake Castle con la intención de matarlo para heredar sus acciones de Castle Enterprise. Presento la prueba número 47, 51 y 58. —expresó el fiscal acercando copias a los interesados—.

Como pueden ver en las transcripciones, se tratan de conversaciones grabadas por la señorita Santoro durante sus reuniones secretas. En las grabaciones, el señor Campbell, expresa con todas las letras su intención de matar al señor Jake Castle, tras el supuesto éxito en su intento de asesinato al señor Marcus Castle. Dejándole al señor Campbell como único heredero de Jake, tras obligar a la ley a reconocerlo como su padre. Además, en la grabación de voz número 58 pueden ver los detalles de su plan para eliminar a su propio hijo.

—Admito las pruebas. El jurado tendrá en consideración el testimonio de la señorita Santoro y las grabaciones presentadas. Para este efecto, tendremos un receso de 24 horas para que el jurado analice las últimas pruebas y pueda pronunciar un veredicto. Abogado, ¿tiene alguna pregunta para la testigo? —inquirió el juez dirigiéndose al representante de Rick.

—No su señoría. —respondió el hombre que estaba desprevenido.

—En ese caso, se cierra la cesión —declaró el juez.

Cuando Silvia bajó del estrado, pasó delante de Rick brindándole una sonrisa de satisfacción. Al ver su expresión, él saltó de la silla para alcanzarla.

—¡Maldita zorra! Sabía que no podía confiar en ti, eres una basura, siempre serás una puta, no importa lo mucho que te esfuerces— Los guardias de seguridad lo sujetaron, mientras una turba de periodistas ingresaba para sacar fotografías del reo.

Jake se acercó a Silvia para hablarle. Después de escuchar la grabación de su confesión, pudo entender que ella no tenía otra opción más que ayudar a Rick.

—Silvia…

—Jake, no sabía que estarías aquí —comentó avergonzada.

—Necesitaba verlo con mis propios ojos —le explicó.

—Entiendo… —expresó e intentó marcharse. Jake la detuvo tocándole el brazo.

—Espera…

—¿Qué sucede?

—Te pagaré un buen abogado, en un par de años podrás salir y continuar con tu vida.

—¡Qué vida! Estoy arruinada, Jake. Jamás podré volver a trabajar en un museo.

—Solo quiero que sepas, que, cuando esto termine, seguiré siendo tu amigo. —le prometió.

De pronto, fue como si sus ojos se hubieran iluminado. En ese momento comprendió lo mucho que él significaba para ella.

—Gracias, Jake.

Al día siguiente, el jurado retornó a la sala con un veredicto unánime. El juez solicitó que leyeran las decisiones con respecto a las acusaciones impuestas en contra de Rick. Uno de los miembros se levantó para pronunciar en voz alta la decisión.

Rick fue declarado culpable por tráfico de drogas, trata de personas, tráfico de arte, y por el doble homicidio de los pilotos de Marcus Castle.

Al escuchar cuantos años de cárcel le habían sentenciado al miserable, Jake respiró muy aliviado. Rick no volvería a ver la luz del sol hasta el día de su muerte. La que, con suerte, no llegaría pronto, dándole mucho tiempo de sufrimiento tras las rejas.

Al regresar al museo, vio que Milton ya lo esperaba en la recepción, muy ansioso.

—Señor, ¿cuál fue la sentencia?

—Rick pasará dos vidas en la prisión.

—¡Qué alivio!

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

—No, pero tiene una visita.
—¿Quién?
—Vincent Turner.



Capítulo 69
«Redención»

Vicent Turner se encontraba parado en la oficina de Jake mirando la ciudad a través del vitral. Llevaba tiempo retrasando este momento, pero ya era hora de enfrentar a su hermano y resolver las cosas de una vez por todas.

—¡Vaya vista, tienes aquí! —expresó al verlo ingresar.

—Imagino que ya estás enterado de los resultados del juicio. —comentó Jake.

—Así es.

—No pareces muy contento.

—Debo admitir que no ha sido fácil para mí. Rick es un cretino miserable, pero, aun así, sigue siendo mi padre biológico —declaró.

—Entiendo, ¿por eso estás aquí?

—Algo así. Resulta que meterlo a la cárcel me ha dado mucho en qué pensar.

—¿A qué te refieres?

—Sé que nunca seremos públicamente hermanos, pero dado que eres todo lo que me queda, pensé que, al menos, podríamos intentar ser amigos.

Jake lo observó por un instante, pues esa era la primera vez que Vincent dejaba su arrogancia de lado, para mostrarse vulnerable ante él.

—Eso me gustaría —respondió finalmente.

—Bien —afirmó. Jake que no estaba acostumbrado a hablar de sus sentimientos, quiso quebrar el momento incómodo cambiando de tema.— ¿Seguirás trabajando en cubierto como Zeus?

—No. He decidido dejar la máscara por un tiempo. Necesito enfocarme en la empresa que heredé de Turner.

—Entiendo… —respondió reflexivo. Vincent no quería seguir hablando del asunto, pues seguía siendo una herida abierta, así que comentó casualmente.

—Escuché que te comprometiste.

—¿Cómo es que tú…?

—Tengo mis recursos —afirmó—. Por cierto, ¡felicidades! Serena es una mujer, verdaderamente encantadora.

—Gracias… —contestó incómodo con su repentina amabilidad, pero luego agregó—. Vendrás a la boda, ¿verdad?

—¿Me estás invitando? —espetó muy sorprendido.

—Sí. Considero que es pertinente que estés presente. Al fin de cuentas, eres mi hermano.

—Con gusto iré. —contestó Vincent con una sonrisa genuina. Al escuchar que aceptaba su invitación, Jake agregó.

—Bien, porque necesito que alguien organice mi despedida de soltero.

Al día siguiente, Anne llamó a Beth. Necesitaba de apoyo para organizar la boda de su hermana, que de pronto decidió casarse.

—¡No puedo creerlo! —contestó su amiga por teléfono—. ¿Serena se casará y nada menos que con Jake? Esto es un milagro.

—Ya lo sé, pero la boda es en 15 días. Necesito que la organices cuanto antes.

—¡Dios mío! ¿Por qué siempre tienen tanta prisa?

—Esperaron mucho tiempo para estar juntos, no ven la hora de casarse —afirmó Anne.

—De acuerdo. ¡Lo que sea en nombre del amor!

—Jake no quiere una boda simple, quiere que sea muy extravagante.

—¿Y qué piensa Serena al respecto?

—Ella solo quiere que él sea feliz.

—Ya veo, me reuniré con ellos inmediatamente.

Esa misma noche, la noticia del compromiso apareció en todos los medios de comunicación. Anunciaban su relación con Serena como uno de los escándalos más grandes del año.

“EL ÚLTIMO HEREDERO FUE PESCADO” “EL PLAYBOY ESTÁ COMPROMETIDO” “OTRO CASTLE FUERA DEL MERCADO”.

—¿De dónde diablos sacan estos títulos? —comentó Serena muy fastidiada.

—No lo sé, solo ignóralos. —contestó Jake mientras seguía leyendo unos documentos en el sofá del *penthouse*.

—¿No te molesta?

—Ya estoy acostumbrado, llevan muchos años llamándome así. —afirmó encogiendo los hombros.

—¡Diablos! Siempre se me olvida que eras un playboy —comentó con una sonrisa y se colgó de su cuello.

—No recuerdo que anoche tuvieras objeciones al respecto.

—¡Ish! Daniel podría escucharte —comentó, pues el niño se encontraba de visita.

—Perdón, se me olvidó.

—¿Ya hablaste con Beth?

—Sí, me ha dado algunas ideas.

—¿Y? —preguntó Serena muy curiosa.

—Me sugirió hacer la boda en el museo.

—¿En serio?

—Sí.

—No es mala idea. Por cierto, ¿quién organizará tu despedida de soltero?

—Vincent.

—¡Oh no!

—¿Qué? Creí que te agradaba la idea de que volviéramos a ser amigos.

—Sí, por supuesto, pero no me simpatiza para nada la idea de que un libertino organice tu

despedida de soltero.

—Entiendo… Vincent prometió ser moderado con la organización de la fiesta.

—¿Y tú le creíste?

—Bueno, él te respeta demasiado, no creo que se atreva a hacer nada imprudente.

—Está bien —aceptó de mala gana, luego agregó—, pero asegúrate de que no traiga a ninguna bailarina exótica.

Dos días después, Beth organizó una cena para celebrar el compromiso de los novios. Anne creyó conveniente que lo hicieran en la mansión, puesto que Jake seguía siendo un heredero de la familia Castle.

—Bienvenida, abuela —expresó Jake saludando a Joanne.

—Felicidades, querido. Me alegra que finalmente vayas a casarte con la señorita Sanders.

—Llámame, Serena —la corrigió ella—. Después de todo, ahora somos familia.

—Es verdad —respondió Joanne con una sonrisa—. ¿Dónde está el pequeño diablillo?

—Seguramente en la cocina, comiendo bocadillos —le comunicó Jake.

—Iré a verlo después de saludar a mi otro nieto —afirmó y caminó en dirección a Marcus.

—¿No te parece increíble? —comentó Serena.

—¿Qué? —preguntó Jake.

—El cambio radical en el comportamiento de Joanne.

—Serena, hay algo que no te he contado.

—¿De qué se trata?

—Mi abuela está muy enferma.

—¿Qué? ¿Qué tiene?

—Cáncer. No le queda mucho tiempo.

—¡Dios mío! Lo siento mucho, Jake. —expresó conmovida—. ¿Marcus ya lo sabe?

—Aún no le he dicho. Creí que ella querría decírselo en persona.

—Hiciste lo correcto.

—A principio no entendía, las razones por las que volvió, repentinamente, queriendo disculparse. Sin embargo, ahora, sé que quería pedirnos perdón antes de morir. Así que he decidido perdonarla.

—Entiendo. —afirmó Serena comprensiva.

—No quiero que pase sus últimos días sola. Mi padre murió así, y hasta hoy día. No me lo perdono. Esto es lo mínimo que puedo hacer por él, dado que murió antes que su madre.

—Por supuesto, cariño. Todos estaremos a su lado. —expresó Serena tomándolo de la mano—. Me alegra que hayas decidido perdonarla. Tengo mucho que aprender de ti —aseveró. Jake la observó, muy sorprendido. Entonces preguntó.

—¿Te refieres a tu padre?

—Sí. He decidido contactarlo.

—¿Para la boda?

—No. Lo haré una vez que volvamos de la luna de miel.

—Entonces, ¿quién te llevará al altar?

—Lo hará mi madre, creo que se ha ganado ese derecho.

—Estoy muy de acuerdo contigo —comentó Jake con una tierna sonrisa.

El lunes por la mañana, Serena organizaba la nueva sección de arte cuando Milton se acercó para hablarle.

—Señorita Sanders, el jefe quiere verla.

—¿Es urgente?

—Eso parece.

—De acuerdo —respondió dejando de lado sus instrumentos.

Serena ingresó a la oficina de Jake con una gran sonrisa. Últimamente, su prometido encontraba cualquier excusa para verla. Se preguntaba qué le inventaría esta vez.

—Jefe, me han dicho que querías verme.

—Así es, necesito hablarte de un tema muy importante.

—¿De qué se trata? —inquirió preocupada.

Jake le pasó un documento impreso, ella lo leyó, entonces dijo:

—¿Qué es esto?

—Las nuevas reglas.

—¿Eh? —expresó confundida.

—¿Recuerdas tu primer día en esta oficina?

—Sí.

—Ese día pediste que siguiera ciertas reglas. Como vamos a casarnos, creí oportuno actualizar nuestro pacto.

—Ya veo…

—¿Estás de acuerdo?

—Supongo que sí, aunque, no comprendo por qué quieres que te llame “cariño” en la oficina.

—Es a modo de compensación.

—¿Compensación? ¿Por qué razón yo tendría que compensarte? —expresó indignada.

—Es por todas las veces que me llamaste “libertino”.



Capítulo 70
«Un libertino enamorado»

Serena racionalizó su pedido por un instante. De cierta forma, ella le debía. Llevaba años maldiciéndolo y criticándolo sin razón. Bajo el supuesto de que él la había engañado años atrás, lo llamó innúmeras veces de libertino. Jake tenía razón, se merecía una compensación.

—De acuerdo. Lo haré, —afirmó, y agregó con condescendencia— "cariño".

—Bien, entonces firma. —solicitó entregándole un bolígrafo. *«¡Dios mío!»*, pensó Serena e hizo lo que le pedía.

—¿Contento? —preguntó irónicamente.

—Así es —expresó Jake tomando el papel para revisarlo.

—Bien, si no tienes otro asunto que tratar, continuaré con mi trabajo.

—Hay algo más. —comentó.

—¿Qué?

—Te amo.

Serena sonrió ante tanta dulzura y, al inclinarse para besarlo tiernamente, dijo:

—Yo también, te amo.

El día de la boda llegó más rápido de lo que esperaban. Beth organizó la ceremonia religiosa en una pequeña capilla en el centro. Pues solo habían invitado a sus familiares para el ritual. La gran fiesta sería en el museo, con más de 300 invitados.

Jake no pudo contener las lágrimas cuando vio a Serena caminando por el pasillo con un vestido blanco tipo *vintage* y una corona de flores. Ella sonrió al verlo tan emocionado. Al sostener su mano en el altar, él le dijo al oído.

—Estás preciosa, cariño.

Cuando el sacerdote les dio la bendición final. Jake tomó orgullosamente a su esposa del brazo y caminó por un pasillo lleno de flores. Al llegar hasta la puerta, Marcus se aproximó de su hermano para felicitarlo. Mientras Anne saludaba a Serena.

—¡Felicidades, hermanito!

—Gracias, Marcus. Me llevó tiempo, pero finalmente la atrapé.

—Que no te oiga. —le advirtió.

—Felicidades, Jake —comentó Anne abrazándolo—. Cuida bien a mi hermana. —agregó.

—Gracias, Anne. Prometo que la cuidaré como una reliquia.

—¡Escuché eso! —expresó Serena acercándose—. ¿Me estás llamando, vieja?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¿qué quisiste insinuar? —Jake la tomó por la cintura, y luego de besarla, dijo:

—Insinuaba que eras valiosa, exquisita y que merecías ser cuidada como un tesoro.

—En ese caso, sí soy toda una reliquia.

—Es hora de irnos a la fiesta. —expuso Jake.

—Sí. Nos vemos allí —comentó Serena despidiéndose.

Cuando se marcharon, Anne preguntó.

—Marcus, dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Cuándo Jake se convirtió en un hombre tan romántico? —él se rio, y luego respondió:

—Querida, no tengo la mínima idea.

En la fiesta, Beth ya aguardaba a los novios para encaminarlos a la recepción. La decoración era exquisita, y con el toque adicional de las obras que estaban impregnadas por todo el lugar, su fiesta simplemente era escandalosamente perfecta. Serena creyó que no pudo haber elegido un lugar mejor, puesto que el museo representaba todo lo que ella amaba.

En el fondo sabía, que Jake había accedido a hacer la fiesta allí, solo para hacerla feliz. Vincent, que estuvo presente en todo momento, se acercó a saludar a los novios.

—¡Felicidades! —expresó muy alegremente.

—Gracias —respondió Serena y repentinamente se adelantó para abrazarlo. Entonces agregó:— Muchas gracias por salvarle la vida.

—De nada, hermanita. —comentó Vincent en un momento de debilidad. Cuando se apartaron, Jake comentó.

—¿Te agrada la fiesta?

—Es muy excéntrica, debo admitir. —confesó Vincent.

—Totalmente tu estilo.

—Es verdad. Sigo sorprendido.

—Fue idea de Jake —dijo Serena.

—Aparentemente, tenemos mucho en común —comentó con una sonrisa maquiavélica.

—Opino que estás en lo cierto —agregó Serena.

—Bien, los dejo, creo que vi a una vieja amiga. —explicó Vincent antes de desaparecer entre la multitud.

—Al parecer, no ha cambiado nada —comentó Jake agitando la cabeza.

—Ya le llegará su turno —expresó ella muy sospechosa.

—Serena, ¿qué hiciste? —ella sonrió antes de decirle una descarada mentira.

—¿Yo? Nada.

—¿Estás segura?

—Sí.

Durante el brindis, Marcus le aclaró al mundo que Jake seguía siendo su hermano. No importaba quién fuese su padre biológico, él nunca dejaría de ser un Castle. La prensa tomó nota, pues solo se los había admitido con esa condición. Más tarde, Joanne se acercó a Marcus para hablarle.

—Querido, tienes un minuto.

—¿Qué sucede? —inquirió preocupado.

—Quería despedirme antes de retirarme.

—¿Ya te vas? —preguntó sorprendido.

—Sí, tengo que tomar un vuelo mañana temprano —se excusó.

—Creí que te quedarías para el fin de semana.

—Lo siento, tengo compromisos con los que cumplir —mintió, pues no quería decirle que necesitaba realizar su tratamiento médico con urgencia.

Jake que se encontraba cerca, escuchó la conversación y decidió intervenir.

—Abuela, creo que ya es hora de decirle la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Marcus confundido.

—Está enferma —afirmó Jake.

—¿Qué? —expresó Marcus mirando a su abuela en busca de respuestas.

—Tengo cáncer —admitió la mujer a duras penas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió Marcus sorprendido.

—No quería preocuparte, ya tenías muchos problemas.

—Abuela… —expresó Marcus tomándole de las manos—. Debiste decirme. Somos tu familia —le recordó.

—Lo sé, querido. —expresó la mujer tocando su rostro—, pero no quería arruinar los ánimos de la boda, contándoles esta mala noticia.

—Lo entiendo… —respondió Marcus reflexivo, y agregó con mucha convicción—. No te preocupes, cuidaremos de ti.

Al día siguiente, Serena se despidió de su hermana para irse de luna de miel con su infame esposo. Jake esperaba en la puerta de la mansión entreteniendo a Daniel, que seguía muy inquieto con todos los cambios recientes en su vida.

—Tío, ¿cuándo van a volver?

—En dos semanas, y puedes hacernos videollamadas cuando quieras.

—Fue lo que mamá dijo antes de irse a la India—advirtió preocupado.

—Entiendo…—expresó Jake comprendiendo su preocupación. Pues la última vez que un familiar suyo fue de vacaciones, desapareció por meses.— Sé que tienes miedo, pero estaremos bien, volveremos en 15 días —prometió.

—Cariño —dijo Serena acercándose al pequeño.

—Tía, no quiero que te vayas. —dijo molesto.

—Diablillo, te prometo que volveré pronto, y mientras tanto debes cuidar de mi osito.

—¿Yo? —espetó sorprendido.

—Sí, eres responsable de Luigi mientras esté de vacaciones.

—Hmm, está bien —aceptó conformándose.

—Ahora debo irme, pórtate bien —le advirtió antes de darle un fuerte abrazo.

Cuando llegaron a París, Serena no quiso perder ni un solo segundo y arrastró a Jake hasta un museo. Le emocionaba mucho poder ver con sus propios ojos una de las pinturas más famosas del mundo.

Jake que se moría por complacer a su mujer, no se quejó en ningún momento, solo la abrazó mientras admiraban a la musa. Al notar las lágrimas en el rostro de su esposa, le preguntó.

—¿Te sientes bien?

—Sí, solo estoy muy feliz de estar aquí.

—Siempre he querido venir aquí, contigo.

—¿De verdad?

—Sí. En la boda de Marcus hablaste de lo mucho que te interesaba el arte. Desde entonces me he imaginado caminando contigo por las calles de París.

—Suena muy romántico. Creí que en esa época seguías siendo un libertino sin corazón.

—¡No te hagas de la ingenua! —expresó indignado, y agregó:—. Sabes perfectamente que en el momento en que te vi caminando por ese pasillo en la boda de mi hermano. Me convertiste en tu cautivo.



Epílogo
«El elegido»

Tres meses después.

Vincent se encontraba sentado analizando un reporte de ventas cuando una joven ingresó a su oficina en Turner Enterprise. Se preguntó quién era, puesto que, no había marcado ninguna cita para esa tarde.

La observó cuidadosamente por un instante. La mujer vestía formalmente y usaba unos anteojos redondos, que cubrían escasamente sus bellos ojos verdes que resaltaban en un delicado rostro rosáceo. A simple vista, se veía muy tímida, pero, sus exóticos zapatos le indicaron claramente que tenía mucha personalidad.

—¿Quién eres? —preguntó muy intrigado.

—Soy Faith Watson, la amiga de Serena.

En el museo Daniel Castle, celebraban hoy una gala de beneficencia para recaudar fondos, que serían orientados a la educación de niños de escasos recursos. Joanne decidió apoyar la causa invitando a todos sus contactos de la alta sociedad. Serena, que recientemente tenía mucho trabajo, estuvo más que contenta por la ayuda.

Milton, por otro lado, se puso bastante ansioso, debido a la cantidad de personas que debían atender.

—Señora Castle —espetó llamando la atención de Serena.

—¿Sí?

—Ya hemos confirmado la presencia de 275 invitados, ¿cuántas personas tiene pendiente en su lista?

—Déjame ver —expresó Serena verificando su Tablet— Solo me quedan 5 personas más.

—De acuerdo, avisaré al servicio de catering.

—¿Dónde está Joanne?

—Está verificando la decoración, acaban de llegar las flores —comentó Milton entusiasmado— Por cierto, debo admitir que la señora Castle es muy buena organizando fiestas.

—No dejes que se esfuerce demasiado. Recuerda que está enferma.

—Sí, eso le he dicho, pero no quiere escucharme.

—Hablaré con ella —afirmó Serena preocupada.

—Por cierto, ¿cómo van sus clases de conducción? —preguntó Milton muy interesado.

—Gracias a la ayuda de Jake, ya he pasado la prueba —admitió Serena muy orgullosa.

—Me alegra escuchar eso. ¿Y con la natación? —inquirió algo preocupado.

—Bueno, he mejorado con la natación, pero sigo teniendo algo de pánico cada vez que me acerco a una piscina.

—Entiendo…—respondió reflexivo— ¡Ah! Antes que lo olvide, el señor Castle ha solicitado verla con urgencia.

—¿Qué estará tramando ahora?

—No me lo dijo —expresó Milton, también muy intrigado.

—De acuerdo, iré a verlo enseguida.

Serena ingresó a la oficina de Jake como toda una diva. Al ver a su esposa en la puerta, él se acercó para tomarla de la mano.

—Milton dijo que querías verme, cariño —expresó saludándolo.

—Así es, al parecer, debo marcar una cita para ver a mi propia esposa.

—Sabes que en estos días tengo mucho trabajo, cariño.

—Lo sé. Por eso no ocuparé mucho de tu tiempo.

—¿Sucede algo?

—No, solo quería advertirte que Hassan Hadid, vendrá en la gala de esta noche.

—¿El jeque está en el país? —comentó sorprendida.

—Acaba de aterrizar y dijo que quería pasar a saludar, no pude negarme —le esclareció.

—Por supuesto. Supongo que es una buena noticia para nuestra gala.

—Sí, él siempre ha sido muy generoso con sus donaciones.

—De acuerdo, lo pondré en la lista —afirmó Serena y giró para marcharse.

—Espera Serena. Hay algo que deseo preguntarte.

—¿De qué se trata?

—La noche en que te escapaste con Hadid, ¿de qué hablaron? —inquirió intrigado.

—A ver…—expresó pensativa, segundos después contestó— Hablamos de la vida en el desierto, de cómo nos conocimos, de Daniel.

—¿Eso es todo? ¿No te ofreció joyas, automóviles o una casa?

—No, para nada.

—¡Qué raro! Conozco a Hadid desde hace tiempo, y siempre que me interesa una mujer, intenta arrebatármela ofreciéndole regalos costosos. Me pregunto por qué razón no intentó hacer lo mismo contigo.

—Tal vez el jeque es más noble de lo que pensabas. —sugirió.

—Serena, ¿qué es lo que me estás ocultando?

—Nada. —respondió con una sonrisa maquiavélica.

—Ya dime…—exigió.

—Está bien. Esa noche Hadid me preguntó si tenía sentimientos por ti.

—¿Y qué le respondiste? —preguntó muy curioso.

—Le dije que te amaba, que he estado enamorada de ti desde hace mucho tiempo, y que incluso después de perder toda esperanza, seguía enamorada de ti.

La convicción de sus palabras lo conmovieron. Jake no sabía en qué momento de su vida había logrado el milagro de enamorarla, pero se sentía muy agradecido por tal bendición.

—¿Sabes? Cuando te escapaste con él, por un momento creí que sus encantos te habían seducido.

—¿De verdad? ¡Qué tonto! —espetó cariñosamente— El jeque jamás habría logrado seducirme. —afirmó con mucha seguridad.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —expresó bromeando.
—Porque incluso si me hubiera ofrecido una isla, ni por un segundo, me habría tentado.
—¿Por qué no? —inquirió intrigado.
—Porque mi corazón, incondicionalmente, desde un principio, ya te había elegido a ti.

FIN



Acerca del autor

Mary Lundh es una escritora de novelas románticas tipo chick-lit. Le encanta caminar en los bosques y sacar fotografías. Es una gran admiradora de Jane Austen y Charles Dickens. En sus libros encontrarás historias muy divertidas con temas realistas.

Para conocer más acerca de la autora, por favor visite:

Facebook
https://www.facebook.com/marylundhautor

Instagram
https://www.instagram.com/marylundhautor

Tiktok
https://www.tiktok.com/@marylundhautor